

N PREMIO
NADAL
2017



Media vida

Care Santos

DESTINO

Media vida

En pleno verano del año 1950 cinco chicas adolescentes internas en un colegio de monjas juegan juntas por última vez a «Acción o Verdad» o, como ellas lo llaman, el juego de las prendas.

Dos de ellas, las gemelas Viñó, están a punto de empezar una nueva vida, llena de interrogantes, lejos de allí. La ocasión es especial y lo saben, pero ninguna espera que esa noche se convierta en un punto de inflexión para alguien más y que sin siquiera imaginarlo acabe marcando su camino para siempre.

A través de las vidas de cinco amigas a lo largo de treinta años, Care Santos retrata a una generación de mujeres que tuvieron que construir sus destinos en un momento en que la hipocresía de aquellos que querían mantener las formas a cualquier precio se enfrentó a nuevas miradas sobre la amistad, el amor y la libertad.

Premio Nadal de Novela 2017.

Más libros en www.DESMIX.net

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

1950

El juego de las prendas

1981

Monopole blanco

Olga

Marta

Lola

Nina

Julia

Tenebrismo

¿Le robaríais el marido a una amiga?

¿Qué nota le pondríais a vuestra vida sexual?

Breve intermedio con accidente y palabra incómoda

¿Cuál es la decisión más importante que habéis tomado en la vida?

¿Podríais enamoraros de un hombre más joven que vosotras?

La letra pequeña del contrato, según Marta y Nina

Tijeras de bordar

Nota de la autora

Créditos

Para Deni Olmedo,
for every single day of my life

Sólo se puede perdonar lo imperdonable

JOAN-CARLES MÈLICH

1950

El juego de las prendas

—¡Entra de una vez o empezaremos sin ti!

Julia se introdujo casi reptando en la tienda hecha con sábanas que sus cuatro compañeras habían levantado entre las camas del dormitorio compartido. La llama de la vela central tembló, como saludándola. Buscó dónde sentarse, y Lolita, que siempre estaba atenta a todo, le hizo un hueco a su lado. Julia acomodó los faldones de su camisón, que en realidad era una vieja y raída combinación de percal de color crudo. Dejó caer la mano como por descuido sobre el agujero que había descubierto a un palmo del dobladillo. Le daba vergüenza: aquella prenda era lo único que tenía para dormir. Sus compañeras, en cambio, llevaban camisones bonitos, de tejidos finos, estampados o de colores, adornados con entredoses y cintas. Ropa de niñas ricas. Lo que ella no era. Trató de apaciguar su respiración mientras las demás la miraban, esperando.

—¡Siempre nos haces lo mismo, tardona! —susurró Olga, enfadada—. ¡Es la última vez que te esperamos para comenzar!

Cada vez que Olga regañaba a alguien, ni que fuera en susurros, su papada temblaba como la gelatina. Aunque a todas les daba risa, no rieron. Estaban imbuidas de aquella solemnidad teatral que exigía el juego. Julia miraba a las demás con el rabillo del ojo. También tenía ganas de reír y tampoco río.

La papada de Olga volvió a temblar.

—¿Y bien, Julia? ¿Piensas saludar? ¿O ha entrado un perrito?

Aquella frase la había aprendido Olga de las monjas, que en algunas cosas eran para ella una estupenda inspiración.

—Buenas noches —dijo Julia.

Olga endureció más aún su tono para preguntar:

—¿Ya estás lista o tenemos que esperar a que crezca la luna?

—¡No, no! Ya estoy lista.

Olga espetó:

—Luego pensaré si tu retraso merece o no un castigo.

En su defensa saltó Lolita, como siempre. Lolita era la amiga universal, el paño de lágrimas, la confidente, el consuelo generoso de palabras dulces que todas buscaban cuando estaban tristes o tenían problemas. Aunque habló en murmullos, con miedo a ser descubierta, dijo con firmeza:

—Ella no tiene la culpa, Gordi. Seguro que la hermana Antonina no la dejaba marcharse, ¿verdad?

—¡No me llames Gordi! —protestó Olga, y en su entrecejo surgió una arruga rolliza.

—Perdona —balbuceó Lolita.

—Es verdad, la culpa es de la hermana Antonina —se defendió Julia, con timidez, porque ni se atrevía ni le daba la gana contar todo lo que había hecho desde que ellas, señoritas de pago, terminaron de cenar, se levantaron de la mesa y salieron del comedor. Era sábado, tocaba limpieza a fondo de las mesas y las sillas. Primero recoger los cacharros, fregarlos y secarlos uno a uno. Luego lavar con agua y mucho jabón cada uno de los asientos y los respaldos donde las demás se dejaban caer a diario y abrillantarlo todo con un paño seco hasta dejarlo reluciente. Recoger con una bayeta el agua del suelo, de rodillas, observando las uñas asquerosas que sobresalían de las sandalias y a la vez del hábito de sor Antonina, esperando a que le dijera que lo había hecho bien y que podía marcharse. Su vida era siempre igual. En invierno servía a las niñas de pago. En verano también servía a las monjas. Limpiaba como una autómatas. Acataba órdenes, no se hacía preguntas. Sabía que debía ser así y aún estaba agradecida de que la dejaran estudiar, que era lo que más deseaba en el mundo.

—Está muy feo culpar a las monjas de nada —dijo Olga—, y más tú.

Julia agachó la cabeza, fingiendo una vergüenza que no sentía.

—Déjala ya, Gor... Digo, Olga —intervino de nuevo Lolita—. Venga, empecemos.

Marta y Nina se impacientaban. Se sentaban tres frente a dos. Nina Borrás, Lolita Puncel y Julia Salas a un lado. Las gemelas Viñó —Olga y Marta— al otro. Las gemelas eran iguales en todo —ojos castaños, pelo ondulado, estatura media—, pero Olga triplicaba en volumen a su hermana. Las cinco iban descalzas, daba gusto sentir el frescor de las baldosas en las plantas de los pies. Hacía un calor sofocante, de finales de julio a orillas del

Mediterráneo. Lolita se había soltado la melena. La tenía larga y lacia, de color rubio oscuro, se desparramaba sobre su camisón de florecitas amarillas y le llegaba hasta la cintura. Nina se recogía el pelo en dos coletas. Un peinado un poco infantil para una chica de trece años y medio, pensaban todas, aunque ella no se esforzaba por parecer mayor, tal vez porque se había resignado a ser la pequeña del grupo. Había nacido en diciembre y era la única que aún no había cumplido los catorce ni tenía la regla. A Lolita, en cambio, le había venido a los once y era de febrero. Estaba mucho más desarrollada que las demás y, por supuesto, todas la envidiaban. Tener la menstruación imprimía algo así como un rango, que era mayor a más veteranía. Por supuesto, todas estaban al tanto de estos datos.

La hermana Presentación, una monja nueva, joven y de genio levantisco, obligaba a Lolita a llevar una venda que le comprimiera los pechos y también a ducharse sin quitarse el camisón. Ya le había echado el ojo a Marta, cuyo cuerpo había empezado también a cambiar con mucha rapidez. La hermana Presentación era plana como una tabla, sobrina de un cura y amargada. Se había criado con su tío hasta que comenzó a ser una presencia incómoda y la ingresaron en el convento. Su destino estaba decidido y no parecía gustarle mucho, a juzgar por cómo pagaba con ellas sus rencores y su frustración. Les habría dado lástima si no la hubieran odiado tanto. Por descontado, en cuanto la hermana Presentación se daba la vuelta, se duchaban desnudas. Todas menos Olga. Olga no consentía en mostrar a nadie su cuerpo deformado. Y cuando alguna le preguntaba por qué no se desnudaba, contestaba: «Yo no soy como vosotras, yo sigo las normas». La ignoraban, satisfechas con que no las delatara (aunque no siempre estaban seguras de que no lo hiciera).

En los meses más calurosos no quedaban en el colegio más internas que ellas, porque todas las demás alumnas se marchaban a sus casas, con sus familias, en cuanto terminaba el curso. Ellas no. Ellas eran, cada una a su manera, la excepción. Niñas sin padres, o con padres tan atareados que preferían mantenerlas a distancia, aunque tuvieran que pagar por ello una pequeña fortuna. Con la excepción de Julia, claro. Julia sólo tenía a las monjas.

La velada de aquella noche tenía un carácter muy extraordinario para las gemelas Viñó. No sólo era 29 de julio, su cumpleaños, sino su última noche en el internado. Esa misma mañana habían recibido una llamada de su madre. Les anunció que iría a recogerlas al día siguiente, junto con su nuevo padrastro, para llevarlas «a casa». Tenían por delante un futuro lleno de misterios y novedades, bien lejos de allí. Con eso era suficiente. «Su padrastro» era un señor feo y calvo al que sólo conocían por una foto. «Su casa» ya no era el tercer piso oscuro de la calle Pérez Galdós donde habían crecido, sino un entresuelo en Laforja casi esquina con Vía Augusta que no sabían imaginar. Olga estaba exultante, le gustaban los cambios, depositaba en ellos todo tipo de esperanzas. Marta no pronunciaba palabra. Escribía en su diario páginas y más páginas, sólo para ella.

—Empecemos con el juramento —dijo, enfática.

Julia simuló una mueca de resignación. Siempre igual: Olga ejercía de maestra de ceremonias perpetua. En teoría, era un cargo rotatorio, pero las chicas siempre la elegían a ella porque tenía una imaginación desbordada y perversa. A nadie se le ocurrían pruebas más enrevesadas ni castigos más terribles. Con Olga como responsable, la emoción estaba garantizada. Además, como era tan gorda, en camión se daba un aire como de pitonisa de tebeo, que ella acentuaba recogiendo el pelo en un turbante de terciopelo negro constelado de estrellitas brillantes que había tomado prestado de un cajón de la cómoda de su madre.

Las demás llamaban a Olga «la gorda». Por supuesto, siempre a sus espaldas y en voz baja. A la cara, y sólo si estaba de muy buen humor, les toleraba el apelativo cariñoso: «Gordi», aunque no todas lo utilizaban sin malicia. Por norma general, Olga no consentía referencias a su gordura y se comportaba como si no fuera un problema o como si no se hubiera dado cuenta. Sólo por Marta sabían las otras que en realidad su hermana estaba muy acomplejada —«cada vez más», aseguraba— y que por las noches lloraba su mala suerte y maldecía a las delgadas.

—No me extraña que llore —dijo Julia una vez—. Parece una albóndiga.

—Uy, ni se te ocurra decírselo.

Pero se lo dijo. A la primera de cambio. Después de una de las crueldades de Olga, se lo soltó a bocajarro. Hubo quien se alegró de que por fin alguien plantara cara a la mandona. También quien sonrió disimuladamente cuando Olga se puso colorada del sofoco y la vergüenza. Antes de ese día, incluso se llevaban bien. Julia robaba para Olga galletas y queso de la despensa de las monjas. Olga le regaló una vez una cinta de raso para que se sujetara el pelo. Pero desde lo de la albóndiga, nada volvió a ser como antes. Se hizo entre ellas cada vez más evidente un encono todavía infantil, pero que ya participaba de las complicaciones de los adultos. A Olga le daban ganas de llorar sólo ver a Julia, que estaba tan canija y delgada como ella no podría estar jamás. En cuanto Olga aparecía, Julia se ponía tensa, a la defensiva, esperando que comenzara a decir barbaridades de las suyas. Por desgracia, la gorda nunca defraudaba sus expectativas.

—¿Jugaremos a «Acción o verdad»? —preguntó Nina, impaciente.

—Todo a su tiempo —dijo Olga—. Aún estamos con el juramento. Agarraos de las manos.

Las manos entrelazadas formaron un óvalo. A imitación de Olga, todas adoptaron un aire de solemnidad.

—Juramos obedecer en todo a la maestra de ceremonias —susurró Olga, con grandeza de sacerdotisa.

—Juramos obedecer en todo a la maestra de ceremonias —repitieron a coro, procurando bajar mucho la voz.

—Juramos decir sólo la verdad.

—Juramos decir sólo la verdad. —Mientras recitaba la letanía, Julia pensó que Olga le daba miedo porque era mala.

—Si no cumplimos las normas, aceptaremos nuestra penitencia, por dura que sea.

—Si no cumplimos las normas...

—Si nos descubren, juramos por Dios guardar el secreto para proteger a nuestras compañeras.

—Si nos descubren, juramos por Dios... —Esta última parte la pronunciaron sobrecogidas, porque jurar por Dios era pecado y porque todas imaginaron la heroica actitud de quien fuera interrogada por las monjas.

—Bien —resolvió Olga, y todas se soltaron de las manos—. Ahora, las prendas. Empiezas tú, Marta. ¿Qué has traído?

Marta dejó en el centro, junto a la vela, su pluma estilográfica, una Parker azul de la que no se separaba desde hacía dos años. Había sido el último regalo que le hizo su padre, antes de morir, con motivo de su duodécimo cumpleaños. Llevaba su nombre grabado en la horquilla. Marta quería ser escritora y aquella pluma era la prueba de que comenzaba a serlo para alguien.

—Tu turno, Nina —prosiguió Olga.

Nina dejó su manoseado libro de quiromancia, un auténtico tesoro para ella, en cuya portada se veía una mano verde sobre un fondo amarillo. Se titulaba *El mapa del destino en la palma de la mano* y era una edición difícil de encontrar, de principios de la guerra, que las monjas consideraban un libro herético. Por eso su propietaria lo escondía de la vista de todos metiéndolo entre la sábana y el colchón, siempre junto a su cabeza. En ese libro desgastado Nina había aprendido la ciencia de leer el futuro, lo cual la convertía en una de las alumnas más populares del colegio. Cobraba caros sus conocimientos: a las amigas, tres reales; a las demás, dos pesetas.

—Lolita, te toca —señaló Olga.

Se unió a la pila el retrato, bastante arrugado, de un hombre joven. Aparentaba unos veinte años y estaba sentado delante de un piano con una partitura en la mano. En el encabezamiento de la partitura se leía «*Fantasia Impromptu*. Chopin». El hombre vestía un traje de chaqueta de color claro, con chaleco a juego. La blancura del cuello almidonado conjuntaba con el extremo del pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de la americana. La corbata era tan negra como su pelo, peinado hacia atrás con brillantina. La foto llevaba una leyenda: Gaspar Puncel.

Ninguna hizo preguntas porque todas sabían quién era aquel pianista atildado: su amiga les había hablado mil veces de su padre, a quien asesinaron «los rojos» a comienzos de la guerra. Se dirigía a la boda del heredero de una de las mejores familias de Barcelona, donde habían contratado sus servicios y también los de su madre, que era cantante lírica. Así fue como Lolita quedó huérfana a los pocos meses de vida, sin hermanos mayores, al cuidado de unos tíos que vivían en San Sebastián y que en algún

momento, decía, irían a buscarla. No era de extrañar que considerara, como hacían muchos, que los rojos eran los culpables de todo lo malo que ocurría en el mundo.

—Sólo quedas tú, Julia —dijo Olga, para terminar.

Julia vaciló.

—No he traído nada. Voy a buscar mi muñeca de trapo.

—Está prohibido salir —espetó Olga—, ya lo sabes.

—Es que no he tenido tiempo. Déjame ir, no tardaré.

—No. —Olga negaba con la seriedad de un juez y la papada se bamboleaba—. No se pueden infringir las normas.

Julia estudió sus escasas posibilidades. Si tuviera un camisón como los de las demás podría desprenderse de una cinta o un botón, pero en el suyo sólo había agujeros y descosidos.

—¡Ya lo sé! —saltó de pronto—. ¿Un pelo puede ser? Puedo arrancarme uno y...

Ya se llevaba las manos a la media melena negra cuando Olga la detuvo mostrándole una palma de pantocrátor.

—Un pelo no es una verdadera prenda —dijo—. ¿No lo ves? Fíjate qué han dejado las demás. Objetos muy valiosos para ellas, que merecen los riesgos que tendréis que correr para recuperarlos. ¿Quién querría recuperar un pelo?

Julia se vio perdida.

—Yo puedo prestarte algo —se ofreció Lolita.

Olga negó con la cabeza una y otra vez antes de decir:

—Tiene que ser un objeto personal.

—Entonces tendré que dejar de jugar —se compungió Julia.

—Por desgracia, sí —prosiguió la maestra de ceremonias, con la aquiescencia de las demás, excepto Lolita, la única a quien incomodaba la humillación de su compañera—. A menos... —una sonrisa maliciosa iluminó la mirada de Olga— a menos que puedas desprenderte de algo más íntimo.

Julia enrojeció. Las demás se quedaron de piedra. Olga disfrutaba de los efectos de sus palabras. El arte de crear expectativas no tenía secretos para ella.

—¿Más íntimo? —repitió Julia.

—Las bragas —aclaró Olga—. ¿Llevas bragas o tampoco te ha dado tiempo?

Hubo risitas y ojos escandalizados. Cómo se atrevía Olga a llegar tan lejos. Si las monjas supieran lo que estaba pidiendo, la mandarían directa a la capilla y escribirían al arzobispo —que era primo de la madre Rufina— para pedir su excomunión. Sólo Lolita se opuso a aquella idea descabellada.

—¿No te da vergüenza pedirle algo así, Olga? Retíralo. Deja que vaya a buscar una prenda normal.

—¡Ah! ¿Cómo? ¿Tú no crees que las bragas sean una prenda normal, Lolita? ¿Qué usas tú? ¿Enaguas?

Más risitas, esta vez más difíciles de ahogar.

—Lo votaremos a mano alzada —propuso Olga, como si fuera la gran solución—. Levantad la mano quienes estéis a favor de que Julia se quite las bragas y las entregue como prenda.

Silenciando una risilla —es muy difícil reír en voz baja—, Marta y Nina levantaron la mano. Olga las secundó antes de proclamar:

—Somos mayoría. O las bragas, o nada.

—Julia, no hagas caso, están todas de broma —le pidió Lolita a su amiga, con voz de súplica.

Pero Julia, que tenía su orgullo, había decidido aceptar el juego.

—Déjalas, no me importa —respondió, mientras se revolvía un poco los faldones del camisón, con torpeza, para agarrar la cinturilla de las bragas de algodón, tan bastas como el resto de su atuendo y sujetas con un cordel, porque eran las únicas que tenía y la goma se había roto hacía tiempo.

Un par de ágiles contorsiones y las bragas ya estaban en sus tobillos. Julia las arrojó sobre los pies desnudos de Olga. Ésta las tomó con el índice y el pulgar, frunciendo los labios en una mueca de repugnancia. A alguien se le escapó un «Qué asco». Olga las dejó en el centro, justo al lado de la foto del padre de Lolita porque no habría estado bien ponérselas encima. Anunció:

—Ahora sí podemos comenzar. Por supuesto, yo no pongo prenda —anunció—. La maestra de ceremonias no participa. ¿Estáis preparadas?

Se creó una enorme expectación, como siempre que Olga se disponía a anunciar a qué jugarían esa noche.

El juego se llamaba «Acción o verdad». Si tocaba «Verdad», Olga te hacía una pregunta muy comprometida o muy desagradable del estilo «¿A quién odias más que a nadie en el mundo?», o «¿cuál de los siete pecados capitales es el que más te gustaría cometer?». En teoría no estaba permitido mentir, pero no pasaba nada si ocultabas información. Aunque todo dependía siempre del juicio de la maestra de ceremonias, quien solía considerar que no estabas siendo sincera cuando no decías nada terrible. De modo que el juego consistía en decir cosas impronunciabiles, de las que sonrojan o te llevan al infierno. Era muy divertido y muy excitante.

Cuando tocaba «Acción», en cambio, la cosa se volvía mucho más arriesgada. Olga tenía unas ocurrencias tremendas: entrar en la zona de clausura y robarle un zapato a una monja; bajar al pozo a mojarse el camisón, caminar enseñando los muslos por delante del cuartucho donde dormía el tonto Vicente... Las chicas se lo tomaban como una experiencia iniciática. Era la única aventura que podían permitirse en aquel lugar aburrido y cinéreo donde ninguna de ellas quería estar.

—¡Hoy jugaremos a «Acción» —proclamó Olga, para añadir enseguida —: ¡Os advierto! La prueba de hoy va a ser muy peligrosa. Por desgracia, ya es demasiado tarde para retirarse del juego. Si no superáis la prueba, o lo hacéis mal, perderéis vuestra prenda. Tal vez mi hermana y yo la consideremos un regalo de cumpleaños. O tal vez de despedida. Ya sabéis que mañana nos marchamos de aquí para nunca volver —anunció, pletórica de felicidad, mientras más de una las envidiaban.

Olga sacó algo de debajo de sus generosas nalgas. Unas tijeritas de bordar doradas, de fina factura, con el mango repujado en bellos motivos vegetales.

—Ésta será el arma del crimen —dijo, esbozando una sonrisa maléfica y bajando aún más la voz—. Son mis tijeras de costura, tened mucho cuidado, no quiero que se pierdan. Las usaréis por turnos. La prueba será la misma para todas. Escuchad con atención porque sólo voy a dar las instrucciones una vez. ¿Entendido?

—Sí —susurraron todas al mismo tiempo, y se acercaron a escucharla, poniendo mucho interés en no perderse los detalles.

La voz de Olga sonó muy grandilocuente.

—Tendréis que entrar en una habitación, cortar un mechón de pelo y volver a salir. Todo en sólo seis minutos, como máximo.

Lolita ahogó un grito y se tapó la boca con la mano. No era la primera vez que Olga les pedía entrar en la zona de clausura, pero nunca había llegado tan lejos. Además, lo que quería era imposible.

—¿Cómo quieres que le cortemos un mechón de pelo a una monja si duermen con las tocas puestas? —preguntó Lolita, aunque todas lo estaban pensando.

—Yo no he dicho que tengáis que entrar en el cuarto de ninguna monja —apuntó Olga, sonriendo, con la papada en vilo—. Eso ya lo hemos hecho muchas veces, no tiene ninguna gracia. —Comenzó a negar con la cabeza.

Otra conmoción colectiva.

—Entonces ¿dónde tenemos que entrar?

—En donde el tonto Vicente.

La sonrisa triunfante de Olga contrastó con la perplejidad y el temor de sus compañeras. ¡Aquello sí que era una verdadera prueba, casi un imposible!

—¿Quieres que entremos en el cuarto del tonto Vicente? ¡Eso tiene que ser pecado! —soltó Marta.

—Cortarle un mechón de pelo a alguien no es pecado, que yo sepa —respondió Olga.

—Pero estar a solas con un hombre en su cuarto, sí lo es.

—Tonterías —zanjó la maestra de ceremonias—. El tonto Vicente no es un hombre de verdad.

Las monjas dejaban que el tonto Vicente durmiera en el cuarto junto a la leñera. Aquel lugar, que despertaba en ellas una curiosidad prohibida, constaba de un camastro arrimado a una pared sucia, una mesita que en realidad era una caja de naranjas rota y una repisa llena de porquerías incomprensibles que el muchacho encontraba por el campo y que le gustaba coleccionar: piñas, piedras, pedazos de cristal, tuercas, botones, bichos muertos y hasta un ratón disecado o tal vez sólo tieso.

El tonto Vicente era otra obra de caridad de las monjas, el único muchacho joven al que las internas podían frecuentar más allá de la familia, una especie de gigantón de pelo oscuro, ojos negros y reacciones imprevisibles. Tenía apenas cinco años más que ellas, recién había cumplido

los diecinueve, pero su corpulencia le hacía parecer mayor. Las niñas lo espiaban a escondidas cuando sudaba acarreando leña o cuando se quitaba la camisa para refrescarse en el lavadero del patio. El tonto Vicente habría sido guapo si no fuera tonto, decían las chicas, puede que casi tan guapo como el primo de Lolita, al que sólo conocían por una foto vieja. El primo de Lolita era muy guapo y muy listo, pero era inalcanzable, porque vivía en San Sebastián.

Al tontito las monjas decían que lo encontraron en el torno, cuando en el convento aún había torno, y la hermana tornera era la más vieja de todas, bastante sorda y tan lenta de reflejos que no fue capaz de despabilar a tiempo para ver quién les dejaba aquel regalo tan incómodo. La madre Rufina lo consultó con el párroco y hasta con su primo, el arzobispo, y todos le dijeron que Dios había enviado al desgraciado con ellas para poner a prueba su bondad y su misericordia y que ahora Dios esperaba que le alimentaran, le educaran y le escondieran del mundo que le había visto nacer distinto a los demás, seguramente en castigo por la vida licenciosa de alguna descarriada. De modo que no les quedó más remedio que aceptar al recién nacido, que en sus rasgos llevaba escrito el estigma de algún pecado que no osaban imaginar.

Le pusieron Vicente en honor del santo fundador de su misión y durante unos cuantos años fue el juguete preferido de las hermanas más jóvenes, que se turnaban para alimentarlo de día y de noche. A su debido tiempo comenzaron a enseñarle las oraciones, las cuatro reglas y el alfabeto. A los seis años le metieron en la clase de párvulas del colegio. Hasta segundo fue más o menos bien, pero se encalló en tercero y ya no hubo forma. Se quedó allí cinco años seguidos, hasta que fue demasiado mayor para estar con las niñas y decidieron apartarlo y dedicarlo a otras cosas. Lo que mejor se le daba aprender eran las oraciones, prueba evidente de que estaba más cerca de Dios que de los hombres. Recitaba el padrenuestro, el avemaría, el credo, el yo pecador, el salve regina, las bienaventuranzas, los artículos de fe y hasta la novena del acordaos, todo a una velocidad vertiginosa y sin equivocarse jamás. Por la noche su vozarrón resonaba en los vacíos del edificio, tan rápido que apenas se le entendía: «A ti celestial princesa virgen sagrada María yo te ofrezco en este día alma vida y corazón mírame con compasión

no me dejes madre mía». Las monjas experimentaban fugaces raptos de orgullo el escucharle. A cambio de tan útiles enseñanzas, él pagaba con su trabajo. Limpiaba o arrancaba malas yerbas de la huerta. Ayudaba en misa cuando venía el párroco del pueblo, un hombre chaparrito que tenía que mirar a Vicente desde muy abajo. También acarreaba leña o ayudaba a las hermanas en tareas que requerían más fuerza que maña, siempre con una simpleza risueña que encandilaba.

Más o menos en la misma época en que lo sacaron de clase, que vino a coincidir con la aparición de una primera pelusilla sobre el labio y con los primeros gallos de su voz desafinada, las monjas decidieron relegarlo al cuarto junto a la leñera. No era imaginable que permaneciera cerca de ellas, menos aún de las niñas. Demasiado raro resultaba ya tener a aquel hombretón en un colegio de señoritas, ni que fuera obedeciendo órdenes del arzobispo. Vicentín se había convertido, para sorpresa de toda la comunidad, en un hombre enorme, casi un gigante, cuyos pies callosos y velludos sobresalían del camastro donde dormía. En el pueblo, algunos campesinos le llamaban «el retrasado», pero ellas preferían llamarle «el niño». Lo de «el tontito» o «el tonto Vicente» fue cosa de las alumnas mayores, las más crueles. Las monjitas trataban de apartarlo de ellas, porque notaban cómo les miraba las piernas y los pechos, aunque los llevaran escondidos tal y como recomendaba la hermana Presentación. A pesar de todo eso, para las monjas continuaba siendo su juguete, su niño, uno muy especial —y muy suyo— a quien Dios no permitía crecer.

—¿Qué significa que no es un hombre de verdad? —Nina fruncía el entrecejo, confundida—. ¿Quieres decir que no puede...?

Olga negó con la cabeza, muy segura.

—¿Qué pasará si se despierta mientras le estamos tocando? —preguntó Marta—. ¿Y si nos delata a las monjas?

El gerundio —«tocando»— suscitó nuevas risillas, por lo pecaminoso.

—Diremos que no es verdad —zanjó Olga—. Las cinco. ¿Qué versión van a creer? ¿La de un pobre retrasado o la de cinco buenas chicas en su sano juicio?

Todas estuvieron de acuerdo en la sensatez del razonamiento.

—No os preocupéis. No se despertará —respondió Julia—. Las monjas le dan pastillas para dormir.

—¿Y tú eso cómo lo sabes? —preguntó Olga.

—Porque a veces les ayudo a prepararlas. Yo sé todo lo que hacen las monjas.

—¿Podemos ir de dos en dos? —intentó Nina.

—No. La prueba es individual —contestó Olga con rotundidad. El silencio subrayó un temor compartido—: ¿Alguna otra pregunta?

Nadie dijo nada.

—Bien, entonces, empezarás tú. —Olga señaló a Nina—. Pero antes rezaremos una oración por el éxito de la misión.

El óvalo volvió a formarse y rezaron en susurros un padrenuestro en latín, que parecía más solemne, más adecuado para la ocasión. Con el último amén, Olga entregó a Nina las tijeras de bordar y ésta se levantó y salió de la tienda mientras las demás se agarraban las manos con un trágico aire de mártires y comenzaban una cuenta atrás de segundos.

—Trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve, trescientos cincuenta y ocho...

Fue un rato angustioso, tenso, excitante. Terminó con el victorioso retorno de Nina cuando aún faltaban cincuenta y ocho segundos. Traía en la mano, esgrimiéndolo como un trofeo, un grueso mechón de cabello áspero y oscuro. Lo acercó a sus compañeras, una por una. Hicieron turnos para tocarlo.

—¿Algo que quieras compartir con nosotras? —preguntó la maestra de ceremonias.

Por todo informe, la primera heroína de la noche sólo dijo:

—Ronca.

La siguiente fue Lolita, quien recibió las tijeras de manos de su antecesora con gesto tembloroso. Esta vez la aventura fue una decepción: Lolita regresó cuando pronunciaban «ciento cuarenta y dos», pálida y jadeante. Y con las manos vacías.

—No he podido —dijo—. Me da miedo.

—Piénsalo bien —amonestó Olga—. Si no cumples la misión me quedaré con tu prenda. Tal vez te deje recuperarla pagando una penitencia, pero será de las difíciles de verdad. Te concedo un segundo intento pero esta vez tendrá que ser de sólo cinco minutos.

—No. Prefiero pagar la penitencia —resolvió Lolita, volviendo a su lugar.

Las penitencias de Olga también eran temibles, pero no tanto como aquella misión, pensaba Lolita. Podían consistir en tener que salir en pleno invierno sin abrigo al patio durante una semana, o en subir la escalera de las habitaciones de rodillas tres días, o cosas por el estilo. Lolita estaba dispuesta a hacer lo que fuera para recuperar la foto de su padre. Lo que fuera menos volver al cuarto del tonto Vicente.

Le tocó el turno a Marta. Olga le entregó las tijeras a su hermana y le deseó suerte. De nuevo comenzó la cuenta atrás, con la misma angustia de la primera vez.

—Trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve, trescientos cincuenta y ocho...

Estaban llegando a los últimos diez segundos y Marta no había aparecido. Ya todas pensaban que no lo conseguiría, cuando se presentó triunfante con un mechón aún mayor que el de Nina.

—¡Me ha agarrado del camión! ¡Por poco me muero del susto! —dijo, tal vez para aumentar el mérito de su misión.

—¿En sueños? —preguntó Lolita.

—No lo sé, porque ha sido cuando ya me iba. —Arrugó la nariz y añadió—: Ese sitio donde duerme es asqueroso.

—Pero él no se da cuenta, tonta, ¿no ves que es subnormal? —dijo Nina.

—No puede ser que no se dé cuenta —musitó Marta—. En realidad, nadie debería dormir en un sitio así.

—Eso no es asunto vuestro, sino de las monjas —sentenció Olga, y se volvió hacia su hermana para preguntar, señalando el mechón—: Tienes que dármelo.

Marta se lo entregó, a regañadientes, y Olga se lo llevó a la nariz y lo olió profundamente, con delectación.

—Huele a animal —sentenció, antes de dejarlo en el centro, junto a la vela.

—¿Yo puedo? —preguntó Lolita.

—No. Tú no te lo has ganado —castigó Olga.

Era la vez de Julia. Marta le entregó las tijeras, como antes había hecho Nina con Lolita: la iniciada a la candidata.

—Mucha suerte, Julita —deseó Marta.

—Gracias. —Apenas le salía la voz, sólo podía mirar las tijeras fijamente, como quien de verdad acaba de recibir un arma.

—Te lo han puesto muy difícil, Julia —dijo Olga, superior—. No nos decepciones. Yo también te deseo suerte.

Julia salió de la tienda gateando, con las tijeras en la mano y el corazón en la garganta.

El recuento de segundos empezó otra vez —«trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve...»—, los pasos descalzos de Julia apenas hicieron ruido al descender la escalera. Ningún gozne chirrió. Todas calcularon que Julia ya había llegado abajo, que estaba dentro, que se acercaba al gigantón dormido —«trescientos veinte, trescientos diecinueve...»— y la imaginaron buscando a tientas su cabellera hirsuta y muriéndose de miedo.

Pareció que esta vez los segundos avanzaban más despacio —«trescientos, doscientos noventa y nueve...»— entre las miradas temerosas de las participantes —«doscientos quince, doscientos catorce...»— y el baile diminuto de la llama, que se contoneaba al ritmo de sus pequeñas respiraciones —«ciento trece, ciento doce...»—, hasta que de pronto comenzaron a sentir la inquietud del final, como ya habían sentido con Marta —«quince, catorce...»— y escucharon atentamente por si oían regresar los pasos descalzos a toda prisa —«nueve, ocho...»—, pero no se oía absolutamente nada y el tiempo comenzaba a agotarse —«cinco, cuatro...»—, tanto que se resignaron a que ya no había remedio.

—Tres, dos, uno, cero —pronunciaron en un cuchicheo y se quedaron mirando las unas a las otras en absoluto silencio, con las manos unidas, esperando lo que debía ocurrir.

Sintieron una especie de estremecimiento. Olga dijo:

—Julia ha perdido.

No se oía nada. Pasaron diez segundos más. La llama se había quedado completamente quieta. La papada de Olga también.

—Recemos un paternóster por ella —propuso la maestra de ceremonias. Rezaron un padrenuestro y un avemaría.

—Deberíamos ir a buscarla —dijo Lolita, comenzando a levantarse.

Olga alzó una mano y ordenó:

—¡Quieta! Escuchad. ¿No oís un ruido?

Atendieron otra vez, sin respirar. Primero les llegó un rumor inconcreto. Una perturbación leve de la quietud de la noche. Era más una advertencia que una amenaza, ni siquiera podía considerarse un auténtico ruido. Siguió el golpe seco de una puerta y un gruñido casi animal. Pasaban más de tres minutos del final de la cuenta atrás cuando les llegó con toda nitidez un chasquido, seguido de un montón de cosas que caían —¿la colección de objetos asquerosos del tontito?— y de un berrido de Julia, que les heló la sangre. Nunca habían oído nada parecido. Era un grito de dolor, o de terror, o de ambas cosas. Las miradas de expectación se tornaron miradas de angustia. Era ella, Julia, no había duda. Le estaba ocurriendo algo horrible.

—¡Retirada! —ordenó Olga—. ¡Todas a la cama!

En menos de cinco segundos cada sábana volvió a su lugar y la tienda entre las literas desapareció. Olga hizo acopio de prendas y mechones de pelo y lo metió todo en la caja que guardaba bajo su cama. Siguió otro grito desgarrador, que el vacío de la escalera multiplicó, y otro, y un tercero. Ellas estaban ahora muy atareadas en no ser descubiertas. Se metieron en las camas, se cubrieron con las sábanas, cerraron los ojos. Tenían que fingir que dormían, aunque era imposible si no conseguían respirar con normalidad.

Estaban todas acostadas cuando Olga tuvo una de sus ideas geniales. Rescató de la caja bajo su cama las bragas feas y desgastadas de Julia y las arrojó por el hueco de la escalera. No supo dónde cayeron, pero las vio volar un segundo, como una mariposa gigante. Se sintió muy aliviada de no tener que dormir cerca de ellas. Volvió a la cama tan deprisa como sus carnes desbordadas se lo permitieron y permaneció atenta. Todo aquello era como una aventura inesperada.

Siguieron gemidos, ruidos, voces, pasos. No habría sabido decir si eran realidad o sueño o tal vez mitad y mitad. Las chicas oyeron abrirse la puerta que separaba el colegio de la zona de clausura. El sonido de los zapatos de las monjas. Dos. Tal vez tres. Una de ellas era la madre Rufina, porque reconocieron su voz aguda y desagradable dando órdenes. Sin atreverse a abrir los ojos sintieron una nueva presencia en su cuarto compartido. Una de las religiosas había entrado a comprobar que todo estuviera en orden. Percibieron el rumor de su hábito, sus pasos amortiguados sobre las baldosas. Unos segundos más tarde les llegó de nuevo la voz de sor Rufina, esta vez desde el cuarto del tontito, que decía:

—Sacad de ahí al niño y que le dé un poco el aire.

Y la voz de la hermana Antonina:

—He encontrado esto en la escalera.

Y sor Rufina otra vez:

—Preguntadle a Julia si son tuyas.

Sólo Olga podía imaginar a la monja con las bragas en la mano, buscando a su propietaria. Por un momento, sintió un resquemor de culpabilidad y de compasión, pero lo apartó enseguida con un pensamiento: «Es ella la que ha tardado más de lo debido. No es culpa mía».

A todo este trajín, siguió la calma. Un silencio que parecía el de siempre, animado por los grillos del jardín. Todas se durmieron, agotadas después de un fin de fiesta tan excitante.

Sólo Olga permaneció atenta, escuchando. Quería saber todo lo que estaba ocurriendo, lo que nadie más sabría nunca. Cuando estuvo segura de que todas dormían —sus respiraciones lentas y profundas lo confirmaban— se levantó y salió de nuevo al pasillo. Se situó cerca de la escalera, en un recodo. Primero apoyó la espalda contra las baldosas. Luego se dejó resbalar hasta el suelo, y allí permaneció, acechando, tanto rato que se le durmieron las piernas.

Escuchó sobrecogida los hipidos de Julia, que a ratos eran muy fuertes. El ajetreo de pasos que llegaba del piso inferior. La voz estridente de la madre Rufina y sus palabras aceradas.

—¡Deja de exagerar y levántate! Seguro que puedes caminar, no quieras darme lástima. A mí las chicas como tú no me conmueven, que lo sepas. Límpiate, por Dios, estás hecha un asco. Escúchame bien. Vas a contarme ahora mismo, sin omitir un solo detalle, lo que ha pasado aquí. Y, sobre todo, vas a decirme qué hacías tú a estas horas en el cuarto de Vicentín. ¡Y sin bragas, Virgen Santísima!

La voz de Julia sonó de nuevo. Seguía hipando. Se calmó un poco pero más tarde volvió a empezar. Esta vez su llanto se mezclaba con un bisbiseo —de varias voces—, tan tenue que no se entendía ni media palabra. De vez en cuando, la superiora interrumpía. A ella sí se la escuchaba bien:

—¿Qué dices? ¡Habla claro! [...] ¡Suénate los mocos! [...] No vuelvas a pronunciar esa palabra. Toda la culpa es tuya, por provocarle. ¿Qué esperabas que ocurriera, si puede saberse?

Olga continuó espionando mucho rato más, durante todo el interrogatorio de la pobre Julia, con un nudo en la garganta. Tenía que asegurarse de que su compañera no las delataba ni decía a qué estaban jugando ni la nombraba como la verdadera inventora del juego. Eso sería una catástrofe. Las monjas dejarían de verla como un modelo de conducta. Se lo dirían a su madre. Dejaría de ser la favorita en todas partes. Sólo sería «la gorda». No quería ni pensarlo. A pesar de todo, trataba de tranquilizarse. Julia no las delataría. Había hecho un juramento sagrado. Nadie se había atrevido jamás a romper un juramento sagrado.

Se quedó allí hasta muy tarde. Julia no las delató. Olga captó algunos retazos más de conversación. La madre Rufina hablaba ahora más bajo, aunque con idéntica severidad. Daba miedo incluso en la distancia. Le dijo a Julia que no podía quedarse en el colegio, que tendrían que enviarla a otra parte. También le dijo que la mala cizaña hay que arrancarla cuanto antes y apartarla para que no se entremeta en la buena cosecha.

—Has ofendido al cielo muy gravemente, Julia. Mucho más de lo que te imaginas. Te contaré la razón para que entiendas por qué debes pagar por este crimen —dijo la superiora, que después de esto continuó hablando. Pocas palabras. Pero terribles. Olga lo escuchó todo. De principio a fin.

Los sollozos de Julia se hicieron intermitentes para escucharla, pero luego explotaron de nuevo. Olga, sobrecogida, se arrepintió de estar allí. Descubrió en aquel mismo instante que conocer ciertos secretos la ponía en una situación incómoda, que no deseaba. Pensó: «Tal vez no lo he entendido bien». Después de todo, desde donde se encontraba era casi imposible saber lo que ocurría abajo, junto a la leñera. Pensó: «Si nadie sabe que lo sé, es como si no lo supiera». Pensó: «Si he entendido bien, voy a ir al infierno».

Decidió, en su propio beneficio, olvidarlo todo allí mismo. Y se santiguó tres veces, por si acaso.

Volvió muy tarde a la cama, cuando ya estaba aburrida de escuchar y no oír nada. Las monjas no habían subido aún, estaban reunidas en cóncave, rezando el rosario. Sus oraciones eran un zumbido de insectos en mitad de la noche.

Antes de sucumbir al sueño, ya con los ojos cerrados, Olga se acordó de algo: sus tijeras de bordar doradas, con el mango adornado con filigranas vegetales, regalo de su madre. Nunca debería habérselas prestado a nadie. No quería empezar su nueva vida sin ellas.

Por eso su último pensamiento antes de quedarse dormida fue:

«Por favor, Señor, devuélveme mis preciosas tijeritas de bordar».

1981

Monopole blanco

Olga

Incluso antes de descubrir una línea secreta escondida en el armario de su dormitorio, la mayor parte de la vida de Olga Viñó orbitaba alrededor del teléfono.

Su marido, el reconocido catedrático de Dermatología Benito Pardo, asiduo a congresos, conferencias, clases magistrales, homenajes y entregas de diplomas y, por ello, eternamente ausente, bromeaba acerca de la gran afición de su esposa.

—Me asusta pensar lo desgraciada que habrías sido de nacer antes que Graham Bell, cariño.

En efecto, el teléfono era para ella un aparato de vital importancia, casi un miembro más de la familia. Tenía en casa cuatro receptores, de distintos modelos, sin contar el clandestino. Los aparatos legítimos estaban situados en diferentes puntos del enorme piso. Uno en el despacho de su marido, que sólo utilizaba él. Como el doctor Pardo no se ponía al aparato a menos que al otro lado hubiera alguien al borde de la muerte, el del despacho apenas se utilizaba. Había otro en la cocina, dotado de un cable rizado de dos metros de largo, que servía para que la doméstica recibiera recados en ausencia de Olga. Un tercero en el dormitorio, pensado para casos de enfermedad o emergencia, desde el que sólo se mantenían conversaciones con personas de mucha confianza. Por ejemplo, los domingos por la mañana, después de desayunar en la cama, Olga solía llamar desde allí a sus dos hijas mayores, ya casadas, para preguntarles en qué pensaban invertir el día y qué harían de comer. A los dos hijos no los llamaba a menos que hubiera una razón de peso —como un cumpleaños—, porque siempre los interrumpía y porque no le apetecía charlar con sus nueras. Ese teléfono del cuarto, más manejable y de color crema, era de los llamados, por su forma, «de góndola», que recordaba sólo por su curvatura a las embarcaciones venecianas y que Olga encontraba muy

apropiado para la intimidad. Muy diferente del que había en la salita, de baquelita negro, solemne, casi fúnebre, y con diferencia el más utilizado de los cuatro. Desde ese aparato Olga administraba sus dominios: recibía los recados profesionales de su marido, hacía la compra en un súper de la calle Guillermo Tell, encargaba tratamientos de belleza a domicilio, mandaba plantas a sus amigas cuando cumplían años, daba pésames, felicitaba ocasiones especiales y ejecutaba sin prisas cuantas obligaciones le imponía su agenda social. Por supuesto, toda esta actividad se plasmaba en unas facturas desorbitadas, que los Pardo podían permitirse.

Su afición por el teléfono se había desarrollado durante la última década. Años atrás los hijos no le dejaban tiempo para distracciones. Quiso ocuparse de los bebés ella misma. Se empeñó en amamantarlos en lugar de confiar en el Pelargón, la mejor —y más cara— de las leches maternas recién inventadas. Ella no dudaba de sus bondades, por otra parte evidentes, pero prefería ignorarlas. Los bebés saciaban su necesidad de sentirse imprescindible al tiempo que le permitían vivir con intensidad el espejismo del amor maternal. Mientras tuvo un lactante que llevarse al pecho pletórico, no sucumbió a otros entretenimientos. Sin embargo, en cuanto cada uno de sus cinco hijos comenzó a caminar y demostró interés por algo más que ella, los dejó al cuidado de una niñera elegida por su juventud y resistencia, a quien advirtió que su único cometido era lograr que los pequeños llegaran sanos y salvos a su primer año de guardería. Mientras tanto, ella se ocupaba de parir otro, amamantarlo, destetarlo y entregarlo de nuevo a la niñera. Y así hasta cinco. El menor de los cuales —diecisiete años, batería y letrista en una banda de rock que tocaba en garajes, recién matriculado en Filosofía— era el único que le permitía sentir que aún era útil para alguien.

El pequeño le había salido oveja negra porque se parecía a su cuñado de un modo tan evidente que incluso el doctor Pardo lo reconocía. Estas cosas de la genética son como una lotería en la que nunca sabes cuántos números juegas. Como el Damián que ella conoció, su benjamín tenía mucha imaginación, un don para todo lo creativo, una inquietante tendencia a la tragedia y una sensibilidad exacerbada que le brindaba un sinfín de ocasiones de ejercitar su talento. Resultaban fascinantes a cierta distancia, pero de cerca requerían una gran atención. Presentía, con esa vista de lejos que da la

experiencia, que la gente se alejaría de su hijo pequeño del mismo modo que ella se alejó de Damián en cuanto pudo. Y, del mismo modo, habría quien con el tiempo se arrepentiría de haberlo hecho. De vez en cuando se sorprendía pensando en Damián, preguntándose qué habría sido de su vida si se hubiera casado con él y no con Benito, qué coche tendrían, a qué colegio habrían enviado a sus hijos, cómo serían sus noches, qué le diría Damián al oído al despertar. A veces soñaba con su cuñado, como para consolarse. A veces el sueño era tan bonito que pasaba el día entero enfadada con la realidad, hasta que las sensaciones se le olvidaban del todo y volvía a resignarse a ser la que era, instalada en una vida que ni sus muchos esfuerzos hacían dejar de parecer decepcionante. Estas ensoñaciones, por cierto, eran siempre muy fugaces y, por eso mismo —interpretaba ella—, inofensivas. Llegaban y se alejaban como tormentas de verano. Y cuando reinaba la calma, Olga se pintaba sola para autoconvencerse de que todo iba bien y nunca había ocurrido nada malo. Había logrado esa porción de felicidad que sólo se conquista ignorando ciertas cosas.

Con respecto al teléfono secreto, no pesaba sobre su conciencia porque no había sido idea suya. Lo descubrió uno de los operarios de la empresa de reformas al desmontar, con no poco estropicio, el gran ropero del dormitorio.

—Señora, ¿qué hacemos con esto? —le preguntó, señalando el aparato, que ella no había visto en su vida.

Se trataba de una antigualla de pared que no servía para llamar porque no tenía disco giratorio, sólo uno fijo, sin numeración. Estaba incrustado en el lateral del armario, a una altura algo menor de lo que se habría considerado normal, protegido bajo un estante misterioso que lo hacía aún más invisible. Lo lógico habría sido que no sirviera para nada, por eso Olga se sorprendió al comprobar que tenía línea y que su aspecto era aceptable. Le ordenó al operario que lo dejara donde estaba y se dispuso a investigar por su cuenta el misterio. Por descontado, no le dijo nada al doctor Pardo, ni a nadie. Olga no tenía por costumbre rendir cuentas de sus actividades, ni al doctor le interesaban las minucias domésticas de su mujer.

Como responsable de las obras de reforma del viejo piso familiar —apenas un lavado de cara de las paredes, más la construcción de un vestidor adecuado a su gran guardarropa—, Olga se sentía legitimada para husmear

cuanto le viniera en gana. Tenía, además, mucho tiempo para hacerlo. Tras la aparición del teléfono del armario se formuló algunas preguntas, como es natural. El piso, trescientos metros cuadrados de Laforja con Vía Augusta, perteneció desde siempre a la familia de su padrastro. Ellas, las mujeres, se instalaron allí después de la segunda boda de su madre. Las gemelas tenían catorce años. Olga vivió allí hasta su boda con Pardo, sin reparar jamás en la presencia de un teléfono escondido en el ropero. Marta se marchó unos pocos años más tarde y, que ella supiera, tampoco hizo ningún descubrimiento extraño. Eso significaba, según sus cálculos, que el aparato era posterior a 1962 —la fecha de la boda de Marta y Álex—, aunque siempre cabía la posibilidad de que ya estuviera allí y nadie lo hubiera visto. En todo caso, la duda principal no era tanto el «desde cuándo» sino el «para qué» y el «por orden de quién». Quién mandó instalarlo allí y por qué razón. En todo caso, era un secreto que pertenecía a su parte de la familia, y así decidió que continuara.

Después de varios días de pesquisas, descubrió que el aparato no sonaba porque alguien le había extirpado las campanas hacía mucho y que la línea a la que estaba conectado no era suya, sino una extensión de la del local de la planta baja. El local fue también de su padrastro, que tenía por única afición el comprar coches antiguos o sólo desvencijados y repararlos sin prisas. Sirvió durante años como taller mecánico y fue un lugar sucio, lleno de chatarra, polvo y grasa donde ni ella ni su hermana ponían nunca los pies. En el testamento, el padrastro dejó el piso a Olga —la mayor de las dos, sólo por siete minutos— y el local a Marta. Sin duda, acertó. Marta nunca habría aceptado vivir entre los recuerdos de su juventud, un período de su vida con el que nunca hizo las paces. En cambio, Olga no habría sabido qué utilidad darle al viejo taller de coches, más allá de malvenderlo. Fue lo último bueno que hizo por ellas aquel hombre extraño que nunca dejó de serlo, a pesar de los muchos años que vivieron bajo el mismo techo.

El doctor Benito Pardo era doce años mayor que Olga. La guerra civil le descuajó la primera juventud, le retrasó los estudios y le adelantó los miedos adultos. Era médico por tradición familiar y por admiración hacia su padre,

que volvió del frente de Toledo con heridas de metralla en las piernas y una condecoración militar.

A Olga la guerra, como a todo el mundo, le cambió la vida por completo, aunque nunca lo supiera porque nació en el primer verano de la contienda, mientras los ejércitos sublevados modificaban a su conveniencia varias décadas de historia venidera. Sin el avance de esos ejércitos, la vida de Olga, y de todas las olgas de su tiempo, no habría estado tan llena de monjas plenipotenciarias, confesionarios, tutores legales, horas de costura, rosarios al anochecer, cantos cara al sol y películas que nadie comprendía. Aunque nada de todo eso era en realidad muy importante porque nadie echa de menos lo que nunca tuvo.

En cierto modo la historia del noviazgo de Olga, y, por tanto, la de su vida, comenzó a forjarse la tarde del 17 de noviembre de 1950, cuando fue con toda la familia al cine Windsor Palace a ver *Lo que el viento se llevó*. Fue la primera y la última vez que salieron juntos los cuatro, pero la ocasión era muy extraordinaria. Se estrenaba por fin, después de varios tropezones con la censura y con once años de retraso, la famosa película americana que tanto querían ver las mujeres de la casa. El padrastro utilizó sus influencias para conseguir cuatro invitaciones en un palco, y salieron de casa envarados por la novedad, dispuestos a caminar por Vía Augusta hasta la Diagonal, que ahora se llamaba avenida del Generalísimo. Las niñas eran ya, según su madre, «unas pollitas», lo cual significaba que ya sabían desenvolverse solas pero no era conveniente que lo hicieran. Menos aún para ver una película que la censura había calificado de categoría «3-R». Es decir, entre la 3 —«autorizadas para mayores» y la 4 —«gravemente peligrosas»—, un estadio intermedio en que la R significaba «con reparos» (los del censor, únicamente). He aquí uno de ellos, según rezaba el informe de la censura de 1947: Escarlata O'Hara se mostraba demasiado feliz después de su noche de bodas con Rhett Butler, lo cual denotaba una evidente «delectación concupiscente». Eso de la «delectación», mucho menos «concupiscente», era algo que las mujeres españolas no sabían ni imaginar. Ellas eran decentes, obedientes, castas, magras y católicas, tal y como el Régimen había previsto

que fueran. Tres años más tarde otro censor, o tal vez el mismo, ablandado, dejó pasar la película, aunque Escarlata seguía tan rebosante de concupiscencia y reparos como antes.

Para ir al encuentro de tantas emociones, la familia se atavió con sus mejores galas. El padrastro, de esmoquin. La madre, de largo y con su estola nueva de visón. Las niñas ya no consentían en ir vestidas iguales, ni podían, porque Olga triplicaba en volumen a Marta. Ambas lucían trajes de alta costura de la sastrería Santa Eulalia, pero diseñados con objetivos opuestos: el de Marta buscaba resaltar el talle y la cintura; el de Olga hacía todo lo posible por estilizarla y ocultarle las lornas. Olga iba enfadada con todo — con su hermana, con el terciopelo del vestido, con su reflejo en los escaparates, con la negativa a comprar almendras tostadas en el ambigú...— hasta que se oscureció la sala, sonó la música y apareció Escarlata O'Hara en el porche de Tara con su vestido blanco con miriñaque y una desfachatez suficiente para oponerse a cualquier designio del destino. Olga estuvo con el corazón en vilo durante dos horas, deseó atender heridos en un hospital de guerra, se angustió con la llegada del enemigo a Atlanta y lloró de emoción cuando Escarlata puso a Dios por testigo de que nunca volvería a pasar hambre. Mientras en la pantalla brillaba la palabra «Intermedio» y el padrastro estudiaba por primera vez en su vida la posibilidad de visitar un bar, Olga seguía en un estado casi catatónico, sin moverse de su asiento, los ojos fijos hacia delante, asimilando. Lo que aquella película le estaba removiendo por dentro no lo había conseguido nada jamás. Ni nadie.

—Mira, aquí pone —decía Marta, mientras tanto, señalando una página del programa de mano— que Escarlata lleva cuarenta y cuatro vestidos y nueve sombreros a lo largo de la película. ¿Tú sabías que Vivien Leigh es inglesa? Lo dicen como si fuera importante.

Olga no escuchaba. Siguiendo el ejemplo de Escarlata, la mayor de las gemelas Viñó decidió aquella tarde que había venido al mundo a ser muy deseada y a hacer algo heroico. Ella no podría salvar Tara, pero podía salvarse a sí misma. De vuelta a casa, mientras toda la familia caminaba en silencio, sin nada que decirse, y Marta seguía hojeando el programa de mano, Olga comenzaba a planear su transformación. Comenzaría por dejar de comer. Después se esforzaría en encontrar un hombre interesante, mayor que

ella, con mucho mundo, un Rhett Butler ibérico, que la quisiera. Allí, en una Vía Augusta oscura que surcaban los tranvías, a Dios puso por testigo de que iba a pasar el hambre más atroz de toda su vida. Y lo cumplió. La nueva Olga O'Hara había por fin comprendido en qué quería convertirse y puso en ello la determinación de un rompehielos.

Aún estaba imbuida de todas estas ideas cuando en 1954 logró que su padraastro sufragara su primer curso de Medicina. Por aquel entonces, Marta ya tenía una talla más que ella y escribía su primera novela, al mismo ritmo vertiginoso con que sus destinos comenzaban a alejarse. Que una mujer decidiera ir a la universidad en aquellos años era lo bastante heroico para interesar a la nueva Olga. En su clase, sólo otra loca como ella había decidido lo mismo. El resto eran hombres muy convencidos de la superioridad de sus inteligencias varoniles y dispuestos a burlarse de las chicas que pretendían emularles, aunque no quedara tan claro si era eso lo que pretendían. Era un buen lugar para ser adorada, aunque sólo fuera como rareza.

Apenas dos semanas después de comenzar el curso un periodista del diario *El Español* —*Semanario de los españoles para los españoles*— visitó las aulas e hizo una entrevista a las dos futuras médicas. Cuando le preguntó a Olga por qué era universitaria, ella respondió:

—Mi mayor deseo es ayudar a la gente.

El entrevistador —hombre— preguntó entonces si no deseaba casarse, y ella no dudó en contestar:

—Si encuentro en mi camino a un muchacho inteligente y que no esté mal del todo, claro que me casaré con él. Ninguna prefiere ejercer una profesión a estar en su casa como reina y señora con su marido y sus hijos. Al fin y al cabo, ésa es la verdadera carrera de la mujer.

De haber estado allí Pilar Primo de Rivera, la presidenta de la Sección Femenina de Falange, habría llorado de orgullo patriótico. Casi lo hizo más tarde, en su despacho del castillo de la Mota, cuando leyó el artículo que su secretaria acababa de traerle en el resumen de prensa. El periodista añadía que, «a pesar de todo», su entrevistada desprendía «un penetrante aroma de feminidad exquisita». Y doña Pilar, con un sentido de la realidad tan hondo como el que tenía del deber, sentenció: «Entonces, no durará mucho en la universidad».

En el artículo no se hablaba de lo mejor: las clases de disección. Olga descubrió que las resistía con más entereza que la mayoría de sus compañeros varones. Algunos aprovechaban aquellas visiones de cuerpos humanos cuarteados como pollos para darse cuenta de que habían equivocado la vocación y desertar de las aulas para siempre. Aunque no todos lo tenían tan claro, ni tan fácil. La mayoría aguantaba ante las piscinas de ácido fénico, mirando con ojos de horror los cadáveres sumergidos, haciendo esfuerzos por no desmayarse. Uno de ellos, el más escuálido y blanquecino, se convirtió por culpa de un mareo en el mejor amigo de Olga.

Fue durante una de las primeras clases. El catedrático de anatomía había empezado la disertación y los habitantes de las piscinas salían silenciosos al encuentro de los estudiantes, transportados por el bedel. De pronto, uno de los alumnos cayó redondo a los pies de Olga. Las gafas del muchacho salieron despedidas hacia las gradas del aula y su sien derecha rebotó en el empeine del pie izquierdo de ella antes de dar contra el suelo un golpe seco que estremeció a los presentes. Tras un reconocimiento apresurado y falto de interés, el catedrático dictaminó que nadie había sufrido daños, ordenó que le pusieran al desmayado los pies en alto y encargó a Olga —la única mujer presente— que se hiciera cargo de él hasta que estuviera restablecido. El pobre muchacho no tardó en volver en sí. Abrió unos ojos miopes y tanteó en busca de sus gafas. Olga se las restituyó, recién rescatadas de debajo de un banco y con un cristal roto.

—Uy, qué catástrofe —dijo él, que parecía a punto de echarse a llorar—: Me he desmayado, ¿verdad? —Olga asintió—. Lo sabía, yo no tengo madera de médico.

Hablaban en susurros, para no perjudicar los truculentos menesteres de los demás.

—Entonces ¿por qué estudias medicina? —preguntó ella.

El muchacho suspiró, como si no tuviera fuerzas para asuntos tan arduos.

—Te lo cuento en otro sitio si no te importa. ¿Nos podemos marchar de aquí?

—Nos han perdonado la clase. —Sonrió ella, encantadora.

—Entonces te invito a un café y nos contamos la vida —dijo él.

Olga dudó un momento, de un modo muy teatral. Frunció los labios, desvió la mirada, se retorció los dedos de las manos. Deseaba y no deseaba. Podía y no. Decidió que mejor no dejarse ver con aquel flojito en un establecimiento público, por si acaso había un candidato mejor al acecho.

—Vamos a un banco del patio, ¿sí? —le propuso.

Más repuesto, el muchacho llegó hasta el soleado recodo elegido por Olga. En cuanto se sentó tendió una mano.

—Por cierto, soy Damián Pardo.

—Olga Viñó.

—¡Olga! —Entornó los ojos, como si estuviera escuchando un acorde muy hermoso—. «Aquella que es invulnerable.»

—¿Qué dices?

—El significado de tu nombre. ¿No lo conocías?

Olga soltó una risita. Todo cuadraba.

—No, pero me gusta. Tienes razón, ¿sabes?: creo que soy invulnerable.

—Lo he notado enseguida. ¿Quieres ser mi novia?

—Si empiezas a decir impertinencias, me marchó.

—Perdón, perdón. Seguro que ya tienes novio. Una beldad como tú no puede ir por ahí sin escolta. Si tu novio me encuentra me descuartizará y me echará a la piletta, con los demás. Confiésalo: todos esos del aula de disección son pretendientes que quisieron saber tu nombre antes que yo.

—¡Qué ocurrencias! —fingía asustarse ella—. Yo no tengo novio. Ni quiero, por el momento. Pero da igual, porque tú nunca podrías serlo.

—Anda, ¿y por qué no?

—Porque eres demasiado joven para mí.

—Pero si tenemos la misma edad.

—¡Qué va! ¿Tú en qué mes naciste?

—En noviembre.

—¿Lo ves? Yo soy de julio. No puede ser.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada. Yo quiero un hombre maduro.

—Puedo intentar madurar al sol. Si me pudro, haces mermelada conmigo.

Olga reía tapándose la boca y moviendo los hombros espasmódicamente.

—Eres raro. Anda, cuéntame tu vida, que a eso hemos venido.

Damián se quedó pensativo y mustio.

—No sé ni por dónde empezar.

—Empieza por decirme qué haces estudiando medicina si no quieres ser médico.

—Ah, eso. Evitar que mi padre me desherede.

—¿Tu padre quiere que seas médico?

—Todos en mi casa quieren que sea médico.

—¿Quiénes son todos?

—Mi padre, mi abuelo, mi hermano mayor. Todos médicos. ¿Sabes quién es mi hermano mayor?

—Ni idea.

—El nuevo adjunto de cátedra del doctor Gil Vernet. Reciente doctor en dermatología. El curso que viene podría ser tu profesor. Quiere ganarse una cátedra. ¿Lo ves? En mi casa todos son eminencias menos yo. Yo he salido tonto.

—¿Y tú qué quieres ser?

Sacó pecho:

—Yo soy sonetista.

A Olga se le escapó una carcajada.

—¿Y eso en qué consiste?

—Hago sonetos.

—¡Pues menuda carrera!

—La medicina me pone triste. ¿A ti no?

—Sinceramente, Damián Pardo, estoy completamente de acuerdo con tu familia.

—¿Ves como deberías ser mi novia? Así me meterías en cintura.

—Te lo he advertido. —Se levantó casi de un salto—. Has dicho dos veces la misma impertinencia. Me marchó.

Y Olga dio media vuelta y se fue, con la falda blanca acampanada oscilando al ritmo de sus pasos, digna como una señorita sureña anterior a la guerra de Secesión.

Pero volvieron a encontrarse, claro, y Olga fingió darle otra oportunidad y él no la malgastó. Trató de no decir impertinencias, adorándola en secreto. Damián había desertado de las clases de disección pero seguía yendo a la facultad sólo por ver a Olga. Ella lo sabía, estaba encantada, buscaba su compañía y a la vez simulaba desdeñarla. En menos de una quincena Damián le había escrito 527 sonetos y se pasaba las horas mirándola de reojo y escogiendo rimas mientras fingía atender a las clases. Olga simulaba no darse cuenta de aquel interés, y así se permitía charlar con él tanto como quisiera. Las cosas, según ambos, iban sobre ruedas.

Para Olga resultaba muy práctico tener un aliado en aquel campo de minas. Por lo menos, si iba con Damián nadie se metía con ella, ni le preguntaban por qué quería ejercer una profesión que Dios había destinado a los hombres. La mayoría de los estudiantes tenían una actitud soberbia e insultante hacia sus compañeras. O las trataban de tontas o de marimachos. En el primer caso, daban por sentado que se cansarían enseguida de estudiar. En el segundo, se sorprendían al descubrir el menor indicio de feminidad. A veces les gastaban bromas que rayaban lo delictivo. Su compañera de curso, sin ir más lejos, fue víctima de una de ellas. Acababa de subir al autobús camino de su casa y buscaba una barra de labios dentro de su bolso cuando tropezó con un par de testículos más tiesos que dos higos secos y limpiamente rebanados de un cadáver. Al fondo del vehículo le pareció descubrir a un grupo de compañeros con quienes había estado aquella misma tarde en clase de disección y comprendió cuál era el origen del curioso hallazgo. Aguardó un poco, sin hacer ningún aspaviento, espionando su extrañeza al verla pintarse los labios, devolver la barra de carmín a su lugar y seguir viaje, atenta a las paradas, como cada día. Esperó a llegar a su destino y caminó hacia el grupo con naturalidad. Justo antes de bajar introdujo la mano en el bolso, tomó del pellejo el souvenir y lo arrojó a los pies de sus compañeros.

—Creo que a alguno de vosotros se le ha caído esto —dijo, bajando del vehículo.

No fue muy agradable, pero consiguió ganarse su respeto.

Entre los catedráticos, no iban mucho mejor las cosas. Los había liberales, que toleraban, protegían y hasta ayudaban a las alumnas, pero la mayoría se debatía entre las dudas y el escepticismo. Algunos estaban empeñados en que las médicas que terminaran sus estudios recibieran un título meramente honorífico, que no les permitiera ejercer la profesión. Otros navegaban aún en la estela de aquellos eminentes catedráticos madrileños que casi un siglo antes, al no tener más remedio que investir doctora a una mujer, escribieron al pie del acta: «Que no se repita». En lo que todos coincidían era en la cara de sorpresa que se les quedaba cuando descubrían entre una nueva promoción a cuatro doctoras que además de ejercer como tales pretendían casarse, tener hijos o pintarse las uñas.

En suma, hacía falta tener muchos redaños, mucho convencimiento y mucha paciencia para seguir adelante. Así estaban las cosas en los sufridos años cincuenta.

—Mis padres dan una fiesta el sábado para celebrar el doctorado y la ayudantía de cátedra de mi hermano mayor. Puedo invitar a quien yo quiera. ¿Vendrías?

Damián lo preguntaba con tal cara de ilusión que era imposible negarse. Aunque de ser posible, Olga tampoco se habría negado. Tenía un vestido nuevo por estrenar y aquélla era una magnífica ocasión para hacerse ver.

—Bueno, pero tendrá que venir mi hermana. No me van a dejar ir sola.

—Es natural. ¿Tu hermana es tan guapa como tú?

—Es mi gemela —respondió, antes de añadir, saboreando con placer cada sílaba—: Pero está un poco más gordita que yo.

—¡Que venga, que venga! Igual podemos casarla con Benito.

—¿Benito?

—Mi hermano el ermitaño. No sale de su cuarto. Todo el día estudiando.

—Uy, qué claustrofobia.

La compañía de Marta no fue suficiente. La madre consideró que una fiesta era un peligro lo bastante grande para tomarse la molestia de acompañar a sus hijas. El padrastro, que creía con fervor en las buenas costumbres, aprobó la decisión con total pasividad.

La fiesta era en realidad una recepción sosa llena de señores que hablaban de hígados, tiroides, úlceras y otros horrores y utilizaban palabrejas incomprensibles, como «tromboflebitis» o «esplenomegalia». Un cuarteto de cuerda trataba de animar a los presentes con piezas de Beethoven y Haydn, pero nadie allí parecía valorar sus esfuerzos, ni siquiera requerirlos. Acercarse a las conversaciones masculinas era un plan poco atractivo y en las femeninas la media de edad rondaba los setenta años y el tema favorito eran los partos (sobre todo los propios, relatados con gran entusiasmo e innumerables detalles). Olga y Marta no tenían nada que aportar en ninguna parte, salvo una juventud y una gracia que no pasaban inadvertidas. Damián trataba de alegrarlas llevándoles canapés y copas de ponche, pero las dos hermanas sólo deseaban marcharse de allí cuanto antes. Olga comenzaba a comprender a su amigo cuando se le acercó un señor muy alto, con el pelo ensortijado y gafas de pasta y le preguntó:

—Ya que mi desastroso hermano no nos presenta, lo haré yo mismo. Soy Benito Pardo.

—Yo soy Olga Viñó. Ésta es mi hermana Marta, y nuestra mamá.

El doctor Pardo —doctor por partida doble— sonrió a la hermana e inclinó la cabeza ante la madre, que no se molestó en levantarse y casi ni en corresponderle.

—¿Y a quién debemos el acierto de su visita? —preguntó el doble doctor.

—Soy compañera de Damián —explicó Olga, señalando con la mirada a su amigo, que estaba en el bufé preparándole una bandeja de frutas.

—¿Compañera? —El doctor Pardo arqueó una ceja sorprendido.

—De la facultad.

Ahora la sorpresa fue mayúscula. Incluso dio un paso atrás para verla en perspectiva.

—¿Así que quiere usted ser médico?

Olga adoptó aquella pose suya de heroína, tan estudiada, y dijo:

—Mi mayor deseo es ayudar a la gente.

—Estoy seguro de que lo conseguirá, desde luego. ¿Y usted? —Se volvió hacia Marta—: ¿También estudia medicina?

—No, no —saltó Marta.

—Mi hermana quiere ser escritora —informó Olga.

De nuevo la ceja incrédula del doctor Pardo tuvo que levantarse.

—¿Escritora? Muy interesante. ¿Y qué escribe usted?

—Está terminando una novela. —La cara de odio profundo de Marta hacia su hermana pasó inadvertida al doctor, pero no a Olga.

—¡Ah! ¡Una novela! ¿Y puedo preguntarle de qué trata? —se interesó Pardo.

—No —soltó Marta.

La incomodidad se extendió a todo el grupito como una onda expansiva. Olga miró a su hermana y luego al doctor, sin saber qué decir. Iba a disculparse por Marta cuando Pardo habló primero.

—Disculpe, no era mi intención incomodarla.

Marta se había dado cuenta de su metedura de pata y también del apuro de Olga y balbuceó una explicación.

—Es que no me gusta hablar de lo que no está terminado.

—Lo entiendo muy bien —dijo él, antes de añadir con solicitud—: Yo tengo amigos editores. Tal vez podría presentárselos, si lo cree oportuno. Cuando termine, claro está.

Saltó Olga:

—Pero qué amable, ¿verdad, Marta? Es un detalle muy bonito. Mi hermana le estará muy agradecida. ¡Le avisaremos enseguida!

—Eso si la termino algún día —murmuró Marta.

La fascinación que aquella criatura díscola ejercía sobre el homenajeadó comenzaba a resultar evidente. Demasiado para que Olga no decidiera entrometerse de inmediato.

—Doctor Pardo. —Ladeó la cabeza, coqueta, sonrió tratando de ser lo más eficaz posible—: ¿Es verdad que el curso que viene voy a ser su alumna?

—Para eso debería usted superar el primer curso. ¿Lo hará?

—Eso espero.

—En ese caso, es muy probable.

—¿Y puedo esperar algún trato especial por ser amiga de su hermano?
—Más sonrisas como anzuelos.

—Tratándose de mi hermano, me temo que ese trato sólo podría desfavorecerla.

—Me duele que no se lleven ustedes bien —dijo ella, haciendo gala de una prudencia social muy premeditada.

—¿Cómo vamos a llevarnos bien? ¿Ya le ha contado que deja la carrera? Será el primer Pardo que renuncia a la medicina en cinco generaciones. Y todo, ¿para qué? ¡Quiere ser poeta! ¡Sonetista! ¿Habrás visto mayor estupidez? Nuestro padre está tan disgustado que ni siquiera le dirige la palabra. —Señaló hacia el conciliábulo de su padre, donde en aquel instante se hablaba con animación sobre pancreopatías agudas.

Justo entonces apareció Damián haciendo equilibrios con dos copas y un plato repleto de fruta y soltó, a bocajarro:

—Veo que has conocido a mi admirado hermanito.

El doctor Pardo se envaró un poco, carraspeó, volvió a inclinar la cabeza ante la madre de las invitadas y dijo:

—Un honor haberlas conocido, señoritas. El curso que viene la espero en clase. Y a usted —se volvió hacia Marta— le deseo que escriba mucho y se enfade poco. Y que a ninguna de las dos se le ocurra casarse con mi hermano, buenas tardes. —Y se alejó, con su porte elegante un poco desgarrado de tanto estudiar, distinto al de todos los hombres que habían conocido.

Olga nunca empezó segundo, como era de esperar. No habían terminado las clases de primero cuando el doble doctor comenzó a galantearla y ella se lo permitió, aunque sin decirle por ahora nada a su amigo, que continuaba buscando rimas consonantes para ella. Damián solía presentarse en casa de Olga de improviso, para disgusto de la madre, con la intención de leerle los últimos poemas que había terminado. Como era un poeta muy prolífico, también era un visitante bastante pesadito. Ella le escuchaba, fingiendo que no se daba cuenta de que todos los versos le estaban dedicados, y luego emitía un veredicto descorazonador.

—Los de ayer rimaban más.

—Claro, porque los de hoy son en verso libre.

—¿Lo ves? Los de ayer eran más bonitos.

Eran la pareja perfecta: Olga deseaba que Damián nunca terminara de morir de amor por ella y Damián era el enamorado con más vocación de desdichado del planeta. Fue una lástima que se interpusiera Benito.

Porque paralelo al debate sobre la rima y la métrica, el hermano mayor comenzó un galanteo metódico y discreto todos los martes, jueves y sábados por la tarde, cuando, robando un par de horas a sus libros, le hacía una visita a quien ya consideraba su novia. Llevaba una cajita de bombones para la madre, que tenía muy claro quién era su candidato, y charlaba con el padrastro de asuntos banales —casi siempre fútbol, al que ambos eran aficionados—. Luego daba un paseo con las gemelas hasta la confitería Mora, donde las invitaba a limonada o a chocolate, según la estación. Marta paseaba en silencio, sumida en sus pensamientos. Olga, en cambio, hacía lo posible por no callar ni un segundo. A veces, el doctor deseaba que su novia fuera Marta, por la tranquilidad que prometía una futura convivencia con ella, pero la vitalidad de Olga frente a la grisura de su hermana terminaba por hacerle creer casi siempre que había elegido bien.

El doble juego se prolongó durante veintidós meses, hasta que Benito ganó una cátedra de Dermatología en la Universidad de Barcelona y pidió al padrastro la mano de Olga en una ceremonia familiar bastante insípida. Aquella noche, Olga citó a su sonetista con urgencia para contárselo todo y despedirse de él. Por una vez, arrebatada de tristeza, le dijo toda la verdad: que se había acostumbrado a sus lisonjas y sus disparates y que le costaría un mundo prescindir de ellos, pero que debía hacerlo en aras de la decencia y la lealtad. Tenía un aire de mártir insufrible, que Damián no perdonó. Se marchó airado, herido en lo más profundo, sin ni siquiera dejarla terminar. Olga lloró toda la noche. Por un momento había albergado la esperanza de que el juego continuara, tal vez unos meses después de la boda, con la condición de que fuera siempre platónico y se limitara a los poemas, de la rima que fueran. De algún modo presintió que la apuesta segura de Benito nunca saciaría esa necesidad suya de sentirse adorada y que no tardaría en echar de menos a Damián. Sus temores se cumplieron con creces.

La boda de Olga y el nuevo catedrático se celebró el tercer domingo de mayo de 1957 en el Monasterio de Pedralbes y ante trescientos invitados. Entre ellos, por cierto, no estaba Damián, aunque sólo los más allegados se dieron cuenta. Se había marchado nadie sabía adónde sin despedirse de los novios y sin participar en ninguna de las celebraciones que precedieron al enlace. Olga valoraba que hubiera tenido el acierto de no reprocharle nada. Ni

el doctor Pardo ni ella misma permitieron que su ausencia les estropeará el día. Al fin y al cabo, no hay historia de amor que no incluya, al menos, un cadáver. En este caso, sin contar los de la piscina de la universidad, aún había otro más: el del futuro de Olga, no como señora de médico, sino como médico por sí misma. Ni siquiera ella lo lamentaba.

Del multitudinario enlace quedaba constancia en un álbum donde las fotografías amarilleaban entre papel de seda y que nadie miraba jamás. Olga solía disfrazar ese desinterés de añoranza. «En ese álbum hay demasiados muertos», decía. Pero la única verdad era que no quería comprobar que estaba cambiando. La jovencita con velo de la foto ya no se parecía a la mujer de cuarenta y cinco. No sólo era una cuestión de canas incipientes o de las primeras sombras parduzcas en la piel. Era la expresión, aquella felicidad de años atrás, tan evidente en las imágenes como el ramo de novia. Cuando se miraba a sí misma el día de su boda, podía reconocer la alegría, la ilusión, las expectativas, incluso la arrogancia. Al comparar todo eso con su presente, sentía las mismas ganas de rebelarse que sintió la tarde del Windsor Palace en que conoció a Escarlata O'Hara. Sólo que ahora la revolución que le hubiera gustado emprender no era posible. Ésa era la única razón por la que en veinticuatro años sólo había abierto el álbum de la boda tres veces, siempre a petición de alguna de sus hijas, y lo había mirado de refilón para devolverlo enseguida a su lugar, que era el olvido.

En fin. Hay cosas que conviene dejar donde están.

De modo que la línea telefónica secreta aportó mucha distracción a Olga. Sobre todo después de terminadas las obras, cuando comenzó a espiar las conversaciones de su hermana. Era muy sencillo. Si estaba atenta (y en la parte del piso que daba a la calle), podía oír a Marta subir la vieja persiana del local de abajo. Entonces acudía a montar guardia junto al aparato escondido, hasta que un crujido diminuto delataba el inicio de una llamada. Descolgaba el auricular y se lo llevaba a la oreja mientras tapaba el micrófono con un pañuelo que había dejado sobre la repisa a propósito. Tenía que agacharse un poco, y a veces le daba la impresión de estar metida dentro del ropero, pero los secretos que descubría le compensaban de tantas

incomodidades. Una vez estuvo a punto de ser descubierta por la sirvienta, qué apuro, pero supo disimular a tiempo hablando de lo difícil que resultaba detectar carcoma en las maderas nuevas.

La vida de Marta le interesaba mucho. Hacía más de diez años que no tenían una conversación auténtica, si es que alguna vez la habían tenido. Marta siempre había sido de natural lacónico, abstraído. En persona, era poco habladora. Además, Olga sospechaba que, si tuviera algo que decir, no sería a ella. En realidad, nunca habían tenido una relación demasiado espontánea ni, mucho menos, de confianza. Olga se preguntaba a menudo cómo Marta y ella podían ser tan diferentes, siendo gemelas. Ninguna de las dos había sentido jamás aquella comunión entre hermanos nacidos de la misma bolsa de la que habla el mito popular. Más bien al contrario. Pensar en Marta le producía extrañeza y desasosiego. Físicamente compartían rasgos, aunque su hermana era enemiga de tintes, adornos y, en general, cualquier cosa que mermara su defendida «naturalidad» —que Olga solía llamar «desaliño»—, de modo que cuando estaban juntas Marta parecía una versión de Olga sin colorear. Un prototipo básico, al que podías ir añadiendo cosas hasta llegar a Olga.

Cuando Olga espiaba a su hermana por teléfono tenía la sensación de estar escuchando a una desconocida. Su gran interés radicaba en las comparaciones: cuánto mejor era la vida de Marta que la suya. Cuánto más feliz era en su matrimonio. Qué tenía que a ella le faltara. No lograba averiguarlo, en parte porque todo lo que hacía o decía Marta constituía para ella un enigma, incluso lo más concreto.

Se alegró de saber que había pedido a un chatarrero que vaciara el local. Siguió con mucho interés las tareas de limpieza, que duraron varios días. Su hermana no parecía preocupada cuando describía el estado calamitoso del lugar, aunque había de reconocer que el responsable de la empresa de saneamientos inspiraba mucha confianza. Como si a un cazador de elefantes le estuvieran encargando la captura de un conejo. En menos de una semana el desvencijado y grasiento taller se convirtió en un sitio limpio y agradable. En quince días más, tenía un techo falso decorado con volutas rococó y un suelo nuevo de baldosas grises sobre el que su hermana pensaba instalar una moqueta de color vino. Marta había decidido respetar el viejo despacho del padastro, un cubículo de madera que siempre estuvo al fondo y donde se

alojaba el teléfono, el mismo desde el que ella —le resultaba tan fácil imaginarla— mantenía todas aquellas conversaciones. Había que reconocer que el teléfono se les daba bien a las gemelas Viñó.

Sin embargo, varias semanas después de descubrir la línea clandestina, y a pesar de los esfuerzos, Olga aún se preguntaba para qué eran tantas reformas, tantos gastos, tanto cuidado. De pronto, Marta mandó retirar la oxidada, ruidosa y mugrienta persiana —ya no la oiría llegar por las mañanas— y encargó una puerta nueva, de madera de roble y cristal esmerilado. También encargó dos sofás Roche Bobois según catálogo (modelo Bubble, uno amarillo y otro azul), pidió cita con un anticuario y dejó un mensaje en el contestador automático de una decoradora de interiores de cierto nombre solicitando «una visita con fines a un presupuesto».

Las llamadas de trabajo de Marta le interesaban casi tanto como las otras. Una vez a la semana, los de la revista *Lecturas* tenían dudas con la transcripción de los ingredientes o las cantidades de las recetas y necesitaban preguntarle menudencias. Su hermana los atendía con una paciencia muy profesional. De vez en cuando llamaba también el director de la cadena de radio para felicitarla por su sección de consultas gastronómicas en un programa de mucha audiencia. Una conocida marca de caldo de pollo en cubitos iba a ser el nuevo patrocinador, le informó una vez, muy contento. Se deshacía en alabanzas hacia ella y su trabajo. Olga compartía y comprendía los elogios porque era una oyente asidua del espacio radiofónico de su hermana. Lo escuchaba a diario, invadida por una mezcla incomprensible de celos y orgullo. Luego utilizaba los consejos de Marta como si fueran verdades absolutas que todo el mundo conoce, para reñir a las domésticas.

—¿A ti no te han enseñado que hay que echar las patatas en el huevo antes de cuajar la tortilla? ¿Y añadirle un pellizco de levadura? Dios mío, no sé dónde habéis aprendido a cocinar las chicas de hoy día.

Luego estaba el asunto de la procedencia del aparato. Aquello sí era difícil. Se le ocurrían varias teorías, a cuál más descabellada. Ni siquiera a ella le acababan de cuadrar. Si el teléfono fue ocurrencia de su madre para espiar las actividades de su padrastro en el taller, tenía que suponer que éste llevaba una doble vida, que no se correspondía en absoluto con el carácter perpetuamente apático que conocía. Para tener amantes hay que demostrar

cierto apetito por la vida, pensaba Olga, y no aquel rictus casi vegetal que en él era perpetuo. Aunque aún resultaba más inverosímil atribuirle una existencia secreta a su madre a quien Olga sólo le suponía dos preocupaciones: que no se le apolillaran las pieles y no quedarse sin servicio.

Dado que no encontraba ninguna solución al jeroglífico le preguntó al doctor Pardo si creía que su padrastro podía haber sido un espía de Franco. Se le había metido en la cabeza que, como había sido militar, aquello lo explicaría todo. Incluso por qué su madre escogió a aquel señor tan aburrido para rehacer su vida. Seguro que por las noches, cuando se acostaban, esperaban a que las niñas se quedaran dormidas para hablar de sus asuntos, que debían de ser muy peligrosos y muy excitantes. Pero el doctor Pardo dio al traste con sus fantasías y la devolvió a la Tierra:

—¿Espía? Como no espíara los pliegues de la alfombra...

Al final, hasta ella descartó la teoría. Fue una lástima, porque mientras duró la entretuvo bastante. Con lo que al doctor Pardo le gustaba ver a su mujer entretenida, ni que fuera en estupideces.

En su necesidad de saber qué tramaba su hermana, Olga incrementó el tiempo que dedicaba al espionaje telefónico. Podría haber optado por otras soluciones, como hacerle una visita y preguntar, pero ni siquiera se le ocurrió. Habría sido muy sospechoso, así, de pronto. No se habían visto desde el día que coincidieron en el notario, hacía dos meses, para aceptar la herencia del padrastro. Y antes de ese día estuvieron más de tres años sin encontrar motivos para verse. Se llamaban por teléfono el día de su cumpleaños, el de los cumpleaños de sus respectivos cónyuges, en Navidad y Año Nuevo. Todas llamadas con guion previo, en las cuales no era necesario tener algo que decir. Recordaba con horror una vez que se encontraron por casualidad en la sección de baterías de cocina de unos grandes almacenes, y lo incómoda que se sintió ante la presencia de Marta, su mirada y su silencio tan intimidatorios. No saber qué decirle a su propia hermana gemela, y percibir que a ella le ocurría lo mismo, fue una experiencia pésima que no pensaba repetir. Mucho mejor la clandestinidad del teléfono del armario para evitar disgustos.

Después de varios días, tanto tesón obtuvo por fin una recompensa. Olga interceptó algo interesante. Una llamada breve de Álex, su cuñado, desde el trabajo. La conversación que mantuvo con Marta discurrió en un tono tan gélido por parte de ambos que adivinó enseguida que algo iba muy mal entre ellos. Álex le reprochaba a Marta sus muchas ausencias y su creciente falta de interés en las cosas comunes. Marta se defendía.

—Últimamente estoy ocupada.

—Ocupada en algo que yo no apruebo, y lo sabes.

Creció un silencio incómodo y triple: el de Marta, el de Álex, el de Olga.

—Ya hemos hablado de eso hasta la extenuación. —Había mucho cansancio en la voz de Marta—. Preferiría dejarlo para otro día.

—La verdad, Marta, no sé para cuándo. Aclárame sólo para qué te metes en este lío. No necesitamos un restaurante. Ya ganas suficiente para...

—No lo necesitas tú.

—¿Has pensado en el sacrificio que supondrá?

Olga acusó recibo: «Un restaurante». Oh, qué emoción, qué buena idea, qué bonito.

—He pensado en los sacrificios, sí —contestó Marta—. Más de lo que crees. Hace años que pienso en ellos.

Cuando Álex hablaba de «sacrificios» en realidad sólo se refería a los suyos. El restaurante no era una variable que deseara añadir a su vida, se adivinaba enseguida. Lo que iba a ocurrir no lo había decidido él y era de ese tipo de hombres que no pueden soportar algo así. Debía de ser la primera vez y no parecía dispuesto a convivir con una Marta distinta, ocupada en sus cosas. Para él Marta era algo así como una adquisición, como un cuadro o un mueble caro. Y su matrimonio con ella, como le ocurría a muchos, una sucesión de rutinas que deseaba dejar como estaban.

—Vale, no te pongas trágica —dijo Álex.

—¿Lo he hecho? No era mi intención.

—Y después de tanto pensar, entiendo que has decidido seguir adelante.

—Exacto. Es el «efecto media vida».

—¿Cómo dices?

—Déjalo, no importa.

—Veo que mi opinión te da lo mismo.

—Tanto como a ti la mía.

—No volvamos a empezar, por favor. —En el tono cansino de la voz de su cuñado, Olga reconoció el eco de docenas de discusiones anteriores, de resignaciones, de noches de insomnio o de separación. El cansancio de lo previsible.

Otro silencio tenso. Y al fin la voz de Álex de nuevo:

—¿Ya está? ¿Esta conversación acaba aquí?

—No sé qué más quieres que te diga —respondió ella.

—Ése es el problema. Lo que dices siempre es insuficiente.

Olga asintió en silencio. Comprendía a Álex mucho mejor de lo que él sabría nunca y secundaba su venganza, fuera la que fuera.

—Adiós, Marta. Haz lo que te dé la gana. Pero debes saber que yo también lo haré.

—¿Acaso alguna vez no lo has...?

Pero Álex ya había colgado.

Olga esperó. Oyó a Marta llorar sin estridencias, como lo hacía todo. Luego, colgaron. La última en hacerlo, Olga.

Un restaurante. Menuda sorpresa. Casi tanta como descubrir que el matrimonio de su hermana hacía aguas. Eso la convertía a ella en una especie de vencedora. En aquel momento, Olga sintió que su vida era mejor, mucho mejor que la de Marta. Qué gran satisfacción.

Durante un par de días perdió todo interés en el teléfono del armario.

Como era una mujer trágicamente sola y desocupada, Olga necesitaba invertir mucho tiempo en sí misma. Dedicaba a su persona muchas horas y mucha fe. Probaba todo tipo de tratamientos de belleza, iba a la peluquería los martes, se levantaba temprano cada día para seguir en televisión el aeróbic de Eva Nasarre, atolondraba a la modista con patrones entresacados de revistas y recibía a la manicura cada viernes, religiosamente, a las cinco menos cuarto. Hubo un tiempo en que se apuntó a un club de tenis, a pesar de que no sabía ni cómo empuñar una raqueta ni pensaba aprender. Le gustaba tumbarse en la piscina en biquini (era la única de su edad que lo llevaba), siempre en posturas estudiadas, adornada con su mejor bisutería, las gafas de sol y la

pamela, a ver si alguno de aquellos fornidos profesores en pantalón corto blanco tenía con ella un gesto encantador. Les vigilaba, desde su mirador en un rincón, siempre atenta a sus movimientos.

Una vez uno de los más guapos le preguntó si podía sentarse a su lado. Ella contestó:

—Pues claro, ¿por qué no iba usted a poder?

El hombre —pantaloncito, piernas muy velludas, camiseta ceñida— se instaló en una mesa contigua a leer el periódico. Olga se sentía bastante incómoda escuchándole pasar con lentitud las páginas, no se atrevía ni a moverse. Un buen rato después, él cerró el ejemplar, lo dobló sobre la mesa y le ofreció un refrigerio.

—Soy una mujer casada —dijo ella, con gesto de sacrificio—. No sabe cuánto lo siento.

—¿Siente ser una mujer casada? —preguntó él.

—No, claro. Siento no poder acompañarle.

—Ah, no se preocupe, ya encontraré a alguien. —Y se marchó.

No volvieron a dirigirse la palabra. A partir de ese día, el guapo se instalaba con el periódico en el otro extremo de la piscina. Ella no le perdía de vista. Siempre acababa invitando a alguna mujer a tomar algo, conocía todos sus movimientos. Lo mismo ocurría con los del resto de habitantes de aquel microcosmos de gente rica y desocupada. Cuando los profesores de tenis se quitaban la ropa y se quedaban en un bañador diminuto, ella apartaba la mirada, azorada. Solía decir que no le gustaban los hombres demasiado desnudos, que los prefería con chaqueta y corbata.

Olga apenas se bañaba. Cuando lo hacía era sin mojarse el pelo, adornada con la bisutería y las gafas. Daba tres pasitos torpes dentro de la piscina, doblaba un poco las rodillas estirando el cuello como un avestruz y volvía a salir enseguida. Lo que de verdad le gustaba era tomar el sol. Lo hacía como todo en su vida: con obsesión. Tres veces a la semana, embadurnada de crema Lancaster Ultra, con los tirantes del bañador bajados y la tripa muy metida. Y así de mayo a septiembre, aunque a principios de junio ya lucía un bronceado más que cobrizo. Nunca más ningún hombre se acercó a ella. Todos tenían sus delimitados círculos de amistades, donde

encontraban siempre a alguien con quien flirtear. No le hacían ni caso. Debía de ser porque no jugaba al tenis, resolvió, poco antes de aburrirse de todo aquello y darse de baja del selecto club.

Cuando el doctor Pardo le preguntó si ya no iba a la piscina (unos seis meses después), Olga contestó:

—No era sitio para una mujer como yo.

—¿Y eso? —preguntó él.

—Los hombres me acosaban.

A lo que el doctor Pardo, con su habitual interés, contestó:

—Ajá.

Aquella respuesta sumió a Olga en una tristeza que le duró semanas. Se la curó soñando con Damián, bebiendo bourbon y haciéndose mechas de color *rouge intense*.

Había renunciado al club, pero no al bronceado. Inauguró la temporada siguiente tomando el sol en la azotea. Compró un biombo, para protegerse de las miradas indiscretas (las de las criadas de las vecinas que subían a tender, únicamente) y mandó instalar una tumbona y una pequeña mesita donde dejar el bronceador y un vaso con un martini. Lo demás, crema, bisutería, pamelas, gafas y biquini, permaneció inalterable.

A pesar de todas estas ocupaciones, de vez en cuando Olga enfermaba de una melancolía incurable que solía culminar echándole la culpa de todo al despistado doctor Pardo. Dejaba de comer, se ponía intratable y bebía más de la cuenta. El doble doctor no sabía qué hacer o qué decir para rescatarla de ese estado. Fue en una de éstas, un día en que se probaba un vestido de noche en presencia de su marido, con la modista arrodillada a sus pies con la boca llena de alfileres, que dijo:

—Cómo me gustaría que me vieran ahora mis antiguas compañeras del colegio.

Y el doctor Pardo, atento a la ocasión, propuso:

—¿Y por qué no organizas con ellas un cóctel o una cena o algo?

—¿Con mis compañeras?

—¿Por qué no? ¿No tienes sus teléfonos? —El doctor sabía que esa pregunta era clave.

—Supongo que podría conseguirlos —meditó Olga.

—Entonces no sé a qué esperas.

Los días siguientes fueron de gran actividad telefónica. Olga tuvo la ocurrencia de llamar al viejo colegio de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl donde pasó parte de la infancia. Llamó a información para que le facilitaran el número pero la señorita que la atendió fue incapaz de encontrarlo. Olga le repitió varias veces el nombre del pequeño municipio en las cercanías de Barcelona donde estaba el internado, pero no hubo suerte. La empleada terminó por recomendarle que llamara al ayuntamiento para preguntar, y acto seguido le facilitó unos cuantos dígitos.

En el ayuntamiento le dijeron que las monjas se habían marchado hacía un año, y que el edificio ahora era público, municipal, y albergaba un parvulario dedicado a la memoria de la madre Presentación Yuste. Preguntó por los archivos de las monjas. Quería hacerse con un listado de sus compañeras, alguna pista por donde comenzar, dijo. La remitieron al archivo municipal, donde una funcionaria muy amable le contó que las congregaciones religiosas suelen mudarse con todos sus papeles y le aconsejó que llamase a la casa central de las paulinas en Barcelona. Así lo hizo, pero allí terminaron de desanimarla: si la congregación se había dispersado, lo más seguro es que hubieran destruido todos sus archivos.

—Era una especie de norma no escrita, para protegerse —añadió la muchacha, tal vez monja también, que atendía el teléfono.

—¿Para protegerse de qué?

—No sé. De lo que fuera que pasara allí dentro y que no se podía saber.

—Anda, ¿y qué iba a pasar allí dentro? —preguntó Olga, que creía en una especie de bondad infinita de las congregaciones religiosas.

—Yo no sé —dijo la interlocutora.

Después del maratón telefónico se consoló pensando que igualmente tampoco tenía sentido reunir a toda la clase. Ni siquiera recordaba cuántas eran, entre externas, internas y las trabajadoras de la fábrica que venían por las noches a recibir una instrucción mínima. De quienes sí guardaba una memoria muy nítida era de las cuatro compañeras de habitación. Compartieron siete años, aunque alguna llevaba más en el colegio, como Julia. Se separaron a los catorce, al final de un mes de julio, aquel verano en que su madre se volvió a casar para rescatarlas de la miseria.

Los veranos eran, con mucho, los períodos más intensos, los que se grabaron de verdad en sus recuerdos. El colegio vacío, salvo ellas, las monjas y el pobre Vicentín. Las monjas desaparecían en la zona de clausura durante días enteros, relajadas ante la ausencia de alumnas. Las que se marchaban, lo hacían sólo unos pocos días, a visitar a sus familias y siempre era porque tenían algún familiar muy enfermo.

—Yo creía que la familia de las monjas era Dios —decía Olga.

—No, tonta. También tienen padre y madre, como todo el mundo. Aunque Dios es más importante —aclaraba Nina.

Todo el mundo tenía padre y madre, sí, menos Lolita, que era huérfana por culpa de la guerra. Y menos Julia, que era huérfana no se sabía por culpa de qué. El padre y la madre de Nina eran fabricantes de sifones y gaseosas, y muy de tarde en tarde visitaban a su hija y traían bebidas para todas. A Olga le parecía que en la orfandad había categorías, como en todo: era mejor ser huérfana pero saber de quién. Por eso la orfandad de Lolita era de más calidad que la de Julia. A veces, cuando estaba muy triste, también le parecía que era mejor ser huérfana que tener una madre que te abandona para irse de vacaciones con un señor calvo. Olga se sentía triste casi siempre, pero sólo a veces se sentía muy triste. En eso también había categorías.

Olga comenzó a sentirse desolada de verdad aquel día en que su madre les dijo, a ella y a su hermana, que había conocido a un caballero «muy amable y muy rico» que la invitaba a pasar el verano en la Riviera francesa. Se puso como loca de alegría, pero su entusiasmo duró poco. Sólo hasta que comprendió.

—Vosotras no podéis venir —dijo entonces su madre—. Quiere estar a solas conmigo, para irme conociendo.

Su madre les enseñó una fotografía del señor amable y rico. Tenía una cara larga y pálida, como de personaje de El Greco, y era feo. No: era feísimo. La madre añadió:

—Le vais a querer mucho, ya veréis.

A Olga le dieron ganas de preguntarle si ella también le quería, si le quería más que a ellas o más que a su padre —que estaba muerto desde hacía dos años— y también si ya había olvidado a su padre o sólo lo simulaba. La madre, que tal vez adivinaba las inquietudes de su hija mayor, añadió:

—Todo esto lo hago por vosotras. Algún día entenderéis lo difícil que es.

Así que ellas se quedaron en el colegio todo el verano, con las monjas, las otras niñas abandonadas y el tonto Vicente.

El tonto Vicente, o «el tontito». Hablaba con una voz engolada —«como si se estuviera comiendo una patata», decía Nina— y les daba mucha risa casi todo el tiempo. Se comportaba como si aún fuera un niño, aunque no lo era en absoluto. Si se lo proponía, podía levantarlas del suelo sin esfuerzo. A veces se lo pedían, cuando las monjas no miraban. Todas menos Olga, claro, con Olga no podía ni Vicentín ni nadie. Era muy divertido tenerle allí, las chicas le querían, a su altiva manera. En el último año, sin embargo, se había producido un cambio. Vicente estaba distinto, se comportaba de otra forma. Ahora las miraba más que antes. Mucho más. A veces hacía que se sintieran incómodas. Casi siempre les daba risa, pero a veces también les daba miedo, porque no había forma de pararle. Las monjas a menudo no se daban cuenta de nada.

Vicente gritaba, con gran entusiasmo:

—¡Guapasguapasguapasguapasguapas!

Y ellas se reían a carcajadas y con disimulo le advertían:

—Vuelve a lo tuyo, tontito, que las monjas te van a pegar.

Vicente también se reía:

—Da igual. ¡Que me peguen! ¡Guapasguapasguapasguapas!

Las monjas pegaban mucho a Vicente. Cuando se le caía la leña, cuando se despistaba, cuando se le metía en la cabeza una de esas perras suyas y comenzaba a repetirlo todo, cuando se embobaba, cuando se quedaba mirando mucho rato a las niñas. También le castigaban sin cenar y a veces le encerraban en su cuartucho con un candado que ponían por fuera. Eso menos, la verdad, porque entonces el tontito Vicente, que tenía una voz tonante y mucha fuerza, se pasaba la noche aporreando la puerta y gritando, y asustaba a las internas.

En lugar de eso, alguna monja comenzó a utilizar con él una vara.

—Monja mala —decía a veces el tontito, pero enseguida se le pasaba el mal humor y volvía a sus piropos de corrido—: ¡Guapasguapasguapasguapas!

—No nos mires, Vicente. Déjanos en paz —le decían ellas.

—Es que cuesta... —contestaba él, bajando la cabeza con mucha vergüenza.

—¡Hazlo o llamaremos a sor Rufina! —amenazaban.

—Es que sois muy guapas. Cuestacuestacuesta.

—¿Todas somos guapas? —le preguntaba a veces Nina, con muy mala intención.

—Sí, todastodas.

—¿Olga también?

—Sí, sí, Olga también.

Entonces Nina meneaba la cabeza, como ante un caso perdido, y musitaba:

—Tú estás fatal, Vicentín. Loco de remate.

Cada vez que Olga escuchaba a sus compañeras burlarse de ella se le desataba un fuego por dentro. Juraba que algún día podría culminar una venganza como la de las buenas obras de teatro, donde las ofensas siempre se limpian con sangre. Mucha sangre.

—Yo, la verdad, no puedo entender por qué las monjas dejan que viva con nosotros este imbécil —dijo alguna vez.

—Porque son buenas —repuso Lolita— y porque él no tiene otro sitio donde vivir.

—Donde debería estar es en un manicomio —zanjó Olga—. O muerto, qué más da. La gente como él no le hace falta a nadie.

—¿Y tú sí? —preguntó Lolita.

Aquella pregunta le dolió a Olga más que todas las ofensas. Podía ser venenosa, una auténtica harpía, pero no era tonta. Se daba cuenta de que en el fondo Vicente y ella se encontraban allí por lo mismo: quien debía quererles y cuidarles estaba a otras cosas.

Una de las únicas diversiones auténticas que experimentaba Olga en sus tiempos del internado era el control sobre las demás. Era muy hábil manejando a sus compañeras y solía salirse con la suya no sólo en los juegos nocturnos. Había conseguido, por ejemplo, que Julia robara para ella galletas y queso de la despensa de las monjas. Se los comía bajo las sábanas cuando no podía dormir, mientras pensaba en su madre y en aquel desconocido en un

hotel de Montecarlo, o de Saint-Tropez. Su madre en un yate vestida como Grace Kelly. Su madre con un batín rojo con un dragón verde bordado a la espalda, desayunando con el señor feo que muy pronto sería su padrastro.

—Un día nos aburriremos tanto que nos despertaremos monjas —decía Olga, cuando las religiosas no podían oírla.

Las risas de todas, su aprobación, la ponían a salvo de sí misma. La risa era el único antídoto contra la soledad y la rabia. La risa sin motivo, por cualquier cosa, incluidas las desgracias ajenas que no deberían hacer reír a nadie. La risa consolaba. Igual que la comida. Es casi imposible comer y llorar al mismo tiempo. En esa época, pareja a la tristeza nació el hambre. Un hambre atroz, que nunca se quitaba, con nada, por mucho que comiera, y que poco a poco la convertía en un globo, en un zepelín, en un planeta, y así hasta el día en que reventara.

Nunca hubo fotos de los años de internado. Las monjas no eran partidarias de frivolidades como hacerse retratar. Sin embargo, la memoria había retenido algunas imágenes con sorprendente nitidez. El libro amarillo y verde con el dibujo de una mano en la portada, donde Nina aprendía sus artes de quiromántica. Los cuadernos de Marta, garabateados con letra menuda. De noche, el rasgueo de la plumilla de su hermana sobre el papel le ponía los dientes largos y no la dejaba dormir. Las monjas dormidas bajo los árboles, con las tocas agitadas por el viento racheado de los veranos. «Madre, ¿no tiene calor con eso en la cabeza?» La monja suspiraba para no contestar. La tienda clandestina hecha de sábanas, la llama de la vela que llenaba los rostros de sombras, los secretos, las preguntas, las misiones, las penitencias, los errores. Juegos inocentes sólo en apariencia. A los catorce años, las niñas ya casi no son niñas, aunque lo parezcan, aunque ni ellas mismas se hayan dado cuenta todavía.

Recordó la última mañana, cuando la madre Rufina por fin apareció en la habitación y les dijo a ella y a Marta que «sus padres» habían llegado y les ordenó que recogieran sus cosas. Olga sacó la caja de debajo de la cama. Allí estaban las prendas de la última noche. Con la solemnidad de una despedida para siempre, le devolvió a Nina su libro de predicciones. A Marta le entregó

su pluma Parker azul. Lolita era la única que había perdido su prenda, pero igualmente decidió retornársela, porque ¿para qué quería ella la foto de un padre ajeno? Quedaron en la caja algunas galletas que no había comido. Eran parte de las provisiones que Julia robaba para ella y al verlas se acordó de su compañera, que no había dormido en su cama, y se preguntó dónde debía de estar ahora. Sin embargo, tenía tanto en lo que pensar y tantas incertidumbres personales a las que hacer frente que prefirió olvidarse de Julia y de todo lo que había escuchado la noche anterior. Repartió las galletas entre las compañeras que quedaban y se despidió de ellas con un abrazo sincero. Marta, mientras tanto, ya había bajado la escalera y miraba petrificada a su madre y a la novedad.

Lo primero que su madre les dijo al verlas, mientras simulaba besarlas en las mejillas, fue:

—Nunca le habléis de vuestro padre. Nunca.

Lo segundo, sólo para Olga:

—Estás monstruosa, hija. Pareces un pavo.

Olga se reprimió las lágrimas.

Lolita bajó a despedirlas a la puerta. Tal vez también sentía curiosidad por ver al nuevo padrastro. O sólo quería consolar a Olga por última vez. A pesar de la presencia tranquilizadora de su compañera, Olga nunca olvidó la mueca de repugnancia del padrastro la primera vez que la vio. Tampoco los ojos huidizos de su madre, vigilándole, como si esperara que algo fuera a ocurrir en cualquier momento. Con el tiempo, llegaría a olvidar que la mirada de su madre no siempre fue así.

Acompañada por todos aquellos recuerdos, imprevistos y volátiles como fantasmas, Olga barruntaba, invocando el pasado. Necesitaba más aún. Lolita Puncel Farrús. El padre, pianista. Su madre tenía algo que ver con Hilados Farrús. Era fácil dar con el teléfono de una fábrica tan conocida. Llamó a media mañana, después de escuchar por la radio los consejos culinarios de Marta. Dio muchas explicaciones a tres secretarías distintas, procurando ser amable y no parecer una loca. Al fin se puso al teléfono Emilio Farrús, el primo inalcanzable de Lolita, que de niñas les parecía misterioso porque vivía en San Sebastián:

—Buenos días, señora Pardo. Me han dicho que busca a María Dolores —le dijo él.

—Sí. A Lolita. Permítame que me presente. Me llamo Olga Viñó de Pardo, fui compañera en el internado de Loli... de María Dolores. Era un colegio de monjas paulinas, ¿sabe?

—Perfectamente. Estuve allí una vez.

Aquella información desconcertó a Olga. No recordaba la visita. Normal: se había producido cuando ella ya no estaba en el internado.

—En realidad, sé bien quién es usted —dijo el primo—. Soy buen amigo de Damián, su cuñado.

El silencio expectante mutó a incómodo. Una de esas pausas llenas de preguntas que nadie formula ni nadie quiere responder.

—Qué sorpresa —disimuló Olga—, ¿y está usted en contacto con él?

—Nos vemos a menudo, sí.

—Entonces hágale llegar mis saludos. Y a su señora, en caso de que la tenga.

—No la tiene.

—Ah. Qué curioso. —Otro silencio—. Por descontado, dele también recuerdos de mi marido.

—Claro, claro. Y con respecto a mi prima, para cerrar el asunto, ahora mismo mi secretaria le facilitará su teléfono. Un placer saludarla, señora Pardo.

Un momento después, Olga le explicaba a la secretaria que prefería unas señas donde enviar una invitación y anotaba la dirección de Lolita —de María Dolores— en una de las hojas que el doctor Pardo utilizaba para recetar tratamientos. Y también se atrevió a añadir:

—¿Sería tan amable de facilitarme, asimismo, el teléfono del señor Damián Pardo?

Cuando quería impresionar, Olga empleaba palabras grandilocuentes. «Asimismo», lo tenía comprobado, daba excelentes resultados. También esta vez.

Por fin tenía un motivo de peso para llamar a su hermana. Lo pensó un momento, sintió una enorme pereza o un ligero temor, y cambió de idea. Llamó a Damián. Le gustaba hacer cosas que la sorprendieran incluso a ella

misma. Adoraba las sorpresas, los cambios de opinión, los imprevistos. Despedirse de repente, volver de pronto a la existencia de alguien, ese tipo de efectos dramáticos que normalmente sólo pasan en el cine o en las vidas de las personas que se aburren demasiado. Mientras dejaba sonar la llamada, todo le parecía de lo más emocionante. Se preguntaba si no sería ella la causa de la soltería de Damián —lo cual habría sido muy conmovedor— y estaba dispuesta a reconocer que pensaba en él de vez en cuando a cambio de averiguarlo.

Saltó un contestador. «Al habla Damián Pardo. No estoy en casa, haga el favor de dejar el recado, gracias.» Se le aceleró el corazón al reconocer la voz de su sonetista, qué tonta, pero fue sólo porque estaba haciendo algo prohibido, que por descontado no iba a contarle al doctor. Colgó sin dejar ningún mensaje. A continuación marcó el número del viejo taller. Marta contestó enseguida.

—Soy yo.

—Hola, tú.

Sólo le vaciló la voz al principio, antes de adoptar un tono de naturalidad muy impostado, que se parecía a esos trucos de los funambulistas para no perder el equilibrio: mirar sólo lo que se tiene delante y jamás a la enorme distancia que te separa del suelo, es decir, de la caída.

Le habló a su hermana de sus intenciones de organizar una cena con las antiguas compañeras de las paulinas, le contó los primeros resultados de sus pesquisas y concluyó con un triunfal:

—Tengo la dirección de Lolita.

Marta, por su parte, no puso el menor interés en parecer natural, ni cómoda.

—Eres única para perder el tiempo —dijo.

Olga prosiguió. No pensaba enfadarse. Mucho menos, rendirse. No lo había hecho en ninguno de los grandes retos de su vida —adelgazar cuarenta kilos, conseguir al doctor Pardo, sacarse el carné de conducir a la decimotercera— y no lo haría ahora sólo porque su hermana era una maleducada.

—Me gustaría encontrar un lugar especial de verdad, que tenga un reservado donde podamos estar solas y sentirnos cómodas. Habrá mucho que contar, después de treinta y un años sin vernos. He pensado que podrías aconsejarme. Sobre el restaurante y sobre el menú.

Disponer de información privilegiada permite afinar la puntería. Olga notó en el acto que sus palabras ablandaban a Marta.

—¿Cuentas con Julia?

—Por supuesto.

—¿Sabes que es diputada?

—¿Cómo, diputada? —Por supuesto, no tenía ni idea. En la tele, Olga sólo veía a Eva Nasarre. Y a veces, «Con ocho basta» mientras se le secaban las uñas.

—Por lo visto, fue militante de las Juventudes Socialistas en la clandestinidad. Es también abogada especialista en derechos de las mujeres, nada menos que por La Sorbona. Y una de los artífices de la nueva ley de divorcio.

—¿Seguro que hablamos de la misma Julia?

—Segurísimo. Me escribió hace un tiempo —reconoció Marta, aunque no dijo cuándo.

—¿Te escribió?

—A la radio. Para felicitarme por el programa.

—Entonces ¿tienes su dirección?

Le pareció que Marta dudaba antes de decir:

—Puede ser.

—¡Estupendo! Voy a redactar una carta de invitación muy formal, muy bonita, ya verás. Sólo nos queda encontrar a Nina.

—Y esa carta se la vas a mandar también a Julia.

—Claro.

—¿Y si no quiere venir?

—¿Por qué no va a querer venir?

—¿Ya no recuerdas cómo acabó todo?

—Bueno, en realidad no sabemos cómo acabó nada. Sólo que las monjas decidieron cambiarla de colegio y que no la volvimos a ver. No creo que la mandaran a galeras, la verdad. Las monjas eran monjas, no inquisidores.

Además, ¡han pasado treinta y un años!

—Ya, y tú eres de las que piensa que el tiempo lo cura todo.

—No, cariño, no. Yo soy de las que prefieren no pensar en el tiempo.

Marta calló, como si realmente meditara su relación con la cronología.

Hasta que soltó:

—Voy a abrir un restaurante.

Olga se hizo la sorprendida.

—¿Un restaurante? ¡Qué buena noticia! ¿Dónde?

—Aquí, en el local.

—¿Aquí? ¡Qué bárbaro! —Le salió tan dislocada la alegría que por un momento pensó que se le habría notado algo—. ¿Cuándo?

—Aún lo estoy amueblando. Tal vez en un mes.

—¿Para nuestro cumpleaños? —Más alegría.

—Puede.

—¡Qué buena elección!

—Casualidad.

—En el colegio nunca pudimos celebrarlo como Dios manda. Sería bonito hacerlo ahora.

—Olga, no empieces a organizarme la vida.

—Bueno, como sea. ¡Enhorabuena por el restaurante! Debes de estar muy contenta.

—De momento, estoy muy ocupada.

—¿Y no podríamos celebrar la cena ahí, en tu restaurante? —Dejó caer la pregunta igual que un bombardero suelta una bomba—. ¿No sería algo muy especial? Imagínatelo. A las chicas les encantaría. No me digas que no estaría bien.

—Aún está por ver si das con ellas y si quieren venir.

—Digamos que sí.

—Bueno, en ese caso ya hablaremos.

—Eso es más que un no.

—Pero menos que un sí. Apunta la dirección del Congreso de los Diputados. Es donde tienes que escribir a Julia.

—¿Al Congreso? ¡Madre mía! ¿Seguro que le llegará?

—Allí le escribo yo —mintió.

—Bueno, pues dámela.

Olga ya había comenzado a preparar las cartas. Adoraba mantener correspondencia. Ella misma se encargaba de contestar la del doctor Pardo, con sobreabundancia de «muy señores míos» y «suyos afectísimos» y sin olvidarse nunca de la copia a papel carbón, que archivaba en el lugar exacto según la inicial del apellido del destinatario. Por una vez, le encantó ser la protagonista del mensaje, que encabezó con un «Queridísimas compañeras de la infancia» seguido de tres líneas de melancolía contagiada de tono burocrático y una breve mención al paso del tiempo. En realidad, el meollo estaba en el segundo párrafo, donde «con inmensa ilusión» las convocaba a una «cena informal» que tendría lugar «a puerta cerrada» en el nuevo restaurante de su hermana Marta, «un poco antes de su inauguración oficial para todo el público». Rogaba confirmación, facilitaba su número de teléfono y se despedía «con el anhelo de volver a veros muy pronto».

Mecanografió tres copias en papel verjurado con el membrete y el número de colegiado del doctor Pardo. Aprobó los tres párrafos limpios, sin un solo error, separados por un espacio como un cortafuegos. Para rematarlo añadió unos arabescos rizados a su firma: Olga Viñó de Pardo.

Metió en sus sobres las invitaciones de Julia y Lolita, escribió en el anverso las direcciones y ya estaba a punto de cerrarlos cuando se le ocurrió algo, abrió de nuevo el sobre, tomó la pluma y bajo la firma escribió: «Si por casualidad tienes el teléfono o la dirección de Nina, te agradecería que me la proporcionaras lo antes posible». Dudó entre escribir «Abrazos» o «Besos» y al final se decidió por «Saludos cariñosos». Metió de nuevo las cartas en los sobres, humedeció las solapas con una esponjita y los cerró. Agitó una campanilla dorada que tenía siempre sobre la mesa y a los siete segundos apareció una doméstica.

—Póngase la chaqueta y lleve esto a la oficina de correos —ordenó.

Olga volvió a marcar el número de Damián unos días más tarde, durante el aburrimiento vespertino que precedía a su cena en solitario. El doctor Pardo estaba en un congreso sobre psoriasis y no iba a volver hasta dentro de tres

días. En la tele no daban nada que le interesara. Su hijo pequeño no estaba en casa y no había dicho cuándo llegaría, como siempre.

Esperaba que saltara el contestador. Esta vez tenía un mensaje pensado, muy teatral, que quería grabar con voz cálida. Se quedó muy sorprendida cuando una voz enérgica contestó:

—¡Dígame! —No supo cómo reaccionar. La voz repitió—: ¡Dígame!

—Hola —murmuró Olga, mientras el corazón se le iba acelerando—. ¿Damián?

Y la voz resolutiva, casi violenta:

—Sí, soy yo.

Puso en práctica el tono que había ensayado:

—¿Sabes quién soy?

Hubo un instante de duda.

—¿Lidia? —La evidente alegría que notó en él la desarmó.

—Frío, frío —canturreó.

Un tono acerado preguntó de nuevo:

—¿Quién es?

—«Aquella que es invulnerable» —contestó Olga.

—¿Cómo?

Comenzó a arrepentirse de haber llamado.

—Soy tu cuñada.

—¡Olga! —Un asomo de sorpresa, esta vez helada y con un deje de desconfianza—. ¿Se ha muerto Benito?

—Qué cosas tienes —se azoró ella—. Claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Porque siempre he pensado que me llamarías el día en que se muriera mi hermano.

—Bueno, también te puedo llamar por otras razones...

—No se me ocurre ninguna.

—Tenía ganas de saber de ti, eso es todo.

—Ya. ¿Algo más?

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Te he hecho algo? —preguntó, meliflua.

—Olga, por favor —tono de cansancio—, dime qué quieres. Estoy ocupado.

Olga se quedó paralizada, sin nada que responder. En realidad, no quería nada. O lo que quería era tan absurdo que hasta ella se daba cuenta.

—Sólo hablar. Me preguntaba cómo estabas, eso es todo.

Pero Damián tenía mucho que decir y no pensaba echar el freno. Le endilgó:

—¿Tanto te aburres en tu vida de Penélope sin Ulises? ¿Mi hermanito el médico no te dedica suficiente atención? Qué raro. Y qué pena. ¿Tienes algo que decirme sí o no?

—Yo no me aburro. Y tu hermano está todo el tiempo pendiente de mí —mintió—. Yo a ti no te entiendo, Damián.

—Yo a ti sí, en cambio. No soportas que sea feliz a pesar de todo, ¿verdad? ¿Crees que a una sola palabra voy a morirme de la emoción? Te comportas como una niña estúpida. Nada nuevo.

—Me estás ofendiendo. Y no sé de qué me hablas.

Olga sintió que una bola espesa le subía desde el estómago hasta la garganta. Reprimió las ganas de llorar. Se puso muy digna y consiguió responder:

—Te equivocas mucho conmigo. Lo creas o no, me alegro infinito de que seas feliz. Espero que te guste saber que yo también lo soy con tu hermano. Y también que si un día te llamo para decirte que Benito ha muerto, me trates un poco mejor. Adiós. —Y colgó.

Se pasó la tarde llorando. No quiso cenar.

A las diez en punto se tomó un optalidón y se acostó con una rodaja de pepino en cada ojo.

Lolita confirmó su asistencia a la cena a los pocos días. Llamó por teléfono, pero Olga no estaba en casa. La doméstica tomó un recado compendioso:

«Sra. Lolita Puncel Farrús acepta la invitación y dice que muchas gracias.»

De Julia, nada de nada. Según Marta, era normal. Tenía mucho trabajo y recibía un montón de correspondencia. A veces tardaba en ver las cartas, y más aún en contestarlas. Igual aún no ha podido ni abrirla.

Marta no le contó, ni pensaba hacerlo, que la carta había llegado, que Julia la había leído y que estaba pensando si asistir o no. Que para ella no era una decisión fácil.

El teléfono secreto llevaba días en un silencio inquietante. ¿Marta no tenía nada que comprar o encargarse o remarcar? ¿Ya no discutía con su marido? ¿Los de la revista no tenían urgencias ni despistes?

Por las tardes, Olga se sentaba a pensar frente al teléfono de baquelita. Exprimía sus pensamientos como quien exprime un limón. No sabía cómo dar con Nina. Hasta que el distraído doctor Pardo le sugirió:

—¿Has mirado en el listín?

—¿Cómo?

—Hay que empezar siempre por lo más lógico.

Nina —Ana María Borrás Truyol— estaba en el listín. Vivía en la calle Hospital. Le telefoneó esa misma tarde, eufórica, a las cuatro en punto — jamás llamaba de dos a cuatro, por respeto, por educación—, y ella misma respondió al teléfono.

—¿Olga Viñó? ¿De verdad eres tú? Pero, reina, ¡qué sorpresa! ¿De dónde sales? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Treinta y un años? ¡Noooo! ¡No es posible! ¡Qué alegría escuchar tu voz, es como si surgieras del túnel del tiempo! Una cena, estupendo, ¿ha sido idea tuya? Pues has estado sembrada. ¿Marta, un restaurante? Sólo me das buenas noticias. Me encanta su programa de radio, lo escucho todos los días. Yo no soy muy cocinitas, pero mis *compis* de la *ofi* no se la pierden. Sí, claro que trabajo, ¡anda que no hace años!, ¿tú no? ¿Y no te aburres? A mí me daría algo si tuviera que quedarme en casa. Bueno, de mi vida conyugal mejor hablamos otro día, que es larga de contar. ¿Y de verdad cocinará Marta? ¡Menudo privilegio, somos chicas con suerte! Cuando se lo cuente a mis *compis* se van a desmayar de la envidia. Por supuesto que vendré, mujer, tengo que contaros de todo. Bueno, todas tendremos mucho que contar, ¿verdad? Figúrate la de cosas que habrán pasado en treinta y un años. Será muy emocionante. Espera, voy a apuntar la dirección. ¿Has dicho 29 de julio? ¿De qué me suena esa fecha? Ah, mira, no recordaba que es vuestro cumpleaños. Pero no, no es eso. ¡Ya lo sé! ¡Es la boda real inglesa! Carlos y Diana, ¿te suena? Claro, a esos dos los conoce todo el mundo, menudo revuelo están armando con la boda. ¿A qué hora has

dicho? Vale, vale, mándame la carta, si tanta ilusión te hace, pero yo ya lo he apuntado. ¿Y dices que estás muy cambiada? ¿Cuarenta y cinco kilos? ¡Caray! Igual ni te reconozco. Pues, ¿cómo quieres que esté? Más vieja, como todas. No me cuelgan las tetas porque no tengo, que si no... Oye, ¿y Julia va a venir? No sabes las ganas que tengo de verla. Admiro tanto su trabajo, qué ovarios le ha echado. Cada vez que sale en televisión presumo de haber sido su compañera cuando éramos unas monicacas. ¿La viste cuando el golpe de Estado? ¡Estuvo impresionante! Qué valiente, así se hace. Oye, ¿y tú sabes si es verdad que es lesbiana? Ay, hija, todo el mundo lo dice, yo qué sé. ¿No lo has oído? Pues qué raro. Ay, qué emocióóóóóóón. ¡No voy a poder esperar, reina! ¡Gracias por llamarme, cariño! Besos, besos.

Los últimos días antes de la cena fueron frenéticos para Olga, como si también ella estuviera organizando una boda real. Manicura, peluquería, masajes, limpieza de cutis, pruebas del vestido, elección del bolso y los zapatos, prisas, nervios, súbitos estados de malestar, pequeños desarreglos intestinales —todo fruto de la excitación— y de pronto, cuando menos falta hacían, tres berrinches imprevistos: el primero, temprano, causado por un grano rubicundo que le brotó en la punta de la nariz. «De los nervios —sentenció la esteticien—. Siempre ocurre.»

El segundo, el día antes, cuando abrió la puerta del ropero para prestar cinco minutos de atención al teléfono secreto, y descubrió que no había nada en el rincón, bajo el estante, salvo una huella sucia en la pared y un manojo de cables mal cortados. El aparato había desaparecido. Y con él, todas las distracciones que aportaba a su vida.

El tercero llegó el mismo día, a las cinco de la tarde, cuando miraba, aburrida, la retransmisión desde el palacio de Buckingham. La multitud esperaba en la plaza frente al colosal edificio para ver salir al balcón a la pareja de recién casados. Por la mañana, Olga se había aburrido de ver las imágenes de la boda en la primera cadena y ya no tenía ganas de más. Empezaba a preguntarse en qué ocuparía el tiempo que faltaba para las siete, la hora en que había planeado bajar al restaurante con la excusa de ayudar y la intención de fisgar. No podía esperar más sin ver los dos sofás Bubble, la

moqueta, las mesas —veinte, de distintas formas y tamaños— y los resultados de tantas visitas al anticuario y la decoradora. Repasaba sus cutículas cuando sonó el teléfono. La voz apagada de Marta era un vaticinio funesto:

—Olga, llama a las niñas. Se suspende la cena.

Sólo entonces levantó la vista hacia la ventana y se dio cuenta de que llovía y que no llevaba trazas de parar.

Marta

Tras el portazo, Marta aún permaneció algunos minutos inmóvil, deseando algo que no iba a ocurrir, con los ojos fijos en los cristales traslúcidos de la puerta, en la misma postura en que había escuchado, fingiéndose impasible, toda su perorata. Le había dejado terminar sin interrumpirle, como a él le gustaba que todo el mundo hiciera cuando abría la boca, escuchando con suma atención sus argumentos (numerados, nunca más de seis), que conducían de forma lógica a una conclusión premeditada y de máxima relevancia. Esta vez los argumentos fueron los siguientes (y en este mismo orden): 1) Se habían convertido en dos extraños que vivían juntos. 2) ¿Funcionaba su vida íntima? 3) Ambos eran aún lo bastante jóvenes para intentar ser felices. 4) Había conocido a otra mujer. Si Marta hubiera tenido que ordenarlos según su importancia, desde luego no habría elegido ese orden, y lo más probable es que hubiera quitado o añadido algún punto. Pero se limitó a escuchar con impasibilidad de estatua, sin asentir, sin interrumpir, sin aprobar, sin demostrar emoción alguna. Luego él dijo algo así como «Me alegro de que lo entiendas, todo esto me resultaba muy difícil», y echó a andar hacia los cristales traslúcidos de la puerta, tan nueva como todo lo demás. Al ir a salir reparó en que comenzaba a llover y volvió sobre sus pasos, esta vez transformado en un ser humano corriente que está a punto de decir algo corriente, y preguntó:

—¿Me prestas un paraguas? Te lo devolveré.

Ella, claro, se lo prestó. Uno plegable, horroroso, de color negro con lunares rosa que tenía dos varillas rotas. No tenía ni idea de dónde había salido. Debió de olvidárselo alguien, tal vez Lidia o alguno de los operarios de la reforma del local. Luego, sus pasos amortiguados alejándose de nuevo sobre la moqueta, su chaqueta perfectamente adaptada a sus hombros anchos,

que siempre le gustaron, un gesto levemente ridículo para abrir el artilugio igualmente grotesco y tres segundos más tarde el portazo, inaugurando un silencio que, le parecía, había de protagonizar el resto de su vida.

De pronto había tanto en lo que pensar que prefirió escoger una idea simple: «Tengo que meter el vino blanco en la nevera». Aunque antes de poder llevarla a cabo su pensamiento ya estaba en otra parte: «Ojalá él cambie de opinión».

Él era Álex Baudet —¿debería plantearse llamarle otra vez Alejandro? —: cuarenta y nueve años, un metro ochenta y cuatro, licenciado en Filosofía y Letras, adorable, editor, el centro de todas las reuniones, parlanchín, brillante, egoísta, infiel por naturaleza, el hombre de su vida y su marido desde hacía casi dos décadas.

Se había sentado a una mesa para dos, al fondo del comedor vacío y en penumbra. Sobre el mantel tenía la agenda —abierta por la página donde había inventado el menú de la noche—, su estilográfica Parker azul, las llaves del coche y un pequeño vaso en un plato encharcado de café frío, sin cuchara y con la huella de los labios de él aún impresa en el borde de cristal. Muy cerca, una mancha como un satélite o como un error. Tendría que lavar el mantel para borrarla. La silla donde Álex se sentó a pronunciar su discurso de despedida estaba ahora levemente ladeada. Indicaba una fuga y al mismo tiempo una presencia. Álex era, acaso, de esas personas que se hacen más presentes cuando se marchan. Quizás el asiento de la silla retenía aún algo del calor de su cuerpo. Cuando se desvaneciera del todo comenzaría otra cosa. No le iba a gustar.

Marta eligió precisamente esa mesa, antes de que él llegara con sus argumentos, porque le proporcionaba una perspectiva completa del restaurante. Dedicó un buen rato, antes de comenzar a repasar los platos del menú, a regodearse en los detalles: el color lavanda de los manteles, las pantallas con flecos de las lámparas, la vitrina de estilo inglés, la moqueta oscura, los dos sofás Bubble de Roche Bobois de la zona de espera, en contraste con la gran araña de cristal. Al anticuario a quien le compró la lámpara no le dijo con qué pensaba combinarla. El resultado no seguía las modas vigentes, pero tampoco las ofendía. Era su gran proyecto, por fin tangible.

Se preguntó si le sentaría bien llorar. Lo descartó. «No es el lugar ni el momento —se dijo—. Mejor más tarde.» En lugar de eso, volvió al trabajo y al menú —ensalada de angulas, flan de berenjenas, *crêpes* de rape, pato con peras y profiteroles de nata con chocolate— y le pareció diseñado para un evento que iba a ocurrir en otro planeta. Como siempre que algo muy trascendental sacudía su vida, Marta lo vivía como si lo estuviera contemplando desde una butaca en platea, lejos, a salvo.

Recogió el plato encharcado y el vaso sucio y los llevó a la cocina. «Nunca más un hombre que derrame el café», se dijo, mientras empujaba con el trasero una de las hojas de la puerta batiente. Sus pensamientos respondieron a toda prisa con una crueldad: «Ni ningún otro». Echó un vistazo dentro del horno. Los profiteroles aguardaban sobre la bandeja, como un ejército a punto de desembarcar. Los había dejado allí para que se secaran, con el electrodoméstico apagado y una cuchara sujetando la puerta, para dejar salir el calor. Ya estaban hechos —y fríos—, así que los sacó y comenzó a partirlos con un cuchillo, tratando de no pensar, de dejarse llevar por la rutina de la acción. Así hasta que llegó al último. Sólo entonces, al contemplarlos listos para la fase final, sintió el peso de la realidad cayendo de pronto sobre ella.

Salió con lenta determinación de la cocina y caminó hacia el viejo cubículo del fondo. La mesa estaba bajo una montaña de facturas, todas por pagar. Descolgó el teléfono, que era tan viejo como las paredes de madera. Dudó un momento antes de marcar el número del cerrajero, el mismo que apenas unos días antes se había encargado de las cerraduras del local.

—Necesito un favor urgente —le dijo—. Esta vez se trata de mi casa. ¿Podría ser esta misma tarde? ¿Puede pasar por el restaurante a recoger las llaves y la dirección?

El hombre aceptó el encargo y no puso ningún problema. Estaría ahí en menos de media hora, le aseguró. Quedaría todo resuelto antes de la noche. Por suerte, no hizo preguntas. Todo un profesional.

Nada más colgar Marta marcó el número de su hermana. En cuanto contestó le soltó a bocajarro:

—Olga, llama a las niñas. Se suspende la cena.

Marta detestaba parecer desolada, aunque lo estuviera. No soportaba la compasión ajena. Ahora, recordando la conversación de Álex, se arrepentía de haber dicho algunas cosas. Como la pregunta:

—¿No había otra fecha? ¿Tenía que ser en mi cumpleaños?

Álex saltó en el acto, con un gesto de estar diciendo algo consabido, mil veces dicho.

—Qué importa eso, Marta, por favor. ¿Cuándo fue la última vez que lo celebramos? ¿Y cuándo nos han importado estas cosas? Seamos adultos. Tú ya has organizado una celebración para esta noche.

«Seamos adultos», retumbaban sus palabras. Las palabras de Álex siempre dejaban un eco en sus pensamientos, no lo podía evitar. ¿Cuál era, según él, el modo idóneo de ser adulto? ¿Largarse con una mujer seguramente veinte, veinticinco años más joven? Deseaba y no deseaba saberlo. Él no soltaba prenda.

—¿Es adulta, por lo menos, la mujer por la que me dejas? —se atrevió a preguntar.

—No quiero ser brusco, pero no es de tu incumbencia —zanjó él, y al instante pareció darse cuenta de que, pese a no quererlo, había sido bastante brusco y añadió—: No estaría bien hablarte de ella, como jamás le hablaría a ella de ti, por mucho que preguntéis.

«Por fin ha aprendido algo», se dijo Marta, aunque le molestara estar en el mismo saco que la otra, que las otras, la docena larga de «otras» con quienes lo había compartido desde que se casó con él en una mala tarde de 1962.

—¿Ella te pregunta por mí?

—No voy a contestar a eso, Marta.

—Lo hace. Todas lo hacemos, ¿verdad? Somos así. Curiosas. Destructivas. —Un silencio que pretendía ser balsámico, pero no lo consiguió—. Seguro que a ella le cuentas cosas.

—No seas infantil. Ni siquiera sabe tu nombre.

—Y, del mismo modo, a mí no me vas a decir el suyo. Ni de qué la conoces.

—La conocí por casualidad, estas cosas no se premeditan.

—Siempre me he maravillado de lo bien que aprovechas las oportunidades. Todas.

—No te pongas irónica, por favor.

—Es cierto. Yo no sabría ni por dónde empezar.

—Déjalo.

—De todos modos, me alegra que no sepa nada de mí. Quiero que siga así.

—Así seguirá.

—Me tranquiliza saberlo.

—Lo imaginaba.

Había tanta soberbia en esas dos palabras —«lo imaginaba»— que Marta sintió ganas de levantarse y abofetearlo. También sintió un cansancio muy grande y muy difícil de sobrellevar. El cansancio de tener que empezar por el principio exactamente el mismo día en que se anuncia otra vez el final.

—¿Ya has hecho la maleta? —le preguntó.

—Sí.

—¿Qué te llevas, esta vez?

—¿Para qué quieres saberlo? Haces preguntas absurdas.

—Trato de adivinar cuánto tiempo piensas estar fuera. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Días? Supongo que habrá habido aventuras de horas, pero de esas no me he enterado. ¿Las ha habido?

—Marta...

—Y te juro que me gustaría saber por qué vuelves. ¿Se cansan de ti? ¿Te cansas tú? ¿Echas de menos al gato? ¿Extrañas la cama?

—Marta, basta.

—¿O es sólo para que no pueda acusarte de nada? Pasarse la vida entrando y saliendo no es abandonar el hogar, ¿verdad? Seguro que sabes bien lo que haces, que has revisado la ley.

—Ya hablaremos cuando estés más tranquila.

—Típico de ti. Tú decides qué, cuándo y cómo, ¿no? Como cuando decidiste por mí que no iba a ser escritora.

—¿Qué dices? ¡Eres escritora!

—No seas imbécil. Te has creído tus propios trucos.

—Eres una escritora con miles de seguidores. En la Feria del Libro firmaste más que nadie. ¿No recuerdas qué colas tenías? ¡La gente te adora! ¡Se muere por conocerte! Tus libros llevan muchas ediciones. Y están magistralmente escritos. ¡Todo el mundo lo dice!

—¡Lástima que el pollo al horno sea un protagonista un poco plano!

Álex soltó un bufido de rabia, de tedio. Era una conversación que ya habían tenido, una escena que se sabía de memoria. Sólo que ahora la repetición tenía un sentido. Estaba a punto de introducir un elemento nuevo que cambiaría mucho las cosas y que resultaba imprevisible. Minutos antes pensaba dejarlo para otro día. De pronto, había resuelto que mejor soltarlo de una vez.

—Te pasas la vida pensando en lo que no has conseguido. Eres una autora de éxito, a muchas les gustaría estar en tu lugar.

—¡Soy autora de libros de cocina! ¡Yo era novelista!

—Eras una mala novelista. Yo te convertí en una buena autora de libros de cocina.

Sonó algo parecido a un trueno lejano, que vino a aportar algo a la conversación. Un par de caras sorprendidas, un momento de inflexión. La pausa necesaria para que él se atreviera por fin a decir lo que le retenía allí:

—Esta vez va a ser distinto, Marta. Hay algo en lo que deberíamos ponernos de acuerdo.

—¿Tiene que ser hoy? —A veces Marta se preguntaba por qué los hombres tienen un sentido tan atrofiado de la oportunidad, dónde se aprende, en qué escuela se lo inculcaron a ella, por qué esas diferencias.

Álex se levantó, se alisó los faldones de la chaqueta. Se compuso la camisa, la corbata, la trincheta del pantalón. Pronunció con mucha calma:

—Te lo digo hoy para que puedas pensarlo. Tómate tu tiempo. Quiero que nos divorciemos.

La palabra era tan nueva que cayó en la conversación como un aparato recién comprado del que se desconocen por completo las funciones.

Marta soltó una risita.

—¿Hablas en serio?

—Completamente —contestó Álex.

No supo qué decir. Se había hablado mucho últimamente de la Ley del Divorcio que el Parlamento iba a aprobar. Se temía que fueran cientos de miles los que se lanzaran a por la novedad una vez fuera posible. Ni se le pasó por la cabeza que podía ser uno de ellos. En las iglesias se rezaba por que semejante cataclismo no ocurriera.

—Lo pensaré —atinó a decirle.

Álex le dio un beso en la frente que ella no tuvo tiempo de esquivar y se fue en dirección a la calle. Se iba a pie, sin las llaves del coche porque ella no había consentido en darle nada. El Golf era suyo, no tenía por qué prestárselo ni, mucho menos, regalárselo. Lo eligió ella, lo pagó ella, qué importaba que estuviera a nombre de él. Que se atreviera a reclamárselo en los tribunales, si aún le quedaban fuerzas para luchar por algo después de acostarse con una de veinte.

Entonces él se volvió y pronunció aquella frase poco épica. A veces la vida estropea en dos segundos el mejor de los guiones.

—¿Me prestas un paraguas? Te lo devolveré.

En la súbita oscuridad de la calle, el suelo reflejaba los faros fugaces de los vehículos. Lo que empezó como llovizna arreciaba por momentos y tal vez llevaba trazas de convertirse en una tormenta de verano. «Ojalá diluvie», pensó Marta, porque el bochorno era inaguantable.

Serena, sin disimular su interés, Marta contempló la salida de Álex, armado con el paraguas ridículo. Su lucha por abrirlo ya en la calle, su poca pericia y las varillas rotas afeando la imagen final.

«Quién fuera ese paraguas», pensó.

Sintió lástima de sí misma.

Así que Marta tenía razones de peso para decir:

—Olga, llama a las niñas. Se suspende la cena.

Del mismo modo, Olga también tenía motivos para pensar: «Ah, no. Esto no va a pasar». Sin embargo, supo ser agradable y preguntar:

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nada. Tú sólo llámalas antes de que sea más tarde.

La parquedad de palabras y la ausencia de explicaciones era el estilo habitual en las comunicaciones entre las dos hermanas. Eso cuando se hablaban, claro.

—Algo habrá ocurrido —dijo Olga.

No tenía ninguna intención de contarle nada.

—Da igual.

—Ya. Es Álex, ¿no? Otra de las tuyas.

Le gustara o no, los devaneos de su marido eran el estribillo de la letra de su vida, y de la de los demás. Álex y el doctor Pardo seguían siendo buenos amigos, además de cuñados. A veces veían juntos el fútbol por la tele. Bebían. Hablaban. Se comprendían.

—Bueno, sí.

—¿Se ha vuelto a marchar?

—Eso parece —le dolía reconocerlo.

—¿Y quién es esta vez? ¿Otra secretaria de la editorial? ¿Una joven aspirante a escritora de veinte años? —Marta dejó que el silencio indicara su malestar y su escaso interés en empezar una tertulia sobre ese asunto. Para su desgracia, había habido varias de cada, y algunas más. La hermana apostilló —: Menudo hijo de su madre.

—Ahórrate las groserías —dijo Marta—. Son impropias de ti.

—Está bien, pero si vas a mantener las formas, mantén también la cena. No creo que le echés de menos.

Marta pensó en lo raro que resultaba tener que darle la razón a su hermana.

—No tengo ganas de recibir a nadie.

—Me lo figuro, pero tienes que hacerlo. Bajo y hablamos.

—Mejor no, Olga. No es un buen momento.

—Siempre es buen momento para hablar.

—Estás muy equivocada.

—Déjame ayudarte. Eres siempre tan arisca... —Olga tenía con ella esa irritante actitud que consiste en recordar siempre las faltas de los demás. O lo que ella consideraba faltas—. No tardo ni tres minutos.

—Olga, no quiero que...

—¡Oye! —la interrumpió la otra, impermeable a cuanto estaba escuchando—. No pienses, no decidas nada, tómate un whisky.

Y colgó.

A Marta sólo le pareció útil el último consejo. Se acercó al mueble bar, sacó la botella de Chivas 18 años y sirvió un par de vasos generosos. Conectó la radio. Comenzó a sonar una cantinela estúpida en rimas consonantes: «Juntos, un día entre dos parece mucho más que un día, juntos, amor para dos, amor en buena compañía...». Apagó el aparato. Hay momentos en que para sobrevivir es necesario ignorar la felicidad de los simples. Bebió de un sorbo la mitad de su whisky. Se concentró en la otra puerta, la que comunicaba el local con la escalera de vecinos, por donde Olga efectuaría su llegada de un momento a otro, tal y como acababa de agorar.

Su hermana llegó ávida de novedades. No había pisado el local desde antes de las obras, desde el día que llegaron del notario, tras aceptar la herencia.

—¡Anda! ¿Y esos sofás? ¿Son Roche Bobois?

—¿Conoces la marca?

—¡Por supuesto! Son lo más. A nuestro querido padrastrito le daría un síncope. —Olga alineó correctamente la silla donde se había sentado su cuñado y la ocupó.

—Poca gente los valora —siguió Marta—. Álex, sin ir más lejos, dijo que eran un despilfarro tonto.

—Pues yo creo que has hecho muy bien. A la gente le encanta sentarse sobre cosas que no puede pagar. Lo único que no me acaba de gustar es esta moqueta tan oscura. Lo demás... ¡un diez! De verdad de la buena. ¿Lo has diseñado tú o te ha ayudado alguien?

—Sí, yo todo.

—¡Pues parece obra de una profesional, te lo aseguro! —Miró el whisky con rictus (teatral) de pánico—. Uy, no creo que pueda con un whisky a estas horas.

Marta sabía que, a pesar de los remilgos, su hermana podía de sobra con un whisky (y con dos, y con media docena) a cualquier hora. Olga cruzó las piernas y dejó caer sobre la mesa una mano de manicura esmerada, en cuya muñeca tintineaba una de esas pulseras de oro cargada de medallitas grabadas

con los nombres de los hijos. Había elegido para la escena que imaginaba de consuelo un conjunto informal: pantalones negros de pitillo, blusa blanca y turbante a juego. Y manolequinas, por supuesto, para no dar una impresión demasiado seria.

—¡Brindemos! —soltó Olga de pronto, levantando el vaso.

Marta la miró sin podérselo creer.

—¿Y por qué te parece que puedo brindar hoy?

—Por nuestro cumpleaños, claro. No se cumplen cuarenta y cinco todos los días. —Un pensamiento metafísico le congeló la sonrisa—. Qué raro, ¿verdad? Yo no me siento como alguien de cuarenta y cinco. ¿Y tú?

Olga estrelló su cristal de bohemia contra el de su hermana sin convicción.

—Yo me siento como si tuviera noventa.

—¡Uy! ¡Qué negativa estás! Haz el favor de animarte. No pienses más en Álex. Se ha ido, ¿no? Pues ya está. Lo peor ya ha pasado. Vamos a vivir una noche genial. Por cierto, ¿has visto la boda inglesa?

—No.

—Yo tampoco. Qué aburrimiento.

Marta abrió la boca. Iba a decir algo, pero de pronto no supo por dónde empezar. Le pasaba a menudo con Olga: si le decía todo lo que pensaba le faltarían años de vida. Optó por un resumen más o menos rápido:

—A veces tu simpleza me asusta.

—Las cosas suelen ser simples —filosofó Olga.

En efecto, todo aquello rebosaba simpleza: Álex se había marchado, ella seguía allí, tenía una cena con gente a quien no deseaba ver y una hermana que todo lo encontraba facilísimo. «Lo peor ya ha pasado», había dicho. No podía estar más en desacuerdo.

Para Marta, lo peor era la renuncia al futuro. Lo único que le quedaba cuando Álex le amargaba el presente. De un tajo tenía que asumir que no habría vejez plácida. Adiós a la remota posibilidad de unas bodas de oro en algún destino exótico. No llegaría el instante, tantas veces imaginado, en que Álex se arrepentiría de su pasado lleno de mentiras y traiciones y ella le perdonaría. Nunca habría paz, ni amistad, ni compensación. No habría lecho de muerte ni amor sosegado ni últimas palabras redentoras. No habría

madrugadas de frases tiernas pronunciadas a media voz. Él jamás podría ser un cómplice, ni siquiera al final. Sólo su enemigo para siempre. Eso era lo peor. Renunciar a lo único bueno que le quedaba. Y tener que conformarse con la vejez solitaria que no había previsto. Un rictus raro cada vez que alguien preguntara. Un destino que no había elegido. Una humillación imposible de digerir, concentrada en aquella palabra nueva que estaba en boca de todos: divorcio.

—¿Quieres que Benito hable con él? —ofreció Olga, magnánima.

Marta negó con la cabeza enérgicamente. Dijo, como si se le escaparan los pensamientos:

—Dice que quiere el divorcio.

—Uy, el divorcio. —Olga soltó una carcajada—. Qué moderno, se le ha ido la chaveta. Déjale. Volverá como un corderito, como siempre.

—Nunca vuelve como un corderito.

—Pero vuelve. Es lo importante.

—¿Sí?

—Claro que sí. Voy a servirte un poco más de Chivas. —Olga fue hacia el mueble bar, miró las etiquetas entornando los ojos, eligió una botella más o menos por intuición, sirvió un chorro generoso sobre los cubitos de hielo aún íntegros y regresó, con una sentencia en los labios—: Eso del divorcio es sólo para extranjeros, mujer. Ya se le pasará.

—Olga. La ley acaba de aprobarse. —Marta olisqueó el contenido del vaso antes de echar un buen trago—. Gracias por el whisky.

Se abrió de un golpe la puerta de la calle. Entró Lidia, la ayudante de cocina, empapada a pesar del paraguas y con una gran fuente de nata montada en la mano. No llegaba a los veinticinco, tenía esa lozanía que el tópico asocia con el campo y un cuerpo redondeado y rotundo, apto para segar y ordeñar vacas. Marta la quería como a una hija, o eso pensaba, aunque no podía saberlo porque, para bien o para mal, Álex y ella no habían tenido hijos.

—¡Menuda tarde! —comentó la recién llegada, buscando el modo de no mojar el suelo. En el vestíbulo no había paraguero, así que dejó el paraguas en un rincón, junto a la puerta y entró dando zancadas, haciendo equilibrios con la bandeja y hablando sin parar, como solía—. No tenemos paraguero,

Marta. Habrá que buscar uno, si es que no está por ahí sin desempaquetar. No se piensa en el mal tiempo cuando luce el sol, ya lo dice mi abuela. Ay, Dios mío, esta nata huele de maravilla, dan ganas de comérsela aquí mismo a cucharadas. La señora de la granja me ha dicho que está recién montada y que hay que meterla en la nevera. Estoy chorreando, voy a secarme un poco. Pero primero dejaré la nata para que no... —Parada en seco, cuatro ojos fijos en ella—. ¡Uy! ¡Perdón! No sabía que estabas acompañada. Buenas tardes. Es un decir.

—Te presento a mi hermana Olga —terció Marta—. Ella es Lidia, mi ayudante.

—Os parecéis un montón —observó Lidia.

—¿En serio? —Olga arqueó las cejas depiladas.

—Somos gemelas —aclaró Marta.

—Ah, con razón.

—Pues fíjate que yo no noto que nos parezcamos tanto —comentó Olga, dando un sorbito al whisky.

—¿Por dónde empiezo, jefa?

A Marta le habría gustado que alguien le dijera también por dónde debía empezar. No precisamente en relación con la cena.

—Deja la nata en la nevera y márchate a casa —ordenó Marta.

—¿Cómo?

—Con la tarde que hace seguro que te apetece echarte en el sofá con el gato en el regazo.

—Sí, pero ¿y la cena?

—Se ha suspendido.

—No le hagas caso, Lidia. Marta está de broma —terció Olga.

—Sí, para bromas estoy hoy. Vete a casa. Hablo en serio.

—A ver, Lidia —voz meliflua e interesada de Olga—, no tienes mucha prisa, ¿verdad? ¿Puedes quedarte un ratito, hasta que Marta se aclare? —Y volviéndose hacia Marta, con la pulsera tintineando—: Así la pobre chica también se seca un poco, y puede que hasta deje de llover. ¿Lo ves? Todo son ventajas.

—No tengo que aclararme. —Marta negó con la cabeza—. La decisión ya está tomada.

Olga se volvió hacia Lidia.

—¿Por qué no metes la nata en la nevera, cariño? Con este bochorno se va a echar a perder.

Lidia buscó la aprobación de Marta.

—Métela —corroboró.

—De acuerdo, jefa —dijo ella, y entró en la cocina con pasos pequeños y rápidos, aliviada de poder irse de allí.

—Te llama jefa, qué mona —dijo Olga.

Marta insistió:

—Avisa a las niñas o será peor.

Retumbó un trueno tan fuerte que hizo oscilar las luces. Lidia compareció de nuevo.

—¿Quieres que vaya rellenando los profiteroles?

—Sí, sí, ¡buena idea! ¡Rellena los profiteroles! —saltó Olga.

Sonó el teléfono al fondo. Marta pensó: «Puede ser Álex», se levantó de un brinco y echó a correr hacia el aparato. Lidia se retiró a la cocina. Olga se quedó a solas, las piernas cruzadas, el cristal de bohemia en volandas, negando con la cabeza y pensando «pobrecilla, está desquiciada», como si ella fuera el paradigma de la serenidad.

Pasaron ochenta segundos en el reloj de pared, que Olga registró como un notario.

Marta regresó del fondo más sosegada, o tal vez con más resignación. Se asomó por una de las puertas batientes de la cocina y dijo:

—Cuando termines con los profiteroles, mételos en la nevera. Ah, y calienta el horno. Enseguida comenzamos con el pato. Gracias por no hacerme caso.

—De nada, jefa.

La ceja arqueada de Olga era una pregunta que demandaba respuesta.

—Era María, la secretaria de Julia. Dice que la señora diputada tiene una reunión esta tarde y que igual llegará con un poco de retraso a la cena. Que su agenda es muy complicada y a veces cuesta cuadrarlo todo.

—Anda, ¿y ésta cuándo ha confirmado?

—Hace unos días. Perdona, se me olvidó decírtelo.

—Ya. ¿Y no le has dicho que se ha suspendido?

—No me ha parecido bien.

—¡Bendita llamada! —Olga levantó las manos, muy teatral, como dando gracias a los dioses de la telefonía. Las medallitas de su pulsera tintinearón, festivas—. Entonces, vamos allá, ¿no? ¿A qué te ayudo?

—¿Tú? ¡Madrecita!

—Cuanto antes empecemos, antes podremos cambiarnos.

—¿Cambiarlos de qué?

—De ropa, claro. Me he hecho un vestido de glasé amarillo a lo Grace Kelly que es una preciosidad, ya lo verás. Me ha costado una fortuna.

—Yo pienso ir así mismo —dijo Marta.

—¿Así? —Mueca de prudente repugnancia de Olga, transformada rápidamente en compasión—: Bueno, todas comprenderán que no estás en tu mejor momento. No pasa nada.

Un dedo índice apuntó directamente hacia Olga.

—Nadie comprenderá nada de nada. Ésta es mi condición: ni una referencia a Álex. ¡Ni una! Aunque pregunten. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí, tranquila.

—¡Ay! ¡Dios! —Marta, dio un respingo, sobresaltada—. ¡Al final no he metido el Monopole en la nevera!

Se levantó y entró en la cocina como un pistolero en un salón.

Marta sabía que no podía fiarse de Olga desde que una vez, en el internado, la descubrió leyendo su diario. Lo había robado de su caja de madera —había una bajo cada cama— y lo paladeaba al mismo tiempo que se zampaba una tableta de chocolate, sentada sobre el retrete, a la hora en que todas debían estar durmiendo. Para poder disfrutar de ese rato de intimidad ilícita, Olga pretextó tener diarrea. Y Marta, que estaba escamada, le dio un tiempo prudencial y la siguió. La excusa era perfecta: estaba muy preocupada por su hermana, tanto que no podía dormir. Entró sin hacer ruido en los lavabos, se encaramó al retrete vecino y miró por encima del tabique, que no llegaba al altísimo techo. Y allí estaba la ladrona, la fisgona, la mala hermana, disfrutando con sus intimidades. La esperó, iracunda, en un recodo del pasillo y sin dar ni pedir explicaciones le propinó tal bofetón que hizo tambalearse a

la mole que por aquel entonces era Olga. Ni las lágrimas de dolor que siguieron, ni las promesas de su hermana asegurando que no volvería a hacerlo sirvieron de nada.

—Nunca más volveré a confiar en ti —le dijo.

Y así fue.

Olga sentía atracción por los secretos ajenos. Le gustaba leer cartas de otros, husmear en los cajones, en los equipajes y, siempre que tenía ocasión, escuchar conversaciones. En el internado buscaba cualquier pretexto para esconderse en el hueco de la escalera que quedaba junto al teléfono y así escuchar qué decía la afortunada que tenía llamada de su casa. El colegio de las paulinas fue, en ese sentido, una magnífica escuela para ella.

Algo después, cuando compartieron habitación en casa del padrastro, Marta redobló las precauciones. Los diarios, que seguía escribiendo, los guardaba bajo llave en un cajón del ropero. La llave la llevaba siempre colgada al cuello con una cadena, como esas institutrices de las películas que tienen terribles secretos que esconder. Nunca pensó que Olga pudiera interesarse por el borrador de su novela, que escribió en letra apretada y a lápiz en hojas de papel que iba robando a su padrastro y que luego cosía.

Una vez terminada, después de varias reescrituras, cuando el original era una madeja de renglones tachados que ni ella misma entendía, se decidió a pasarla a limpio. El padrastro le dio permiso para utilizar la vieja máquina Hispano Olivetti, pero tenía que hacerlo de noche, porque de día el artilugio era necesario en el despacho. Marta comenzó a mecanografiar su gran obra en horas robadas al sueño. No podía trabajar en su cuarto porque el estruendo de la máquina despertaba a Olga. En el salón no existía ese problema, pero era tan frío y estaba tan oscuro que le daba miedo. Cuando más avanzaba eran los fines de semana, aunque entonces tenía que soportar las quejas de su madre, que consideraba todo aquello una gran pérdida de tiempo.

—Lástima que la máquina de escribir no pueda pedirte en matrimonio, porque entonces te casábamos seguro —decía la señora.

A pesar de tantos esfuerzos, el resultado no le gustó. Decidió enterrar el mecanoscrito en el cajón de los secretos hasta ser capaz de decidir cuál era el siguiente paso: si olvidarse de él y, al mismo tiempo, renunciar a su sueño; o si aceptar sus limitaciones luchando a brazo partido por superarlas. Esto es,

volver a empezar. Marta era aún demasiado joven para saber que la genialidad suele ser fruto del mucho trabajo. Y que el verdadero genio nunca sabe que lo es.

Aún estaba tratando de decidir algo con respecto a su talento y su futuro cuando recibió la carta de un editor importante en que se la citaba en la editorial para mantener «un intercambio de impresiones» acerca de su original. Tuvo que leer la carta dos veces para saber qué le estaban diciendo y que no se trataba de un error. El título, en efecto, era el de su novela abandonada (un título aún provisional, por supuesto). El nombre que encabezaba la carta era, en efecto, el suyo. El único error era que ella no había enviado nada a ningún editor. Fue a comprobar el cajón donde había decidido sepultar el fruto de tanto esfuerzo y confirmó sus sospechas. Ni siquiera tuvo que ir en busca de Olga. Estaba allí mismo, observándola con una sonrisa socarrona, esperando aquel momento desde hacía varias semanas y, al parecer, muy satisfecha de sí misma.

—¿Esto es obra tuya? —agitó el papel ante sus narices.

—¿A ti qué te parece?

—¿Y por qué? No estaba terminada aún.

—Tonterías. Estaba terminadísima. Aunque tal vez el final sea un poco repentino.

—¡La has leído!

—Toma, pues claro. ¿Cómo iba a recomendarte, si no?

—Yo no quería que me recomendaras.

—Bueno, en realidad, yo no te he recomendado. Ha sido mi prometido.

—¿Él también la ha leído?

—¿Él? —Risita—. No, él no lee novelas. Pero se fía de mí.

—¿Cómo has abierto el cajón? ¿También eres ladrona de llaves?

—Por favor, Marta, ese cajón se abre con una horquilla.

En el cajón estaban también sus diarios, algunas fotos, unas pocas cartas. Todo lo que no quería que cayera en manos de su hermana. Estaba más furiosa y se sentía más vulnerable que nunca.

—Si pudiera, te daría otro bofetón.

—¿Sí? Qué manera más rara de agradecermelo.

—¿Agradecerte el qué?

—La recomendación. Parece que van a publicarte.

—Yo no quiero publicar.

—¡Qué mentirosa! Todos los escritores queréis publicar. Entonces ¿para qué has escrito una novela? Lo que pasa es que estás aterrorizada. —Hizo una pausa, como si calibrara sus palabras, como si fuera capaz de hacerlo, y añadió—: Como siempre.

—Déjame en paz. No pienso ir a la entrevista. Ya puedes decírselo a tu prometido.

—Eres una mema.

—Y tú una chismosa.

Marta tenía ganas de llorar de rabia, pero pensó que no era el momento de mostrar debilidad y lo dejó para más adelante. Aquello acabó con un duelo de desaires. Durante la comida ninguna de las dos se dirigió la palabra, aunque su actitud no llamó la atención de nadie. En aquella casa, la mayor parte del tiempo permanecían todos en una especie de silencio mayor como el de las clausuras, como si no tuvieran permitido pronunciar sonido alguno a menos que estuvieran en peligro de muerte.

Por la noche Marta seguía sin haber tomado una decisión. Le daba un coraje inmenso tener que dar la razón a su hermana en tantas cosas: deseaba aquella entrevista, a la que por supuesto pensaba acudir, le daba terror lo que tuvieran que decirle y deseaba publicar más que nada en el mundo. Olga no se había equivocado en nada.

Le habría gustado preguntarle qué debía hacer, cómo debía comportarse, qué debía ponerse. Su hermana era siempre tan estilosa, tenía tanta mano eligiendo indumentaria. En cambio ella era de las que se visten por necesidad, sin convicción, despreciando modas y arreglos cosméticos, sintiéndose siempre mal arreglada. Marta encontraba la cosmética y la moda asuntos muy banales, que no merecían su atención. Sin embargo, ahora que quería impresionar le habría gustado saber combinarlos, aunque sólo fuera una vez. O dejarse aconsejar por una verdadera entendida, como Olga. No hizo nada de eso. Aún prevalecía la rabia. Esa necesidad de su hermana de ser siempre la protagonista, o la responsable, o la benefactora, o todo al mismo tiempo, la sacaba de quicio.

Por otra parte, ¿y si la novela no les había gustado? ¿Y si sólo la citaban por cortesía hacia su padrino, el doble doctor, para decirle que era lo peor que habían leído jamás? Entonces, mejor ir desaliñada que dar la impresión de haberse vestido para una gran ocasión. En el fondo, pensaba, estaría de acuerdo si le dijeran que la novela era horrible, pero no podría soportarlo. Pero ¿y si le decían que era buena sólo por agradar al profesor Pardo? Tampoco soportaba la idea de tener padrinos en lugar de talento. Sí, Olga tenía razón: era una mema. La mayor mema de la historia de la literatura occidental. Ésa fue la única conclusión a la que fue capaz de llegar la madrugada que precedió a su cita editorial. No era gran cosa, la verdad.

Al fin llegó el día. La recibió un joven que se presentó como «Alejandro Baudet, el hijo del dueño y sin embargo un trabajador más» y que desde el principio de la reunión le dejó claro que estaban interesados en publicar su novela.

—Siempre y cuando lleguemos a un acuerdo económico, por supuesto. ¿Ha hablado de este asunto con su padre?

—La verdad es que no.

No era muy normal que una mujer acudiera sola a una cita como aquélla. Claro que tampoco era normal para una mujer tener una cita con un editor. Ni siquiera eran normales las escritoras, sólo una especie recién nacida que comenzaba a asomar la cabeza, ante la estupefacción general y de ellas mismas.

—¿Su padre estará de acuerdo en reunirse conmigo para hablar de los detalles?

—Mi padraastro.

—Oh, disculpe. Su padraastro. ¿Estará de acuerdo?

—Preferiría no publicarla. Aún.

El joven editor se reclinó en la confortable butaca de piel. No era, desde luego, la butaca de un trabajador común, como tampoco lo era el despacho donde se encontraban, decorado con la sobriedad de quien puede darse el capricho de ser sobrio. Un enorme ventanal enmarcaba la figura estilizada del hombre, elegante, apuesto, seguro de sí mismo, sonriente, por supuesto vestido con traje de chaqueta y corbata. Sobre la mesa, una Underwood

antigua en perfecto funcionamiento, varias plumas estilográficas buenas y muchas pilas de papeles dispuestas en lo que parecía un pulcro desorden. El editor sonrió con incredulidad. Estaba poco hecho a las resistencias.

—¿Aún?

—Me gustaría trabajar el borrador un poco más. Creo que puedo mejorarla.

—¿Y puedo preguntarle por qué nos la ha enviado si no la considera terminada?

—Lamento haberles hecho perder el tiempo. —Sonrió Marta, amable pero firme—: Pero no fui yo quien la envió.

—Oh. —Álex meneaba la cabeza, sin comprender—. ¿Quiere decir que otra persona nos la remitió sin su consentimiento?

—Así es. Mi hermana.

—¿Y usted no sabía nada?

—No, señor.

—Parece que su hermana la quiere mucho. Y tiene mucha fe en usted.

—Bueno.

—Imagino la sorpresa que se llevó al recibir nuestra carta.

—Y aún ha sido mayor la de saber que quieren publicarme. No lo esperaba en absoluto. Se lo agradezco mucho.

—Muchos escritores noveles querrían estar en su lugar.

—Ya lo supongo —dijo y bajó la mirada, incómoda.

—Dígame, ¿está dispuesta a reconsiderar su negativa?

—No es una negativa. Sólo un aplazamiento.

—Permítame advertirle que en el mundo editorial las oportunidades no duran mucho.

—Pero los libros sí. No quiero que mi aportación a la posteridad sea mediocre.

El editor soltó una carcajada.

—¿La posteridad?

—O lo que sea.

—Estoy comenzando a admirar su carácter. ¿Calcula para cuándo tendrá terminada esa aportación a la posteridad?

—No puedo. —Marta fingió no reparar en el tono de guasa—. Es un proceso demasiado largo.

—¿Le importará, al menos, mantenerme informado durante el proceso?

—Si usted quiere...

—Permítame darle un consejo. No deje que su obsesión por ser perfecta ahogue su obsesión por ser escritora. A veces, la autoexigencia es una forma de parálisis.

Aquella seguridad tan de hijo del dueño la incomodaba. Asintió con timidez.

—Tendré muy en cuenta el consejo, gracias.

—Una última pregunta. ¿Aceptaría usted algún encargo mientras tanto, si no le distrae demasiado?

—¿Qué tipo de encargo?

—Correcciones, redacción de pequeños textos, alguna que otra traducción... ¿lee usted francés?

—Sí, señor. Mi padre era francés.

—Sería estupendo que fuera una de nuestras colaboradoras. Podría trabajar en casa, las horas que estimara oportunas.

Marta lo ponderó durante un instante. Ganar algún dinero le vendría bien. Por lo menos mientras no tuviera planes concretos.

—Lo consultaré con mi padrastro.

—Qué alivio. —Sonrió él, derrochando encanto—. Ya temía que se negara también. ¿Y podemos aventurar cuál será la respuesta de su padrastro?

—Supongo que lo verá con buenos ojos. —Ahora sonreía, ¡sonreía!, ¡por fin! Álex no daba crédito—. Suele confiar en mi criterio. Y si es desde casa...

—Bien. —El editor se levantó, se alisó los faldones de la chaqueta (Marta adivinó que ése era un gesto casi reflejo en él, producto de su coquetería)—. No sabe cuánto me alegro de haber llegado con usted a un acuerdo. Comprenda que no podía dejarla escapar, sin más. Nunca me lo habría perdonado.

—¿Piropea usted a todos los escritores que le envían sus originales?

—No. Sólo a los que son como usted.

—¿Mujeres?

—Buenos.

Marta bajó la mirada, de nuevo incómoda. El editor le estrechó la mano con firmeza y le dijo:

—Espero no haberla decepcionado.

—No, no... todo lo contrario.

Marta ya salía cuando desanduvo sus pasos y, con una solemnidad un poco teatral, se detuvo en el umbral de la puerta para decir:

—Sé que no soy muy expresiva. Sólo quiero dejar claro que me siento muy halagada por su proposición y que trataré de hacerlo lo mejor que sepa. Buenos días.

—Me alegro —contestó el editor, estupefacto ante el arrebato.

Durante el resto de su vida, Álex recordaría aquella imagen de Marta enmarcada por la puerta de su despacho, con los pies juntos, las manos como garras sobre el bolso, la falda por debajo de las rodillas y la rebeca de lana de angora blanca, pronunciando con evidente esfuerzo aquellas palabras, tal vez las más sinceras que había dicho jamás a un desconocido.

Durante el resto de su vida, ésa sería para Álex la imagen de la candidez y la honestidad perfectas, y se dedicaría a buscarlas en cuantas jovencitas llamaran a aquella misma puerta, y también a las puertas sucesivas que fueron franqueando sus futuros despachos. Nunca se lo confesó a Marta, porque estaba seguro de que no iba a creerle, pero había algo en ella, más allá de la inseguridad y la timidez, que le atrajo desde el primer instante como un imán. La rotundidad de sus opiniones, errores incluidos, aquel modo poco grato de ser distinta. Le recordaba al gato de su madre: aunque lo primero que percibías en ellos era la desconfianza y los bufidos, terminaban por demostrarte cariño si les dabas un poco de tiempo y libertad para elegir ellos el momento.

Cuando aquel día su padre le preguntó qué tal la recomendada del doctor Pardo, Álex contestó:

—Aún la estoy estudiando.

Si Álex hubiera seguido a Marta aquella mañana, habría podido descubrir algo aún más insólito. La joven salió de la editorial mareada y caminó tartaleando por la acera hasta que no pudo más y se refugió en un portal, el primero que encontró, a llorar un poco. Allí estuvo exactamente tres

minutos, desahogándose y enjugándose las lágrimas, sonándose la nariz, hasta que consideró que ya era suficiente y se dio permiso para seguir su camino. No solía permitirse las lágrimas, pero tanta tensión concentrada en una sola mañana bien justificaba una excepción.

Como era de esperar, Olga se puso hecha un basilisco al conocer las nuevas.

—¿Cómo que le has dicho que no? ¡Pues en menudo lugar dejas a mi prometido, que ha puesto la mano en el fuego por ti!

Pero Marta no se dejó ablandar.

—No debió hacerlo. Yo no se lo pedí.

—Claro, ¡se lo pedí yo!

—Tú tampoco debiste hacerlo.

Olga estaba cada vez más histérica.

—¡Eres una ingrata! No esperes que te ayudemos nunca más.

—Nunca lo he esperado.

La entrevista no terminó como Olga habría deseado, pero de todos modos cambió el destino de Marta. Sólo tres días después una secretaria la llamó para preguntarle dónde podían enviarle —por deseo del señor Baudet— unos originales. Comenzó haciendo corrección ortotipográfica, dos o tres libros al mes. Sus comunicaciones con la editorial eran siempre por teléfono, con la secretaria de Álex, pero junto a los originales venía siempre una nota manuscrita de él, que nunca olvidaba los halagos ni los «saludos a su padrastro». Al tiempo comenzó con pequeños trabajos de redacción. El señor Baudet encontraba su estilo «sobrio y conciso» y la alababa por ello. Procuraba dejarle claro a menudo lo muy satisfecho que estaba de sus colaboraciones.

—Escribir es, como todo, cosa de buen gusto —solía pontificar él—, y el buen gusto no se aprende: se tiene o no se tiene.

Álex no tardó en proponerle que se uniera al equipo de la editorial. Tendría su propia mesa en la oficina y se verían a diario. Recalcó este último detalle. Antes de aceptar, Marta le habló del trabajo a su padrastro, quien no encontró inconveniente en conocer al editor y firmar el contrato en nombre de Marta.

—Trabajar está bien mientras aún seas soltera —opinó la madre—. Aunque a este paso, hija mía, te vas a casar con un diccionario.

El trabajo diario en la editorial representó el primer gran cambio de su vida. Tenía una mesa al fondo, con las otras chicas, con vistas al despacho de Alejandro Baudet. Por supuesto, la ubicación había sido elegida por él a propósito, y para salirse con la suya echó de su sitio a una de las secretarias del departamento contable. El joven editor sonreía a Marta cada vez que entraba o salía de sus reuniones, a veces mientras atendía a los mejores autores de la casa, que quedaban siempre de espaldas a ella y estaban tan aislados en las crisálidas de sus egos que no reparaban en que su editor sufría un extraño tic en el ojo. Marta no daba crédito a que Álex fuera tan desvergonzado. Se ruborizaba, a veces se reía sola, bajaba la mirada y trataba de concentrarse en el original que estaba leyendo. Era un juego entre los dos que dejaba al margen al resto de la humanidad.

Poco a poco la teoría del gato se iba confirmando. Marta ya no era tan arisca. Aunque seguía siendo muy diferente al resto de las chicas de la editorial, y del mundo. Llevaban varios meses de juegos a través del cristal cuando llegó otra propuesta: ¿Se atrevería a encargarse de las relaciones con la prensa? Tendría que viajar de vez en cuando, acompañar a los autores, entretener a sus santas esposas mientras ellos se sometían a las obligadas sesiones de firmas, organizar comidas y convertirse, de algún modo, en la mano derecha de su jefe. Marta aceptó, esta vez sin vacilaciones ni consultas familiares ni tiempo para pensarlo. Resultó ser el trabajo de su vida, el principio de su época más feliz. Se le daba bien organizar cenas y almuerzos, los periodistas celebraban su sinceridad y su economía emocional y a los autores les trataba como a reyes, siempre atenta a todo, siempre manteniendo las distancias justas, siempre pendiente de que no se aburrieran las consortes. Era perfecta.

Álex se había vuelto completamente dependiente. No consentía en organizar nada ni ir a ninguna parte sin Marta. Se lo consultaba todo. Solía decir que nadie le conocía como ella (lo cual comenzaba a ser verdad). A veces incluso le daban extrañas pataletas de celos cuando ella se dedicaba demasiado a un autor o extremaba las atenciones con un editor extranjero. Fue una época próspera para los negocios, que en parte se debió al buen

tándem que formaban Álex y su eficaz ayudante, y que terminó de cuajo la mañana en que, después de una sesión de firmas interminable con el autor más vendido de la editorial, una cena larguísima en un restaurante de lujo y un peregrinaje por tres bares de copas distintos, Marta despertó desnuda en una cama del Hotel Palace de Madrid al lado de su jefe.

Fue sólo un desliz, uno solo, y lo recordaba como uno de esos sueños que se tienen al principio de la noche. Por la mañana tenía una resaca horrible y un aspecto peor aún, pero le quedó lucidez para obrar como debía: presentó su dimisión allí mismo, sin ni siquiera vestirse. Álex no estaba mucho mejor que ella, pero fue rápido de reflejos al responder, mientras luchaba por abrir los ojos:

—¿Y si te hago una oferta que no puedas rechazar?

—Ninguna puede interesarme después de caer tan bajo —respondió ella, digna como María Antonieta ante la guillotina.

—Cásate conmigo.

Había que reconocerlo: Álex era todo un campeón olímpico de la negociación *in extremis*.

La boda se fijó para ocho meses más tarde, pero no pudo celebrarse a causa de la desgraciada muerte de la madre del novio, repentina y dolorosa. Una vez más el destino desoía los deseos de Marta. El noviazgo terminó prolongándose casi dos años más de lo previsto, que ella invirtió en cambiar otra vez de vida. Preparó a su sustituta en la editorial, una jovencita de muy buena presencia, recién salida de la universidad, que hablaba cuatro idiomas. Paulatinamente fue volviendo a sus labores de corrección y redacción, de nuevo desde casa.

También regresó a su olvidada novela, que releída tanto tiempo más tarde ya no le parecía suya, ni buena, ni publicable, ni siquiera una novela, de modo que decidió volver a escribirla desde el capítulo primero. Las circunstancias eran ahora mejores: tenía su propia máquina de escribir, comprada con su salario, ya nadie le discutía los horarios ni la vocación, y la boda de Olga la había convertido en la única ocupante del cuarto, así que podía trabajar a sus anchas. Sólo que cuantas más vueltas le daba a las palabras de su historia, más brillo perdían, como si a cada lectura se gastaran un poco más. Había días en que escribir sólo era luchar contra sus

limitaciones y su frustración. Otros, le parecía que los personajes tenían una vida más allá de la que ella estaba pergeñando y que tomaban decisiones por su cuenta. Como si se hubieran apropiado de la historia y la estuvieran escribiendo sin contar con su opinión.

A pesar de todo, logró terminar la novela sólo unos días antes de la boda. Quería ofrecérsela a su prometido, como un regalo de especial significado entre los dos, y para conseguirlo en las últimas semanas trabajó a destajo. De día, en las colaboraciones editoriales. De noche, en la maldita novela. La boda era la menor de sus ocupaciones, porque la familia de Álex se ocupaba de todo, y semanalmente informaban de las novedades a su madre y su padrastro, que siempre estaban de acuerdo.

Las únicas decisiones que tomó tuvieron que ver con el vestido. Su madre le había regalado una pieza de encaje de guipur y la modista quería emular con ella el traje que había llevado la princesa Sofia en su boda con Juan Carlos, celebrada unos meses antes. Pararle los pies a la modista y mantener alejada a su madre requería determinación y constancia. Resultaba demasiado agotador para perder el tiempo. Se casó ataviada con una mala copia del vestido principesco. Al banquete asistieron cuantos invitados deseó su familia política. Y así, todo avanzó hacia delante, como si no hubiera otro camino.

Hasta que.

En los «hasta que» es donde está lo mejor de la vida, los giros de timón que trazan toda existencia.

Un par de días antes de la boda un Álex compungido que sonaba sincero le confesó que había cometido «un error imperdonable». Ella, que era novata también en estos menesteres, tardó un rato en comprender que el error tenía nombre de mujer —el de su joven y políglota sustituta— y que era cuantificable en dinero: la suma que su futuro suegro había pagado para alejar a la chica de la editorial y de la deseable vida feliz de su hijo. Entendería, le dijo Álex, que, «dadas las circunstancias», ya no deseara casarse con él. Aceptaría humildemente reconocer su culpa ante su madre y su padrastro, si así le evitaba la vergüenza de las explicaciones. Todo con tal de no hacerla todavía más infeliz, le dijo. Y si a pesar de su vergonzoso comportamiento

decidía darle una oportunidad, le prometía por lo más sagrado que su arrepentimiento era sincero y que había aprendido la lección. Para siempre, dijo. Y lo repitió un par de veces, como si él mismo necesitara creérselo.

Marta sólo interrumpió aquel discurso del arrepentimiento para formular con profunda voz nasal una única pregunta:

—¿Tú me sigues queriendo?

A lo que Álex contestó con un sobreactuado:

—Más que nunca.

De modo que Marta le escuchó, le compadeció, le consoló, le creyó, le hizo sufrir durante veinticuatro horas (hubiera preferido un plazo más largo pero la fecha de la boda apremiaba), disfrutó con la imposición de la penitencia y, al fin, le perdonó, de todo corazón y también para siempre (eso creía ella), atendiendo al consejo que le dio su madre.

—Si no eres capaz de perdonarle, no te cases con él. Pero si le perdonas, que sea de verdad.

El día de la boda transcurrió como si nada hubiera ocurrido, con un par de salvedades: su suegro le agradeció con lágrimas en los ojos «lo increíblemente generosa» que había sido y el mismo Álex se comportó con ella como el niño travieso que quiere disimular lo que trama.

Durante el vals con que los novios inauguraron el baile, Álex trastabilló sin querer y le propinó a Marta un tremendo pisotón. Tuvo que atenderla un médico que estaba entre los invitados.

Como suele ocurrir, las bases de lo que iba a ser su matrimonio estaban ya perfectamente sentadas el mismo día de la boda.

La novela de Marta nunca llegó a publicarse. Álex la leyó, o la dio a leer a alguien, quién sabe. A los varios meses sentenció:

—Me gustaba más la primera versión.

Mientras tanto, Marta había ingresado con méritos en la vida literaria barcelonesa, en su papel de consorte. Era una anfitriona perfecta tanto para recibir autores como colegas extranjeros. A veces reservaban en algún restaurante, pero a Álex le encantaba recibir en casa. Así que Marta comenzó a cocinar. Era un poco raro que se le diera tan bien, porque en realidad nunca

había tenido ocasión de preparar una receta por sí misma. Su habilidad era fruto de muchas horas de observación. De niña le gustaba ver trabajar a las cocineras de su madre, se pasaba las horas muertas en la cocina, donde siempre era bien recibida. Aunque también tenía algo de talento, que le encantó descubrir y cultivar.

—En el fondo, cocinar es como escribir —comenzó a decir—. Todo es cuestión de buen gusto.

Algunos de los invitados a aquellas cenas bromeaban diciendo que las recetas eran obra de algún profesional que los Baudet tenían escondido en la cocina. A veces tomaron a la joven ayudante —imprescindible si los comensales eran numerosos— por la auténtica autora de la cena. Sólo unos pocos habituales admiradores del talento de Marta se atrevían a hacerle encargos. Entre ellos, el más constante era el editor italiano Mario Spagnol, que dos semanas antes de salir de Milán escribía haciendo uso de una confianza y amistad que no precisaban de disimulos y pedía croquetas, pastel de cabracho o zarzuela de marisco. Fue Spagnol, precisamente, quien durante la sobremesa de una de aquellas veladas, mientras apuraban los cafés, sorbían buen coñac y trataban de adivinar cuál sería el próximo superventas de ambos, se atrevió a decir:

—¡Tú lo que tienes que publicar son las recetas de tu mujer! ¡*Ascoltami, amico! So bene di cosa sto parlando.*

Mario Spagnol sabía bien de lo que hablaba porque él mismo lo había experimentado al publicar las maravillosas y prácticas recetas de Elena, su mujer, que tuvieron un éxito inmediato. Guiado por el ejemplo y los consejos del amigo, Álex decidió probar suerte. Por aquel entonces, comenzaba a relevar a su padre en la toma de decisiones y necesitaba encontrar el modo de demostrar que podía hacerlo.

Publicar el primer libro de Marta Viñó, por supuesto ocultando que era su esposa, fue una de sus primeras y más acertadas jugadas. Se titulaba *¿Qué hay para comer?* Era un libro de cocina concebido como un manual fácil para amas de casa sin experiencia. Platos tradicionales, sin exotismos ni complicaciones, con un ligerísimo toque de modernidad y una pizca de pedagogía, en los que la principal novedad consistía en la utilización de los electrodomésticos recién llegados: minipimer, batidora, picadora... ¡cuánta

sofisticación! Se anunció como «El libro de las recetas que nunca fallan» y salió al mercado un poco antes de la Feria del Libro de Madrid de 1966. Fue un éxito inmediato. Se reeditó en menos de dos semanas y sólo un año después se habían hecho veinte ediciones. Marta, tan enemiga de focos, se convirtió de pronto en una especie de celebridad nacional. No había ama de casa que no tuviera su libro o que no siguiera sus consejos al pie de la letra. Incluso doña Carmen Polo de Franco adquirió varios ejemplares para regalárselos a los tres guardias civiles que cocinaban para su familia en el palacio de El Pardo, a ver si aprendían algo y el Generalísimo lograba comer algo más que pan con queso. Debió de funcionar, porque al poco tiempo los Franco quisieron invitar a Marta a almorzar, deseosos de «conocer a la autora a quien tanto admiraban», decía la carta con membrete oficial. Marta declinó la invitación enseguida por una razón: detestaba ser la autora de un libro de recetas, por muy exitoso que fuera. De haber sido invitada como novelista (algo del todo imposible), sin duda habría aceptado. Aunque tenía que reconocer que era mucho más realista imaginar a Franco hablando de sofritos que de literatura.

A pesar de todo, Marta seguía cocinando para sus invitados, como antes, sólo que ahora Álex se pavoneaba más.

—Yo buscando por medio mundo la gallina de los huevos de oro y resulta que la tenía en casa.

El segundo libro le dio más trabajo. Ella no era una profesional, sus únicos méritos eran la meticulosidad y las ganas de aprender, no conocía tantas recetas infalibles. Álex tranquilizó a su mujer contratando a un par de profesores de la escuela de hostelería de Madrid para que la ayudaran con la selección y confección de los platos. Se publicó a los pocos meses y se tituló *¿Qué más hay para comer? El nuevo libro de las recetas que nunca fallan*. Como era de esperar, tuvo tanto éxito como el primero. Marta comenzó a visitar ferias del libro para firmar ejemplares. En todas partes la esperaban largas colas de mujeres que querían conocerla, que le agradecían la claridad de sus recetas, los trucos para utilizar las sobras o el modo en que les había hecho perder su miedo a los aparatos eléctricos. Muchas venían acompañadas por maridos sonrientes que le contaban lo bien que comían gracias a ella. Sus

libros agotaban existencias en todas partes donde iba. Algo así no ocurría desde que la marquesa de Parabere publicó, unos cuantos años antes de la guerra, *La cocina completa*.

Para su tercer éxito —*¿Qué hay de postre? Recetas de repostería que nunca fallan*— Marta contó con la ayuda de un par de pasteleros de gran renombre (que cobraron por permanecer en el anonimato). Sólo que esta vez apenas pudo participar en su redacción porque estaba muy ocupada impartiendo conferencias y haciendo presentaciones. El libro arrasó, como se esperaba, nada más salir.

Mientras Marta se iba convirtiendo, como suele ocurrir, en aquello que todos pensaban que era y los medios de comunicación comenzaban a llamar a su puerta, un equipo de cocineros escribía sus futuros superventas, cada vez más alejados del espíritu original, de los que algún crítico aficionado a la hipérbole llegó a decir que «habían salvado los hogares españoles del potaje diario». En esa época, comenzó a colaborar con la revista *Lecturas*, donde publicaba una receta semanal, y con Radio Barcelona, donde fundó y dirigió el «Consultorio de Marta Viñó: el primer consultorio gastronómico de la radiodifusión española».

Las colaboraciones radiofónicas supusieron para Marta una vuelta a sí misma. Era ella y no otra persona quien elegía y redactaba los consejos, en respuesta a las consultas de las oyentes. Semanalmente la emisora le hacía llegar las cartas recibidas —centenares— y ella escogía siete, las que mejor podía resolver, para su espacio. Mujeres desesperadas porque no les salían los huevos fritos, o porque se les despanzuraban las croquetas o no le encontraban el punto de sal al bacalao. Redactaba las soluciones dando mucha importancia a todos los problemas y a las oyentes mismas: «Querida amiga: El huevo siempre hay que salarlo después de freírlo, porque la sal en el aceite salpica y podríamos quemarnos. Además, si la echamos después, controlamos mejor el salero y no se nos va la mano. Aunque lo más importante es no angustiarse. Tengo la certeza de que muy pronto le saldrá un huevo frito perfecto, con el borde crujiente, la clara cuajada y la yema líquida, que merecerá los elogios de quien lo vea y lo cate». Todo con profesionalidad, respeto hacia su público y una benevolencia de tintes

maternales. Las cartas que no podían radiarse también eran contestadas. Había dos redactoras dedicadas a ello a tiempo completo, y ella las asesoraba caso por caso.

Así que podríamos concluir que, en este aspecto, Marta Viñó fue una invención de Álex. Fue él quien la convirtió en autora de libros de cocina y no en novelista. Y no en una autora cualquiera, sino en una auténtica estrella, que sentaba cátedra cada vez que opinaba de sofritos, gazpachos o picadillos. Un personaje del que no había vuelta atrás. Y Marta, que era práctica, decidió resignarse y aprovechar la ocasión para aprender. Detestaba la idea de ser una impostora, por mucho que a su marido no pareciera importarle. Quería obtener las cosas por méritos propios. Así que hizo algún cursillo con los mejores del momento —el propio Álex la llevó a Lausanne y a la escuela Cordon Bleu de París, en lo que consideraba una inversión con vistas al futuro—, se matriculó en el primer curso que ofreció la recién creada escuela de Hostelería de Girona y se carteó con los mismísimos hermanos Troisgros, con el gran Paul Bocuse o con algunos compañeros de generación dispuestos a revolucionarlo todo desde sus fogones, como Juan María Arzak. También trató más a Elena Spagnol, con quien compartió anécdotas, trucos y, sobre todo, una amistad auténtica. En suma, aprendió cuanto pudo, trabajó mucho y le sacó buen rendimiento a ambas cosas.

De todo lo que ocurrió después de convertirse en cocinera famosa, lo más importante para ella fue la relación con sus oyentes. Resultó ser un acicate insospechado, que le insufló una seguridad que nunca tuvo. El modo en que la veían y confiaban en ella cambió poco a poco la visión de sí misma. Como si ser útil para otros le confiriera un inesperado valor. Un buen día descubrió que tenía el arrojo suficiente para dar un paso más, uno que Álex no había organizado ni previsto, que ni siquiera aprobaba. Quería abrir un restaurante. Estaba dispuesta a intentarlo, a trabajar duro. Si naufragaba, pediría ayuda o reconocería su error. Si no, tendría por fin un proyecto que le pertenecería en exclusiva, como el de su pobre novela difunta. Esta vez estaba dispuesta a llegar hasta el final sin rendirse. Sólo faltaba encontrar la oportunidad y el momento. No podía sospechar entonces que no tardarían en llegar, en forma de herencia. Ni que el sucio taller que de niña no se atrevía a pisar sería el escenario donde se volvería realidad su sueño.

Marta acababa de meter las tres botellas de Monopole en la nevera cuando sonó un trueno que hizo temblar la bóveda del mundo. La luz artificial osciló durante un par de segundos.

—¿Tenemos velas? —preguntó Lidia, que estaba terminando de alinear los profiteroles, ya rellenos, en una fuente.

—Espero no tener que usarlas —respondió Marta, mientras supervisaba los patos, dos, socarrados, amarrados, salpimentados, untados con manteca de cerdo y listos para entrar en el horno—. Cuando puedas, pela las peras y ponlas a hervir con agua y limón. Sólo cinco minutos, que no se ablanden mucho.

—Sí, jefa.

Un segundo trueno retumbó. Las luces amenazaron de nuevo con dejarlo todo a oscuras, pero se recuperaron. Eran cerca de las siete.

A Olga no le gustaban las tormentas. Su cabecita de peluquería perfecta apareció por la puerta de la cocina.

—¿Cómo ayudo?

—¿Sabes pelar peras?

—Claro.

—Pues ven aquí. —Marta le entregó las frutas y un cuchillo—. Ten cuidado, está afilado.

Olga tomó la primera pera y comenzó a mondarla con más habilidad de la que nadie esperaba. Las medallitas de su pulsera tintineaban. Ella fruncía el ceño y sacaba un poco la lengua.

—¡Qué emoción! ¡Estoy cocinando! —Estalló otro trueno, Olga dio un respingo y enseguida dijo—: ¡Virgen santísima!

Marta la miró sin creérselo del todo: era como estar viendo otra vez a su madre. El mismo pelo ondulado de color castaño oscuro, el mismo porte de aristocracia rancia, que siempre las hacía parecer fuera de lugar en los lugares donde se trabajaba. Ninguna de las dos había nacido para ensuciarse, ni para estropearse la manicura. Marta, congelada frente a su hermana, con la intención de pelar las peras restantes, sintió de pronto que llevaba toda su historia a cuestas.

Su padre medio artista y medio loco, del que estaba prohibido hablar. El piso de Pérez Galdós al que nunca volvieron. Las reuniones secretas de los amigos afines —todos montañeros, todos de izquierdas— en las que se hablaba en francés, se bebía mucho vino en porrón, se bendecía a la República, se maldecía a Franco y se tramaban conspiraciones. Marta guardaba buena memoria de aquellos encuentros. Su madre reía con las otras mujeres, no había diferencias entre ellas, se llevaban muy bien. Hablaban de Rusia, de arte, de música. Decían cosas que nadie se atrevía a decir y que habrían negado dos segundos después. Eran felices.

Luego, el accidente. Una cordada mal hecha, una escalada como tantas pero muy distinta, porque ésta acaba en tragedia. Tres hombres en la flor de la vida, tres viudas, cinco criaturas sin padres. El grupo que se desintegra y que de pronto ya no tiene nada que celebrar y menos que decirse. Los sueños, las luchas, las conspiraciones se han disuelto en el vacío. Son los años más negros de la dictadura. No hay nada que hacer, nadie a quien acudir. Para las gemelas Viñó fue también el principio de un camino oscuro. Tenían doce años, su madre sólo treinta y cuatro y ninguna vocación de viuda. Era una mujer práctica, sin talento para sobrevivir por sí misma. Los vestidos viejos, los zapatos rotos, el hambre. Las promesas a la luz de las velas.

—Os sacaré de ésta, hijas. Volveremos a llevar vestidos bonitos y tendremos otra vez cocinera, os lo prometo.

Su madre cambió de amigos, de barrio, de ideas, de piel. Dónde conoció al padrastro nunca se lo preguntaron. No eran una generación acostumbrada a hacer preguntas. Las cosas sucedían, sin más, sin necesidad de explicaciones. A veces sin sentido, o contra la lógica, pero daba lo mismo.

De pronto, las ausencias de su madre, los veranos en el internado, aquellos viajes a los que no fueron invitadas y la aparición de aquel hombre calvo y gris, que hablaba poco y las trataba como si no vivieran en su casa.

Cada vez que alguien llamaba a la puerta, su madre daba un respingo idéntico al que acababa de reconocer en Olga. Luego, estaba intranquila hasta que la doncella traía alguna información: un cobrador, el cartero que venía a pedir el aguinaldo, el portero a recoger la basura... Una vez dijo:

—Un señor que se equivocaba de puerta.

Su madre la interrogó: ¿adónde iba?, ¿cómo era?, ¿qué dijo?, ¿cómo habían sido, exactamente, sus palabras? Estuvo inquieta todo el día y apenas probó bocado.

Un día un vecino le preguntó, en presencia de sus hijas:

—¿Ustedes desde cuándo son falangistas?

Y su madre repuso al instante, a la defensiva:

—¿Yo? Desde siempre...

El padrastro era falangista, militar, héroe de guerra, cojo, feo, calvo y rico. Hombre de poco hablar y de no mucho escuchar. Mirar, sí. Observaba mucho. Al fin y al cabo, no había nada que decir, eran tiempos en que todo estaba muy claro. Las ideas no le importaban a nadie. Lo que importaba era comer todos los días y darse un capricho de vez en cuando. De pronto, todos se preguntaban contra quién demonios habían luchado los que ganaron la guerra. Si no quedaban rojos. Si eran cuatro gatos.

Una vez, vieron por la calle a la viuda de otro de los montañeros muertos en aquel infausto accidente que las dejó huérfanas. Su madre dijo:

—Crucemos a la otra acera, niñas.

Pero ella las vio y las llamó por su nombre. Su madre apuró el paso, fingió no conocerla.

—No le digáis nada de esto a vuestro padrastro —les suplicó, con voz temblorosa—. Prometédmelo.

De la boda de su madre y el señor calvo había sólo una fotografía, donde se les veía muy serios: ella con chaqueta blanca y él con uniforme militar. No hubo invitados, ni celebración, y Marta siempre sospechó que tampoco noche de bodas. Se trataba de un matrimonio de conveniencia para ambos, sin amor, sin deseo, sin cariño, sin cama común, sin palabras, sin nada. De la convivencia sólo les importaba la parte práctica. Ella gobernaba la casa, él las protegía. Ella era buena administradora, él tenía dinero. Un tándem perfecto para una vida triste.

Marta detestaba hablar de esa época. También de su padrastro. Pero disimulaba. Ambas hermanas se comportaban como si no les doliera nada en la memoria. Mejor así, mucho más práctico. De qué sirve recordar si hay que vivir. Ambas habían aprendido eso de su madre, y era tranquilizador. Por lo menos su hermana y ella se ponían de acuerdo en algo.

Cayó un relámpago. Lidia calculó los segundos que tardaba en oírse el trueno y observó, refiriéndose a la tormenta:

—Todavía se está acercando.

—Voy a ver qué mesa ponemos —dijo Marta, saliendo de la cocina y también de sus recuerdos.

Incluso ahora, a punto de la inauguración oficial, el restaurante le seguía pareciendo un sueño. Cuando miraba el moderno salón, las mesas dispuestas, los sofás... experimentaba una desconocida y placentera sensación: se creía afortunada. Allí todo le pertenecía: desde el mínimo detalle de una carta que mezclaba lo casero con lo sofisticado hasta la última de las cucharitas de postre de la cubertería. Por primera vez tenía la certeza de que iba a ser muy feliz en alguna parte.

Se sobresaltó al encontrar a una mujer detenida en mitad del comedor. Estaba visiblemente embarazada, tenía la tripa tan abultada como si tuviera que parir aquella misma tarde. Una melena pelirroja exuberante. Llevaba una falda larga y estampada, un pañuelo en la mano, una gabardina en la otra, un bolso enorme colgado del hombro. Sudaba y parecía necesitar un sitio donde sentarse.

—He dejado el paraguas en la entrada. No he encontrado ningún paraguero —informó la recién llegada.

Marta iba a decir que el restaurante estaba cerrado cuando la mujer añadió:

—Ya sé que llego un poco pronto.

Marta comprendió. O aún no del todo. La imagen no cuadraba con sus recuerdos, ni con sus expectativas.

La otra se dio cuenta de su desconcierto y le aclaró:

—Marta, soy Lola, ¿no me reconoces? Bueno, entonces aún era Lolita. Fuimos compañeras de cuarto en el internado de las paulinas.

Marta cayó de pronto. «¡Pues claro, tiene la misma mirada!», pensó. Lo primero que se le ocurrió decir fue:

—¡Cómo iba a conocerte! ¡Si eres pelirroja!

Lola

—¿Ya te vas? —preguntó la voz de Andrés desde el salón. En la tele lucían los colores de la carta de ajuste y sonaba la orquesta de Johnny Miranda—, ¿quieres que te acompañe?

Lola echó un vistazo por la ventana del recibidor. Eran las siete y caía un aguacero. No había contado con ello, aunque podía esperar a que amainara: iba con mucho tiempo. En ese momento, un trueno hizo crujir los cristales.

—Esperaré un poco, a ver si afloja —dijo.

—¿Quieres que te lleve en coche? —insistió la voz de Andrés.

—No. Prefiero caminar.

—¿Caminar? ¿Con este tiempo?

—O tal vez paro un taxi.

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

—Venga, no seas tontito.

—Y tú no me trates como a un crío.

—Vale.

—No soy un crío. Tengo diecinueve años.

—Es verdad. No lo eres.

María Dolores Puncel Farrús decidió esperar en la sala del piano, allí donde recibía a sus alumnos. Se sentó en la banqueta, dejó el bolso y el paraguas en el suelo, sobre la alfombra. La tapa estaba levantada y el teclado, a la vista. Sobre el atril, la partitura de la *Fantasía Impromptu* de Chopin, dispuesta como una escenografía. Era un piano antiguo, de fabricación alemana, madera negra y candelabros. Había pertenecido a su padre.

Se regañó a sí misma: «No empieces, que nos conocemos. No empieces a darle vueltas a lo mismo. Ha pasado muy poco tiempo. No piensas con claridad». Las treguas le daban últimamente por pensar y no le sentaban bien.

Ya no había modo de dormir por las noches, aunque de eso no sólo tenían la culpa sus pensamientos. Pero ayudaban, claro. De noche todos los problemas son más grandes. El resto lo hacía el calor y el embarazo.

No quería enfrentarse a todo lo que había en su cabeza. A ratos creía que era demasiado pronto y a veces le parecía demasiado tarde. Sentía a todas horas una opresión en el pecho de la que no sabía cómo librarse. La culpabilidad, pensaba ella, porque ya hacía años que había dejado de temer al pecado, a la condena, al juicio final y a todas esas pamplinas vengativas y efectistas que a las de su generación les habían inculcado desde niñas. La serpiente que entra por tu boca para devorar el pecado que no has confesado.

Y por si no tuviera bastantes dolores de cabeza aún había algo más, un hecho trivial, ni siquiera un inconveniente, que perturbaba su calma desde hacía algunos días. Una carta. La recibió el martes, camuflada entre la correspondencia que le subió con paso cansino la portera. «Hoy no sólo son facturas», le dijo la buena mujer, en bata, detenida en el penúltimo escalón, con la mano apoyada en la rodilla, jadeando. Al leerla la encontró tan absurda que pensó en echarla a la basura. Debería haberlo hecho.

Estaba escrita a mano, con estilográfica, tinta negra, caligrafía clara. Acaso demasiado clara. Era la letra de alguien que se esfuerza por escribir con buena letra. Como la de un escolar aplicado. En el remite, sólo una inicial: S.

La había metido en el bolso porque no quería que Andrés la viera. La sacó y comenzó a releerla. Por enésima vez:

Querida Lolita:

Perdóname, lo primero, por enviarte esta carta, que llevo escribiendo veinte años. En anteriores ocasiones la he tirado a la basura. Espero tener esta vez el coraje de dejarla en el correo. Veremos.

Lolita. Ni Lola ni Dolores ni María Dolores, los diferentes nombres de las diferentes etapas de su vida o tal vez de las distintas personas que había sido a lo largo de los años. Lolita. Cuando aún todo era posible.

La última vez que charlamos largo y tendido fue en la boda de tu amiga Nina, el 7 de noviembre de 1953. Luego hubo un par de encontronazos, como por casualidad, uno en la feria de belenes de la catedral y otro en el concierto de Los

Beatles. Ambos parecieron encuentros casuales, pero no lo fueron. Me ayudó tu amiga Nina, creo que le daba lástima. Hasta que me hizo ver que estaba perdiendo el tiempo contigo, porque tú no estabas enamorada de mí y probablemente no lo estarías nunca. Me acuerdo muy bien del concierto de los Beatles en la Monumental. ¿Cómo olvidarlo? Fue una noche histórica. El 3 de julio de 1965. La última vez que te vi. Vosotras teníais otros planes y yo fui un idiota. Me faltó valor para quedarme. Qué ridículo soy, ¿verdad? Arrepintiéndome de algo que no hice hace dieciséis años. Quién sabe qué habría conseguido si no me hubiera marchado.

El concierto de Los Beatles en Barcelona. Nunca un espectáculo había despertado tanta expectación, tantas críticas, tanto miedo. La prensa especializada —que no lo era en absoluto— los llamaba «los peludos», «los melenudos». De su música no hablaba nadie ni podían hacerlo: aquí aún se pensaba que el Dúo Dinámico era moderno. En la rueda de prensa que ofreció el cuarteto británico antes del concierto los periodistas sólo preguntaron estupideces: «¿Os gusta el sol de España?», «¿os casaríais con una española?», «¿no os cortáis el pelo por falta de ganas o de dinero?».

—Qué lástima de país —decía Nina, suspirando.

Unos años antes, las autoridades prohibieron el concierto barcelonés de Bill Halley and His Comets —americanos, de Pensilvania, rockeros al estilo Elvis— porque en el pase madrileño detectaron «un exceso de rebeldía juvenil» entre los asistentes. Todo el mundo esperaba que pasara lo mismo con Los Beatles. Faltaba sólo una semana para la llegada de la banda y la autorización gubernamental seguía sin llegar. No se podían difundir los carteles, ni radiar anuncios, el gran evento pendía de un hilo. El promotor pasaba las noches en vela pensando en la ruina que le esperaba si al final le denegaban los permisos.

Pero ocurrió algo inaudito. La reina Isabel II de Inglaterra decidió distinguir a los cuatro Beatles con la Gran Orden del Imperio Británico. Recibieron sus medallas el 12 de junio de 1965, sólo tres semanas antes de la fecha prevista para los conciertos españoles. En su país los lores se enfadaron mucho con la distinción —que hasta entonces sólo habían recibido canosos directores de orquesta, tenores famosos y compositores de sinfonías—, pero en España cayó como agua de mayo: las autoridades llegaron a la conclusión de que no era bueno despreciar a los amigos de la reina de Inglaterra. Les

permitieron entrar, a regañadientes, sólo una semana antes, para evitar un conflicto diplomático. De modo que Los Beatles actuaron en las dos principales ciudades españolas en días consecutivos, visitaron Jerez acompañados de su mánager, Brian Epstein —que era amigo y admirador de El Cordobés—, les encantó tocar en plazas de toros, triunfaron, se divirtieron de lo lindo y volvieron a su país, se supone que con bastante que contar.

Todo esto lo sabía Nina porque el promotor era su jefe y porque ella misma se había encargado de organizar gran parte de la estancia del cuarteto en Madrid y Barcelona. No pudo ir al concierto madrileño, pero se hizo con dos entradas de las más caras para el de Barcelona. Costaban doscientas pesetas cada una. Como en ese momento no tenía novio, invitó a Lolita a ir con ella.

—Nos lo pasaremos en grande, ni te lo pienses —le dijo, cuando la telefoneó para darle la noticia.

—Pero yo no conozco sus canciones. No es el tipo de música que yo escucho —se excusó, convencida de que podía encontrar mejor acompañante.

—Ya, pero Liszt y Beethoven no estaban disponibles —bromeó Nina—. Quedamos en la puerta de la Monumental a las ocho. Venga, que hace una eternidad que no salimos juntas.

Nina tenía razón. Hacía una eternidad.

En el concierto se respiraba un ambiente de excepcionalidad muy extraño. Los grises estaban por todas partes, decían que incluso entre el público, disfrazados de civiles. La gente gritaba como loca de la emoción. Tanto que a duras penas se escucharon los grupos de la primera parte del espectáculo, que fueron recibidos con abucheos y pitidos. El presentador era Torrebruno, a quien muchos consideraban fuera de lugar (puede que él hubiera estado de acuerdo). Comenzaron insultándolo y terminaron riéndole las gracias, porque las tuvo. Apenas pudo oír nadie la actuación de la Orquesta Florida. Cuando el cantante (mi lírico ni folclórico) Michel les acompañó cantando *Granada*, se organizó un escándalo. Pero a quien más abuchearon fue a Los Shakers.

—¿Por qué se enfadan? —preguntó Lola, que no se enteraba de nada.

—Porque son madrileños, supongo. —Nina alzó los hombros—. Aquí, siempre igual.

Con Las Beat Chics —«Las Beatles femeninas», gritó Torrebruno al presentarlas— la cosa mejoró. Ya Los Sírex recibieron entusiasmo y aplausos.

—Claro, éstos son catalanes —explicó Nina—. Al cantante, que se llama Antonio Leslie, aquí le llaman el Anxoveta.

Después de un descanso de veinte minutos, llegó el gran momento. Había una gran expectación. Alguna joven fan estaba tan emocionada que se desmayó en cuanto los vio salir. Ahí estaban: los cuatro fantásticos. Paul, John, George y Ringo. Comenzaron tocando *Twist and Shout*. Paul McCartney dijo algunas palabras —muy pocas— en castellano para presentar las canciones. La gente enloqueció con las más conocidas, aunque casi nadie se sabía las letras. Nina, sí. Nina hablaba inglés e iba traduciendo en simultáneo mientras el público sólo era capaz de corear el «yee, yee, yee». Todo aquello era un fenómeno extraño, que anticipaba un país aún por llegar.

—¿Sabes que esta gente venden en España más discos que tocadiscos hay? —le contó Nina a su amiga—. Se calcula que en España hay unos dos mil tocadiscos. Ellos venden unos tres mil quinientos discos. ¿Verdad que es divertido? ¡Somos un país de locos!

Estaban un poco alegres. Se habían bebido tres cervezas cada una, sin dejar de bailar. Durante todo el concierto tuvieron la sensación de estar en otro planeta. Cuando, tras cuarenta y dos minutos y doce canciones, los cuatro de Liverpool dieron un paso atrás y se inclinaron ante su público, Nina dijo:

—Ven, vamos a saludarles.

La gente coreaba sus nombres —el de Paul y el de John—, querían más. No dejaban de aplaudirles, de silbar. Los grises se ponían nerviosos.

—Igual cantan otra —dijo Lola, ingenua—, se lo están pidiendo.

—No va a haber bises —contestó Nina, muy segura, porque conocía las cláusulas que Epstein había firmado con su jefe—. Vamos dentro. Y, por favor, dile al pesado ese que deje de seguirte o que vuelva otro día.

El pesado era Sebas. La orbitaba como un satélite desde hacía un buen rato. Resultaba un poco baboso. Le quedaba mucho por aprender en materia de seducción.

—Sería mucho mejor que vinierais conmigo —les dijo el joven, apurado, mirando a todos lados—. Un policía me ha dicho que aquí va a haber jaleo y que os acompañe a casa, que es peligroso que las chicas os quedéis aquí.

—Sebas, rey, las «chicas» tenemos veintiocho años. Ya hace tiempo que nos afeitamos los sobacos —espetó Nina.

Lola se divertía con Nina. Llamaba a las cosas por su nombre. Era tan brusca que a veces daba vergüenza ir con ella. También era una de sus dos únicas amigas (la otra era Mercedes) y, desde luego, la relación más antigua que había en su vida, más allá de su tío.

—¿Prefieres quedarte con tu amiga que dejar que te acompañe a casa? —preguntó Sebas, desolado.

Lola fue todo lo sincera que pudo.

—Otro día quedamos tú y yo. —Y esbozó una sonrisa que podía ser una despedida, un pretexto o un consuelo.

En realidad no tenía ningún interés en volver a verlo. Los hechos se encargaron de confirmarlo: nunca se volvieron a ver.

—Vamos, Lola. ¿A qué esperas? —la reclamó Nina.

Lola sonrió y se marchó.

Francisco Bermúdez, el promotor, las dejó pasar a la enfermería de la plaza de toros, que era donde se había montado la zona de descanso. Había una mesa para el cáterin y otra con bebidas. Sobre todo, cocaola, aunque vieron también alguna botella de licor. Mucha gente pululaba por allí, a pesar de que la entrada era muy restringida. El personal indispensable, los trabajadores de la plaza y de la promotora y algún familiar o amigo con una suerte inmensa. Lola y Nina esperaron por allí, picando algo. Bermúdez estaba eufórico. Todo había ido mejor de lo previsto.

De pronto vieron aparecer a Paul, con su flequillo de monaguillo, sus ojos redondos y su sonrisa. A Lola le pareció muy simpático. Nina les llamaba a todos por sus nombres: *Hello, Paul, how are you? Ringo, come here, you have another photo shoot! Is everything ok in the hotel? The catering? The rooms? Please, let me know if not. John, please, please, come here with me!*

Su amiga le presentó a los cuatro.

—*This is Lola, my friend. She's a piano player* —les dijo, y se volvió hacia ella—: Les estoy diciendo que eres pianista.

—Ay, calla, qué vergüenza —murmuró Lola.

Lola se lo pasó en grande. El más agradable era Paul, pero John le pareció el más inteligente, tal vez también el más tímido. Se le veía algo distante, como si se creyera por encima de los demás, o como si estuviera pensando siempre en otra cosa. Posó muy serio, con su gorra blanca en la cabeza, agarrándolas muy fuerte por la cintura. No dejaba de pasar gente y todo el mundo les miraba. Pero ellos estaban felices, relajados, a lo suyo. Con los años, aquélla le parecería a Lola una escena irreal, la clase de milagros que obraban Nina y su desparpajo dondequiera que iba. En aquellos momentos, Lola la admiraba más que nunca. Se admira más aquello de lo que más se carece.

—*I can read palms!* —le dijo Nina a Paul McCartney, con su desvergüenza habitual—. *Would you...?*

—*Really?* —se interesó el Beatle, y le ofreció una palma abierta—. *Go ahead!*

—¿Qué dice? —preguntó Lola—. ¿Le vas a leer la mano?

—Sí —contestó Nina, y en cuanto comenzó, exclamó: *Wow! My God! You have the longest life line I've ever seen!* —Nina parecía muy impresionada—. *You'll live to, at least, the age of eighty or ninety. Trust me!* —Y se volvió hacia Lola—. Le estoy diciendo que va a vivir por lo menos hasta los ochenta o noventa años, y que nunca había visto una línea de la vida como la suya.

En esos momentos pasaba John y su compañero le llamó.

—*Hey, man, come here. This girl can read your palm. Let's have a look at your future!*

Pero John contestó con un gesto de desprecio y pasó de largo. La predicción también terminó, entre risas. Las estrellas iban a retirarse a descansar, o a lo que fuera, a su hotel de la Gran Vía.

Las dos amigas estuvieron un rato más dando vueltas por allí antes de irse a casa. Bermúdez se acercó, sonriente, sudoroso.

—Tómense una cocacola —le dijo a Nina—, yo invito.

Pero ella contestó:

—Odio la coca cola. No me pregunte por qué.

Nina se apresuró a presentarles. Dijo:

—Ella es Lolita, mi amiga. Es pianista. Este señor es mi jefe.

—Mejor Lola —corrigió ella. Ya llevaba unos cuantos años rechazando el diminutivo con serenidad. A los veinte lo aborrecía sin contemplaciones.

—Sí, Lola está mejor —estuvo de acuerdo Bermúdez antes de preguntar, siempre alerta—: ¿Pianista? ¿Da usted conciertos?

—En realidad soy profesora de piano. Doy clases particulares.

—Ah. —Bermúdez perdió interés—. Si no quieren coca cola, tómense otra cosa. Van a sobrar muchas bebidas, es una lástima.

Aún quedaba lo último. Sacar a los muchachos de allí sin que corriesen riesgos. En otras partes había habido incidentes, ataques de los fans, episodios desagradables. Bermúdez no quería que se le relacionara con nada de eso. Estaba resuelto a que aquellos dos conciertos fueran la consolidación de su prestigio.

Había contratado dos Cadillac iguales y los había apostado fuera. Uno, junto a la puerta principal de la plaza, donde se congregaba una verdadera multitud de seguidores y donde los grises comenzaban a hacer de las suyas. El otro, en la parte de atrás, por donde nadie esperaba que salieran. Era otra de las estrategias del promotor, que era gato viejo, para evitar problemas. En apenas minutos, el cuarteto había abandonado la plaza con absoluta discreción, había subido al coche y se había esfumado.

Las fotos. Quería encontrarlas. Nina se las envió, pocas semanas después de aquella noche, en un sobre de la productora y con una nota que decía: «La próxima vez Beethoven y Liszt». No tenía ni idea de dónde las había puesto. Estaba segura de que nunca se las enseñó a nadie, tal vez porque nunca les dio demasiada importancia. Sin embargo, sintió de pronto deseos de presumir de ellas ante Andrés. ¡Su madrastra, la aburrida profesora de solfeo y piano, ni más ni menos que con los cuatro Beatles! Era una foto histórica desde el mismo momento en que fue tomada, pero mucho más desde que John Lennon había muerto de aquella forma, apenas hacía unos meses. Seguro que Andrés la miraría mucho y le preguntaría si era un truco. Seguro que abriría la boca cuando le dijera que no.

Impresionar a un muchacho de diecinueve años, he aquí sus preocupaciones actuales. «Debería darme vergüenza», se regañó.

Yo me casé menos de un año después del concierto, tuve una hija preciosa, me separé. Mi matrimonio no podía salir bien. Siempre pensé en ti. Fuiste, eres y serás el único amor de mi vida. Uf, qué difícil es escribir esto y no parecer un imbécil. Pero las cosas son como son, y yo ya estoy mayor para disimulos y juegos de niños. Hasta hoy siempre he sabido de ti a través de otras personas. Supe que te casaste hace cinco años y me alegré mucho. Hace muy poco he sabido que tu marido ha muerto y se me ha roto el corazón. Te aseguro que nadie lamenta como yo el dolor o la infelicidad que hayas tenido que soportar en tu vida. Quería esperar un poco más para escribirte. No quiero ser inoportuno. No aspiro a nada, en realidad. Hay personas —lo sé bien— que son insustituibles. En realidad, me conformo con muy poco. Por eso me atrevo a pedirte que me permitas volver a verte. ¿Me dejarías invitarte a un café un día de éstos, si no tienes nada mejor que hacer? Me harías el hombre más feliz del mundo.

Qué situación más estúpida, resolvió Lola, una vez más. Ni siquiera sabía por qué le perturbaba tanto. Tal vez era el embarazo, que le revolvía las emociones. A pesar de todo, decidió contestarle. Se lo tomó como una especie de deber: si alguien te abre su alma de esa forma, lo menos que puedes hacer es prestarle atención, pensaba.

Empezó varias veces una carta de respuesta. La primera versión le salió demasiado dura:

Querido Sebas: me temo que llevas toda tu vida enamorado de un fantasma. Aquella jovencita de la que me hablas hace mucho que no soy yo. Por lo menos, no en la que los años y la vida me han ido convirtiendo.

Qué horror.

Decidió volver a empezar. El segundo intento le salió más acorde con su carácter, pero demasiado trágico.

Querido Sebas: cuántos recuerdos me ha traído tu carta, y qué sensaciones tan extrañas. ¿Cómo puedo haber ignorado tantos años todo lo que dices?

No, no, no. ¡Mucho peor! Digno de Sautier-Casaseca. *Ama Rosa* epistolar. Más trizas a la basura.

Pasó un par de días intranquila, comiendo poco, tratando de acertar con el tono y las palabras adecuadas. Había demasiadas posibilidades, debía encontrar la que más le convenía.

Un par de madrugadas antes de la cena se levantó a beber agua y se quedó un rato junto a la ventana, contemplando las melenas de los árboles agitadas por el viento. Se preparaba una tormenta de verano. Entró en la habitación de Andrés a apagar el ventilador. «Este niño se va a resfriar», se descubrió pensando. Y esa palabra, «niño», lanzada por su subconsciente, la desveló por completo.

Se decidió esa noche, por fin, a buscar los álbumes de fotos, tan escondidos en las profundidades del trastero como lo estaban en su memoria. En la caja, por fuera, había escrito: «Para guardar». Le dio por preguntarse por qué decidimos que algo o alguien ya no forma parte de nuestra vida, por qué preferimos expulsar ciertas cosas, ciertos episodios, a ciertas personas.

No encontró fotos de las cuatro compañeras del internado, que hubieran ayudado a la memoria a desperezarse. Encontró, eso sí, las del concierto en la Monumental. Un John Lennon de veinticinco años, con gorra y chaqueta blancas, las agarraba —a Nina y a ella— por la cintura. Era más alto que las dos, estaba serio pero se le veía tranquilo, relajado. ¡Y tan joven! Nina llevaba el pelo corto y una falda minimalista, tenía buenas piernas y ninguna vergüenza de enseñarlas; ella todavía era rubia oscura y vestía una de sus sempiternas faldas floreadas, de estilo jipi. Parecían tres amigos saliendo de fiesta. Era una foto preciosa, que le encantaba tener. La miró tanto que terminó por echarse a llorar. Esta vez no por la muerte de Andrés, sino por la de John. Recordó el rostro del asesino que publicaron los periódicos, los pétalos de rosa con que los fans cubrieron la sangre derramada en plena calle, en Nueva York, y pasó un buen rato sin consuelo. Luego volvió a la foto. Era una imagen irrepetible. Se dijo: «La vida entera es una imagen irrepetible».

La dejó a un lado para enseñársela a Andrés al día siguiente. «Mira si soy vieja que hasta tengo fotos con Los Beatles», le podría decir.

En el fondo de la misma caja encontró también las fotos de la boda de Nina, que eran bastante anteriores, de 1953. Las dos tan jóvenes —dieciocho, aunque Nina no los había cumplido aún—, agarradas del brazo. Nina vestida de novia, blanca y radiante, como en la canción, pero embarazada, desafiante. Los labios pintados de color rojo carmesí. Fue la primera de sus amigas en casarse. A su lado el novio, de traje y con flor en el ojal. ¿Cómo se llamaba? Nina solía referirse a su marido como «el gilipollas», pero intentó recordar su nombre, en vano. Ella iba de pareja con Sebastián, Sebas. ¡Aquí estaba! Su corresponsal, tantos años antes. Cómo sorprende la juventud de lo que has visto envejecer, qué disparate. Él no debía de tener más de veintitrés o veinticuatro. No tenía ni idea de lo que hacía en la vida. Había olvidado casi todos los detalles. Sólo que tonteó con él. Tonteó a la manera y según los cánones de la época, claro, que ella acataba. Nada de sexo, nada de ir solos a ninguna parte, nada de nada. Media docena de besos y un par de manos buscándose en la penumbra de un cine. Daban *El mayor espectáculo del mundo*. El resto, oscuro, borrado de la memoria. La vida es demasiado larga para recordarla entera.

Era muy de madrugada y seguía en vela cuando tomó papel de nuevo. Esta vez escribió: «Querido Sebastián». Y se quedó pensativa, enredada en los recuerdos y la falta de ellos, sin saber cómo seguir. Volvió a la cama y de camino hizo una parada en la habitación de Andrés para verlo dormir, para escuchar su respiración acompasada. Procuró no pensar.

La última versión de la carta, la que dio por buena, la escribió unas horas antes de la cena, por la mañana, mientras veía por la primera cadena la boda real. Era un mensaje ambiguo, muy meditado, que redactó contra una parte de sí misma, sólo porque pensó que debía hacerlo. Dedicó dos párrafos a describir frondosamente la «sorpresa», el «estupor» y la «conmoción» que la carta le había provocado. Algunas líneas entre la lírica y la filosofía para hablar del amor verdadero y del derecho de todos los seres humanos a equivocarse. Unas pocas palabras para mencionar, de pasada, la naturaleza cambiante de los seres humanos, pero sin autorreferencias. Por último, en una sola y escueta línea, aceptó tomar ese café. «Te dejo mi número de teléfono y

me llamas cuando quieras», escribió, antes de garabatear las siete cifras. En definitiva, una carta que no habría escrito en ningún otro momento de su vida. Ni siquiera en éste, si las cosas fueran distintas.

Pasó triste el resto del día. Andrés dijo que por la lluvia. Ella pensaba que por la boda. Diana Spencer vestida de novia no se parecía en nada a ella. Sin embargo, nada más ver a la princesa entrar en la iglesia le dio por pensar en el padre que no conoció.

Según su tío, su padre quería llamarle Lolita, aunque le puso el nombre por su abuela María Dolores. Por lo visto, él y su madre esperaban tener más hijos. Muchos más. También esperaban triunfar como intérpretes. Él como pianista, ella como cantante. Su madre tenía tesitura de contralto y desde hacía tres temporadas cantaba en los coros del Liceo. Tuvo que dejarlo cuando ella nació. Luego estalló la guerra y la asesinaron. Tres contratiempos que dieron al traste con todo.

De la muerte de sus padres también conocía sólo la versión de su tío. Sabía que fue un acto cobarde e injustificado, porque nunca se metieron en política ni tenían intención de hacerlo. Los Puncel eran gente de derechas —«de orden», les gustaba decir, porque para ellos el bienestar del mundo pasaba por no alterar nunca ciertas cosas— que votaron al Frente Nacional en las elecciones del 36 y se horrorizaron cuando los milicianos comenzaron a matar religiosos y quemar conventos. En plena locura anticlerical barcelonesa, aceptaron actuar en la boda de uno de los herederos más ricos de la aristocracia de abolengo. Él al piano y ella a la voz iban a ofrecer un repertorio precioso de Schubert y Berlioz. En la puerta de la ermita, un miliciano borracho les encañonó con un revólver. Les preguntó quiénes eran y adónde iban. Les pidió que cantaran la Internacional comunista. Los Puncel Farrús dijeron —porque era verdad— que no se la sabían.

—«Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión...» —comenzó a cantar el miliciano, para darles pie, pero ellos no continuaron—. ¡Vamos! ¡Cantad! ¡Cantad u os disparo! —ordenó.

No cantaron.

Les descerrajó dos tiros a cada uno y se marchó. Se dijo que aquel mismo desalmado había matado al párroco de la pequeña ermita donde iba a celebrarse la boda, al sacristán y a dos monaguillos antes de quemarlo todo. El lugar se llamaba Torrentbó. La ermita llevaba el nombre de la patrona de la música: Santa Cecilia. Era un día precioso de la primavera de 1937. Cuando acabó la guerra, resultó que sus padres eran del bando ganador.

Mientras los príncipes ingleses se daban el «sí quiero», Lolita se acordó también de Andrés y de su propia boda. Fue una celebración discreta e íntima. Andresito les llevó los anillos. El párroco no consintió en llamarla Lola, aunque ella se lo había pedido. Tal vez pensaba que la Dolorosa era una virgen demasiado seria para abreviaturas. La llamó todo el tiempo por su nombre más formal, que era también el más canónico:

—Andrés, ¿quieres recibir a María Dolores como esposa y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Y Andrés, pletórico, la miró y dijo:

—Sí, María Dolores.

A lo cual el cura, desconcertado, tuvo que advertir:

—Me lo tiene que decir a mí. Y la respuesta es «Sí, quiero».

Azorado, Andrés repitió la afirmación, esta vez con más tino, mientras los pocos invitados se partían de risa con todo el disimulo del que eran capaces. Esta anécdota, contada incluso en los momentos más tristes, continuaba haciéndola reír. La habían referido por lo menos un centenar de veces.

La boda de Lady Di con el tioso ese había sido muy bonita, pero no podía compararse con la suya en espontaneidad y, mucho menos, en alegría.

A las ocho menos cuarto le pareció que la lluvia otorgaba una tregua y decidió que había llegado el momento.

—Me voy, cariño. ¿Saldrás esta noche? —le preguntó a Andrés.

—¿Con este tiempo? ¡Ni loco!

—Bueno. Tienes cena en la nevera.

—Gracias. Pásalo bien. —Y antes de dejarla ir del todo—: ¿Seguro que no quieres que te lleve?

—Seguro. No te preocupes.

—Bueno.

Andrés había heredado de su padre la serenidad, el encanto. Físicamente también se le parecía, aunque tenía mucho de su madre. Los ojos, el porte estilizado, tal vez la sensatez. A veces se preguntaba qué amaba más de él, las duplicidades o las diferencias. Otras, se culpaba por hacer comparaciones, por buscar constantemente motivos y argumentos.

Al salir de casa, y como siempre, se detuvo en el recibidor ante la foto del otro Andrés, el padre, su marido, el difunto. Durante años se diferenciaron por el uso del diminutivo: el hijo era «Andresito». Hacía quince días que los sufijos habían perdido su vigencia. Andresito era ahora Andrés y Andrés, el de la foto, su amor, estaba muerto.

No hubo ceremonia pública de despedida, como tampoco la hubo con John Lennon. En ambos casos, por voluntad del único protagonista. Ella también lo prefería así. Lola se besó la punta del dedo índice y a continuación lo posó en los labios de él, sobre el cristal.

—Hasta luego, amor mío, me voy a cenar con mis compañeras de internado, a ver cómo sale. Volveré pronto —susurró, hablándole a la foto.

Salió de casa con las dos cartas —la recibida y la que iba a echar— en el bolso, que era enorme, rumbo al buzón de la esquina de Balmes con Vía Augusta. Caminó por Príncipe de Asturias con precavida lentitud. Al llegar a su destino se detuvo bajo la lluvia, el paraguas abierto, los pies empapados, y miró el sobre durante largo rato.

Se arrepentía de todo lo que había escrito pero sentía que aprovechar aquella oportunidad era la única salida sensata del laberinto en que se había convertido su existencia. A los cuarenta y cinco no se le iban a presentar muchas más como ésa y, al fin y al cabo, Sebas era un buen hombre.

Metió la carta en la ranura del buzón. La empujó para asegurarse de que caía junto a las otras. Sintió de inmediato deseos de recuperarla para hacerla pedazos. Pensó que eso era lo que debía haber hecho. Se culpó por buscar soluciones de conveniencia en lugar de aceptar la realidad. Se preguntó: «¿De conveniencia, para quién?». Otra vez pensó en Andresito. Se dijo: «He hecho

bien, veremos qué ocurre ahora». La vida le había enseñado que algunas veces ocurre lo que deseas. Y que esperar las consecuencias de algo es una de las maneras que existen de formar parte de este mundo.

Siguió caminando. Estaba muy cerca del restaurante, del que la separaban apenas unos centenares de metros. Llegó extenuada. Se detuvo en la misma puerta, para observar el rótulo recién puesto, apagado: Media Vida. De no haber tenido la cabeza en otra parte, le habría gustado el nombre. Pensó: «No tengo ganas de ver a nadie. No quiero hablar del pasado, no debería haber aceptado la invitación». También pensó: «No te quejes, Julia habrá dudado mucho más».

Las cinco del último verano antes de que Julia se marchara. Que se la llevaran. Nunca supo adónde. Sólo una vez se armó de valor y le preguntó a la madre Rufina dónde había ido Julia y si iba a volver.

La madre Rufina sonrió, misteriosa, antes de decir:

—Está donde se merece y no volverá.

En las paulinas —eso lo comprendió más tarde— todas purgaban pecados ajenos.

Con la mano en el tirador, pensó: «Aún estoy a tiempo de marcharme».

Necesitaba sentarse. Llovía mucho otra vez. Las chicas se sorprenderían al verla, con esa tripota de final de embarazo. Sería divertido ver sus caras, contarles que sólo le quedaban tres días para salir de cuentas. ¡A su edad! Una más de las locuras de su vida. Locuras de puertas adentro, que casi nadie sabía. Hay gente que exhibe su intimidad como si fuera un perrito amaestrado y gente que la esconde como si fuera un bicho monstruoso.

En ese momento, estalló un trueno ensordecedor. La noche prometía ser movidita.

Lolita, Lola, Dolores, María Dolores. Deshizo el nudo del pañuelo, que llevaba atado bajo la barbilla, agitó la larga melena pelirroja, empujó la puerta y las cuatro mujeres que había sido en la vida entraron al unísono en el restaurante de Marta.

Nina

Cuarenta minutos tarde sobre la hora prevista y taconeando como un equino. Así llegó Nina a la cena del Media Vida. Se detuvo en la zona de espera, paraguas en mano, lanzó una mirada de amor a los sofás Roche Bobois, se sacudió el pelo como un perrito, frente al espejo, y entró dando grandes zancadas y gritando:

—¡Dónde están mis reinas!

Nina era de esas mujeres que sienten la edad como un agravio y sólo hay que mirarlas para saberlo. Aún no había superado el disgusto de cumplir cuarenta y ya comenzaba a sufrir por la proximidad de los cincuenta. Los cuarenta y cuatro le sentaron tan mal que decidió no tomarlos en consideración y estancarse en ellos una buena temporada. De las consecuencias de la edad, la que llevaba peor era descubrirse arrugas nuevas todas las mañanas. O encontrar de pronto una foto de hacía sólo unos pocos años y verse sensiblemente más joven. Intentaba compensar todos estos contratiempos vistiendo y comportándose como una veinteañera. Eso incluía, sobre todo, la longitud de la falda, la altura de los tacones, las barbaridades que salían de su boca, su actividad frenética en todos los órdenes de la vida—incluido el amorio— y su manera escandalosa de reír a carcajadas.

—Ya me podéis estar agradecidas —saludó, mientras besaba una tras otra todas las mejillas—. He salido de la cama para venir.

—¿Y eso? ¿Estás enferma? —se preocupó Lola.

—¡Sí! —Nina soltó una de sus risotadas—. ¡De pasión! Pero mejor llegar tarde que no llegar, ¿verdad?, o traer al novio a la cena porque no te lo puedes quitar de encima. No os cuento qué he estado haciendo toda la tarde para no mataros de la envidia y porque igual alguna se escandalizaba. ¡Lola, coño! ¡Qué preñada estás! ¡Y qué gorda! ¡Y qué requeteguapa! ¿Cuándo te toca?

—Salgo de cuentas dentro de tres días.

—Hostias, tres días. ¿Alguien tiene experiencia como comadrona?

—No hará falta, estamos muy cerca de mi clínica. Es El Pilar, justo aquí al lado.

—¡Casi podríamos llevarte a caballito! —gritó Nina—. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Yo no pienso contarlo —repuso Lola.

Entre todas se habían preocupado de que Lola se sentara y pusiera los pies en alto. Bebía limonada natural y se le iba pasando el calor gracias a que Marta había conectado el aparato de aire acondicionado. Olga había tenido tiempo de cambiarse y ahora parecía un pimiento amarillo y crujiente. Las dos gemelas seguían con sus whiskies, esta vez rebajados con coca-cola. Lidia faenaba en la cocina. La cena cobraba forma. Los primeros platos estaban a punto de aparecer.

Nina dio tres pasitos como sobre una pasarela antes de preguntar:

—¿Qué? ¿Cómo me veis? Por si no lo habéis adivinado aún: tengo novio. —Para ella la misma palabra, «novio», tenía un efecto rejuvenecedor—. ¡A ver si éste me dura, porque es tan mono! Por una vez, no es más joven que yo, qué raro. Últimamente me iban los jovencitos. ¡Pero éste es un hombre de verdad! ¡Qué alivio no tener que enseñarle toda la teoría! Lo trae todo aprendido, menudo gustazo, aunque está un poco oxidado. Creo que su legítima no le daba demasiadas alegrías.

—Ah, ¿está casado? —preguntó Olga, fingiendo (bastante mal) naturalidad.

—Sí, hija, sí. *Nobody's perfect!*

—¿Cómo dices?

—Que nadie es perfecto. Por lo menos, los tíos.

A Lola se le había venido mucho calor a la cara y había escondido la mirada dentro del vaso de limonada. Los comentarios de Nina siempre incomodaban a alguien por alguna razón. Era demasiado directa, demasiado alegre, demasiado deslenguada, demasiado sincera. Y hablaba demasiado alto. Eso, sobre todo. Olga la escuchaba con el ceño fruncido, desaprobando. Aunque Nina era lista. Poseía el don de comprender qué pensaban de ella las demás.

—¡Olga! ¡Qué tipito! ¡Y qué elegante vas! —celebró Nina—. ¡Si pareces del cuerpo diplomático! ¿El pelo es natural? Pareces otra, Gordi. Desde luego, yo no te hubiera reconocido, ¿vosotras?

—Ay, Gordi, no me acordaba de que me llamabais así —mintió Olga—. Ahora ya no me pega.

Lola, que se abanicaba con una carta-menú, le dio la razón a Nina. Dijo:

—Yo tampoco la hubiera reconocido.

—Por cierto —terció Nina—, ¿algún alma buena me pondría un poco de ese Chivas de 18 años que he visto por ahí?

Saltó Marta, solícita, en su papel de anfitriona perfecta.

—Sí, claro, perdona. ¿Lo quieres con hielo y agua?

—Doble y como te dé la gana.

—Voy.

—Y cuéntanos, Olga, ¿cómo lo has hecho para estar así?

Nina se sentó casi a horcajadas en el borde de la mesa, dejó colgando una pierna rematada en una sandalia con diez centímetros de tacón y les mostró a todas —queriendo o no— el encaje de sus bragas negras.

—Uy, fue hace tanto que ya no me acuerdo. Me cambió el metabolismo, supongo. —Restarle importancia era un modo de dársela.

Marta dejó el vaso con el whisky frente a Nina, quien lo tomó, bebió un largo trago y continuó:

—¿Conocéis el método de Elizabeth Taylor para mantenerse delgada? Ella siempre tiene dentro de la nevera una foto de cuando estaba gordita. Así se ve y se le pasan las ganas de comer.

—¿Elizabeth Taylor ha estado gordita alguna vez? —se extrañó Marta.

—Supongo que como todas, ¿no? —preguntó Lola.

Olga pensó en voz alta:

—Igual cuando engorda no sale de casa. Además, todas no. Mira Audrey Hepburn.

—¡Ésa es un palo de escoba! —saltó Lola—. Prefiero a Marilyn Monroe.

—Pobrecita —la compadeció Nina—. A ésa le engordaba la tristeza.

—Yo creo que cuando estás gorda es mejor esconderse en casa hasta estar presentable —opinó Olga, que seguía dándole vueltas al método Liz Taylor.

—La dieta de Marilyn era un auténtico desastre —informó Nina—. ¿Sabéis lo que desayunaba? Leche con huevos crudos. No almorzaba nunca. Cenaba hígado cocido con zanahorias crudas. Y todas las tardes se tomaba un enorme helado con frutos secos. Menuda mierda. Y sexo, cero, eso seguro. Hay que ser muy hombre para atreverse a tener lo que todos los demás desean.

—Pobrecita. ¿Tú crees que era casta? —Bromeó Lola, de un modo que no practicaba desde hacía años.

—¿Casta? —Rio Nina—. No me extrañaría que fuera virgen.

Olga lo pensaba, como si tuviera que tomar una decisión. Al fin dijo:

—Virgen no creo...

—En fin, hacedme caso. —Rio Nina—: El mejor método para adelgazar es el sexo. Tres o cuatro horas diarias y no aumentas ni un gramo. ¿No se nota? —Levantó los brazos, se señaló el cuerpo, mostró un par de axilas lampiñas—. Así que hoy, nada más llegar a casa, se lo decís al marido. Se pondrá contento.

Marta no estaba para soportar la desfachatez de la felicidad ajena. Se escondía tras el escudo del trabajo para no tener que intervenir en la conversación. Escuchaba, muy atenta, pero no estaba de ánimo para divertirse. Aunque debía reconocer que pensaba que lo iba a pasar peor. Mientras tanto, su hermana fruncía el ceño. Tenía dudas. Preguntó:

—¿Y tú cómo sabes tantas cosas de las actrices famosas, Nina?

—Porque antes leía cada semana un montón de revistas extranjeras. Las que aquí nos prohibía Paca la Culona.

—¿Quién?

—Se refiere a Franco —explicó Lola.

—¡Claro, alelada! ¡El Enanísimo! ¡El cabroncillo de España por la gracia de Dios! —apostilló Nina—. Ése seguro que no cataba a su mujer ni en broma. Sólo una vez, por cumplir, y les salió rana.

—¿Rana?

—Niña. ¡Un dictador ha de tener machos! Las niñas son para mariquitas.

—Calla, loca, no hables así. Te van a denunciar —saltó Olga.

Nina soltó una risotada.

—¿Denunciar? ¿Quién? ¿No te has enterado de que se ha muerto, cariño? Va a hacer seis años. Ahora ya podemos hablar de todo. ¿No es maravilloso?

—Murió, pobrecito. —El compungimiento de Olga era sincero.

—¿Pobrecito quién? —Nina acercó su cara a la de Olga.

—Me daba una pena, al final, cuando salía temblando al balcón, con aquella vocecita, aquel aspecto como de pajarito enfermo.

Nina, risueña:

—Sí, ojalá alguien le hubiera empujado desde el tercer piso del Palacio de Oriente y se hubiera despanzurrado contra el suelo, como una caquita de paloma.

—Válgame Dios. —Se santiguó Olga.

—Muchos se habrían alegrado de verle hecho una mierda.

—Sí, gente con las manos manchadas de sangre, seguro.

—¿Pero qué dices? —Nina pronunciaba con un deje de pasotismo y firmeza.

—Eso decían. Que sólo castigaron a quienes tenían las manos manchadas de sangre.

—Pero, Olga, ¿tú en qué país has vivido todos estos años? —La frente de Nina se llenó de pequeñas arrugas horizontales—. ¿Te lo creíste todo?

Olga desvió la mirada.

—Yo nunca me he metido con nadie. Sólo repito lo que decían.

—Al final será verdad que, activos o pasivos, todos hemos sido franquistas —concluyó Marta.

—¿En vuestra casa eran franquistas? —preguntó Marta, mirándolas a todas con curiosidad.

—Todo el mundo era franquista —dijo Lola.

—Ya fuera por convicción o por salvar el culo, ¿no? —siguió Nina.

—¿Y los tuyos, Nina? —preguntó Lola, sin perder la sonrisa, mirándola desde abajo.

—Sí, claro. ¡Los Borrás-Truyol eran más franquistas que Carmen Polo! Por eso he salido yo así, roja como la sangre. —Y soltó una ristra de carcajadas.

Lola utilizó una voz dulce y una expresión sosegada para pedir:

—No hablemos de política, chicas. Con la de cosas importantes que tenemos que contarnos.

Olga advirtió, sin mirar a nadie y como hablando a todas:

—Yo sólo pienso que a los muertos se les debe un respeto.

—Entonces mejor cambiamos de tema, sí —atacó de nuevo Nina.

Lola, serena, siguió en su papel de moderadora neutral. Se le daba bien. Preguntó:

—¿De qué estábamos hablando?

—De las revistas extranjeras donde yo me enteraba de lo que comían las famosas —recordó Nina.

—Cierto. Iba a contarles que entonces tú trabajabas en una promotora de espectáculos —dijo Lola, decantando la conversación hacia derroteros más llanos.

—¿Y eso en qué consiste? —preguntó Olga.

—Francisco Bermúdez, Espectáculos Internacionales —explicó Nina—. Mi jefe de entonces fue quien consiguió traer a Los Beatles a España. Un fuera de serie.

—¿A quién? —De nuevo Olga fuera del mundo.

Nina había pronunciado «bíral», con un giro difícil de la lengua en la «r» y una «a» neutra y apenas sonora. No había en la sala nadie capaz de entender lo que estaba diciendo.

—Los Bítel —aclaró Lola, marcando mucho todas las letras.

—Ah, ésos. —Olga cayó—. Con aquellas greñas. Parecían chicas. Dicen que a las mujeres americanas les gustaban así.

—Son ingleses, Olga.

—Bueno, ingleses. Qué más da.

—Nosotras estuvimos en el famoso concierto de la Monumental —contó Lola, orgullosa—. Nina y yo. Fue una noche histórica.

Las dos hermanas Viñó no parecían impresionadas. Olga inquirió:

—¿Histórica para quién?

—Para todos. Para nuestro país. El principio de la modernidad —dijo Nina.

—¡La modernidad! ¡Menudo avance! El día que los hombres parezcan mujeres comenzará el Apocalipsis, acordaos.

—¡Eso lo decía la madre Rufina! —se alegró Nina—. ¡Lo he recordado de pronto!

—Eso está en la Biblia, Nina.

—Reconozco que no es mi lectura favorita.

—Me lo imaginaba.

—Prefiero el *Playboy*.

—Virgen Santa.

—¿Sabéis una cosa? En 1970 conocí a su fundador, Hugh Hefner. —Otro nombre que no entendió nadie—. Vino a España como invitado a la inauguración de Puerto Banús. Nosotros organizamos la gala. Qué hombre más listo. Y más golfo.

—Ya veo que te has codeado con lo mejor de cada casa —opinó Olga.

—Con los más divertidos, seguro que sí —opinó Nina—. La vida es demasiado corta para aburrirse.

—Bueno, supongo que cada cual se divierte a su modo.

Nina dio un respingo al recordar algo. Dijo:

—Por cierto, ¿os enterasteis de que la madre Rufina colgó los hábitos?

—¡No! —Lola abrió mucho los ojos—. ¿Lo sabes de buena tinta?

—Me lo dijo la hermana Presentación. —Rio—. Ja, ¡qué cara se os ha puesto!

—¿Y sabes por qué? —Olga, desconcertada.

—Pues no, pero supongo que para irse con un hombre.

—¡No puede ser! —Incredulidad general.

—¿Para qué, si no? —Nina balanceaba una pierna, gesticulaba con exageración—. Para irse a otro convento no creo.

Aquella noche, Nina estaba exultante. Por una vez su alegría no parecía un escudo frente al mundo. No sólo enseñaba las rodillas y más de la mitad de los muslos, también llevaba los hombros al aire. No acostumbraba a usar sujetador —no lo necesitaba, decía ella que «para su desgracia»—, pero su

ausencia nunca había sido tan ostensible. Los pezones, duros, se le marcaban bajo la blusa. Se sentía feliz, lista para lucirse ante sus amigas y para decir un montón de barbaridades.

Olga preguntó, sin desfruncir el entrecejo:

—¿Estamos todas casadas?

—Uy, sí —saltó Nina—, desde hace varias eras glaciales. Con un gilipollas. ¿Y tú?

—Uy no, yo no.

—¿No te casaste?

—Sí, claro. Quiero decir que mi marido es normal.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué lo notas?

—Bueno, me refiero a que no hace nada por lo que tenga que insultarle.

—Qué suerte. ¿Y tú, Marta? —Señaló a Marta con el vaso de whisky—. ¿Tú estás casada?

—Como todo el mundo.

—Como todo el mundo, no —apuntó Nina—. Julia está soltera, que sepamos. Y dicen que es lesbiana.

—¡Por Dios! —se alarmó Olga.

—¿Y tú, Lola?

—Yo soy viuda.

La alegría de Nina y de las demás se desinfló de pronto. Lola les dirigió una mirada resignada y torció un poco la boca. Aún le costaba decirlo. Tenía un nudo en la garganta, como algo muy grande que no podía tragarse. Sin embargo, sabía que debía hacerlo. Debía hablar de ello. Enfrentarse a las reacciones de las demás.

—¡Hostias, Lola! Qué putada. —Nina había cambiado de tono. Ahora parecía pedirle explicaciones a una instancia superior—. ¿Hace mucho?

—Dos semanas. —Lola lo dijo con una sonrisa en los labios, como si en realidad no fuera consciente de lo que le ocurría.

En realidad, así era. En las últimas dos semanas había vivido fuera del mundo y del tiempo que lo gobierna. Había aprendido que cuando la vida te arranca a alguien muy querido, en realidad te arranca a ti con él. Eso le

pasaba a Lola: aún no había vuelto. Estaba en otra parte, no sabía dónde, lejos. Lo único que sabía es que tarde o temprano tendría que regresar. Tal vez esta cena fuera el primer paso.

—Lola, qué valiente. ¡Y has venido!

—Bueno, tengo que enfrentarme a las cosas.

—Es terrible... —musitó Olga, alicaída y con un tono peliculero de risa.

—Sí, a veces la vida lo es —sonrió Lola.

Todas las miradas convergían en ella, que seguía abanicándose con el menú, y que de pronto había cobrado otra dimensión. Era, a los ojos de las demás, como si hubiera crecido. A veces, el trato directo con la desgracia te hace gigante. Hasta Marta había parado un momento y la miraba de hito en hito y sin saber qué decir. Esa noche la desdicha ajena la reconfortaba. Preguntó:

—¿De qué murió tu marido, querida? ¿Fue repentino?

—No exactamente. Estaba enfermo. Hacía bastante. Pero se agravó de pronto. Vio venir el final. Creo que no sufrió. Fue muy valiente, la verdad.

—Entonces ¿ahora estás sola? —Olga ponía una cara como si la viuda fuera ella.

—Vivo con mi hijastro. —Sonrió de nuevo Lola.

—El hijo de tu marido, claro.

—Sí. Andresito. Andrés. Se llama como su padre.

—Pero entonces es peor —de nuevo Olga y su tono melodramático—, porque vas a encontrarte con dos criaturas, y tú sola, y además primeriza, cómo vas a...

—No, no. —Lola soltó una risita—. Andrés es mayor. Tiene diecinueve años. Ya se ducha solo. —Ahora rieron todas—. Su padre era veinticinco años mayor que yo. Mi vida no ha sido como las vuestras. A mí todo me ha pasado a cámara lenta. Por lo menos, hasta ahora.

Se quedaron todas calladas, pensando en la velocidad de la vida de Lola, en la de las suyas, en qué curioso esto de medir la vida según la velocidad o la lentitud con que transcurre. Vidas lentas que entran en aceleración. Vidas rápidas que se detienen. Vidas quietas o en movimiento constante. ¿Cómo era la suya, la de cada una de ellas? ¿Hay vidas de ritmo uniforme, donde todo ocurre cuando debe ocurrir?

Marta pensó: «Hoy mi vida se ha parado en seco, como uno de esos coches a los que se les rompe de golpe el motor y hay que reemplazarlos —pero también se dijo—: No tengo derecho a quejarme, hay vidas mucho más difíciles que la mía, y mucho más tristes, yo tengo mi lugar en el mundo, y mis proyectos». Por primera vez en toda la noche, se alegró de haber montado aquella cena. Comenzaba a sentirse un poco mejor. Aunque su bienestar era proporcional a sus niveles de alcohol en sangre, y también se daba perfecta cuenta. «Bueno, hay noches en las que emborracharse es obligatorio», se justificó, antes de atender de nuevo a la conversación, que seguía su curso.

—Veinticinco años... —repitió Nina—. Eso significa que tenía...

—Setenta. Los hubiera cumplido el mes que viene —repuso Lola.

—¿Llevabais mucho casados?

—Cinco años. Pero yo estaba enamorada de él desde los veinte, por lo menos.

—¿En serio? —Lola asintió, con una sonrisa heroica—. ¿Y eso por qué?

—Bueno, supongo que era el hombre de mi vida.

—No, no, me refiero a por qué tuviste que esperar tanto para casarte con él.

—Ah, eso. Bueno, digamos que había algún escollo. Su mujer, por ejemplo. Pobrecita. No me malinterpretéis. La quería mucho y éramos buenas amigas.

Nina no daba crédito a lo que estaba escuchando. Abría mucho los ojos. Continuaba preguntando:

—¿Eras amiga de la mujer del hombre de tu vida? ¡Es lo más raro que he oído, cariño!

—Si la hubieras conocido, no te lo parecería. Era un amor de persona.

—¿Qué significa que erais amigas? —preguntó Marta.

—Pues lo normal. Nos teníamos aprecio. Íbamos juntas de compras, al médico, a comer de vez en cuando.

—¿Y hablabais de él?

—Sí, claro, casi siempre.

—¿Y cómo podías soportarlo?

—Era normal. ¿De qué iba a hablar? Era su marido. A mí me gustaba que me hablara de él. Yo también le quería.

No salían de su asombro. Lola no se daba cuenta de lo extraño de su historia, llevaba demasiado tiempo inmersa en ella.

—¿Y él a ti? ¿Te quería? —se interesó Nina—. Mientras estuvo casado, quiero decir.

—Debía de quererme como amiga, supongo. Nunca me lo dijo. Puede que nos quisiera a las dos, a Mercedes y a mí.

—¡Coño, Lola! ¡Esto tuyo parece un serial!

—Es mi vida a cámara lenta, ya os lo he dicho.

—Entonces ¿nunca te liaste con él en vida de la otra?

—No, claro que no. Nunca se me pasó por la cabeza. Quería mucho a Merche, ya os lo he dicho. Traicionarla hubiera sido traicionarme a mí misma. ¡No, no, no! —Hizo aspavientos, apartando aquellas ideas tan molestas—. ¡Nunca lo pensé!

—Pero terminaste casada con él...

—Es que tengo mucha paciencia. —Una sonrisa encantadora—. Y ella murió, pobrecita. Ahora ya estarán juntos otra vez.

—¡Lola, coño! Que es tu marido.

—Sí, pero antes fue el suyo.

—¡Coño, coño, coño! —Nina alargó el brazo. En el extremo había un vaso vacío—. Marta, ¡necesito más whisky!

—Voy. —Marta se levantó por la botella.

Se creó un silencio largo, el primero de la noche, de asimilación. La historia de Lola era de las que necesitan una pausa.

—Has sido muy valiente al venir, Lola —repitió Olga, que después de todo lo oído no salía de su desolación.

—Qué va. Me viene bien ir a sitios donde nunca estuve con él. Lo contrario es lo difícil.

—Podríamos haber pospuesto la cena, mujer. No sabíamos nada.

—Que no. ¡No había que posponer nada! Ya os he dicho que me viene bien salir. —Otra pausa doliente, solidaria. Lola chasqueó la lengua—: Ahora os he puesto tristes.

Nina recibió la frase como una orden de llevar la conversación hacia otra parte. Eligió lo más fácil.

—Y cuéntenos, Marta, ¿cómo lleva tu marido estar casado con una celebridad?

—Qué cosas dices... —Marta, visiblemente incómoda, trató de sonreír—. Yo no soy una celebridad.

—¿Que no? Cuando le dije a mis *compis* de la *ofi* que hoy venía a cenar a tu restaurante por poco me insultan. Hay una que quiere un autógrafo, pero me he olvidado el libro en casa, con las prisas. Debe de ser que el sexo desenfrenado provoca amnesia. —Risas estentóreas—. ¿A vosotras no os pasa?

—No, a mí no, nunca —se apresuró a decir Olga.

Nina dedicó una sonrisa congelada a su amiga de la infancia. Podría haber sido una confirmación, un «Es evidente», pero nadie reparó en ella.

—En serio, Marta, vivo rodeada de fans tuyas. Te hacen más caso a ti que a sus madres. Ponen la radio en el trabajo y toman apuntes. ¡Eres un fenómeno!

Lola asentía en silencio. Recordó algo de pronto y preguntó:

—¿Y qué pasó con tu vocación de escritora? ¿Os acordáis? En el colegio se pasaba el día escribiendo.

—Supongo que era una manera como otra de huir de la realidad. —Sonrió Marta—. El internado era insoportable.

—La madre Rufina se ponía de los nervios. Siempre te castigaba en la capilla, ¿te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? ¡No he pasado más miedo en mi vida! ¡Aquello era la cámara de los horrores! Los santos se movían con la luz de los cirios. Parecía que estaban vivos. Menos mal que Julia me consolaba.

—Julita, la pobre, se pasaba la vida en la capilla.

—¿Y por qué la castigaban? ¿Tan mal se portaba? —quiso saber Olga.

—No, tonta. Es que iba para monja, ¿no te acuerdas?

—Querrás decir que las monjas habían decidido que se quedara con ellas —apostilló Nina—. Favor con favor se paga.

—¿Y luego cambiaron de opinión o qué pasó? —preguntó Lola.

—Fue a raíz de aquella noche. A saber qué ocurrió, en realidad. —Nina removía el vaso que acababa de entregarle Marta, y los hielos hacían música en su interior.

—Yo me dormí —dijo Marta.

—Yo también —añadió Lola—. No me enteré de nada.

Olga bebía en silencio, con la memoria adormecida a voluntad. Sólo atinó a sumarse a la exculpación general.

—Todas nos dormimos.

La culpa apenas la rozaba, pasase lo que pasase. Siempre había sido experta en encontrar excusas para evitar toda responsabilidad, pero éstas también se habían transformado con los años. A los cuarenta y cinco, lo más fácil era echarle la culpa a la ingenuidad de los catorce. Al fin y al cabo, ¿qué jovencita de esa edad es capaz de medir las consecuencias de sus actos? ¿Quién iba a recordar cómo era entonces? ¿Lo recordaba ella, o también había hecho todo lo posible por olvidarse de sí misma?

—No sabemos adónde la llevaron —proseguía la conversación, en voz de Lola—, pero debió de ser un buen sitio, a juzgar por cómo le ha ido, ¿no creéis?

—Julia debería estar agradecida a las monjas —habló Olga—. Es verdad que trabajaba mucho, pero a cambio le dieron las mismas oportunidades que a nosotras. De otra manera no las habría tenido.

—¿Tú crees? —Nina balanceaba la pierna y enseñaba las bragas—. ¿Tú crees de verdad que tuvo las mismas oportunidades que nosotras?

—Lo ha dicho Lola. ¡A la vista está! Mírala, si no, adónde ha llegado.

—¿Y eso, según tú, se lo debe al clero?

—¡Por supuesto! No al clero, en general. A las paulinas, que tenían fama de buenas. ¿Por qué creéis que nuestras familias nos llevaron allí, si no?

Nina rio, echando el cuerpo hacia delante.

—¡Pues el cielo nos guarde de las malas! —Agitó una mano en el aire—. ¿Y del tontito, os acordáis? ¡Qué crueles éramos! Nos reíamos de él.

—Pero nos encantaba que nos piropeará —observó Lola.

Nina añadió:

—¡Y que nos mirara babeando! ¡Pobrecito!

—¿Qué habrá sido de él?

—Igual se ha muerto. Muchos de estos casos no llegan a adultos.

—¿Con lo fuerte que era? —intervino Olga—. ¿Tú crees?

Marta preguntó:

—¿Creéis que se acordará de nosotras? Si vive, claro.

—¿No os parece raro, visto desde la distancia? Que hubiera un chico en un internado femenino, en aquellos tiempos. —Marta entrecerraba los ojos, intrigando.

Lola, pensativa, murmuró:

—Qué cosas pasaban antes. No éramos conscientes de nada... Ni de la crueldad, ni de la inocencia, ni de nada.

El comentario de Lola cayó como un jarro de agua fría. Algo que desvela, que da que pensar. Olga evitó toda reflexión y, por supuesto, no añadió nada. Se sentía en el punto de mira de las palabras de Lola, pero no lo demostró en absoluto. Entre los fragmentarios recuerdos de todas ellas se infiltraba un silencio como un acto de contrición. Hasta que Nina devolvió la conversación a una zona cálida y confortable. No para todas.

—¿Así que ya no escribes novelas, Marta?

—No. —Una respuesta tan breve dejó a las demás expectantes, necesitadas de más información. Marta entendió que debía continuar—: Supongo que en la vida hay que elegir. No se puede tener todo. Ahora escribo recetas. —Utilizó un tono tan feliz y convincente que todas la creyeron.

Olga bajó la voz, teatral, para revelar:

—Aunque hizo una novela buenísima y no quiso publicarla.

Una mirada fulminante cruzó el aire que separaba a las gemelas.

—Anda, ¿y eso por qué?

También Marta sabía restarle importancia a lo que más la tenía.

—Hace muchos años. Ni siquiera recuerdo de qué trataba.

—Yo sí —soltó Olga, cabeceando—. A mí me encantó.

Lola, interesada:

—¿Tú la leíste, Olga?

—Fui la primera. Intenté convencerla de que debía publicarla. Pero ya conocéis a Marta. Es más terca que una mula.

Menos mal que Lola cambió de tema.

—Bueno, en realidad eres escritora. Publicas libros y, según tengo entendido, los vendes como rosquillas.

—No os podéis hacer una idea —corroboró Olga, en su afán por protagonizar un momento—. Es la autora más vendida de la editorial.

—Eso no es verdad —corrigió Marta, que no soportaba los impostados (y falsos) ataques de orgullo de su hermana.

—Lo dice tu editor. No me lo estoy inventando. Se lo contó a Benito el otro día —se defendió. En ese momento sonó el teléfono. Olga se ofreció—: ¿Quieres que lo coja?

Ya se levantaba cuando Marta, cortante, la detuvo:

—Quieta.

Marta desapareció en dirección al cubículo del fondo. Las otras tres se quedaron quietas y sonrientes, congeladas, como si esperaran el regreso de la anfitriona para reanudar la actividad. Lo único que se oían eran los crujidos del glaseado del vestido de Olga. Hasta que Nina dijo:

—Olga, reina, ese vestido no te deja ni mover. ¿No estás muy incómoda?

No era sólo el vestido. Eran también las joyas, los zapatos —nuevos, estrechos, carísimos—, el maquillaje, el recogido en el pelo —con postizo incluido— y las pestañas sintéticas.

—No es para tanto —disimuló Olga, que en realidad no podía ni subir los brazos pero comprendía, viendo el descuido con que vestía su amiga, que opinara de un modo diferente—. Me gusta salir de casa arreglada. La ropa cómoda es tan desfavorecedora...

Nina siguió.

—¡Y qué morena estás! ¡Si pareces abisinia! ¿Dónde tomas el sol?

—En el club de tenis. Tres veces a la semana —mintió.

—¿Juegas a tenis? —Cara de alegría de Nina.

—Muy de tarde en tarde... —Segunda mentira.

—¡Yo también! Un día podríamos quedar para jugar un partido.

Antes de verse atrapada en su propia mentira, decidió mostrar una parte de la verdad.

—No creo, porque estoy pensando en dejar de ir.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Es que los hombres me acosan —reutilizó su propia excusa—. Cuando tomo el sol en la piscina no me dejan en paz.

Marta, que se acercaba, observó a su hermana sin comprender muy bien qué estaba diciendo.

—Ten cuidado con el sol —dijo Lola—. Reseca la piel. Hace parecer mayor.

En ese momento, Olga experimentó un conato de euforia y gritó:

—¡Qué emocionante, chicas! ¡Estamos igual que entonces!

—Dios no lo quiera —respondió Nina.

Marta traía noticias.

—Era otra vez la secretaria de Julia. Se le ha complicado la reunión. Dice que vayamos empezando sin ella, que llegará un poco tarde —informó—. Voy a ir trayendo la comida.

—¿Cómo viene?

—En un coche. La traen. Debe de ser un coche oficial.

—¿Y dónde te ha dicho que está?

—No me lo ha dicho.

—Joder, secretaria, coche oficial... ¡qué importante! —observó Nina.

—Es un detalle que haya llamado —Marta.

—¿De verdad pensáis que vendrá? —Lola.

—Claro, ¡nos lo acaban de decir!

—¡Chis! —Nina levantó las manos y avanzó la cabeza, como una tortuga—. ¡Escuchad! ¿Oís cómo llueve?

Era una tromba de agua. Caía sobre la ciudad como si el cielo estuviera castigando al mundo. Sonó un trueno, que retumbó en todo el edificio.

—Qué miedo —susurró Olga.

—Si os parece bien, empezamos —arguyó la pragmática Marta—. No vaya a ser que se acabe el mundo y nos pille en ayunas.

Marta desapareció tras la puerta de la cocina y dio las órdenes convenientes. Enseguida llegó Lidia con la ensalada de angulas. Los diminutos pescaditos reposaban sobre una salsa blanquecina, que olía levemente a ajo. Tenían un aspecto delicioso. Dejó la fuente en el centro de la mesa y desapareció. Regresó con los platos en los que había servido el siguiente entrante. En cada uno de ellos lucía un rectángulo perfecto de color

terroso cubierto con una salsa humeante y anaranjada. Olía a pimientos, pero resultaba difícil saber qué más llevaba. Lidia repartió los platos y dejó a las invitadas deshaciéndose en halagos hacia la cocinera. Regresó por tercera vez para traer una botella de Monopole blanco. Marta lo tocó para cerciorarse de que estaba lo bastante frío. Dio su aprobación. La ayudante sirvió las copas.

Cada vez que se abría la puerta llegaba a intervalos de la cocina una melodía pegadiza. Nina la tarareaba, ensimismada, feliz. «Hay una cosa que te quiero decir que es importante al menos para mí toda la noche estuve sin dormir porque una frase de tu boca quiero escuchar...»

—¡Bueno, a cenar! —ordenó Marta, disponiendo los últimos detalles.

Las chicas ocuparon sus puestos. Dos frente a dos. Nina, junto a Lola. Nada más ocupar su sitio, Nina acercó la mano a la panza de la otra y preguntó:

—¿Puedo, puedo, puedo? Dicen que da buena suerte.

—Claro. Toca.

—¡Hija de mi vida!, ¡si estás a punto de reventar! —Un silencio, un pensamiento fugaz que de pronto necesita manifestarse, una mirada cómplice —: ¿Y tú y yo, por qué llevábamos tanto tiempo sin vernos?

Lola se encogió de hombros. Ninguna de las dos lo sabía. Cultivaron su amistad durante los años de mayores dificultades de Nina, mientras Lola aún era una aplicada estudiante del conservatorio. También algo más, cuando Nina ya era una mujer libre con un buen trabajo y Lola una profesora de piano que comenzaba a gozar de buena reputación en la ciudad. Se escribieron algunas cartas cuando Nina se instaló en Madrid. El concierto de Los Beatles fue una especie de despedida.

—Yo siento que es como si te hubiera visto ayer mismo —dijo Lola, que siempre tenía la frase adecuada para cada ocasión—. La amistad perdona la distancia, al revés que el amor.

—Es verdad. El amor es un coñazo —concluyó Nina.

Y Lola estuvo de acuerdo.

—Eso mismo.

—No nos puede volver a pasar. —Nina estaba decidida a remediarlo. Los errores del pasado deben servir para mejorar el presente, ésa era su filosofía—. La semana que viene tenemos que quedar para tomar café.

—Puede que venga acompañada... —Lola se acarició la tripa con una mano.

Nina creyó que había llegado el momento de volver a su tono alocado habitual. Demasiado rato hablando en serio le provocaba dolor de estómago. Hizo grandes aspavientos con las manos, para llamar la atención. Su voz histriónica, chillona, se impuso a la reunión para decir:

—¡Un momento, chicas! Lola tiene que contaros algo. ¡Es un secreto! ¡Escuchad! ¡Está embarazada! —Risas y más risas, cada vez más estentóreas—. Y nosotras somos sus comadronas. ¡A ver! ¡Atención! ¿Cuántas aquí hemos parido? ¡Levantad la mano las que hayáis parido!

Levantaron la mano Olga y ella misma. Lola las miraba, divertida.

—¡Yo cinco veces! —presumió Olga y agitó la muñeca para que sonaran las medallitas de la pulsera. Una por hijo, más la de la boda, más una en forma de corazón, con el dios Cupido en el centro, que representaba el amor ciego.

—¿Cinco? —Rio Nina—. ¡Qué coneja! ¿Y todos son del mismo?

—¡Pues claro! Se te ocurre cada cosa...

—Bueno, no es tan raro. Dicen que un veinte por ciento de la gente no somos hijos de quienes creemos. Pero en tu caso no, Olga, cariño. En tu caso ya sabemos que todos son legítimos. ¡Cinco hijos y esa figura! ¡Ahora todavía me parece más admirable! Yo creo que Pardo y tú le pegáis a la dieta del sexo una barbaridad, ¿a que sí?

A Olga se le desencajó la expresión al oír hablar de su vida marital en esos términos. Las palabras de Nina acababan de recordarle que llevaba meses sin un contacto íntimo. Tantos que ni siquiera recordaba si la última vez fue en Nochevieja, para el cumpleaños de Benito o en la Asunción. Ya sólo lo hacían en días de fiesta, como colofón. Un colofón breve, mecánico, que consistía en unos cuantos movimientos convulsos del doctor Pardo, un «ah-eh-oh» de él, un «oh» de ella y al baño. En total, unos cinco minutos. Hasta esa noche, Olga no se había preocupado porque pensaba que eso era lo normal. No tenía con quién compararse ni a quién preguntarle. Además, la repulsión natural que sentía hacia esos asuntos no la predisponía a la curiosidad. Pero si algo habían provocado en ella las palabras de Nina, además de vergüenza, eran dudas. De pronto se preguntaba si la frecuencia

con que el doctor Pardo y ella hacían el amor no sería, en realidad, un poco baja. Olga no consiguió disimular su incomodidad ante la pregunta directa. Balbuceó algo en tono de ofensa.

—Bueno, Nina, esto es... ¡muy privado!

Tan azorada se la vio que Nina quiso corregirse.

—Perdóname, reina, qué bruta soy. Tú no te ofendas, que yo no lo hago con mala intención.

—Es que estas vulgaridades que dices no me hacen gracia, lo siento — se sinceró Olga.

—Claro, cielo, si tienes razón, soy una ordinaria —prosiguió Nina, y era imposible saber si hablaba en serio o en broma, a pesar de que se estaba disculpando—. Yo no quiero que nadie se ofenda, sólo pasar un buen rato. Aunque si no fuera por mí, nenas, esta reunión parecería un entierro. Así que entre todas tenemos —contó las cabezas con un dedo saltarín—, contando a Lola, que ya no tiene escapatoria, tenemos... ¡ocho criaturas! Faltan las de Julia, si las tiene.

—No tiene —informó Marta.

—Qué lástima, ya lo veis —concluyó Nina—, las mujeres ya no sabemos parir como antes. Ah, esperad, esperad, que nos falta una. ¡Tengo un auténtico notición! ¿Cómo puede ser que se me haya pasado? ¿Estáis preparadas? —Silencio expectante, miradas pícaras—. ¡Soy abuela! En serio, no me miréis así, no es una broma. ¡Soy abuela! ¿Verdad que no me pega nada?

—¿Eres abuela? —preguntó Olga—. ¿Qué edad tiene tu hija?

—Veintisiete. Pero no es de mi hija. Es del pequeño. Veinticinco añazos muy aprovechados. Ya sabía yo que me lo quitarían en cuanto saliera a la calle.

—Yo también podría ser abuela —pensó Olga, en voz alta—. Tengo dos hijas casadas.

—Mi hijo no está casado ni tiene intención. Se juntó el año pasado con una chica guapísima que parecía muy lista... pero ya veis, ¡patapam! Le meten un gol a la primera. ¿Para eso se han legalizado las pastillas? El niño

tiene catorce días y se llama Hugo. El nombre no se lo he puesto yo, que conste. ¿A que estoy estupenda para ser una abuelita? Si mi nieto supiera cómo paso las tardes...

—¿Y tus dos hijos son de tu marido? —quiso saber Olga.

—Sí, del gilipollas. Del que Lolita conoció. —Se volvió a la concurrencia para explicar—: Es que Lola vino a mi boda.

—¿Por qué le insultas todo el rato? ¿No te duele, siendo el padre de tus hijos? —Aquello también parecía desolar a Olga.

—Debería dolerle a él, que después de nacer el niño se largó porque, dijo, no se sentía preparado para ser padre. Y se quedó tan ancho. Encima, nunca ha querido verles ni me ha dado un duro para ellos. Le insulto, pero debería haberlo matado.

Olga bajó la cabeza.

—Tienes motivos para estar dolida —reconoció, a regañadientes—. Pero deberías perdonarle.

—Claro, claro, y darle la absolución, ¿no? No, no... El perdón requiere un tiempo que no se merece.

—Además, igual vuelve...

—¡Olé! —saltó Nina—, ¡así podré presentarle a mi novio nuevo, a ver si le gusta!

Lola se acercó al pastel que aguardaba en su plato, y lo olisqueó.

—¿No nos vamos a comer esta maravilla o qué?

—¡Sí, sí, por favor, que yo necesito reponer fuerzas! ¡Esta tarde he trabajado duro! —Y Nina soltó otra de sus carcajadas a un volumen altísimo.

—Lidia, por favor, pon a calentar el pato —ordenó Marta, entreabriendo un momento una de las puertas de la cocina.

—¡Sí, sí, calentemos el pato! ¡Yo me he dejado otro pato caliente en casa! ¡Venga, chicas, al ataque! ¡No seáis modositas, que estamos en otra época! Como esto no se anime me voy a casa a recalentar el pato. —Risas enloquecidas—. Vale, vale, ya me callo. Perdón, perdón. Es que no sé cuándo parar. Qué coño, es que soy feliz. Por una vez en la vida lo tengo todo (novio, amigas, nieto y hasta plan). La felicidad me suelta la lengua, ¿a vosotras no

os pasa? Bueno, y puede que el whisky también. ¡Coño! Este vino blanco está buenísimo, Marta. ¡Menuda curda vamos a pillar! ¡Yo la primera! ¡Venga, brindemos!

—A mí se me ha terminado la limonada, pero brindaré con agua —dijo Lola.

—¡Loca! ¡No se brinda con agua! ¡Jamás! ¡Ponedle vino de este rico a Lolita! ¡Ya es hora de que tu hijo pruebe el alcohol! Uy, perdón. ¡Lola, Lola! No me acostumbro a llamarte Lola. Aunque reconozco que ya no estamos para diminutivos. Venga, sólo dos deditos, así. Para brindar.

—¿Dónde estará Julia, con este tiempo? —preguntó Marta.

—Yo vuelvo a deciros que no vendrá —insistió Nina.

—¿Por qué no va a venir?

—¿Vendrías tú en su lugar? Yo creo que sólo nos da largas, en realidad no tiene ganas de vernos. La próxima llamada será para decir que se le ha hecho tarde y que hasta la próxima.

—¿Tú crees? —Lola abría los ojos, echaba el cuerpo hacia adelante.

—Sí, pero no me hagáis caso. Yo me equivoco mucho. ¡Todo el rato! De hecho, siento que toda mi vida hasta esta tarde ha sido un error. ¡Un error de proporciones cósmicas! Con excepción de mis dos hijos, claro. Mis dos hijos no tienen nada que ver con esto. Qué rico el vino, ¿qué es?

—Monopole blanco.

Nina arrugó los labios y la nariz en una mueca que significaba: «No lo había oído en mi vida».

—Pues a mí me parece que a Julia no le damos miedo —opinó Lola—. ¿No la visteis cuando el golpe de Estado? Estaba en el Parlamento cuando entró Tejero pegando tiros y diciendo lo de «Todo el mundo al suelo». Fue de las mujeres a quienes dejaron salir antes, pero ella prefirió quedarse.

—¿En serio? —Lola no estaba enterada de la proeza.

Marta prosiguió:

—Cuando la entrevistaron en la tele dijo que lo hizo por coherencia. Después de tanto reclamar igualdad entre hombres y mujeres, no podía elegir un trato preferente sólo por ser mujer.

—¡Qué loca! —soltó Olga.

—Pues a mí me parece de una valentía admirable —zanjó Marta.

—Sí, sí, a mí también. No me hagáis caso, ay, creo que estoy piripi. — Nina cerraba un poco los ojos—. ¿Vosotras no?

Lidia salió de la cocina, con el abrigo y el paraguas. Un aroma fuerte y dulzón llegó con ella: el del pato asado.

—El pato ya está. He puesto la salsa en la salsera. —Lidia sonrió y no pudo evitar añadir—: Te ha salido muy rica, jefa. Ah, y las *crêpes* están emplatadas y listas para entrar en el horno.

—Muy bien, Lidia, gracias por todo.

—¿Seguro que me puedo ir?

—Sí, sí, seguro —repuso Marta—. Ya has hecho demasiado.

—La verdad es que en una noche así apetece estar en casa.

—¡Dímelo a mí! —Rio Nina.

—Claro, vete ya.

Lidia se despidió de todas con una sonrisa cándida, agitando la mano mullida y blancuzca.

—Que acaben de pasarlo bien, señoras —dijo.

Echó a andar hacia la puerta, hacia la tormenta.

—Uy, nos ha llamado señoras... qué cabrona —espetó Nina.

Olga fruncía el ceño.

No había hecho más que cerrarse la puerta cuando estalló otro trueno ensordecedor, oscilaron las luces dos veces y ocurrió lo que venía amenazando con ocurrir durante toda la tarde.

Quedaron a oscuras.

De la radio de la cocina, que funcionaba a pilas, llegaba una voz masculina: «Hoy puede ser un gran día donde todo está por descubrir si lo empleas como el último que te toca vivir...».

Nadie sabía mucho sobre la vida de Ana María Borrás Truyol, a quien todos llamaban Nina desde siempre. La recordaban como una niña alegre, menuda, algo perezosa para el estudio y más dispuesta para las actividades al aire libre. Hija única de un matrimonio de fabricantes de sifones de Mataró, tan entregados a la prosperidad de su negocio que no encontraban tiempo ni para

visitar a su hija los domingos. En ese aspecto ninguna de las cinco era muy afortunada. Aunque la diferencia era obvia: Nina era la única que aún tenía vivos a ambos progenitores.

Las pocas veces que los padres de Nina acudían al día de visita de las monjas lo hacían en un coche cargado de bebidas carbónicas. Gaseosas, limonadas, naranjadas, sifones... el tontito Vicente las descargaba y las apilaba en la leñera, a trompazos. Al final era premiado con una botella grande de gaseosa para él solo. Las niñas recibían también su dosis en el almuerzo de ese día. Los sifones, como todo lo demás, eran para las monjas, a quienes las tocas y el verano les daban una sed horrorosa. En la misa del domingo, a veces, el curita agradecía las donaciones del señor Borrás. Y en la bendición de la mesa donde había gaseosas se solía pronunciar también su nombre. Nina se sentía entonces muy orgullosa de su padre.

Pero no eran las gaseosas lo que hacían de Nina una de las niñas más populares del colegio. Era aquella habilidad, según ella «emanada de los astros», para leer las líneas de las manos. Tenía un libro que nunca se cansaba de estudiar y donde poco a poco lo aprendía todo: cuáles son las líneas principales, qué planeta rige cada dedo o qué pasa si el tamaño de los mismos no es el esperado. Todas la escuchaban fascinadas. A las amigas les cobraba las predicciones a tres reales. Para el resto, valían dos pesetas. En casos especiales, era gratis. Como aquella vez que le leyó la mano al tonto Vicente. Nunca antes había leído —ni tocado— la mano de un chico. Comenzó, como siempre, por las líneas principales: vida, corazón, cabeza y destino.

—Mira, tu enfermedad está aquí, ¿ves este punto que es un poco rojo?
—Señaló la base del pulgar—. Y también en esta estrella que remata la línea de la cabeza, ¿la ves?

Vicente miraba desde muy cerca, pegando la nariz a su propia palma, pero no lograba ver nada de lo que Nina decía.

—No sé —respondió.

—Y esta cruz de aquí significa un amor para toda la vida. Alguien te va a querer mucho y para siempre.

—Qué bien, qué bien. ¿Vas a ser tú? —Vicente se ponía contento de verdad.

—No puedo saber quién será, eso las manos no lo dicen —repuso Nina, y el tontito puso cara de contrariedad—. Pero, fíjate, veo que eres una persona muy tierna, con gran capacidad para el amor, muy bueno y muy generoso. Lo dice tu línea del corazón, que es muy larga, mira cuánto. —Y Nina pasó el dedo por el surco, desde el nacimiento bajo el meñique hasta la base del índice.

—¡Me haces cosquillas! —Rio él, con su voz desafinada, y apartó la mano.

—Venga, déjame seguir. Estaba viendo algo importante. —Vicente le devolvió la mano—. Fíjate. ¿Ves esta línea de aquí? Esta que te nace justo en el centro de la palma. —Vicente se fijaba tanto que se le caía un poquito la baba—. Es la línea del destino, y normalmente nace más abajo, junto a la muñeca. Tú la tienes ahí porque vas a tener que luchar contra algunos acontecimientos desfavorables. Igual a veces lo pasarás un poquito mal, pero acabarás venciendo.

Vicente no lo entendía todo o, más bien, no entendía casi nada, pero le gustaba la proximidad con Nina, su olor a colonia, el sonido de su voz, la tibieza de sus manos y la manera con que sus dedos le hacían cosquillas al señalarle el futuro. Cuando perdía la atención, susurraba:

—¡Guapa!

Nina le regañaba.

—¿Te enteras de lo que te digo?

—Sí, sí, sí.

—No te despistes.

—No, no, no.

Pero las buenas intenciones se le olvidaban muy pronto. Enseguida volvía a repetir:

—¡Guapa!

Nina continuó:

—No tendrás hijos.

—¿No? —Vicente puso cara de desolación—. ¿No voy a casarme?

Nina mintió:

—Eso no lo veo. —Vicente pareció animarse un poco.

—¡Guapa!

—¡Chis! Te estás despistando.

—¿Sí?

—Concéntrate.

—Sí, sí, sí.

En realidad, Nina vio más cosas de las que dijo. Algunas se las calló para no ponerle triste, como que no iba a casarse nunca. Otras no las dijo porque le daba vergüenza, como que la base del pulgar era un montículo muy robusto, lo cual siempre significaba una sensualidad muy enérgica, muy exacerbada, casi incontrolable. En cambio, le dijo que su línea de la vida era bastante larga —aunque las había visto mucho mayores—, señal de que viviría hasta pasados los sesenta, por lo menos. A Vicente le gustó esta noticia, por fin se puso contento.

A todas les daba mucha pena Vicente. Con ese cuerpo de hombre y esa vida de niño.

Nina habría querido probar también a leerle el porvenir a una monja, pero la única ocasión en que se atrevió a intentarlo fue con la hermana Presentación, que era la más joven. Como debía haber supuesto, se puso hecha una furia. Le dijo que la quiromancia era una práctica herética que merecía la excomunión y la delató a la madre superiora. La castigaron a pasar dos días en la capilla. Nunca más volvió a intentarlo.

Después del verano de 1950, el último de Julia en el colegio, y también de las gemelas Viñó, Nina y Lolita aún pasaron allí otro curso y un verano más. Se hicieron amigas inseparables. Fue una amistad surgida, como la mayoría, de la necesidad. Cada una fue la tabla de salvación de la otra, su refugio en el internado y en el mundo. Durante el curso se aliaron para memorizar los ríos, sus afluentes, las regiones de España y todas sus capitales, mientras la monja señalaba con un puntero el mapa desplegado sobre la pizarra. Se dolieron juntas de las dificultades de la aritmética y de la gramática. Estudiaron escalas a cuatro manos en el viejo y desafinado piano (Lola con mucha más pericia), fruncieron los labios de la misma forma en las lecciones de francés, en las que Nina llevaba ventaja: lo había aprendido de una niñera de Argelès que la cuidó los diez primeros años de vida.

En verano, durante las solitarias vacaciones de las internas, aprendieron a fumar (por supuesto, a escondidas), bebieron juntas vino dulce de la capilla y un día que Lola recibió la visita de su primo Emilio (que era lo más estirado del mundo porque vivía en San Sebastián y todo aquello le parecía muy pueblerino), subieron con él a la azotea sólo para ponerle nervioso: aquel lugar era donde las monjas tendían su ropa interior y justo aquel día ondeaban al viento seis pares de bragas con perneras y una docena de compresas de rizo. No las expulsaron de milagro.

Pero lo más importante que compartieron fueron las confidencias. En las noches de bochorno, mientras les acompañaban los grillos del jardín, hablaron de todo lo que estaba prohibido. El cuerpo de las monjas. La mala gaita de la hermana Presentación. Sus propios cuerpos. El cuerpo de Vicente (que ahora se pasaba casi todo el tiempo encerrado con candado en su cuartucho). Dónde estaría Julia. Noches de bodas. La virginidad de las vírgenes. Razones para evitar ir al infierno. Los fantasmas que dormían en el pozo del colegio.

La última vez que Nina le leyó la mano a Lolita fue en el verano del 51. Gratis.

—Tienes manos de artista. Dedos gruesos y fuertes. Serás pianista, como tu padre —predijo Nina.

—Bueno, eso ya lo sabía. ¿Qué más? —se impacientaba Lolita, que deseaba oír cosas menos evidentes.

—En tu vida habrá un amor muy grande, que lo llenará todo. No, espera... ¡Serán dos amores! Tienes dos líneas juntas aquí, mira. —Señalaba un punto casi en el centro de la palma—. Como dos senderos que se bifurcan. Pueden ser dos amores muy juntos, relacionados entre sí. Es un poco raro. ¡Déjame ver la otra mano!

Cuando terminaba con las líneas principales, Nina se ayudaba de una lupa para buscar cruces, triángulos y rectángulos, marcas muy importantes que no se veían a simple vista. Había que buscar bien y saber mucho para encontrarlas. A veces podían significar cosas funestas.

—Esta cruz aquí, en el monte de Júpiter —señaló un punto en la base del dedo índice—, significa que tardarás bastantes años en casarte.

—¿Cuántos años?

—Bastantes, no sé cuántos.

—Pero me casaré.

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo! ¡Está aquí! Pero lo más importante es que amarás dos veces, y con gran intensidad ambas.

—Ah.

Todas sabían ya, gracias a Nina, que existen 433 sistemas distintos y autorizados de interpretación de manos. Que el primer quiromántico fue un señor alemán del siglo XIV que se llamaba Bartolomeo Nosequé. Que las predicciones deben hacerse en manos limpias, en ayunas, por lo menos tres horas después de haber terminado cualquier clase de trabajo y preferiblemente a la luz del día (pero no bajo el sol directo). No se puede adivinar el futuro de personas enfermas ni menores de siete años. Las lecturas deben hacerse siempre en la mano izquierda, que es la más cercana al corazón y está regida por el planeta Júpiter, aunque en caso de duda puede consultarse también la derecha. En la derecha está nuestra herencia del pasado; en la izquierda, nuestra aportación al futuro. Las falanges de los dedos son también muy importantes: en la primera está el mundo divino, en la segunda, el mundo abstracto y en la tercera, el material. Si la tercera falange se ensancha en el extremo forma lo que se conoce como «mano en espátula», típica de los artistas, los filósofos y, en general, las personas útiles a la sociedad. «El mundo avanza gracias a las manos en espátula», decía Nina, solemne, cuando les daba lecciones.

Después de la lectura venía la interpretación, que era lo más difícil, claro. Nina había estudiado mucho, pero también tenía una imaginación portentosa.

—Podría ser que te enamoraras de dos mellizos —le dijo a Lola.

—¿Mellizos?

—O igual no son mellizos, pero son hermanos.

—Ya.

—En todo caso, son de la misma familia.

Lolita se tomaba muy en serio las predicciones de Nina, como todas. La escuchaban con la seriedad y el respeto que se debe a los oráculos.

Nina jamás se leía la mano a sí misma, porque todos los entendidos lo desaconsejaban y porque era antinatural, pero se había pasado tantas horas estudiando los ejemplos del libro en sus propias manos que conocía con todo detalle su personalidad y su destino. Las palmas de las manos, lo decía el libro, son como las cartas de navegación de los marineros. Allí está todo, pero hay que saber verlo.

Sabía, por ejemplo, que tendría un matrimonio breve y desgraciado, porque su línea conyugal, que es la que sale perpendicular al meñique desde el borde de la mano, terminaba en horquilla. Tendría dos hijos, una niña y un varón: la marca fina y la más gruesa en que se bifurcaba hacia arriba su línea conyugal. El error que cambiaría su vida como un cataclismo, sin embargo, no lo vio por ninguna parte. De haberlo visto, tal vez las cosas le habrían ido de otra manera.

Durante unos años, descreyó de sus poderes. Los repudió. Tenía otras preocupaciones. Sólo volvió a creer en ellos cuando, varios años más tarde y guiada por lo que decían sus manos, decidió estudiar idiomas. Tenía la última falange del dedo meñique un poco más grande que las otras, como corresponde a los hábiles con el lenguaje. Decidió estudiar inglés y algo de alemán (el francés ya lo dominaba). Aprovechó los embarazos de sus dos hijos. Tenía tiempo libre y andaba buscando su lugar en el mundo. Había comprendido que tendría que procurarse un trabajo. No tenía estrías en el dedo índice, así que, según su libro, debía renunciar a triunfar en la vida. Se tranquilizó: renunciar a lo mayor le permitía concentrar sus esfuerzos en lo mediano.

Comenzó a trabajar poco después de nacer su hijo menor. Buscó un trabajo por necesidad y lo encontró de subsistencia: secretaria en un despacho de abogados. Más tarde fue recepcionista nocturna en un hotel de lujo. No sabía cuántos años habría pasado allí de no haber tenido uno de esos golpes de suerte que se presentan una sola vez. Estaba en el mostrador de recepción cuando llegó un cliente habitual del establecimiento quejándose de que la habitación que le habían asignado era demasiado ruidosa a pesar de que él había solicitado un cuarto tranquilo donde poder descansar. Era tarde, Nina estaba sola en recepción. Sin embargo, decidió que debía tratar bien al descontento cliente. Le asignó en el acto una habitación muy superior a la

que tenía —sin sobrecoste—, se encargó del traslado del equipaje y como compensación por las molestias le envió una botella de buen vino. Se la jugó al no consultar a nadie ninguna de sus decisiones. Tuvo suerte: a la dirección del hotel le cayó en gracia su espontaneidad, aunque le descontaron del sueldo la botella de vino. A quien le encantó su decisión fue al cliente, que era Francisco Bermúdez, el mayor promotor de espectáculos de la España de su época.

Por la mañana, cuando pagaba la cuenta, Bermúdez le preguntó, con una sonrisa:

—¿Le importaría decirme cuántos años tiene?

—Claro que no. Veintidós.

—¿No hablará usted por casualidad algún idioma?

Y Nina, orgullosa, dijo:

—Inglés, francés y alemán.

—Entonces, voy a ofrecerle trabajo. Y creo, sinceramente, que debería aceptarlo.

Francisco Bermúdez era un hombre serio, culto, poco hablador, con fama de formal, que tenía una visión amplia del mundo puesto que viajaba sin parar y trataba con todo tipo de bichos raros. Atravesaba un buen momento, aunque lo mejor estaba aún por llegar. El primer trabajo que le ofreció a Nina fue como secretaria internacional. Debía ocuparse de tratar con los representantes de los artistas extranjeros para negociar las cláusulas de sus contratos. Le ofreció un buen sueldo. Sólo había un inconveniente, aunque no lo fue para ella: el trabajo era en Madrid.

Nina no se lo pensó. Hizo el equipaje y se fue con sus dos hijos a la capital. Allí trabajó primero como secretaria de contratación internacional y más tarde como secretaria personal del mismo Bermúdez. Tuvo que soportar muchos comentarios, porque en aquella época nadie entendía un ascenso tan rápido por méritos que pudieran confesarse. Llegó a sentir tanta simpatía por su jefe que cada vez que oía algún disparate parecido, salía en defensa de él, en lugar de defenderse a sí misma. Francisco Bermúdez, decía, era incapaz de ninguna baja. «No las necesita», solía apostillar.

En la promotora de espectáculos, Nina se sintió como pez en el agua. Allí no desentonaba tanto como en otras partes, no tenía que vestir el horrible uniforme de las secretarias, ni el de las recepcionistas de hotel y tenía la oportunidad de conocer a un montón de gente estrafalaria y, por tanto, interesante. Los artistas estaban todos un poco locos, pero desde luego, eran otra cosa. La mayoría se negaba a acatar la grisura de la sociedad en la que vivían. Muchos de sus clientes eran extranjeros. Le confirmaban que el mundo no era el lugar donde ella había nacido y que, cuando las cosas por fin comenzaran a cambiar, les llevaría a todos los demás un buen trecho de ventaja.

Sus años en Madrid fueron intensos y de mucho trabajo, de grandes aprendizajes. Con el tiempo llegaría a calificarlos como «la mejor época de mi vida». Sólo después de la muerte del dictador, ocurrida en 1975, se dio permiso para volver a casa. El camino de regreso fue un poco más complicado. Las circunstancias habían cambiado. Dejó atrás a su hija mayor, que ya tenía la vida hecha en Madrid. Se llevó consigo al pequeño. Alquiló un piso en la calle Hospital y buscó trabajo como secretaria en una productora de cine que comenzaba a rodar largometrajes en catalán. Por supuesto, se lo dieron nada más leer su currículum. La generosa carta de recomendación de Bermúdez también ayudó mucho.

Nina tenía la impresión de haber vivido varias vidas. La de niña bien que pasa los veranos en un internado de monjas. La de mujer casada antes de tiempo. La de madre sola con dos hijos pequeños. La de treintañera económica y emocionalmente independiente dispuesta a comerse el mundo. La de mujer madura a quien no le importa un ápice lo que de ella opinen los demás. Se sentía hecha de fragmentos de cada una de esas existencias, como un rompecabezas donde todas las piezas son imprescindibles para conseguir la imagen final.

Las compañeras de cuarto seguían sumidas en la oscuridad repentina causada por la tormenta.

—¿Tienes velas? —preguntó Olga.

—Voy por ellas. —Marta abrió a tientas los cajones del aparador, hasta que dio con un par de palmatorias con sus correspondientes velas. Olga la ayudaba iluminando un poco la escena con la llama diminuta de un mechero.

—¡Oye, Nina! —saltó de pronto Lola, espoleada por otro recuerdo que había aparecido de repente—. ¿Todavía lees las manos?

—¡Por supuesto! Y mucho mejor que antes. He hecho varios cursillos con maestros muy buenos.

—¿Y nos las leerías?

—Claro. Las manos de las maduritas son las mejores. —Carcajada—. Tienen más historia. Y de los maduritos también, claro. Mira, esta misma tarde le he hecho una lectura gratis a mi novio nuevo.

Ahora hubo risas generalizadas.

—No sé si preguntarte qué ha salido —dijo Lola.

—¿Básicamente? Que es un golfo y un mujeriego. Pero me da igual. De éstos he tenido varios. Sé cómo tratarlos. Además, estando conmigo no va a tener fuerzas para irse con otras. Él dice que todo eso forma parte del pasado, que yo le he redimido. —Nina lanzó al aire otra salva de sus risas estentóreas.

—¿Y tú le crees? —preguntó Lola.

—No, pero me da igual. Por ahora le trato como a un amante ocasional. Sin explicaciones.

Sus pupilas se iban acostumbrando a aquellas sombras, donde se adivinaban unas a otras, sin verse del todo.

Lola, con un tenedor vacío en las manos y aún masticando, observó:

—Uy, qué ricas están estas angulas. ¿Qué llevan?

—Una emulsión de limón, nata líquida, yema de huevo, un poquito de brandy y una pizca de pimienta —recitó Marta de memoria, mientras armaba la solución a la oscuridad y buscaba una caja de cerillas que debía estar por allí—. El toque fresco se lo da el limón.

—¿Y esto otro, Marta? —Lola trataba de distinguir algo.

—Flan de berenjenas —desveló Marta.

—¡Berenjenas! —Se alegró—. ¡Claro! Aquí se ven las pepitas...

—Muy discretas —aprobó Nina.

Marta encendió las velas y dispuso las palmatorias en el centro de la mesa. Las cuatro mujeres quedaron iluminadas como en un cuadro tenebrista. La *Cena de Emaús*, de Caravaggio, en versión femenina.

—Esperemos que no tarde mucho en volver la luz —dijo Olga, sentándose entre los crujidos del glasé y los tintineos de la pulsera.

Marta volvía de nuevo de la cocina. Antes de irse, su ayudante había rellenado las *crêpes* con la muselina de rape, las había envuelto cuidadosamente y las había regado con la sedosa *velouté*. Estaban listas para el minuto de grill aunque, al verlas, le dieron ganas de comerse una allí mismo. Era un plato sofisticado, casi exuberante, que tenía el éxito asegurado. Encendió otra vela y la dejó junto al fogón, comprobó que el horno estaba encendido. Por fortuna, era de gas. Las *crêpes* estarían gratinadas enseguida.

El Monopole se estaba acabando, pero tenía otra botella en la nevera. Marta fue a por ella, la descorchó, la llevó a la mesa y sirvió de nuevo las copas.

—¡Alegría! —celebró Nina.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Olga, viendo el trasiego de su hermana.

Pero Marta fue escueta:

—Tú ahí quieta.

Cuando Marta llegó con las *crêpes*, hubo aplausos en el comedor.

—Qué delicia —se entusiasmó Nina—. El lunes se lo contaré todo a mis *compis* y querrán estrangularme. Marta, cielo, ¿podemos quedar mañana o pasado para que me firmes el libro de mi colega? No sabré cómo explicarle que se me ha olvidado.

—Claro. Luego miro la agenda.

—Gracias, corazón.

La muselina estaba hecha con el rape cortado a pedacitos — irreconocibles—, un vasito de jerez seco, otro de vino blanco y una pizca de nata líquida. El sabor era intenso y delicioso. El gratinado apenas alteraba la textura de la delicada salsa, pero le daba un toque crujiente interesante.

Parecía un plato muy difícil de elaborar, pero en realidad no lo era tanto. Y gustó a todo el mundo. La prueba fue el silencio en el que las invitadas lo devoraron.

—Por Dios, Marta, qué delicia —exclamó Nina, transida de placer.

—He guardado la de Julia en la cocina —dijo la anfitriona mientras se llevaba a la boca un pedacito de la suya.

—No comes nada, Marta —observó Lola.

—Es que no tengo mucha hambre.

—La que cocina nunca come —sentenció Nina—, eso es una ley universal. La próxima vez, nos vamos a otro restaurante, para que la pobre Marta pueda cenar.

—¿A otro? ¡Ni hablar! —repuso Olga, tintineando de nuevo—. ¿Dónde íbamos a estar mejor que aquí?

Marta no dijo nada porque estaba masticando un bocado de berenjenas. Cuando terminaron con el contenido de los platos y casi con la segunda botella de Monopole, Nina propuso:

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Jugamos a algo?

—¿Queréis que sirvamos el pato? —Marta seguía en su papel, muy profesional, pero menos envarada. Iba ganando confianza. La teoría del gato, según Álex Baudet—. Se va a enfriar.

—¡Por Dios! ¡Una tregua! Esperemos un poco —suplicó Nina.

Olga, con una mueca que parecía de dolor, añadió:

—Yo, desde luego, no voy a comer nada más. Hoy me he pasado.

—Yo también —secundó Lola—. Mucho.

—Es que ahí no te cabe nada más, reina —observó Nina, mirándole el tripón—. Tienes que dejar salir algo.

—Sería peor que reventara el vestidazo de Olga. —Rio Lola, en un estilo que no era propio de ella.

Olga se echó a reír. Su carcajada sonó muy poco natural.

—Uy, ¡si me revienta el vestido me da un soponcio! ¡Con lo que me ha costado!

—¡Pero te quedarías comodísima! —añadió Nina.

Reían como enajenadas, doblándose por la cintura (las que podían), cerrando los ojos, secándose las lágrimas. Marta seguía siendo la voz de la sensatez.

—¿Qué os parece si guardamos el pato hasta que llegue Julia? —propuso—. Así por lo menos verá un plato entero.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Sí, sí, esperemos a Julia —dijo Lola.

—Sí, sí, guarda el pato. —Nina hablaba a carcajada limpia.

—¿Os acordáis del juego de las prendas? —Lola lo dijo sin pensar, con lágrimas en los ojos por culpa de la risa, evocando una memoria que todas compartían—. ¿Qué os parecería si jugamos otra vez? Nos iría bien para ponernos al día de lo que ha pasado en los últimos treinta y un años.

—¿Ponernos al día? —Arrugó el morro Olga—. Qué pereza.

—Tú dirigías las sesiones con mano de hierro, Olga —recordó Nina—. ¡Eras una mandona de mucho cuidado!

—¿Mandona? ¡Era malvada! —espetó Marta.

Olga ladeó la cabeza, justificándose.

—La crueldad propia de la edad.

—No. —Marta agitó el dedo índice frente a la nariz de su hermana—. Eras retorcida.

Olga negó con la cabeza y miró a otro lado, como solía. Cualquier cosa menos amargarse la cena recordando cómo era a los catorce años.

—Todas lo éramos —suavizó.

—Tú más —insistió Marta.

Nina interrumpió el duelo de hermanas al preguntar:

—¿Te atreverías a volver a ser maestra de ceremonias?

—No sé...

—Venga, hermana, no disimules. Lo estás deseando.

—Sería divertido —reconoció Olga—. Un poco fuera de lugar, pero divertido.

—¿Fuera de lugar? ¡Anda ya! —berreó Nina.

—Podríamos poner una prenda cada una, como antes, y luego hacer algo para recuperarla. Pero tiene que ser difícil —siguió Lola, que comenzaba a maquinan maldades, como imitando a la Olga gorda de tres décadas atrás.

—¡Y divertido! Que nos riamos —añadió Nina.

—Bueno, pero con la condición de que Olga también juegue —pidió Marta.

—Sí, sí. Aquí nadie va a librarse.

—¡Qué locura! —Olga, nerviosa—. ¿Queda vino?

—¡Y encima, piripis! ¡Nunca hemos jugado borrachas! Esto puede ser la leche.

—Voy a traer más vino —se ofreció Marta.

—Este blanco es peligroso.

—¡Pues esperad al tinto! —La anfitriona, desde la cocina.

Oyeron un ruido que provenía de la puerta de la calle. Les costó reconocerla —la oscuridad—, pero la sombra de Lidia se transformó poco a poco en Lidia de carne y hueso, empapada como si saliera de una piscina.

—Uy, ¡qué susto! —Olga dio un respingo.

Marta la encontró al regresar al comedor con una botella de Cariñena Banda Azul recién descorchada. Era el vino que tenía reservado para acompañar el pato, pero merecía la pena saborearlo un poco antes, ahora que la fiesta parecía estar en su punto álgido. Gracias al alcohol y al ajetreo, casi había conseguido dejar de pensar en Álex. Estaba decidida a perseverar por ese camino.

—¡Lidia! ¿Qué haces aquí?

—Está diluviando, jefa. No funcionan los semáforos y las calles parecen ríos. Además, han cortado el tráfico porque parece que ha habido un accidente. ¿Podría quedarme aquí hasta que amaine un poco?

—Claro. Puedes quedarte todo lo que quieras.

—Gracias. —Sonrió la chica—. Voy a secarme.

Se preparó ella misma una palmatoria y se fue en dirección al cuartito del fondo, que servía de vestuario y de almacén.

En el salón, las chicas ya se habían organizado. Sonreían, contentas de aquella vuelta al pasado. Nina había recogido los platos vacíos y los había dejado sobre el aparador. En la mesa había un espacio central listo para recibir las prendas. Una suerte de altar del sacrificio. Lola había cambiado de sitio para dejar a la maestra de ceremonias en el centro.

—¡Olga! ¡Olga! Atención. Lola ha tenido una idea buenísima —anunció Nina—. Que la cuente ella.

—Yo propongo que cada una escriba una pregunta en un papel. Mejor cuanto más comprometedor, picante, impertinente o directamente incontestable. Por supuesto, tiene que ser algo personal. Se trata de preguntar lo que jamás se pregunta.

—Bien. ¿Y luego?

—Luego todas tendremos que contestar a la pregunta, excepto quien la haya escrito. La autora se libra.

—¿Verdad que es genial? —A Nina le brillaban mucho los ojos a la luz de las velas.

—¿Y si alguien no quiere contestar? —preguntó Olga.

—¡En ese caso, perderá su prenda! —repuso Lola, la ideóloga—. Quedará en un fondo común, como cuando éramos pequeñas, ¿os acordáis?

Olga asintió. Se acordaba demasiado bien.

—Por mí de acuerdo —aprobó—. ¿Quién elige el orden de las respuestas?

—La que ha escrito la pregunta, claro. Así todas somos maestras de ceremonias. ¡Confesad que os morís de ganas de imitar a Olga! ¿Os acordáis del juramento sagrado? ¿Y de aquel turbante negro que se ponía?

—¡El turbante de mi madre! —recordó Olga—. Se lo cogí de un cajón.

—Dabas mucho miedo con él en la cabeza cuando te temblaba la papada —añadió Lola.

Marta pensaba, mientras una sonrisa cada vez más maliciosa se iba ampliando en su cara. No sabía si era por el vino, por el juego o por qué, pero de pronto la ausencia de Álex ya no era tan importante.

—Sois unas harpías —dijo, pero estaba encantada. Se sentó, propinó un golpe a la mesa con ambas manos—. Venga, ¿por dónde hay que empezar?

—¡Las reglas! Primero Olga tiene que recitar las reglas —recordó Nina.

—Bueno, las de siempre —dijo Olga—: Está prohibido mentir, esconder información o abandonar el juego.

Nina se ponía nerviosa. Ni siquiera era capaz de quedarse sentada en su sitio. Se levantó, se sentó de nuevo sobre la mesa vecina con las piernas separadas, otra vez vieron la puntilla de sus bragas negras. Dijo:

—¡Vale, vale! ¿Empezamos o no?

—Voy a servir más vino —dijo Marta.

—A mí no me sirvas —Lola, enérgica—. Creo que ya he bebido bastante por hoy.

—Muy bien —dijo Olga, convertida tres décadas después en maestra de ceremonias—. Id pensando las preguntas. Marta, necesitamos papel y lápiz.

—Sí, claro.

Marta fue a por un cuaderno de hojas listadas que guardaba en un cajón de la cocina. Arrancó una página para cada una. Había un lápiz y un bolígrafo, que debían utilizar por turnos.

Desde la calle llegaba un retumbar de truenos que comenzaban a alejarse, mezclado con la música que continuaba en la radio de la cocina. Esta vez era una voz femenina, con acento italiano: «Y me ha dicho si no estás tú qué voy a hacer si no estás tú, he sabido que es peligroso decir siempre la verdad...».

Olga continuó con las órdenes. También le brillaban los ojos mucho más que de costumbre. Ya ni siquiera fruncía el ceño ante las ocurrencias de Nina.

—Mientras pensáis la pregunta, hay que entregar las prendas. Recordad: sólo objetos personales. Seguiremos el orden en que estamos sentadas, ¿os parece bien? —Un nuevo asentimiento general—. Empiezas tú, hermanita.

Todas fingían pensar mucho, mirando el papel en blanco.

—Está bien. ¿Sirven las llaves de mi coche? —Buscó aprobación en las miradas de las presentes, y la obtuvo.

—Claro. El coche es de tu propiedad, ¿no? —dijo Olga.

Marta dejó en el centro de la mesa el llavero que había sido motivo de discordia en la ruptura de aquella tarde.

—¿Lola?

—Muy bien, me toca. —Lola se dobló trabajosamente para sacar algo de su bolso, que estaba en el suelo—. Esto os va a encantar, chicas. —Sacó un sobre largo y arrugado. Se adivinaba la caligrafía escolar—. Yo pongo una carta de amor que he recibido esta semana.

Hubo exclamaciones de júbilo generalizadas.

—¡Uuuuuuuuhhh! ¡Lola, coño! ¡Léenosla!

—Luego, luego. —Sonrió ella, encantadora como una niña—. Cuando la recupere.

—¡Esto se pone interesante!

Siguiendo el orden establecido, era el turno de Olga.

—¿Qué podría poner? Si hubiera traído el bolso nuevo... —dudaba.

—Pon la pulsera —propuso Lola.

—No, la pulsera no. No me la quito nunca.

—Pues por eso mismo —dijo Lola—. Así te esforzarás en recuperarla.

—¡La pulsera! ¡La pulsera! —coreó Nina.

Ante la insistencia, Olga se quitó el tesoro tintineante de medallitas y lo dejó en el centro, junto a las llaves y la carta de amor.

—Siguiente —dijo—. Sólo quedas tú, Nina.

—Ah, es verdad. ¿Por qué siempre soy la última? Dejadme pensar. No traigo bolso... Tampoco llevo sujetador. ¡Ya lo tengo! —Se agachó, cogió algo que había arrojado bajo la mesa nada más llegar—. ¿Vale un paraguas?

—¿Es tuyo?

—Sí.

—Pues ya está.

Nina entregó su prenda: un paraguas plegable, horroroso, de color negro con lunares rosa, que tenía dos varillas rotas.

—¿Habéis terminado las preguntas?

Tomándose su tiempo, las cuatro doblaron las cuartillas y las dejaron en el centro de la mesa.

La última fue Marta. Necesitó algo más de tiempo, un par de intentos y dos hojas de papel arrojadas a la papelera antes de dar por buena su pregunta. Cuando por fin lo hizo, Nina aplaudió y exclamó, contenta como una cría:

—¡Bravo! ¡Ya podemos comenzar!

Julia

Julia y su ayudante —María— llegaron a Barcelona en el puente aéreo de las nueve de la mañana de aquel miércoles 29 de julio de 1981, el día que había quedado fijado en el decir popular como el de «la boda del siglo». En el aeropuerto les esperaba un chófer a bordo de un Citroën negro para llevarlas a Radio Nacional, en el número 1 de paseo de Gracia, atravesando toda la ciudad. Por el camino repasaron los puntos más importantes del discurso de Julia, que iba a entrar en directo en el programa «De costa a costa», el de más audiencia del momento, presentado por Luis del Olmo. El tema de la entrevista era el que traía de cabeza a toda la opinión pública, por no hablar de la iglesia y los sectores ultraconservadores, desde hacía semanas: la recién aprobada Ley del Divorcio, de cuyo equipo de redacción Julia había formado parte. Había que reconocer que no era un día muy propicio para hablar de rupturas matrimoniales, pero ella había asumido el reto con sentido del humor.

Llegaron un poco antes de la hora acordada, aceptaron un café en la sala de espera y, poco después, Julia entró en el estudio, saludó al altísimo periodista, se desabrochó la chaqueta y aguardó la primera pregunta. En la presentación, Del Olmo hizo mucho hincapié en su pasado en las Juventudes Socialistas, su etapa francesa, su doctorado en Derecho por La Sorbona, su militancia feminista y —claro, inevitable— su doble condición de mujer y diputada. Cuando llegó el turno de responder, Julia trató de hablar con moderación y suavidad, sin dejarse arrastrar por provocaciones, si las hubiera. Mencionó al ministro Fernández Ordóñez, en cuyo equipo había colaborado durante la elaboración de la norma, le alabó la valentía y la decisión «por aprobar una ley destinada a modernizar nuestra decrepita sociedad» y le citó cuando dijo: «No podemos impedir que los matrimonios se rompan, pero sí podemos evitar el sufrimiento de los matrimonios rotos».

Revisando sus papeles, que tenía desperdigados sobre la mesa, el periodista le preguntó qué iban a hacer si se producían el medio millón de demandas de divorcio que algunos vaticinaban y si creía que los veintiséis nuevos juzgados de familia darían abasto al aluvión. Julia tuvo tentaciones de echarse a reír, pero no lo hizo, muy consciente de su papel. Su voz no se alteró cuando dijo:

—Como puede suponer, ni yo ni nadie conoce el número de demandas que van a presentarse. Tenemos algunos indicativos, eso sí, basándonos en nuestra limitada experiencia anterior, cuando en la República se aprobó la primera y única ley de divorcio que ha conocido nuestro país. Es significativo que entre marzo de 1932 y diciembre del año siguiente sólo se presentaran 7.891 demandas, una de las tasas más bajas de la Europa del momento. Creemos que esta vez podría ocurrir lo mismo y que las primeras parejas en solicitar el divorcio serán aquellas que llevan muchos años rotas. En todo caso, si son más, tampoco conviene alarmarse. El divorcio hay que entenderlo como una defensa de la familia y no como lo contrario.

Las preguntas prosiguieron. Dada la relevancia social de la cuestión, el programa había invitado a los radioyentes a plantear a la diputada sus dudas y sus comentarios. Algunos estaban muy inquietos ante la novedad. Un señor del barrio de Gracia no entendía si un divorciado que muriera tras volverse a casar tendría dos viudas o sólo una. Un tal Alfonso lamentaba haber creído en UCD y en personajes como este «ministro del divorcio», que al parecer había traicionado sus más hondos ideales. Un grupo de jóvenes católicos recordaba que para la Iglesia el matrimonio continuaba siendo indisoluble y proponía a todos los creyentes renovar sus votos matrimoniales como señal de protesta ante la nueva norma. También había quien se alegraba de que «por fin» el país diera algún paso real hacia delante, pero parecían los menos.

Llegaron luego las preguntas ineludibles: su condición de mujer en un entorno tan masculino como el Congreso de los Diputados y lo sucedido durante el 23-F. Repitió lo que tantas veces había dicho a tantos interlocutores diferentes. «Los hombres tendrán que irse acostumbrando a encontrar mujeres en todas partes», «No deseo recibir un trato diferente al de mis compañeros hombres, ni siquiera para extraer algún tipo de beneficio», y otros lugares comunes que ya la tenían aburrida.

Hubo bromas con respecto a la boda real inglesa.

—¿Usted imagina que los príncipes de Gales podrían llegar a divorciarse? —preguntó Del Olmo.

—Por supuesto, como todo el mundo. De hecho, Inglaterra es uno de los países con más divorcios registrados de Europa, y uno de los que posee una Ley del Divorcio civil más antigua, de 1857, figúrese. Aunque tal vez hoy no sea el día para pensar en eso, ¿no cree? Dejemos primero que se casen esos chicos y a ver qué tal les va.

La última pregunta fue personal y la pilló por sorpresa:

—¿Está usted casada, señora diputada?

A lo que ella fue más breve de lo acostumbrado.

—No.

—Si lo estuviera, ¿se divorciaría?

Ahora sí se permitió una carcajada.

—Me divorciaría si creyera que debo hacerlo, por supuesto.

La entrevista duró treinta y dos minutos, porque había que dar paso a la retransmisión en directo desde Londres del esperado enlace. Julia y Del Olmo se despidieron con un apretón de manos apresurado y frío, como suele ser siempre entre gente ocupada o que no se soporta.

Julia y María estaban de regreso en el coche poco antes de las once. Habían terminado por hoy. María le dijo al chófer que las llevara a la calle Sócrates.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Julia.

—Ninguna sorpresa. Has estado estupenda. Incluso en las preguntas personales —respondió la ayudante, que la conocía bien.

María sabía que su jefa esquivaba siempre las preguntas sobre su vida privada. Lo hacía con seguridad y firmeza, sin incomodarse. Consideraba que eran asuntos que no incumbían a nadie más que a ella pero, por lo general, la gente parecía opinar otra cosa. Su estado civil, por ejemplo, despertaba mucho interés. Pocos comprendían que no se hubiera casado nunca, ni pensara hacerlo. Los periodistas solían preguntarle si tenía pareja y, como su discreción les dejaba siempre sin respuestas, algunos se inventaban todo tipo de mentiras: circulaban rumores cada vez más insistentes acerca de su homosexualidad. Le habría gustado que algún periodista formulara la

pregunta directamente —«Señora diputada, ¿es usted lesbiana?»—, pero comprendía que un país que aún se escandaliza por la Ley del Divorcio no está preparado para hablar claro sobre relaciones homosexuales. A falta de otro tipo de noticias, hablaban de su manera de vestir, que solía ser el tema de reportajes enteros en revistas del corazón o en las secciones de sociedad de algunos periódicos. Consideraban que se arreglaba demasiado, que gastaba demasiado dinero en ropa o que era demasiado coqueta. Ya no le extrañaba encontrar fotógrafos apostados a las puertas de su casa en Madrid, esperando durante horas. Ni una sola mañana dejó de saludarles con un «Buenos días, ¿cómo están hoy?». Ni una sola vez vieron salir de su casa a nadie que no fuera ella.

A María le sacaba de quicio todo aquel circo y era mucho más crítica que Julia al juzgarlo.

—Nunca te preguntan por tu trabajo en la comisión, o por tu futuro político. Sólo les interesa qué vistes y con quién te acuestas. Qué panda de analfabetos.

Julia le quitaba importancia al asunto con una sonrisa:

—Las mujeres aún pagamos un precio alto por ser visibles —respondía—. Tienes que acostumbrarte.

Sin embargo, había otro tipo de preguntas personales que, tanto en público como en privado, le incomodaban. Ni siquiera María sabía por qué razón, pero Julia esquivaba siempre cualquier referencia a su niñez y su primera juventud. Sólo una vez le contó que era huérfana y que comenzó a estudiar gracias a la caridad de unas monjas, pero era evidente que le molestaba hablar de eso. Era como si su vida hubiera comenzado en la clandestinidad, cuando se afilió a las Juventudes Socialistas. Antes, sólo había un vacío.

María no podía saber, sin embargo, que Julia estaba en plena etapa de cambios, limpieza, reestructuración. Siempre llega un momento, después de mucho acumular trastos, en que se impone limpiar a fondo los trasteros, los armarios, los cajones, cualquier recoveco. Ver qué hay en el fondo de todo, analizar si se puede aprovechar para algo y tirar el resto a la basura. Si no lo haces, de un modo u otro le pasas el desagradable testigo a otra persona.

Con la vida sucede lo mismo. Este viaje, que su ministro aprovechó para traspasarle la entrevista en Radio Nacional, formaba parte del primer plan de limpieza de los armarios de su vida. Por cierto, la metáfora de los armarios y los cajones no era suya, sino de su querida Ramona. Ay, qué habría sido de ella sin su amiga Ramona, se preguntaba Julia una vez más, mientras esperaban ante un semáforo en rojo de la avenida Meridiana. Miró el reloj. Estaba impaciente por verla.

—¿Quieres que me quede? —preguntó María.

—No es necesario. Líbrate de mí un rato, anda.

—Me alojo en el Majestic. Por si me necesitas.

—No te necesitaré, tranquila.

—No olvides que el coche te recogerá a las cinco.

—No lo olvido.

—Después de tu visita de por la tarde te llevará a la cena en el restaurante de tu amiga, que está en la calle... —María consultaba su agenda, llena de compromisos apuntados con caligrafía diminuta.

—Laforja con Vía Augusta —recordó Julia.

—Eso mismo. El coche te estará esperando a la puerta del instituto. Recuerda que la cena es a las ocho y media. Él ya tiene todas las direcciones. —Y le habló al conductor—: Y si necesita algo o surge cualquier contratiempo, me llama a mí directamente, ¿de acuerdo? Tiene mi número del hotel.

El conductor asintió.

—Ocho y media. —Julia calculó—. Tal vez podrías llamar para decir que llegaré un poco tarde, pero llegaré. Odio estas convocatorias tan tempranas.

—Perfecto, llamo luego, desde la habitación. —Y María apuntó en la agenda: «Marta Viñó avisar retraso»—. Y confirmo la reunión de mañana por la tarde en el despacho, ¿algo más?

—¿Dónde les dijiste a las chicas de esta noche que iba a estar todo el día?

—No les dije nada. Sólo que tenías una reunión importante.

—Lo cual es verdad. Muy bien, María, como siempre. —Suspiró, reclinó la cabeza hacia atrás, liberada de responsabilidades—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a quedar en la habitación del hotel viendo la boda real?

—Qué va. —María, que tenía veinticuatro años recién cumplidos y un sueldo nada despreciable, sonrió al decir—: Había pensado en irme de rebajas.

—¡Claro! No hay mejor día. Hoy todas las viejas estarán llorando delante de la tele.

Estaban entrando en la calle Sócrates. El coche se detuvo frente al portal de un bloque de viviendas ceniciento, proletario, una de esas arquitecturas adocenadas, vulgares, hijas de los planes urbanísticos de los sesenta. El chófer salió del coche para sacar el diminuto equipaje del maletero y ayudar a Julia a bajar.

—Si al final cambias de opinión y decides venir conmigo al Majestic...

—¿Vemos la boda juntas?

—O vamos de rebajas.

Julia sonrió, agradecida. Aquella chica era una maravilla. Dijo:

—No cambiaré de opinión, María. Tengo ganas de quedarme en casa. Aunque sea sólo una noche.

—¿Y la comida? Tendrás que...

—María, ya sé que es difícil de creer, pero seré capaz de sobrevivir sin ti. Te lo prometo.

María arrugó un poco la nariz, como si no lo entendiera.

—¡Ay, qué cabeza tengo! Por poco se me olvida. —Abrió el enorme maletín de trabajo y sacó algo. Se lo entregó a Julia.

Era una pequeña cajita de plástico alfombrada de un tejido esponjoso, como las que se usan en joyería. Dentro lucía una piedra pulida algo mayor que una almendra, de color carmesí brillante.

—Jaspe rojo —explicó la ayudante.

Julia miró la cajita con una sonrisa.

—Es preciosa —dijo—. Gracias, María. Estás absolutamente en todo.

Julia le dio la vuelta a la cajita y leyó en voz alta unas palabras escritas en el reverso con letra diminuta:

—El jaspe rojo se utilizaba ya en la antigua Grecia como amuleto de la suerte. Se creía que llevándolo siempre encima protegía contra todo tipo de males. —Sonrió antes de decir—: Le va a encantar.

Julia guardó la caja en el bolsillo de su americana. Las dos mujeres se despidieron con un par de besos en las mejillas.

—No te despistes con los horarios, que nos conocemos —recordó por última vez María—. Ah. Y han dicho que va a llover.

—Y tú olvídate de mí un poco, anda. Cómprate cosas bonitas.

El coche esperó hasta que Julia hubo entrado y la puerta se cerró con un inquietante estrépito metálico, como si se fuera a hacer añicos. Julia dejó la maleta en el suelo y abrió el buzón para sacar la correspondencia acumulada —prensada, más bien— durante sus cuatro meses de ausencia. No había ascensor, así que subió andando hasta su piso, el tercero A, sesenta metros cuadrados interiores —incluido el diminuto salón—, cocina americana, un solo cuarto de baño (con media bañera) y un balcón con vistas al patio (feo) del vecino de abajo. No esperaba que María entendiera por qué prefería quedarse allí antes que en un hotel de cinco estrellas en pleno paseo de Gracia, ni tampoco pensaba darle explicaciones. Tal vez María era demasiado joven para entenderlo. O tal vez había nacido con más suerte que ella. Julia estaba convencida de que quienes tardan mucho tiempo en tener algo propio sienten por las cosas un apego diferente. Lo mucho que echaba de menos su casa sólo lo notaba cuando estaba allí, como ahora, después de mucho tiempo.

Una vez Ramona se lo preguntó:

—¿No echas de menos tu piso, o tu ciudad? ¿No te sientes extraña en Madrid?

Y ella ni lo pensó.

—No. Agradezco vivir en un sitio sin memoria.

No había cambiado de opinión pero el tiempo estaba amansando sus recuerdos. Ya no eran fieras salvajes de las que hay que ponerse a salvo. Ahora, de vez en cuando, se acercaban a ella y se dejaban acariciar el lomo. A Julia le gustaba este cambio, vivía mejor desde que estaba en paz con su pasado.

Se quitó la chaqueta y la colgó en una percha, en el ropero de su habitación. La cajita con el jaspe rojo la dejó sobre la mesita de noche. Se libró también de la falda, la blusa blanca y los tacones. Fuera todo ese uniforme oficial, que en días tan bochornosos como aquél resultaba muy incómodo. Dejó la maleta abierta sobre su cama. Una cama pequeña, como acostumbraba. Nunca había soportado las camas demasiado grandes: le recordaban que en media vida no había encontrado a nadie dispuesto a dormir con ella la otra media. Aunque con el tiempo había aprendido a sentir tanto aprecio por su soledad, por su sofá para ella sola, por su música o su silencio, que ya no quería renunciar a ellos.

—La soledad es una desgracia cuando no la eliges —había dicho muchas veces, convencida.

Recorrió el piso descalza y en ropa interior, abriendo las ventanas. Quería favorecer alguna corriente de aire que aliviara el calor. De pie en mitad del salón, marcó un número de teléfono de Madrid. Una conversación breve, sólo para dar señales de vida.

—Ya estoy en casa. Todo bien.

Al otro lado contestó una voz masculina y gélida:

—Me quedo tranquilo. Aunque ya sabía que estabas bien. Gracias por llamar.

—¿Lo sabías? ¿Me has escuchado?

—Claro. Como siempre.

—¿Y bien?

—Brillante. También como siempre.

—Qué serio. ¿Estás en una reunión?

—Exacto.

—¿Con clientes importantes?

—Eso mismo.

—No te entretengo, entonces.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Das risa cuando hablas así, ¿sabes? Pareces yo.

—Estoy muy conforme.

—Te iba a decir que voy en ropa interior, pero ya veo que no es buen momento.

—Efectivamente. Pero valoro mucho la información. ¿Puedo llamarte luego?

—Puedes, pero ya me habré vestido.

—Lo lamentaré en extremo.

Julia soltó una carcajada.

—¿En extremo?

—O puede que más.

—Buena suerte con la reunión, cielo.

—Gracias, señora, buenos días.

Se divertían con estos juegos. Seguro que en esos momentos él la estaba maldiciendo y que se lo recordaría en cuanto volvieran a verse. También que su queridísimo habría dejado de pensar durante veinte segundos en la estrategia procesal de algún caso de despido improcedente por parte de una empresa todopoderosa y habría tenido que imaginarla semidesnuda en su piso de Barcelona. Al día siguiente se reirían al recordarlo, durante la cena. Luego irían a un hotel. Él siempre se encargaba de todo, teniendo en cuenta su situación y su interés en no dar alas a los comentarios. Sonrió. Ése era el tipo de cosas que los periodistas se morían por saber y que nunca sabrían.

Retiró la sábana que cubría el sofá y se tumbó a revisar la correspondencia. Como había previsto, todo eran facturas. Estaban todas pagadas. Abrir el correo cada cuatro meses te evita muchos sobresaltos. Además, aquella dirección no la conocía casi nadie.

El cielo estaba cada vez más plomizo, pero por la ventana entraba una brisa como una bendición. Tan a gusto estaba que se quedó dormida.

Despertó sobresaltada por el sonido del telefonillo. Ramona. Se levantó del sofá de un salto, abrió a su amiga, corrió a ponerse una blusa floreada, veraniega y sin hombreras —no soportaba esa moda tan ridícula— a conjunto con unos pantalones de rayón de color verde agua. Ramona llegó jadeando, quejándose del calor y soltando palabrotas, como siempre.

—¡Qué mierda de tiempo, no lo soporto! ¡Yo prohibiría el verano ahora mismo! ¿Tú crees que va a llover de una vez?

Era una mujer más bien chaparra, cargada de espaldas. Sesenta y un años sin disfrazar: ni maquillajes ni afeites. Tenía los ojos muy claros, el pelo gris y ensortijado, las manos anchas y ásperas. Se abrazaron en el rellano. Un

abrazo corto y silencioso, casi clandestino. Hay costumbres que una vez implantadas no se pueden erradicar.

Ramona venía de buen humor y tenía un aspecto estupendo. Eso pensó Julia nada más verla, aunque fue su amiga quien dijo primero:

—¡Qué guapa estás, señora diputada! ¡Y qué elegante! —Le entregó una bolsa azul—. Toma. La intendencia. Tendrás agua fresca, ¿verdad? Porque, si no, me voy por donde he venido.

Julia sacó una botella de agua del frigorífico y sirvió dos vasos. Mientras Ramona se bebía el suyo, volvía a llenarlo y lo apuraba de nuevo, Julia puso en la mesa un mantel de cuadros de Vichy, los platos y vasos de su vajilla duralex de cristal color caramelo y dos juegos de cubiertos. De la bolsa azul sacó una fiambarrera de plástico llena de ensalada de patatas.

—¡Comida casera de verdad! —Se alegró Julia.

—¿Te apetece?

—¡No sabes cuánto!

—Pan no hay, que engorda.

—Uy no, quita.

—Además, me jode, pero me lo ha prohibido el médico.

—¿Y le haces caso? ¡Hombre de suerte! —Mirada cargada de intención, que Ramona no acusó.

—Anda, sirve y calla —dijo Ramona.

Julia sirvió dos raciones generosas de ensalada. Se sentaron, comenzaron a comer en silencio. Hasta que Ramona dijo, dando salida a sus pensamientos:

—Qué soso es el tío ese, el Del Olmo. Menuda entrevista tan insípida te ha hecho.

—¿Te lo ha parecido?

—Tú no. Tú has estado estupenda, como siempre. Pero él es un plomo.

—Bueno, en realidad eso da igual. Se trata de explicar la ley. Que la gente lo entienda y se decida, si lo necesita. Ese plomo que dices tiene un montón de audiencia.

—Sí, sí, de eso se trata. Lo has hecho muy bien. Va a haber divorcios a porrillo. Todas esas memas que llevan años aguantando a un caradura podrán darle un buen susto pronunciando en ayunas la palabra demoníaca. ¿A eso te

refieres con «que lo entiendan»?

—Bueno, por algo habrá que empezar.

—Oye, por cierto. ¿Dónde has dejado a tu secretaria? ¿Le has concedido la libertad?

—Se ha ido de rebajas.

—Ah, mira. ¿Y tu novio?

—En Madrid. Pero no es mi novio.

—Bueno. Tu concubino, tu mancebo, tu amante, tu entretenido. Táchese lo que no proceda.

—¿Mi amigo?

—No. Con los amigos no se folla.

—Malhablada. Es un amigo íntimo.

—Bueno, ¿cómo está? ¿Me lo vas a decir o es un secreto?

—Con mucho trabajo.

—Mira quién habla. ¿Cuánto lleváis ya? ¿Cinco años?

—Siete.

—¿Y la cosa terminará en boda o no?

—¿En boda? ¿A mi edad?

—¿Por qué no?

—Olvídate. Estoy muy bien así. Cada uno en su casa. Pero igual le ayudo a divorciarse, que ya toca. Oye, hablando de bodas. ¿Has visto la tele esta mañana?

—¿Yo? ¿Lo preguntas en serio?

—No, evidentemente.

—Qué susto.

—Es que no se habla de otra cosa.

—A mí, qué quieres que te diga, esa chica me da pena. ¿Has visto qué carita? Está convencida de que se casan con ella por amor.

—¿Tú no lo crees?

—¿El futuro rey de Inglaterra? ¡Claro que no! ¿Desde cuándo el amor importa en los enlaces reales? El amor es un invento de izquierdas.

—Ya estás con tus sermones comunistas.

—¡No son sermones, no me seas lerda! Es cultura general. ¿O no fueron los comunistas los primeros en atreverse a desvincular el matrimonio de los intereses económicos? Aprobaron leyes muy avanzadas para su tiempo: igualdad de hijos legítimos e ilegítimos, divorcio, aborto... ¿Y quién hizo todo eso? —Una pausa, como en un concurso de la tele—. La Unión Soviética, claro, ¡en 1917! Aunque la idea de la nueva «familia socialista», que también admitía el divorcio (como tú deberías saber, señora diputada), no nació en Rusia sino en Alemania, y la parió Engels.

—¿Sabes qué? La próxima vez vas tú a la radio —dijo Julia, masticando, sonriendo con sorna.

—No te me vuelvas conservadora ahora que tienes una vida cómoda, ¡por favor! —La apuntaba con el tenedor—. Ya hay bastantes retrógrados en el mundo, gracias.

—No te exaltes, que te sentarán mal las patatas. Yo sólo abría una posibilidad a que los tiempos estén cambiando. Es antinatural que la gente se case sin amor. —Ramona hizo un gesto que significaba: «Claro, lo que yo digo»—. Además, la chica es muy mona. Igual el orejudo ese hasta la quiere un poquito.

—¡Gilipolceces! —opinó Ramona, y se llevó una patata a la boca. Mientras la masticaba pareció tranquilizarse un poco—. Esto acabará en divorcio, me juego lo que quieras.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: «El único inconveniente del divorcio es que incita a la gente a volver a casarse».

—¿Eso de quién era?

—Alfred Naquet. El de la ley francesa de 1884. Para que luego me llames lerda, señora lista.

—Ah, Naquet. Otro socialista, claro.

—Pues claro.

—Nada que añadir. —Ramona terminó el contenido de su plato y dejó el tenedor sobre la mesa—. ¿Qué planes tienes para esta tarde?

—Voy a ir al instituto, a ver cómo va todo. Por la noche ceno con las brujas.

—Ah, sí, tus brujas. ¿Finalmente has decidido ir?

—Sí. Tú tienes la culpa.

—¿Limpieza de armarios?
—Empezaremos por el cajón de abajo de todo.
—Ya sabes que luego tendrás que seguir con los demás.
—Lo sé.
—¿Y qué harás con la cantidad de mierda que vas a encontrar?
—Lo que se hace con la mierda, supongo. Librarme de ella. —Levantó el tenedor—. Menos una cosa. Hay una pequeña porción que tengo que devolver a su propietaria.
—¿Vas a devolver lo que yo pienso?
—Ajá.
—¿Crees que debes hacerlo? Son mucho más tuyas que de ella.
—Nunca fueron mías.
—¿Cómo se llamaba?
—Olga. Alias *Gordi*.
—¿Por qué? ¿Estaba rellena?
—No. Era esférica.
—Bueno, devuélvele lo que creas oportuno, pero asegúrate de no echarlo luego de menos.
—¿Echarlo de menos? Yo sólo te echo de menos a ti.
Ramona sonrió, muy satisfecha, y cruzó los brazos.

Ramona Claramunt González. Expediente de ingreso en la cárcel de Mujeres de Les Corts número 1.049. Natural de: Badalona. Estado civil: soltera. Profesión: mandadera. Edad: cuando la conoció tenía treinta y tres años y llevaba diez de reclusión. Le quedaban por cumplir otros veinte. Otra no lo habría soportado —hubo quien no pudo—, pero Ramona era fuerte, decidida, de ideas claras. Una de las pocas que a veces se atrevía a plantarle cara a las monjas, sus carceleras.

—¿Tratarnos como a animales forma parte del plan o le sale de natural, hermana?

Ramona estaba acusada de un doble delito. La detuvieron porque intentó abortar y todo salió mal. Un médico afín al régimen la denunció, cuando agonizaba con el útero lleno de sulfumán en un pasillo de un hospital de

Barcelona. Le habían recomendado los servicios de una abortista que se suponía «de confianza» pero resultó ser una carnicera. El ácido la deshizo por dentro y la dejó estéril de por vida, pero por lo menos sobrevivió. El médico que la atendió dio aviso a las autoridades. «Yo estudié para salvar vidas, no para destruirlas», oyó que les decía. A Ramona le pareció un buen motivo. Lo comprendía, aunque no era capaz de compartirlo, tal vez porque no era médico, ni era un hombre, ni era de buena familia, ni tenía estudios, ni siquiera sabía leer y escribir. «Tanta puta comprensión me costará la vida algún día», se dijo. Del padre del hijo que no nació jamás le habló a nadie. Ni siquiera ella quería recordarle.

Cuando la detuvieron, acusada de abortera, supo lo que iba a pasar. Mientras esperaba en la comisaría de Vía Layetana a que la llevaran a alguna parte —por supuesto, sin juicio—, los de la brigada político-social registraban su casa. Encontraron los pasaportes falsos y varios maletines llenos de propaganda del partido. Ramona era uno de los enlaces entre los grupos de Madrid y los de Barcelona. Entregaba cartas, maletines y lo que le pidieran. El piso era del partido, y en él vivían unos cuantos camaradas más, nadie fijo, todos muy jóvenes. Allí todo el mundo se movía constantemente. Aquel día, detuvieron a tres compañeros más. Compañeros y compañeras, porque en su casa todo se decía así, doble, aunque sonara feo y resultara cansino, porque allí lo femenino y lo masculino valían lo mismo. Los policías sintieron que les había tocado el premio gordo de la lotería.

Para los de la político-social sí había diferencias. A los hombres los torturaron. Al más joven, veintitrés años, le saltaron todos los dientes a puñetazos. Con las mujeres se moderaban un poco, pero también les pegaban. A Ramona la acusaron de comunista y de abortera. Ambas cosas eran verdad.

Después de catorce días en Vía Layetana la subieron a un coche y recorrieron la avenida del Generalísimo hasta la plaza María Cristina, que por aquel entonces estaba rodeada de terrenos agrícolas y apenas comenzaba a urbanizarse. A la izquierda vislumbró, protegido por un muro y alguna vegetación, el viejo asilo del Buen Consejo, que funcionaba como cárcel de mujeres desde tiempos de la República. Antes había sido una masía fortificada, Can Durán, y de esa época conservaba los extensos terrenos que la rodeaban, que en parte seguían sirviendo como huerta a la prisión.

Avanzaron hacia la fachada principal, que Ramona no había visto nunca. No era habitual ir por aquella parte de la ciudad. El paseo de palmeras le pareció bonito, igual que el edificio de piedra blanca que distinguió al final, con su espadaña y su torre, alta como una atalaya. De lejos hasta parecía un lugar agradable. La monja de la entrada, con su hábito claro de lino y su cara de guardiana, le dijo al verla:

—Recuerda que aquí nada te pertenece.

Estas palabras fueron un anuncio de lo que siguió. Le quitaron todo lo que llevaba, incluso la ropa interior. Le dieron otras prendas, feas, de vieja. Le tomaron declaración, que ella firmó estampando la huella de su pulgar, porque no sabía leer ni escribir. Ésa era su mejor baza, por si la detenían: decir que a dónde creían que podía ir ella con tanta propaganda del partido, si era analfabeta. A la hora de la verdad no le sirvió de nada.

La llevaron a una sala donde había decenas de mujeres que cosían. Le preguntaron:

—¿Sabes coser?

Ella dijo que sí.

—¿Y bordar?

—También.

—Perfecto, ya puedes empezar.

La costura era la actividad principal en la cárcel de mujeres. Las monjas vendían las labores de las internas. Los bordados cotizaban más.

Los días comenzaban cantando el *Cara al sol* y yendo a misa de ocho. Luego, costura. La comida consistía casi siempre en nabos y coles hervidos. Por las tardes, coser, un breve paseo por el patio y el trabajo en la huerta. Para dormir sólo tenían un delgado colchón de arpillera, tan áspero y roñoso que la mayoría prefería el suelo. En las salas dormitorio las internas estaban tan hacinadas que en el suelo no cabían todas a menos que se tumbaran de lado. «Como las cucharas en los cajones», decía alguna que no había perdido el buen humor. Si querían darse la vuelta, lo hacían por grupos y a una señal. Estos movimientos nocturnos eran de las primeras cosas que se aprendían al llegar allí.

Lo mejor eran los lazos de amistad que se forjaban. Las mujeres vivían en comunas, agrupadas en las salas. En las comunas había un pacto tácito: lo que recibían de sus familias en el exterior lo compartían con las demás. Así las que no tenían a nadie fuera podían gozar también de alguna alegría de vez en cuando. Lo peor era la limpieza. Las condiciones eran deplorables. No podían ducharse, porque apenas había baños, mucho menos duchas para todas. En verano abundaban los piojos, las ladillas, las pulgas y las garrapatas. «Si hiciéramos una sopita con todos estos bichos, comeríamos como princesas», se reía alguna. Las putas les pegaban la sarna a las presas políticas. La sarna era más temida que las monjas o los castigos, nadie quería ducharse con las mujeres de la vida para no tener que compartir con ellas las mantas que les daban para secarse. Aquel lugar fue concebido para albergar a ochocientas presas y llegaron a ser más de dos mil. Aunque eso, por supuesto, no le importaba a nadie. Todo lo contrario: si el hacinamiento las mataba, a alguien le ahorrarían el trabajo.

En sus muchos años de cárcel, Ramona conoció de todo. Celdas de castigo, torturas, palizas, fusilamientos —a veces se preguntaba cómo no terminó ella también en el Camp de la Bota con diez tiros en el cuerpo—, delaciones, compañeras convertidas al nuevo régimen como por milagro, otras que se quitaban la vida colgándose de una viga, soledad, rabia, tristeza. Sólo su carácter, y una especie de fe incombustible en sus compañeros y sus ideas, la hicieron capaz no sólo de sobrevivir, sino de ayudar a otras a hacerlo. Se convirtió enseguida en la protectora de las más débiles, aquella a quien acudían quienes no tenían a nadie. Llegó incluso a ganarse la simpatía de alguna de las monjas, a quienes observaba para distinguir a las inhumanas de las piadosas, y de vez en cuando les pedía favores para otras.

—Tú puede que seas comunista —llegó a decirle sor Ausencia una vez—, pero pareces buena persona.

Ramona había nacido para la clandestinidad y el trapicheo. Le fue bien en la cárcel. Hizo muchos favores, no sólo a las políticas, no sólo a las suyas. Nunca aceptó un agradecimiento. Las alabanzas le incomodaban, las repelía. La dureza de su carácter era un escudo contra el mundo.

—Algo tenía que hacer para no morirme de asco allí dentro —se restaba importancia, cuando otros se la querían dar.

Gracias a esa forma de ser conoció a Julia. La primera vez que la vio pensó que no era normal llevar tanta tristeza en los ojos. Era la más joven de la sala —y de la cárcel—, tenía las manos llenas de pústulas, parecía un pajarillo caído del nido. Sólo tenía diecisiete años. Aquellos malnacidos la habían metido allí en lugar de apiadarse de ella. Julia solía decir que le salvó la vida.

—Calla, tonta, ni que yo fuera Dios, te la salvaste tú sola.

Primero la protegió, procuró que comiera, le dio conversación, veló porque nadie se metiera con ella. Era poco, pero era suficiente. Más tarde, cuando estuvo segura de que sobreviviría, comenzó a tantearla. Quería saber si sería válida para el partido. Hacía falta gente joven ahora que había tantos grupos en la cárcel, y tantos desaparecidos. Predijo —y no se equivocó— que tenía grandes cualidades y que debían ayudarle a explorarlas. La metió en las Juventudes, le habló de ella a algunos amigos, la preparó para lo que había de venir.

—Aguantaremos hasta el final, hemos demostrado ser muy fuertes —le decía—. Tú lo eres también. Se te nota. Lo veo.

A cambio, y mientras tanto, Julia le enseñó a leer. Poco a poco, de memoria —porque no tenían papel—, grabando las letras en las paredes sucias de la sala común. Ramona era lenta, pero ponía interés. El interés de quien piensa aprovechar la única oportunidad que se le ha presentado en la vida.

—¿Y tú dónde aprendiste a leer? —le preguntó una vez.

—No me acuerdo —dijo Julia.

Luego llegó el tiempo de la lucha clandestina en Francia. Ramona la ayudó, una vez más. Un amigo suyo, viejo camarada del partido, escapado de la cárcel de Las Ventas, le consiguió trabajo en la Renault de París. Fue el partido —otra recomendación de Ramona— quien financió sus estudios de Derecho. El esfuerzo lo puso ella y la capacidad también, porque resultó que el pajarito desvalido había nacido para estudiar. Poco a poco, su vida se fue convirtiendo en algo de lo que podía hablar con otras personas. Aunque con muchas reservas. Nada de sus primeros años de internados cada vez peores.

Nada de la cárcel. Nada de la época intermedia. Para Julia, en muchos sentidos, la vida comenzó a los diecinueve, cuando las carceleras le devolvieron sus pocas cosas y la dejaron marcharse.

—Estoy segura de que volveremos a verte pronto por aquí —le dijo la guardiana de la puerta—. Algunas sólo merecéis estar encerradas.

Durante muchos años Julia llevó aquella vergüenza encima como si de verdad tuviera la culpa de algo. Había estado, en comparación con otras, poco tiempo en la cárcel, pero sentía que ese estigma la acompañaría el resto de su vida. No se atrevía a contarlo, a reconocerlo, ni siquiera quería pensar en ello. No podía pasar por la plaza de la Reina María Cristina sin que se le disparara el corazón cada vez que veía el maravilloso centro comercial que ocupaba ahora el solar donde estuvo la cárcel. El lugar donde ella y tantas otras vieron pasar las horas más siniestras de su vida.

Escondió mucho tiempo toda la mierda en el fondo del cajón más profundo y se negó a reconocer que estaba ahí. Sólo ahora, después de tanto tiempo, comenzaba a comprender que había llegado el momento de aceptar. Aceptar, por ejemplo, que la mierda no era suya. Que nunca lo fue.

—Tengo tu expediente —soltó Ramona de pronto, consciente del impacto de sus palabras.

Se quedó a la espera de alguna reacción por parte de su amiga. Julia se levantó y preguntó:

—¿Quieres un café?

—Por favor.

—No tengo leche.

—Da igual, ahora lo tomo solo y sin azúcar.

Julia se agachó para sacar de un armario la vieja cafetera Oroley, desenroscó sus dos partes para separarlas, las enjuagó, llenó de agua el depósito, colocó el filtro y buscó el bote del café en uno de los armarios. Sus movimientos no denotaban nerviosismo. Ramona comenzaba a pensar que no la había oído cuando Julia preguntó:

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio el grupo de historiadoras del que te hablé. Han encontrado el registro de entradas y salidas de la cárcel de Les Corts. Me trajeron una carpeta llena de expedientes, más de quinientos, y me pidieron si podía revisarlos, por si reconocía a alguien. Por supuesto, reconocí a muchas. Entre ellas, a ti. Hice un montón de anotaciones. Antes de devolverles la carpeta, aparté tu ficha. Pensé que preferirías tenerla tú a que acabe en un archivo.

Sobre la mesa, Ramona había dejado el documento. Escrito a máquina, sobre una plantilla oficial. Amarillento, ajado.

Julia aplanó el café dentro del filtro con una cuchara sopera. No había que apretarlo ni mucho ni poco, aunque sobre eso había diferentes teorías. Encendió el fuego. Al hacerlo se dio cuenta de que aún no había abierto el gas. Salió al diminuto lavadero para girar la llave de paso, regresó, encendió de nuevo el fuego, puso la cafetera sobre la llama azul, regresó a la mesa, se sentó y tomó el papel.

Julia Salas (el apellido es de su difunta madre / carece de apellido paterno). Expediente de ingreso en la cárcel de Mujeres de Les Corts número 1.262. Natural de: Barcelona. Estado civil: Soltera. Profesión: No tiene. Edad: 17. Ingresó por agredir y causar lesiones a un guardia civil con un objeto metálico puntiagudo (supuestamente unas tijeras de bordar, no verificado). Pendiente de juicio. Se fugó del Centro para Niños Huérfanos Los Pinos, donde había ingresado hace tres años, como medida de corrección. Es joven díscola.

Más abajo, escrito a mano: «Se adjunta informe del Centro de Observación y Clasificación».

El informe estaba sujeto al expediente por una grapa oxidada. Presentaba el mismo aspecto desastroso del otro papel. Nada más ver la firma de aquel médico se le heló la sangre. No quería leerlo pero lo leyó:

Historial: «Mantenía relaciones ilícitas con un joven subnormal que, según ella, la forzó, mientras ambos vivían de la beneficencia en un internado femenino regentado por las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl».

Resultado de la exploración ginecológica: «Incompleta».

Recomendación: «Medidas drásticas que corrijan sus antecedentes de corrupción y la alejen de la mala vida. Se la apartará de su entorno, para evitar que contamine con el mal ejemplo a sus compañeras».

La página siguiente era una copia a papel carbón de su declaración en la cochambrosa comisaría de Vía Layetana. Apenas quiso leer unas pocas frases:

... dijo la acusada que la agresión fue en defensa propia, después de que el guardia se propasara con ella y le produjera tocamientos en la zona genital...

... es contrastada la información con el guardia civil, de expediente intachable y valor demostrado, quien desmiente todo cuanto...

... y que él, creyéndola sospechosa, se limitó a solicitar a la acusada la documentación...

... cuando tuvo una reacción histérica y desmedida fruto del miedo a ser descubierta o a algún tipo de actividad ilícita (no descartable la prostitución por tener la detenida edad y complexión propicias)...

... el arma del crimen podrían ser unas tijeras de bordar que la detenida llevaba consigo en el bolsillo de la bata colegial...

Sólo se detuvo al leer el nombre del guardia. Eso sí era una novedad. Un nombre de pila de lo más común, seguido de dos apellidos vulgares. Ramona le preguntó:

—¿Quieres que vayamos por él? Me han dicho que está vivo.

Julia negó con la cabeza. Hizo un cálculo mental rápido. El guardia civil que intentó violarla en una carretera desierta, cuando acababa de escaparse del segundo internado de su vida, y contra quien opuso la mísera defensa de las tijeras de bordar que llevaba en el bolsillo de la bata raída, debía de tener cuando todo ocurrió, en abril de 1953, unos cuarenta años cumplidos. Eso significaba que ahora rondaba los setenta. No estaba segura de ser capaz de reconocerle, ni siquiera si seguía oliendo a aquella mezcla pestilente de tabaco y sudor que tanto había luchado por olvidar. No quería tener que decirle de qué le acusaba. En realidad, no sabría ni por dónde empezar. ¿Le acusaba de robarle lo que le quedaba de inocencia? ¿De llenar sus sueños de pesadillas durante más de dos décadas? ¿De las palpitaciones aceleradas de su corazón cada vez que veía un uniforme? ¿De la fobia a los hombres contra la que seguía luchando? Julia temía que ningún castigo, por severo que fuera, podría resarcirla de todo aquello. En cambio, si le acusaba se vería obligada a revivir de nuevo el horror de sus pesadillas. Los dedos gruesos y ásperos hundiéndose en su vagina, las manazas abriéndose camino entre los pliegues

de su bata colegial hasta sus pechos de niña, los insultos, la voz cazallosa, la fuerza desmedida contra la que no tuvo defensa, la impotencia y las lágrimas... Ni siquiera sabía cómo consiguió sacar las pequeñas tijeras del bolsillo y hundirlas en la carne blanda de aquel depredador en el primer sitio que encontró el recorrido de su puño. Por lo menos no se quedó petrificada como cuando Vicentín se abalanzó sobre ella tres años atrás, por lo menos esta vez hizo algo para defenderse. Claro que la pequeña arma no podía lograr gran cosa, pero generó un instante de desconcierto. La bestia se apartó un segundo de ella y se llevó una mano a un hombro dolorido. Lo suficiente para que Julia echara a correr carretera abajo, con la bata del internado hecha jirones y los lagrimones nublándole el camino. No llegó muy lejos, porque otra pareja de guardias la detuvo un poco más abajo. Aunque por lo menos, éstos no quisieron violarla. Sólo la llevaron a la cárcel.

Julia cerró un momento los ojos y recordó las palabras de Ramona la primera vez que fue capaz de contarle esta historia.

—Algún día llegará la hora de los malos, cielo. Sólo hay que esperar. La hora siempre llega.

Al parecer la hora de los malos estaba frente a sus narices y tal vez su amiga esperaba que hiciera algo.

—No quiero, Ramona. No tengo ánimos para esto.

—Bueno, lo respeto.

Julia dejó los papeles sobre la mesa. Ahí estaba aquella historia, que era la de su vida, la de por qué se había convertido en ella misma. Estaba bien donde estaba. Dejó ir una lágrima que no pudo controlar. Ramona la observó, sin decir nada.

—Gracias —dijo Julia—. ¿Lo ves? Sigues haciendo lo de siempre.

—¿Meterme donde no me llaman?

—Eso también.

—Las monjas debieron de santiguarse seis veces al leer tu historial.

—Pobres, creo que pensaban que hacían lo correcto.

—¿Pobres? ¿Las justificas?

—No. Sólo trato de comprenderlas. Cumplían con su deber.

—Se aliaron con los malos.

—¿De verdad crees que ellas, las monjas que me criaron, se aliaron con alguien? ¿O las que nos vigilaban en la prisión? ¿No te acuerdas de sus caras? ¿Recuerdas aquella a la que tú le arrancaste la toca? —Se echó a reír: la primera victoria.

—Uy, sí. Se puso histérica. Mira, todavía tengo la marca de sus garras en el brazo. —Se lo enseñó, una cicatriz extraña, como si hubiera reñido con un ave rapaz.

—Y te mandaron a aislamiento.

—¡Una semana meando en una lata! Me habría gustado dárselo a beber a sor Visitación. Qué cabrona.

—Sor Visitación. ¿Qué habrá sido de ella?

—Ojalá esté en el infierno bebiendo orines de demonio.

—Calla, guarra.

—Aunque lo más seguro es que se haya pasado la mañana viendo la boda real.

—¿Tú crees que aún vive?

—Mala yerba... ya sabes.

—Piénsalo de otro modo —observó Julia—. Si no hubiera sido por ellas, por sor Rufina y todas las demás, no nos habríamos conocido, no estaríamos aquí esperando a que suba el café, yo no sería diputada...

—¿Ahora tenemos que darles las gracias?

—Yo les estoy muy agradecida, la verdad.

—Tú estás tonta.

El aroma del café comenzaba a invadir el diminuto salón y el borboteo anunciaba que estaba listo. Julia lo sirvió. Dejó los papeles sobre el mostrador de la cocina, pareció que para que no se mancharan.

—¿Te conté que hará unos cinco o seis años me llamó sor Rufina?

—No. —Expresión de gran sorpresa—. ¿Y qué tripa se le había roto?

—Ya no era monja.

—¿Cómo que ya no era monja?

—Colgó los hábitos.

—¿En serio?

—Sí. Y se casó.

—¿Te llamó para invitarte a la boda?

—No. Me llamó porque se estaba muriendo. Y para pedirme perdón por lo que nos hizo a Vicente y a mí. Dijo que no sabía nada del correccional al que me envió. Que sólo mucho después le contaron que era un lugar horrible.

Ramona abrió la boca, de la sorpresa. Preguntó:

—¿Pedirte perdón?

—Sí. Dijo que estaba muy arrepentida. Me contó su versión de mi vida. Fue interesante.

—¿Fuiste a ver a esa Rufina a su lecho de muerte?

—Sí. Vivía en un piso del Turó Park.

—Ajá. —Cara de estupefacción de Ramona sorbiendo el café negro—. ¿Y qué pasó?

—Nada. Hablamos.

—¿Hablasteis?

—Sí.

—¿Durante cuánto rato?

—Un par de horas.

—Da tiempo para decir muchas cosas en dos horas.

—Ya lo creo. Me habló de mi madre. Se llamaba Carmela y era sacristana. Llevaba toda su vida al servicio de los curas, de uno en concreto, desde que era casi una niña. Una de esas vidas regaladas a la Iglesia sin ninguna razón. Por lo visto, una mujer muy entregada, muy devota, muy generosa, pero de poca personalidad. Murió al nacer yo, de sobreparto. La tenían tan escondida en un cuarto sobre la sacristía que ni siquiera hubo un alma buena que le procurara asistencia. Llamar a un médico habría sido un escándalo, lo único que importaba era esconder «los descuidos» del santo varón que por segunda vez había preñado a su sirvienta. A mi madre prefirieron encomendarla a Dios y pensar que todo aquello era un castigo divino por sus muchos pecados de lujuria. En fin, un modo como otro de decirme que la dejaron morir sin hacer nada.

—Qué simpática la monjita, qué cosas te contó.

—Espera, espera, que ahora viene lo bueno. Dio a entender algunas cosas muy jugosas sobre mi padre. Parece ser que el curita al que mi madre cuidaba era un pez gordo, Ramona. Uno gordo de verdad.

—¿Un pez gordo de dónde?

—De la archidiócesis de Barcelona. Fue todo lo que dijo.

—¿De la archi...? ¡Joder, joder, joder! ¿Eres hija de un cura?

—Y no de uno cualquiera. —Julia masticaba como si lo que estuviera contando fuera tan normal—. ¡De un reverendísimo! Me vino a decir que lo de encerrar de por vida a los hijos de obispos, arzobispos o cardenales en conventos «de confianza» no era nada raro. Por lo visto, monseñor Lúbrico era su primo hermano. Ella y el resto de las sores no tuvieron más remedio que obedecer las órdenes y callar lo poco que sabían. Me contó que fue ella quien me puso el nombre, en honor a Julia de Cuvillar, una santa que dedicó su vida a proteger niños huérfanos en los tiempos convulsos de la Revolución francesa. Mi destino era ser monja y no salir jamás de aquellas cuatro paredes, pero todo salió mal. Quién podía prever lo que iba a ocurrir: la guerra, mi rebeldía, el Concilio Vaticano, su salida del convento... En fin, no quería morir con ese peso en la conciencia.

—¡Toma ya la monja arrepentida!

—Pobre mujer, igual se le fue la cabeza. Estaba más en el otro mundo que en éste. Puede que el diablo le estuviera dictando todo aquello al oído. O puede que no, en realidad no importa. A mí me da lo mismo ser hija del arzobispo de Barcelona que de su santidad el papa.

—¡Degenerada!

—Además, ya te he dicho que lo que ella quería era pedirme perdón por lo que nos hizo a Vicente y a mí. Para eso me llamó.

—Y tú la perdonaste, claro.

—No.

Ramona soltó una carcajada.

—¡No me jodas! —Mueca de incredulidad—. ¿No la perdonaste?

—Qué malhablada eres, Ramona. ¿No ves que ya no tienes edad?

—¡Vete a la mierda! Cuéntamelo todo. ¿Qué hiciste?

—Le dije que no podía perdonarla, que todo aquello que me había contado esperando que yo lo tomara por sincero arrepentimiento no me servía de nada. Que nadie puede perdonar en nombre de otro, así que con Vicente tendría que arreglarse en persona. Que el perdón no es un intercambio, sino un don. Un don gratuito y carente de lógica, que nadie puede comprar.

Porque si se compra deja de ser perdón y se convierte en otra cosa. Ésa era la razón, le dije, por la que no podía hacer lo que me pedía. Sólo podía compadecerla, o mejor, lo que pensaba hacer, olvidarla.

—¿Le diste a la monja una lección de filosofía?

—No creo que entendiera nada, en realidad. Dijo que le bastaba saber que tenía mi compasión para morir tranquila. Pobre mujer. Debía de temer que Dios la llamara a capítulo al llegar al otro lado. Razones no le faltaban, desde luego.

—Bravo por ti, Julia. ¡Bravo! —Ramona se puso en pie para aplaudir.

—No sé —dudó un momento—. ¿Sabes una cosa? Creo que me arrepiento.

—¡Ya estamos! ¡Eres una blanda! Siempre lo has sido y siempre lo serás. ¿Te arrepientes de no haber perdonado a una monja cabrona que te amargó la vida?

—En realidad, me arrepiento de no haberle dicho la verdad. Hace tiempo que la perdoné.

—No te entiendo.

—El perdón es de naturaleza absurda, porque sólo aparece cuando no se puede hacer justicia, porque nadie puede (o tal vez no quiere) resarcirte de lo que te hizo. Cuanto más absurdo, más perdón es. La pobre mujer se estaba muriendo. Podría haber cedido un poco y decirle lo que tanto deseaba escuchar.

—Todo el mundo se estará muriendo en algún momento. Supongo que ésa es la clave de todo, ¿no? Pensar mientras estamos vivos que un día dejaremos de estarlo. Disculpa, pero a mí todo eso del perdón me suena a rollo católico.

—Puede ser. Pero es que yo soy católica —dijo Julia, muy convencida. Y ante la mirada incrédula de su amiga, añadió—: Una católica laica y medio apóstata, pero católica al fin y al cabo. Ideológicamente, no he conocido nada más. Si me quitas eso, me quedo sin nada a lo que agarrarme.

Ramona abrió unos ojos muy grandes.

—Falso. Tienes a Marx, Engels y Adam Smith. ¡Y al bueno de Naquet! Y a pesar de todo te arrepientes de no ceder ante tu madre superiora.

—Ceder. Aceptar. Perdonar. Olvidar. A menudo son sinónimos.

—Te los acepto todos, menos olvidar. Olvidar no puede ser. No por ti, sino por todas nosotras.

Dejaron que creciera un silencio de segundos, para que las ideas se asentaran.

—¿Cuándo tienes la próxima reunión con las chicas del grupo de historia? —preguntó Julia.

—Dentro de un mes.

—Me gustaría asistir. Si no os molesta.

—¿Molestarnos, dices? Se van a morir de la emoción. ¡La señora diputada se interesa por ellas! ¡Pues claro que puedes! ¿Con algún objetivo?

—Tal vez mi apoyo sirva de algo en esas reivindicaciones vuestras. Puedo intentar una reunión con el director del centro comercial.

—Ese presumido...

—Al fin y al cabo, no pedís nada tan complicado. Sólo que pongan una plaquita en la puerta de su estupendísimo establecimiento de ocho plantas para recordar a las víctimas de todo aquello. A los centenares de víctimas. Si se sabe que soy una de ellas, tal vez cambie algo. Veré si puedo entrevistarme con alguien en Madrid. Deja que lo hable con María y te cuento.

Ramona abrió otra vez la boca.

—No estarás enferma, ¿verdad? Estas cosas se hacen cuando te enteras de que te estás muriendo.

—No estoy enferma, que yo sepa. Sólo me estoy haciendo mayor. El dios Cronos me pide hacer balance. ¿A ti no te pasó?

La pregunta dejó a Ramona pensativa. Eso de los balances nunca había ido mucho con ella. Hacerse mayor, tampoco. Ella quería morir siendo una jovencita de noventa años.

Sonó el teléfono. Eran las cinco menos cinco.

—Hola, Julia, soy María. El coche debería de estar en la puerta.

—¿Ya? Uy, qué tarde es. Estaba totalmente despistada —repuso Julia, consciente de que al otro lado María estaba pensando: «Qué novedad»—. Muchas gracias por avisar.

—De nada. Es mi trabajo.

Se adornó con un collar de bisutería. Se puso las alpargatas de tacón a juego con el bolso de paja. Se metió en el bolso la cajita con la piedra roja. Antes de salir, le devolvió a Ramona el expediente de la interna número 1.262.

—Toma, cielo. Devuélvelo a su sitio. Me guste o no, ese sitio también es el mío.

Ramona, al borde de las lágrimas y muy molesta por estarlo, bajó con Julia la angosta escalera. La despidió apretándole las manos junto al coche oscuro.

—¿Querrás que te cuente cómo me va esta noche?

—Con pelos y señales.

—Mañana te llamo.

—Cuídate, camarada.

—Tú más.

A bordo del coche oficial, dando órdenes al chófer —que no necesitaba ninguna porque lo sabía todo mejor que ella—, Julia Salas se convirtió de nuevo en la señora diputada. Sólo que esta vez de paisano, sin su traje de chaqueta y sus tacones anchos de señora seria. Pero con el estilo intacto.

Mientras el coche se alejaba por la calle Sócrates, sonó un trueno lejano y comenzó a llover. Gruesos goterones repiquetearon sobre el techo del vehículo. Anticipándose a los pensamientos de Julia, el chófer dijo:

—No se preocupe, tenemos paraguas. María dejó uno en el maletero, por si acaso.

A veces María daba miedo. Lo tenía todo previsto. Hasta lo imprevisible. Siempre.

La vieja Carretera del Manicomio se llamaba ahora paseo de Pi i Molist. Era un cambio favorecedor, desde luego, que hacía justicia al fundador del Instituto Mental de la Santa Cruz, en cuyas instalaciones —amenazadas de muerte por los nuevos planes urbanísticos— sólo quedaban unos pocos enfermos. Nada que ver con los tiempos de esplendor, cuando el edificio tenía proporciones colosales y sus habitantes recibían tratamientos pioneros en todo el continente. De los once pabellones quedaban en pie sólo dos, y las

demoliciones continuaban. En lo que fueron los amplios terrenos del sanatorio se levantaban ahora bloques de pisos baratos, algunos construidos a toda prisa antes del Congreso Eucarístico de 1952 para acoger chabolistas, no fuera a ser que Pío XII, en su recorrido por la ciudad, se atorara al tropezarse cara a cara con la miseria. El resultado era un barrio triste, oscuro, donde la grisura y la decadencia de la vieja institución mental no desentonaban en absoluto.

Julia bajó del coche y empuñó el paraguas que el chófer había abierto para ella.

—Estaré aquí por si me necesita —dijo el hombre.

—Puede que tarde un buen rato.

Él hizo un gesto que significaba: «Todo lo que necesite».

Julia caminó a buen paso bajo una lluvia que se hacía más intensa por momentos. Cruzó el patio delantero, flanqueado por dos alas de ladrillo rojo en cuya fachada se abrían grandes ventanales.

En la puerta la aguardaba el director del centro, que se entretenía viendo llover.

—De haber sabido que estaba usted esperándome, habría procurado llegar antes —dijo Julia.

—Por favor, no se excuse —respondió el hombre, tendiéndole una mano grande—. Estoy aquí porque quería saludarla en persona, eso es todo. Últimamente sólo la veo en televisión. Su actitud durante el intento de golpe militar nos dejó a todos impresionados. La felicito de corazón.

Julia fingió no haber oído el cumplido. Dijo:

—¡Qué tardecita!

—Lleva amenazando con descargar una buena tormenta desde esta madrugada —observó el director—. A ver si es verdad y refresca un poco.

Entraron en el edificio atravesando la primera galería, de suelos cubiertos por geométricas y desconchadas baldosas hidráulicas, únicos restos del resplandor pretérito. Las enfermeras se afanaban en cerrar las ventanas para evitar que entrara el agua de lluvia. Las sillas de los pasillos estaban vacías. Ningún interno mirando el jardín con aire ausente, como era habitual.

Nadie en las zonas de paso, ni en las escaleras. El comedor, vacío y en penumbra. Todo tenía un aire fantasmal y, a la vez, de profunda dejadez, de último estertor.

—¿Dónde están todos? —preguntó Julia.

El director soltó una risita.

—¿Dónde van a estar? En la sala de la tele, viendo la boda del siglo. Llevan ahí desde las diez de la mañana. Algunos lloraban como Magdalenas, como si lady Di fuera su sobrina.

Cuanto acababa de escuchar se confirmó al llegar a la sala común. Una veintena de internos esperaban frente a la pantalla en blanco y negro que la recién casada pareja principesca saliera al balcón del Palacio de Buckingham, donde se había celebrado el banquete nupcial. Por ahora, el plano televisivo mostraba la fachada del regio edificio, con los balcones engalanados y, enfrente, una multitud que, como ellos, esperaba para ver a los novios. El resto eran imágenes que ya habían visto una docena de veces y que el realizador iba repitiendo para hacer tiempo: la entrada de la novia del brazo de su padre en la catedral de Saint Paul, el momento del juramento, varios primeros planos de una lady Di azorada por las circunstancias mirando de reojo a su marido, un plano de la larguísima cola del vestido. El vestido de la princesa, por cierto, generó una controvertida polémica en la sala de la tele. Unos lo encontraban excesivo y otros muy romántico, y era imposible saber quién llevaba la razón, porque estaban casi empatados. Los internos estaban muy alborotados y no paraban de hablar. Otros, chistaban porque querían escuchar al locutor.

Julia se detuvo en el umbral de la puerta y sonrió.

—Da pena molestarle, se ve que lo está pasando bien —observó.

—No creo que haya en toda Barcelona un lugar donde la boda se haya vivido con más entusiasmo que aquí —bromeó el director.

—¿Recibió mi último cheque?

—Sí, claro. Sin problemas.

—¿Era suficiente? Si en algún momento estima que debo aumentar la cantidad, no tengo ningún...

El director trazó con la mano una línea paralela al suelo, taxativo.

—Es más que suficiente, no se preocupe. Incluso sobra todos los meses una pequeña suma, que me he permitido ir ahorrando por si en el futuro se volvieran a presentar complicaciones.

—Desde que recibe atención individualizada, le encuentro mucho mejor. Más tranquilo.

—Nosotros somos de la misma opinión.

—Esta chica es una maravilla.

Ambos miraban a una enfermera joven que estaba tan concentrada como todos los demás en los balcones del palacio real londinense.

—Es verdad. Hemos tenido mucha suerte con Matilde —observó el director—. Le comprende muy bien, es muy dulce y tiene una paciencia infinita. Por lo visto, tenía un hermano retrasado mental que murió hace dos años.

—No lo sabía —dijo Julia, pensativa—. Pero eso explica muchas cosas.

En ese momento, se detectó un pequeño movimiento tras uno de los ventanales de palacio. El realizador corrió a centrar y agrandar la imagen y enseguida se pudo ver a la pareja de recién casados saliendo al balcón agarrados del brazo. Los espectadores de la sala común prorrumpieron en una ovación entusiasta. También los que lo estaban viendo en vivo, apostados en la plaza, aplaudieron.

—¡Guapa! —gritó alguien, como si la princesa de Gales pudiera oírle.

Se respiraba un ambiente de alegría propio de una gran celebración. En medio del alboroto, Matilde se dio cuenta de que Julia estaba allí y se agachó para dar la noticia. De inmediato agarró una silla de ruedas y la giró, encarándola a la puerta.

—¿Aún tiene que usar la silla de ruedas? —preguntó Julia.

—A ratos. Es mejor que no camine mucho —explicó el director—. Ya falta poco.

Vicente traía la alegría pintada en la cara y Julia sabía que no era sólo por la boda inglesa.

Cuando la silla de ruedas estuvo lo bastante cerca, Vicente se abalanzó sobre Julia, como hacía siempre que la veía. Ella lo sabía y estaba preparada. A veces sus envites eran tan fuertes que le hacían perder el equilibrio.

Vicente la abrazó con fuerza y la levantó un palmo del suelo. Su saludo habitual. La bienvenida de un auténtico gigante. Julia seguía sorprendiéndose de su fuerza.

—JuliaJuliaJuliaJuliaJuliaJulia —susurró, apretándola tan fuerte que por un momento le impidió respirar.

Vicente tenía el pelo entreverado de blanco, la cara colorada, los pómulos surcados de pequeñas venitas, las arrugas faciales profundamente marcadas y barba de dos o tres días. Había cumplido los cincuenta años, pero aparentaba alguno más. ¿Tal vez estaba un poco más delgado que la última vez? En conjunto le encontró bien. Se sintió muy aliviada de no verle peor. El primer encuentro siempre le daba miedo.

—¿Me has traído un regalo, me has traído un regalo, me has traído un regalo?

—Claro. Pero primero siéntate en la silla de ruedas —ordenó Julia.

—¡Puedo caminar! —protestó, enfurruñado como un niño.

—Ya sé que puedes caminar. Pero es mejor que no lo hagas. Que no te roces. Tienes que ponerte bien del todo.

—¡Ya estoy bien del todo!

—No, no lo estás. —Julia apartó el bolso de paja, como se hace con los niños pequeños, para sobornarle. Vicente se sentó en la silla dócilmente. Entonces Julia sacó la cajita que le había entregado María por la mañana y la dejó sobre la mano de Vicente. Él pegó la nariz al plástico transparente y dio un respingo de alegría.

—¡Hala! ¡Qué bonita!

—Es jaspe rojo. Un amuleto de la suerte, según los griegos.

—¿Qué griegos? —El director y Matilde rieron, divertidos por las ocurrencias de Vicente.

—Los antiguos.

—¡Jolines! Ésos sabían mucho. Qué bonita. ¡Es muy bonita! —repitió Vicente—. ¿La llevamos a su sitio?

—Claro. —Julia se volvió hacia el director—. ¿Podemos ir ahora?

—Acompáñales a la habitación de Vicente —pidió el director, dirigiéndose a Matilde— y después llévalas a la sala de estar, donde estarán más tranquilos. Yo me quedo aquí, para ver a esos dos —dijo, disculpándose

y señalando a la tele con el mentón.

Matilde cedió las manillas a Julia y ésta empujó la silla de ruedas a lo largo del corredor.

—¡Qué guapas son las novias! —decía Vicente, contento—. ¡Laididí es la novia más guapa del mundo! ¿A que sí?

Pronunciaba «laididí» con una «a» muy abierta, que daba risa. Matilde miró hacia el jardín y observó:

—Caray, cómo llueve.

—Las princesas de verdad son más guapas que las de los cuentos, ¿a que sí? —continuaba Vicente.

—Claro. Ésta es más guapa porque es real —respondió Julia.

—No, es más guapa porque es rubia —corrigió Vicente—. A mí me gustan las princesas rubias.

—Pero las princesas de los cuentos también son rubias —dijo Matilde, con su voz dulce.

—¡No! ¡Nononononono! —Vicente levantó el índice y lo movió en el aire, enfatizando su negación—. ¡Blancanieves es morena!

—Tienes razón —admitió Matilde.

—¡Debería ser rubia! —soltó Vicente, con mucha vehemencia—. Si yo fuera príncipe, mataría a todas las princesas morenas y me acostaría con todas las rubias.

—Oye, eso que dices es muy feo —le regañó Julia—. No hay que matar a nadie, aunque sea morena.

—Bueno, vale. Pero me acostaría con las rubias, ¿a que sí?

Julia marcó mucho las palabras para contestar:

—Eso sería si ellas quisieran, ¿a que sí?

Vicente se quedó pensando, incapaz de encontrar una respuesta.

Habían llegado al pasillo lateral, donde estaban las pocas habitaciones que quedaban. Una estancia estrecha, con dos camastros pegados a las paredes, una mesita de noche común, un par de sillas y una ventana demasiado alta y con barrotes. Parecía la celda de una cárcel. Lo único que la distinguía era la colección que reposaba junto a una de las camas, en una repisa horadada en la pared. Constaba de una docena y media de piedras distintas, todas con su cajita y con su descripción escrita en letra menuda en

la parte posterior. También había bastantes piedras sin caja, recolectadas a lo largo de años y paseos en diferentes lugares. Las que más valor tenían para él eran las más antiguas, las que guardaba desde la niñez, y que recogió en el bosque que quedaba junto al colegio de las monjas paulinas. En aquellos tiempos su colección era más grande, porque también incluía ramas de árboles, piñas, tuercas, insectos muertos, trocitos de cristal y hasta un ratón de campo más tieso que la mojama. Cuando llegó al instituto le dijeron que algunas de esas cosas eran «una porquería» y le obligaron a tirarlas. De vez en cuando se acordaba de sus tesoros —sobre todo, de los bichos— y le daba por llorar y por odiar al director con todas sus fuerzas.

—La pondremos aquí —dijo Vicente, colocando la cajita nueva junto a las otras—. ¿Te gusta?

Lo que a Julia no le gustaba era aquel lugar, que le recordaba demasiado a la prisión. Y eso a pesar de la compañía de Matilde, que sonreía con dulzura, ignorante.

—¿Te gusta o no? —insistió él.

—Me gusta mucho. Vamos a la sala de estar —dijo Julia, saliendo del pequeño cuarto.

—La llamaré «la piedra de Carlos y Laididí» —proclamó Vicente.

Recorrieron de nuevo el pasillo hasta llegar a una sala cuadrada en la que había cuatro butacones, una lámpara de pie con pantalla de pergamino y una mesa de formica sobre la que reposaba un geranio de plástico sobre un tapete de ganchillo.

Julia encaró la silla de ruedas a dos de las butacas y se sentó en una de ellas. La otra la ocupó Matilde, que nunca dejaba de sonreír.

—¿Has visto la boda? —preguntó Vicente.

—No.

—Oh. —Cara de desolación—. ¿Y eso por qué?

—Porque tenía trabajo. Y porque las bodas no me gustan.

—¿No te gustan?

—No mucho.

—¿Ni las de príncipes y princesas?

—Los príncipes y princesas tampoco me gustan.

—Jolines, qué difícil eres. —Resopló Vicente, disgustado, y buscó la aprobación de Matilde—. ¿A que sí? ¿A que Julia es muy difícil?

Matilde rio antes de decir:

—Todos somos un poco difíciles.

Vicente aclaró, levantando un dedo:

—Bueno, a mí los príncipes tampoco me gustan. Me gustan las princesas. Las rubias.

—Oye...

—Las morenas, no.

—Vicente.

—Bueno, las chicas rubias también me gustan. Las que no son princesas. Pero tienen que ser rubias.

—Sí, cariño.

Con frecuencia la conversación de Vicente se estancaba en un círculo sin fin. Si no hacías nada por remediarlo, corrías el peligro de pasarte horas repitiendo las mismas cosas.

—Oye. Vicente. Escucha. Estás más guapo que la última vez —dijo Julia, para salir del círculo.

—No, tú. Tú estás guapa. —Vicente se abalanzó de nuevo sobre ella, para abrazarla. Esta vez, además, le agarró los pechos. Uno con cada mano—. ¡Qué guapa eres! ¡Te quiero mucho!

—A ver. —Julia apartó las manos con delicadeza, las depositó sobre el regazo de Vicente—. ¿Te acuerdas de lo que dijimos de tocarle las tetas a todo el mundo?

—Tú no eres todo el mundo. Tú eres Julia.

—Ya, pero tampoco me gusta.

—A mí sí.

—Ya sé que te gusta, pero no podemos ir por ahí haciendo todo lo que nos gusta, ¿verdad? Existen unas normas.

—Bueno. —No parecía muy convencido—. Pero aquí las normas dan igual, porque toda esta gente está loca. ¿A que sí?

Julia continuó:

—¿Te has portado bien últimamente?

Vicente bajó la cabeza y la observó desde abajo. La coronilla le comenzaba a clarear. Julia miró a la enfermera.

—¿Se ha portado bien, Matilde?

—Bueno, sí. —La muchacha sonreía con dulzura—. Lo ha intentado mucho, ¿verdad, cariño? Pero mucho mucho. El problema es que no siempre le sale.

—¿Y eso qué significa?

—No se ha vuelto a hacer daño. No ha habido más heridas ni más infecciones. Ésa es una buena noticia.

Vicente seguía con la cabeza gacha, pero la levantaba de lado para mirar a Matilde. Ésta concluyó:

—Yo creo que es porque comienza a controlarse.

—Pablito dice que soy un guarro y que voy a ir al infierno —apuntó Vicente.

Pablito era su compañero de habitación, un señor aún mayor que él que se enfadaba cada vez que le encontraba masturbándose. Es decir, muy a menudo. Ahora todo parecía bajo control, pero sólo unos meses antes fue un serio problema: dos infecciones graves en menos de seis meses. Una de ellas, muy grave.

—Tú por eso no te preocupes, que el infierno no existe —saltó Julia.

—Sí, sí existe. Es donde fue mi madre.

—Que no, Vicente. —Esta vez Julia intentaba utilizar su tono más convincente. Por desgracia, no tenía la paciencia de Matilde—. Ya hemos hablado de eso. Tu madre no fue al infierno. Las madres van al cielo. Todas, sin excepción.

—Ésas son otra clase de madres. Por ejemplo, la madre Rufina, y también la hermana Presentación, y la hermana Antonina, y todas las demás. Ésas van al cielo sin pagar entrada. Pero la mía fue al infierno. Me lo dijo la madre Rufina.

—Son las monjas del internado donde nos criamos —explicó Julia a Matilde, que no estaba familiarizada con la historia—. Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Por eso Vicente se llama Vicente. Ellas le pusieron el nombre. —Se volvió hacia él y continuó—: La madre Rufina no tenía razón.

—Sí la tenía, siempre.

—Bueno, fíate de mí, ¿de acuerdo? Tú no vas a ir al infierno, diga lo que diga Pablito.

—¿Y a dónde voy a ir?

—Al cielo. A donde tú quieras.

—No, no, eso no funciona así. No se va a donde tú quieras.

—Oye, escúchame. ¿Me escuchas?

—Sí.

—Tienes que portarte bien. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Sí.

—¿Qué significa?

Vicente puso cara de fastidio.

—No tocarme.

—Exacto.

—Cuesta mucho.

—Ya me figuro que cuesta. Pero cuando te tocas, te pones malito. — Vicente seguía con la cabeza gacha, mirándola desde muy abajo—. ¿Te acuerdas lo malito que estuviste? ¿Lo mucho que te dolía? ¿La fiebre, las inyecciones? ¿Recuerdas todo eso?

—¡No, no, no! No quiero acordarme de eso —gritó Vicente.

—Entonces no querrás que vuelva a pasarte, ¿verdad? Nosotras no queremos que estés malito nunca más.

—Yo tampoco. Nunca más.

—¿Lo ves?

—Pero cuesta mucho.

—Sí, ya lo sé, cariño. —Julia le agarró una mano. Era poco dada a demostrar su afecto, no le agradaba demasiado el contacto físico. Pero Vicente la enternecía como nadie.

Matilde intervino:

—¿Te acuerdas qué te digo cada vez que veo que te portas mal?

—Sí. ¡Manos arriba, forastero! —Y Vicente levantó las dos manos, como si fuera un forajido sorprendido por un sheriff.

—Ahí está —continuó Matilde—, eso es lo que tienes que hacer por las noches, cuando te dan las ganas. ¿Te acordarás?

Vicente negó con la cabeza.

—Por las noches cuesta más aún.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque me aburro.

—¿Cómo que te aburres? ¡Pues a dormir! Por las noches hay que dormir.

—Pablito ronca.

—Ronca, ¿y te despierta?

—No, porque no puedo dormir.

—Ya veo... —Julia se quedó pensativa un momento y se volvió hacia Matilde—. Tal vez deberíamos pedirle al director que le cambie de habitación. O que le ponga en una para él solo.

—Sí, sí, una para mí solo. —Palmoteó Vicente, y levantó una mano—. ¡Y para mi colección!

—Creo que es mejor que esté acompañado —observó Matilde—. En un cuarto solo no sabrá controlarse y será aún peor. Podríamos buscarle un compañero que no ronque.

—¿Tú roncas, Matilde? ¿Quieres dormir conmigo?

Matilde rio.

—Yo no puedo, cariño.

—Bueno. ¿Podría ser una compañera? Que tampoco ronque.

—No, Vicente. Tiene que ser un chico.

—Es una pena. ¿A que sí?

Julia aprobó el argumento.

—Sí, estoy de acuerdo. Un chico y que no ronque.

—No creo que haya ningún problema en asignarle otro cuarto. Hay bastantes libres. Ya no traen a nadie —informó Matilde.

Julia iba a contarle a la enfermera lo que sabía: que se estaba hablando de trasladar a los pacientes a otro centro porque el instituto iba a cerrar para siempre en un par de años, tal vez menos. Prefirió no decir nada para no alterar a Vicente. Los cambios no le gustaban nada, ni le sentaban nada bien. Por supuesto, el personal sanitario se oponía al traslado, pero nadie les hacía caso. No hay sordo más profundo que la administración pública cuando no le conviene escuchar.

Julia continuó con la conversación más o menos donde la había dejado:

—Prométeme que te vas a portar bien —le pidió.

—Cuestacuesta...

—Bueno, tú sólo recuerda eso de las manos... ¿cómo era? ¿Me lo puedes repetir?

—¡Arriba las manos, forastero! —repitió Vicente, y soltó un par de risotadas gruesas, desafinadas.

Las dos mujeres levantaron las manos.

—Muy bien, así, así —animó Matilde.

—¡Qué guapas! —soltó Vicente, cuyos instintos comenzaban a envalentonarse otra vez, aunque supo contenerse y no agarrarle los pechos a nadie. Sólo los miró muy fijamente mientras decía—: ¡Sois las dos muy guapas!

—Tú también eres muy guapo, Vicente. Lo vas a hacer muy bien.

—Y muy cariñoso —dijo Matilde—, a eso no le gana nadie, ¿verdad?

—¿Jugamos a algo? —dijo de pronto Vicente, que se notaba que estaba muy contento.

—¿Quieres que echemos una partida al parchís? —propuso Matilde, que conocía bien sus gustos.

—¡Sí, sí, sí! ¡Al parchís! ¡Al parchís!

—¿Quieres jugar solo con Julia o quieres que me quede yo también? Vicente palmoteó.

—¡Los tres, los tres! ¡Os voy a dar una paliza!

Matilde fue a buscar el tablero, que estaba en el comedor. En su ausencia, Vicente se acercó a Julia y le dijo, en un susurro:

—Te quiero.

Ella contestó, sin mucha práctica:

—Yo también te quiero, cariño.

Matilde volvió con el tablero, las fichas y los dados.

—Vicente siempre quiere jugar con azules —dijo—, ¿verdad?

—Sisisisisí —repuso él—, ¡es mi color de la suerte!

—¿Y si hoy dejamos que Julia escoja primero?

—¡Nonononono! Las mías son las azules.

—A mí me gusta el amarillo —dijo Julia, guiñándole un ojo a Matilde—. También es mi color de la suerte.

—¿Verde o rojo? —preguntó Vicente a Matilde.

—Rojo. Como tu piedra nueva.

—¡Yupi! —celebró Vicente, mientras lanzaba el dado una y otra vez y repetía—: ¡Quiero un cinco un cinco un cinco un cinco!

—Vicente. —Matilde le agarró la mano—. Escúchame. ¿Me escuchas? Vamos a calmarnos un poquito. Para jugar al parchís hay que estar un poco más tranquilo. Ya sé que estás contento. Pero tienes que calmarte. ¿Sí? ¿Te calmas?

—Cuesta...

A pesar de todo, Vicente lo consiguió. No mucho. El parchís le encantaba y le excitaba a partes iguales.

—Ya veo que va a ser una partida emocionante —dijo Julia, sonriendo.

—Con Vicente, todo termina siéndolo. Es un artista.

Después de tres partidas interminables de parchís y de arreglar con el director el asunto de la habitación, Julia le dijo a Vicente que tenía que marcharse.

—¿Sabes con quién voy a cenar hoy? —preguntó—. Con las chicas del colegio, ¿te acuerdas de ellas?

—No —contestó Vicente, que siempre se mostraba huraño cuando Julia se iba.

—Claro que sí, hombre. Nina, Lolita, Olga y Marta. Seguro que te...

—¡Olga es muy gorda! —recordó, sin mirarla, concentrándose.

—Eso mismo. ¿Ves cómo te acuerdas?

—De las demás no.

—Nina te leyó la mano una vez. Te hacía cosquillas.

—Nina sí, Nina sí. Nina es muy guapa.

—¿Quieres que les diga algo de tu parte?

—Sí. Diles que son todas muy guapas. Y que las quiero mucho. Pero a ti más. —Volvió a abrazarse a su cintura, con aquella fuerza que no dejaba respirar.

—Muy bien, les diré que las quieres.

—Y que nunca vienen a verme. Que estoy muy enfadado con ellas.

—Vale. Les diré eso también.

Julia se quedó aún un poco más para hablar con Matilde. Quería conocer la versión de la cuidadora, la persona que mejor conocía a Vicente.

—Es verdad que de un tiempo a esta parte se masturba menos, pero sigue haciéndolo. Hay días que sólo piensa en eso, es un comportamiento obsesivo-compulsivo. No queremos tener que atarle las manos para dormir, pero tampoco podemos estar encima de él las veinticuatro horas del día. — Sonrió, tranquilizadora—. Confío en poder hacer que lo entienda. Últimamente está más tranquilo, más estable. Es buen momento para cambios.

«Otra cosa que tenemos en común Vicente y yo», pensó Julia.

—Confío en ti, Matilde. Hazme saber cualquier novedad, por favor.

—Por supuesto.

Estalló un trueno ensordecedor. Algunos internos gritaron.

—¿Estás segura de que te quieres marchar ahora? Igual deberías esperar un poco a que llueva menos —observó la enfermera.

—Tengo una cena y ya llego tarde.

—Pues menuda noche para cenar. Debe ser importante.

Julia no respondió. Le pidió permiso al director para llamar a María, que estaba en su habitación del Majestic, viendo llover sobre el paseo de Gracia. Hacía tiempo que no asistía a un espectáculo tan sensacional.

—¿Puedes llamar otra vez a Marta Viñó y decirle que salgo ahora, que vayan empezando sin mí?

Eran poco más de las nueve.

—Claro. ¿Calculas cuánto tardarás, más o menos?

—Lo que me lleve cruzar la ciudad. Con esta lluvia, igual llego mañana.

—Está bien, eso no se lo diré. Dile al chófer que vaya con cuidado.

Durante el lento camino al restaurante y bajo una lluvia torrencial, Julia se preguntó una vez más algo que se venía preguntando desde hacía semanas: ¿Para qué ir a la cena con sus viejas compañeras de internado?

¿Tenía su asistencia alguna justificación tan poderosa como su ausencia? ¿Qué sentido tenía presentarse, después de treinta y un años? ¿Darle una oportunidad a quién, a qué? ¿Tal vez a sí misma? ¿Demostrarse algo?

¿Demostrárselo a las demás? ¿Pretendía sólo —qué vileza— presumir? Aunque ¿acaso las pequeñas vilezas no son muchas veces la única forma de resarcimiento posible? Quienes piensan que el tiempo lo cura todo es que nunca tuvieron heridas profundas.

Desde el asiento trasero del Citroën negro, la ciudad le resultaba irreconocible. Atravesar el barrio de Horta le llevó mucho más de lo previsto. Por todas partes las torrenteras les obligaban a parar o a cambiar de rumbo. En esa zona de la ciudad verse sorprendido por la fuerza de las aguas pluviales era un peligro real, que había que tener en cuenta. El chófer, por fortuna, lo sabía, y conducía con prudencia. De vez en cuando, un relámpago cruzaba el cielo, seguido de uno de esos truenos amenazadores.

En el Carmelo las cosas no estaban mucho mejor. Fue allí donde comenzaron a ver árboles caídos, contenedores que las aguas habían arrastrado, vecinos achicando agua de algunos bajos. El diluvio continuaba, persistente, obligándoles en más de una ocasión a detenerse en mitad de la calzada para esperar a que amainara un poco antes de atreverse a continuar. Apenas se veían vehículos por la calle. A quién se le ocurre salir en una noche así.

Julia iba absorta en sus pensamientos. Trataba de recordar a las cinco niñas del internado. Olga, Marta, Lolita, Nina y ella misma. Olga la gorda. Marta la escritora. Lolita la dulce. Nina la quiromántica. No pudo evitar pensar: «Y Julia, la huérfana» o, peor aún: «Julia, la desgraciada».

La única con quien había retomado el contacto era Marta. Marta Viñó, la famosa consejera del consultorio de cocina radiofónico, en quien confiaban todas las amas de casa. Se había convertido en una mujer famosa. Lo descubrió al observar los efectos que tenía sobre sus compañeras de partido decir que la conocía.

—¿De verdad conoces a Marta Viñó? Yo no me pierdo ni uno de sus programas. Gracias a ella he aprendido a cocinar.

Por curiosidad, comenzó a escucharla. No le reconoció la voz en absoluto, ni la manera de hablar, ni nada. Como si fuera otra persona. Le interesó lo que decía y, sobre todo, cómo lo decía. Con un profundo respeto hacia sus oyentes, sin demagogia, sin plegarse a aquel nauseabundo lenguaje

por aquel entonces aún ineludible. Lo que creyó ver en ella le animó a retomar el contacto. Por eso le escribió. De la primera carta debía de hacer unos diez años.

Querida Marta:

Supongo que recibes muchas felicitaciones y ésta va a ser una más. Sin embargo, no creo que todos los días te lleguen cartas de oyentes que te conocen desde niña y que te escriben para decirte lo orgullosas que se sienten de ti. Confío en que recuerdes nuestros días en el internado, que acabaron de aquella forma tan brusca. En estos años he hecho muchas cosas, algunas felices, pero sigo sin saber ni freír un huevo, y a estas alturas ya no creo que aprenda. Eso sí, confío en que alguna vez volvamos a encontrarnos. Mientras tanto, te mando un abrazo muy fuerte,

JULIA SALAS

No esperaba recibir respuesta, pero la recibió, al cabo de un par de semanas:

¡Querida Julia! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría más grande recibir tu carta, tan cálida, tan inesperada! ¡Y qué alegría también que me escuches y que te parezca de algún valor lo que hago! Por supuesto que te recuerdo, mucho más de lo que crees. A lo largo de estos veintitantos años me he preguntado muchas veces qué sería de ti, dónde estarías. Por no hablar de las veces que me lo pregunté de pequeña, cuando te separaron de nosotras de aquel modo tan inexplicable, y nunca nos dijeron a dónde habías ido ni por qué. ¡Pero si éramos unas crías! En fin, hay algo terrible en los recuerdos del pasado. Terminas hablando de ellos aunque no quieras. Te pido disculpas. Lo que de verdad me interesa conocer es tu presente. ¿A qué te dedicas? Veo que la dirección que me facilitas es un apartado de correos de Barcelona. ¿Vives aquí, en la ciudad? ¿Tal vez podríamos vernos algún día? No sabes lo mucho que me gustaría. Ah, y no te preocupes por tus escasas habilidades culinarias. ¡Freír un huevo es de lo más difícil del mundo! Yo aún no sé del todo. Mejor empiezas por otra cosa.

Te mando un beso. Y, ¡por favor!, no dejes de escucharme. Me hace feliz saberte al otro lado.

MARTA VIÑÓ

Varias veces, en aquella corta correspondencia, mencionaron la posibilidad de verse, pero nunca ocurrió. «Tenemos que almorzar algún día», «A ver si quedamos», pero el deseo no llegó a materializarse, como suele ocurrir entre personas que en realidad no tienen muchos motivos para encontrarse, o no los han buscado lo suficiente.

En la tercera carta, que Julia empezó con un «Querida Marta: Me permitirás que deje de lado el pasado y me centre exclusivamente en el presente y, acaso, un poco en el futuro», le contó cuanto podía acerca de sí misma. Es decir, casi nada. Que era doctora en Derecho, que había vivido en el extranjero, que estaba soltera y sin niños («ni ganas de tenerlos», añadió) y que tenía grandes planes «para cuando el tiempo comience a mejorar un poquito». Corría el año 1971 y el dictador tenía los días contados, pero convenía seguir hablando en clave, por lo que pudiera pasar. No podías fiarte de nada ni de nadie, todo el mundo estaba bajo sospecha. Había vigilantes por todas partes.

Marta contestó enseguida: «¿Doctora en Derecho? ¡Qué barbaridad! Eso es impresionante. Eres toda una excepción. Ya me parecía a mí que tu modo de expresarte denotaba una superioridad intelectual. La verdad, querida, me has dejado de piedra». Empatizaron en el asunto de la descendencia: «Yo tampoco he tenido hijos, a pesar de que los deseaba. La verdad es que no los echo nada de menos». Al cambio de tiempo se refirió en estos términos: «Yo también espero que pronto haga bueno, aunque no te puedo negar que a veces me da miedo pensar que después de los inviernos más duros suelen venir veranos terribles».

Luego las cartas se espaciaron. Una felicitación de Navidad, algún que otro mensaje disperso. Persistían los deseos sinceros de verse, pero seguían sin buscar el modo de cumplirlos. Se había convertido casi en una coletilla que añadían a cada uno de sus mensajes, como la firma.

De las cartas pasaron, ya muerto Franco, a las llamadas. Pocas, agradables. Cuando Marta oyó la voz de Julia sintió tanta extrañeza como la que su compañera había experimentado la primera vez que la escuchó por la radio. Se telefoneaban un par de veces al año, una de ellas para felicitarse las fiestas. Ahora ya no hablaban en clave. Julia le contó que formaba parte de la

dirección del partido socialista y que ella y sus compañeros se habían propuesto ganar las elecciones. Le habló por primera vez de su pasado clandestino, que por fin podía dejar atrás.

Con más o menos retraso, Marta estuvo siempre al corriente de las evoluciones de la vida de Julia. Del mismo modo, Julia recibió puntualmente todos los libros de Marta, con dedicatorias muy cariñosas. Julia los guardaba como algo valioso, aunque nunca se le hubiera ocurrido preparar una sola de las recetas «que nunca fallan» de su amiga.

Y así, más o menos, hasta el golpe de Estado, en que Julia tuvo aquel comportamiento heroico y ejemplar, y Marta la llamó para decirle que se sentía muy orgullosa de ella y de conocerla desde que eran niñas. Le habló también de la muerte de su padrastro, de la herencia, del viejo local, de su sueño de abrir un restaurante. Por alguna razón, pensó que una mujer fuerte como Julia sería la aliada perfecta de sus propósitos.

—Se me ha ocurrido de repente, es una locura —le confesó Marta—. Pero es lo que deseo, en este preciso momento de mi vida, y siento que, si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Álex no lo entiende.

—Es el «efecto media vida» —le dijo Julia—. A mí también me está pasando. Sientes que ha llegado el momento de hacer las cosas de otra manera, de reconciliarte contigo misma, tal vez de saldar deudas personales.

—Eso es.

—Pues tienes que seguir adelante hasta el final, sin desanimarte, digan lo que digan.

Estas palabras fueron el acicate que Marta necesitaba para lanzarse. Tanto, que unos días más tarde llamó entusiasmada a su vieja compañera sólo para anunciarle que ya había contratado a la decoradora de interiores que se encargaría de remodelar por completo el viejo taller.

—Y también tengo nombre —añadió—. ¿Adivinas cuál es?

—¿Debería? —preguntó Julia.

—¡Media Vida!

Poco después, llegó la carta de Olga, tan formal, tan ridícula, convocándola a aquella cena. Las ganas de negarse. Las dudas, que comentó con Marta. Por supuesto, la cocinera la animó.

—Así nos veremos, por fin —le dijo para convencerla—. Otra deuda saldada.

—Es verdad.

Le pidió a María que confirmara su asistencia. Tenía que enfrentarse a lo peor de su vida. Aquella idea de la mierda que se acumula en los cajones y la necesidad de hacer limpieza comenzaba a convertirse en un pensamiento recurrente.

A pesar de todo, camino del restaurante, bajo una tempestad que parecía sacada de una película de terror, continuaba dándole vueltas a la misma pregunta: ¿Para qué iba a esa cena?

Seguía sin hallar la respuesta.

—Esto es un auténtico diluvio —musitó Julia.

—No se preocupe. Ya estamos llegando —contestó el chófer—. Laforja ya queda muy cerca.

Estaban en la calle Balmes, por donde el agua bajaba como una torrentera. El último relámpago había dejado sin luz la parte alta de la ciudad, que estaba sumida en la negrura. Los semáforos no funcionaban.

El coche ganó velocidad. Julia pensó que iban demasiado aprisa, pero fue un pensamiento fugaz, de apenas un segundo. El chófer tenía ganas de dejarla de una vez y marcharse a su casa, con su mujer y tal vez sus hijos, o eso pensó. Era muy tarde, más de las diez, las chicas ya debían de estar terminando de cenar, convencidas de que la señora diputada no iba a aparecer, aunque por fin estaba llegando.

Una camioneta giró por Vía Augusta. El chófer trató de esquivarla. Le pareció que estaba más cerca de lo que estaba en realidad. La camioneta se escabulló, pasó de largo. El Citroën derrapó, atravesó en diagonal la calle Balmes y se subió a la acera del lado contrario. Impactó contra un buzón que custodiaba la esquina con Vía Augusta. Menos mal, o el desenlace habría sido mucho peor. Al fin, se estrellaron contra la fachada de un regio bloque de pisos. Julia se golpeó de lado contra el cristal de la ventanilla y más tarde en la parte posterior de la cabeza. El impacto aplastó el capó del coche. El chófer resultó herido, con una pierna atrapada bajo los maltrechos jirones de

la carrocería. El parabrisas se hizo añicos y la lluvia comenzó a inundar el interior del vehículo. Las cartas del buzón destripado se desparramaron sobre la acera y se empaparon en pocos segundos.

Justo antes de cerrar los ojos, Julia encontró la respuesta que llevaba semanas buscando. Por fin sabía para qué iba a la cena, qué razón la impulsaba a volver a ver a sus cuatro compañeras de las paulinas. Era fácil. Siempre había estado allí.

Para perdonarlas.

Tenebrismo

¿Le robaríais el marido a una amiga?

Apenas habían pasado diez minutos desde que Lola preguntó, desternillándose de risa:

—¿Os acordáis del juego de las prendas? ¿Qué os parecería si jugamos otra vez?

Estaban a punto de comenzar.

Marta fue la primera —privilegios de la anfitriona consensuados por todas— y leyó su pregunta en un tono marcadamente neutro, fingiendo que era lo primero que se le había venido a la cabeza y que sólo tenía una intención picaresca. Acercó el papel a la luz de la vela, para que las participantes pudieran verlo. Seguían sin electricidad y comenzaban a pensar que iba para largo. Aún llovía.

Nada más escuchar la pregunta, Nina se animó.

—¡Caray! ¡Comenzamos fuerte! ¡Bravo! —Las miró por turnos—. ¿Quién responde primero?

—Lo decide Marta. Ella manda. Es su pregunta —recordó Lola las normas.

Marta ordenó:

—Por favor, Lola, empieza tú.

Lola se llenó de aire los pulmones y estiró la espalda, para desentumecerse.

—¿Qué se entiende por robar el marido? —preguntó.

—¡Lola, por favor! ¿A estas alturas preguntas estas cosas? —Rio Nina.

—Quiero decir. Si la mujer ha muerto, ¿se entiende que es robo?

Marta contestó:

—No, claro que no.

—Ah. Entonces no lo he hecho nunca —dijo Lola, y parecía aliviada—, ya os he dicho que Merche era amiga mía. Yo diría que la mejor que he tenido. Nunca hubiera podido robarle el marido.

—¡Bien por ti! —saltó Marta.

—¿Quién es Merche? —preguntó Olga, que se había despistado.

—La mujer de su amor —explicó Nina.

—¡Oh, vaya!

—Pero antes has dado a entender que si lo hubieras intentado, tal vez lo habrías conseguido —recordó Nina.

Lola contestó con seguridad:

—Ni me lo planteé.

Nina tenía ganas de exponer la Teoría Universal Sobre la Infelicidad de las Parejas, de la cual era autora orgullosa. Estaba plenamente convencida de su infalibilidad y la utilizaba para justificar ante el mundo y ante sí misma su comportamiento. Dijo:

—Ya, pero digo yo: si tienes posibilidades de éxito, entonces no es un robo. —Lola frunció la frente en un gesto que era una demanda de explicaciones. Nina estaba deseando dárselas. Prosiguió—: Quiero decir, que si eres feliz con una persona no te fijas en otra. Cuando estás enamorado no puedes enamorarte, por la sencilla razón de que el mundo entero pierde interés para ti. Y tú has reconocido que le interesabas. Mi conclusión es que Andrés no estaba enamorado de su mujer y que tú fuiste una tonta por no luchar por él.

—Yo creo que sí estaba enamorado de su mujer —opinó Lola.

Nina meneaba la cabeza.

—Se aburría con ella. Y cuando se aburren, los hombres ya sabemos qué hacen.

—Bueno, algunos hombres hacen crucigramas —intervino Olga.

—Sí, ¡cuando llegan a casa después de follarse a la secretaria! —Nina soltó una risotada casi ofensiva.

Olga frunció el ceño. No le gustaba pensar en las infidelidades del doctor Pardo, en sus muchas noches fuera, en su ausencia de pasión sexual, en la placidez disecada que recorría su vida entera. Vivía cómoda con todo

aquello. Se lo tomaba como una ventaja, como los muchos metros del piso o como el desapego de sus nueras. Excepto cuando lo analizaba, como aquella noche.

—Entonces —preguntó—, ¿tú crees que todos los hombres son infieles por naturaleza?

—Sí, querida, y todas las mujeres también. —Rio Nina—. Lo que no es natural es la fidelidad.

—Qué estupidez —zanjó Olga.

—El amor eterno dura siete años.

—¿Y luego?

—Luego dejas de ver al amado con la lente deformante del amor y tienes que buscarte otro amor eterno, claro. O un buen mago que te entretenga la espera, aunque siempre terminas por verle el truco.

—Entonces, Nina, ¿tú piensas que el adulterio es consecuencia del aburrimiento? —preguntó Marta—. ¿Siempre?

—Sí y rotundamente sí —contestó Nina.

Olga bufó.

—¿Y tú, Olga? —siguió Marta—. ¿Qué opinas?

Olga se sentía cómoda en el terreno de la especulación. Le permitía exhibirse sin riesgos.

—Desear a la mujer del prójimo es pecado mortal —dijo—. Y, por supuesto, eso es extensible al marido de la prójima. —Y soltó una risita.

—¡Si es pecado mortal no se salvará ni Dios! —Rio Nina.

—Tienes razón —aprobó Olga—, la Biblia está llena de adúlteros. Mira el rey David, por ejemplo. Secuestró a la mujer de Urías, se acostó con ella, la dejó embarazada y luego mandó a su rival a la guerra, para que lo mataran y así librarse de él.

—¿Y lo mataron? —preguntó Lola.

—Claro, hija. ¿No has leído la Biblia? «Desde hoy, no se apartará la espada de tu casa.» Ésta fue la maldición que Urías mandó a David después de muerto. La maldición de los cornudos a los adúlteros.

—¡Vaya un folletín! ¡Es mejor que «Dallas»!

—Pero el adulterio es un pecado muy delicado —continuó Olga—, porque también puede cometerse de pensamiento: «Quien mira a la mujer con el deseo de tenerla ya ha cometido adulterio de corazón» —recitó.

—Uf, no vamos a caber en el infierno, mierda —saltó Nina.

—Yo no he vuelto a abrir la Biblia desde que dejé el colegio —reconoció Lola.

—Y luego había un lío tremendo con Abraham, ¿no? —preguntó Nina—. ¿Cómo era?

—Abraham tuvo un hijo con su criada —evangelizó Olga, que había sido catequista cuando sus hijos hicieron la primera comunión y estaba muy enterada de todo—. Pero en este caso es diferente porque le incitó Dios y ambas consintieron, la criada y la mujer legítima.

—Sí, pero luego Dios embarazó a la mujer legítima, que era Sara —apostilló Marta—. ¡Qué salado!

—En este caso estaba justificado. Sara tenía noventa años —siguió Olga.

—¡Virgencita!

—¡Pobre señora!

—¿Lo veis? —Nina tenía cara de estar armada de razón—. Hasta Dios reconoce que el adulterio es necesario. ¡Algún día lo recetará el médico de cabecera!

Aquello estaba provocando a Olga un ataque de desconcierto.

—Entonces, recapitulando —prosiguió Marta, a lo suyo—. ¿Le quitaríais o no el marido a una amiga?

—No —dijo Lola.

—Nunca —dijo Olga—. Ni a nadie.

—Depende —reconoció Nina—. Es una pregunta demasiado compleja para tener una respuesta fácil. Como uno de esos problemas filosóficos en que todas las soluciones son correctas. A veces puede ser que le estés haciendo un favor a la amiga librándole de alguien. Yo, sin ir más lejos, una vez... —Nina calló, miró a Lola, pareció dudar un instante. Se decidió—: Lola, tengo que decirte algo. ¿Te acuerdas de Sebastián? Sebas, el muermo. Siempre se hacía el contradictizo.

—Claro. ¿Vas a decirme que eras su cómplice? ¿Los encuentros no fueron por casualidad?

—Sí, eso también. Pero, además, me lo tiré.

Vaya con Nina. Ni siquiera Lola se lo esperaba. No es que le importara mucho. En su día también le habría dado igual.

—No sabía que te gustara —dijo Lola.

—No me gustaba nada.

—¿Cuándo fue?

—El día después del concierto de Los Beatles. Me llamó para hablarme de ti, como siempre, salimos, tomamos unas copas y terminamos en mi hotel. Yo entonces no tenía piso en Barcelona, estaba alojada con el equipo de la productora, en el Avenida Palace. Los artistas ya habían vuelto a Londres y habían dejado las habitaciones hechas un asco. Los dos teníamos curiosidad por verlas. Nos acostamos en la cama donde durmió John Lennon.

—¿Y luego?

—Luego nada. Confirmé que no te convenía. Era mucho más muermo de lo que pensaba. —Miró a las demás, impostó un gesto de inocencia—. Esto debe de contar como robarle el novio a una amiga, ¿no?

Lola puntualizó:

—No era mi novio.

—Pero tonteasteis.

—Bueno, sí. Pero yo no ponía mucho interés.

—¡No me extraña! El muchacho no lo merecía, te lo digo yo.

—No me importa, Nina. Hace de eso mucho tiempo —perdonó Lola, sin saber muy bien qué estaba perdonando.

—También puedo aportar la experiencia contraria, por si os interesa —prosiguió Nina, que se lo estaba pasando en grande—. Varias, de hecho. El primero fue el gilipollas. Me dejó tirada con los dos enanos y se lio con un putón viejo del sindicato. Tenía la piel como la momia de Tutankamón, tendríais que haberla visto. Lo primero que aprendí fue a no formularme la pregunta absurda que todas las mujeres nos formulamos en estos casos: ¿Cómo puede verle algo a ésa quien antes me vio algo a mí? Lo segundo, a dejar de pensar en interrogativo. Desde cuándo, por qué, dónde, todas esas cosas que no sirven de nada. Lo tercero: dejar de verse a una misma como la

damnificada de una catástrofe. Todo es mucho más sencillo. La vida es un riesgo, como una riada. Hay quien siempre camina cómodamente por la orilla contemplando los estragos en las vidas de los demás y hay quien cae al agua y es arrastrado por la corriente. Algunos no salen enteros. Otros caen, se zambullen, se dan tres o cuatro revolcones contra el fango del fondo y al fin consiguen agarrarse a algo que había en el camino. O a alguien. Salen y el resto de su vida pueden contar la experiencia de rodar por el fango. Yo soy de éstas.

—Y esa mujer, la momia de Tutankamón, ¿era amiga tuya? —se interesó Marta.

—Una vecina a quien dejaba a mis hijos cuando tenía algo importante que hacer. Era mayor que yo, me inspiraba confianza, me recordaba a una madre. Y yo estaba tan necesitada... Me la pegó. Me la pegaron. Ella no tenía hijos, claro. Ése era el principal problema para él, entonces. Los niños. Pero ¿sabéis una cosa? Le estoy profundamente agradecida a la momia. Me libró del mayor cabrón que he conocido. Lástima no haberlo comprendido antes. Por cierto, ¿os he enseñado una foto de mis niños? ¡Ya estoy tardando!

Nina sacó su bolsa de debajo de la mesa, revolvió un poco hasta dar con el billetero y lo abrió por la solapa de las fotografías, acercándolas a la luz de las palmatorias. Llevaba tres: la primera era en blanco y negro y se la veía jovencísima —casi como si hubiera sido tomada en los años del internado— con sus dos bebés en brazos. La niña apenas un poco mayor que su hermano, los tres guapísimos y sonrientes mirando a la cámara. Las otras dos eran en color, actuales, de los dos hijos: una belleza veinteañera de pelo ondulado y un morenazo de mirada penetrante y frente despejada.

—¿Verdad que se me da bien hacer niños?

Las miraron por turnos, entre halagos y búsquedas de parecido. Todas convinieron en que la hija era igual que ella y que el muchacho tenía su mirada. Nina dejó el monedero abierto por las fotos, sobre la mesa, antes de continuar:

—Como diría mi madre: de una montaña de caca siempre hay quien algo saca. Además —añadió, levantando una mano admonitoria—. Esto de los cuernos y las separaciones es pura estadística. En un año, como mucho, todo el mundo vuelve a tener pareja. Y más ahora, con la bendita Ley del

Divorcio, ¡hurra! ¡Si ahora resultará que somos un país europeo! En cuanto llegue Julia le voy a dar un abrazo sólo para agradecérselo de todo corazón. Por fin, por fin me voy a poder divorciar del gilipollas.

—¿Y vas a volver a casarte? —preguntó Lola.

—Uy, no, no creo. Aunque, ¿sabéis? —Se acercó al centro de la mesa, como para confesar un gran secreto—. Esta misma tarde me han hecho una proposición de matrimonio. ¡Uuuuh! Los hombres no saben lo que se dicen cuando están calientes. Pero no me digáis que no es tierno...

—¿Y qué has contestado? —preguntó Marta, que desde hacía un buen rato observaba con gran interés el espectáculo de Nina.

—Lo que las chicas decentes decimos en estos casos, claro —bromeó Nina—. Que tengo que pensarlo. La verdad, creo que no tengo ganas de volver a casarme. ¿Para qué? ¿Qué saco yo? Además, él aún se tiene que divorciar y no creo que sea fácil ni rápido. Bueno, en realidad no lo sé, porque nunca habla de su mujer. ¡Mejor, mejor! Es un tema que me despierta poco interés. —Se echó a reír, hizo una pausa—. ¿Sabéis una cosa? Lo pensaré, pero creo que prefiero seguir tirándomelo en plan ilícito, es mucho más morboso. —Risas y risas—. ¡Chicas, chicas! ¡Un brindis! ¡Vamos, levantad la copa! ¡Por el divorcio! ¡Por el mayor logro de nuestra historia! —Y Nina levantó su whisky recién rellenado.

Las demás, con mayor o menor convicción, la secundaron.

También Marta.

¿Qué nota le pondríais a vuestra vida sexual?

La pregunta de Nina llevaba su firma, en todos los sentidos. La leyó en voz alta y con cara de pícara. Estaba realmente interesada en las respuestas.

Olga saltó en el acto, ofendida, antes de dejarla terminar.

—Pero, esto... ¿esto qué clase de pregunta es? De estas cosas no se habla en público.

—Precisamente. —Sonrió Nina, divertida—. Me toca a mí decidir quién empieza, ¿verdad? —Las demás asintieron—. Muy bien. Entonces, empieza tú, Olga. Así te libras cuanto antes del mal trago.

—¿Yo? —Olga abrió mucho los ojos—. Yo no tengo nada que decir.

—Claro que tienes. ¿Cuántos años llevas casada?

—Veinticuatro.

—Tiempo suficiente para una buena evaluación, creo yo. —Sonrió Nina, maliciosa.

—Esto es muy incómodo...

Marta acababa de llenar de nuevo su vaso y había dejado la botella de Chivas sobre la mesa, frente a ella, emparejada con el tinto Cariñena. Ofreció un trago a su hermana, pero Olga lo rechazó, toda dignidad, ocupada como estaba en hallar qué decir.

—¿Qué nota le pongo a ese aspecto tan concreto de mi vida...? Pues no sé... Nunca lo había pensado. Un diez, supongo. ¿Qué nota le voy a poner? Un nueve. No sé, son cosas que no se pregunta nadie, creo. La verdad, no tengo ninguna queja. El doctor Pardo siempre ha sido muy atento conmigo, un auténtico caballero. Hemos tenido cinco hijos, con eso ya está todo dicho, ¿no? —El tono era de evidencia, de contrariedad, de autodefensa—. Por lo demás, él es un hombre muy ocupado, que no se pasa el día pensando en indecencias. Tiene asuntos más importantes que atender. Ni siquiera al

principio lo hizo, ya os digo que es todo un señor. Si no, yo no hubiera podido... Luego, estas cosas evolucionan. Con el paso del tiempo llega un día, me parece a mí, en que la sensualidad cede terreno a algo más profundo, el cariño verdadero, la compenetración auténtica entre dos personas que han elegido recorrer el mismo camino en la vida, y eso es mucho mejor que los sobresaltos de la noche de bodas o que los caprichos pasajeros de la primera juventud, cuando aún no tienes ni idea de cómo la vida va a...

—Vamos, resumiendo —la interrumpió Nina—, que tu vida sexual con Pardo es una auténtica mierda.

Olga se sofocó. Comenzó a abanicarse con la servilleta.

—Yo no estoy diciendo eso. ¿Tú no escuchas o qué?

—Palabra por palabra. Por eso.

—¿Tú has estado alguna vez con un caballero, Nina? —se defendió Olga.

—Yo he estado con todo tipo de elementos. —Nina rio.

—Dudo muy seriamente que hayas conocido nunca ninguno como el mío. Los caballeros no se comportan como cargadores de muelle.

—A veces sí, querida. Te sorprenderías.

—Desde luego, no tengo tu experiencia.

—Es una lástima, porque te permitiría comparar.

—Hay hombres que no admiten comparación.

—Yo no conozco a ninguno.

El duelo entre Nina y Olga se tensaba. Lola, pacificadora, medió.

—Bueno, Olga ya ha contestado. Yo creo que lo ha hecho muy bien.

—Sí, sí, *La vie en rose*. —Y Nina comenzó a cantar, histriónica—: «*Quand il me prend dans ses bras il me parle tout bas je vois la vie en rose*».

—Bueno, yo no tengo la culpa si no habéis tenido mi suerte. Yo no necesito comparar a mi marido con nadie para saber que es el mejor. —Y se sirvió una dosis generosa del whisky que custodiaba Marta, para dar por terminada la estupidez.

—¿Tiene Pardo algún problema en la cama? —preguntó Nina, achinando los ojos.

—No voy a contestar ninguna otra impertinencia, que lo sepas —zanjó Olga, cruzando las piernas y mirando hacia otro lado, como una niña enojada.

—Déjala ya, Nina. Esto es difícil para ella, no le hagas pasar un mal rato —terció Lola—. Tienes que reconocer que la preguntita se las trae.

—Sí, puede ser. Sólo una cosa más, Olga. —Olga miró al techo, como suplicando a una divinidad inexistente que aquello terminara de una vez—. ¿Tú hablas de estas cosas con tu marido?

—¡Por supuesto que no! Hay asuntos de los que no es necesario hablar, me parece a mí. No necesitan teoría, salen solos —repuso Olga.

—¿Nos contarías tu noche de bodas? —interrogó Nina, ante la mirada inquisidora de Lola.

—¡Por supuesto que no! Eso es algo muy íntimo, que sólo nos atañe al doctor Pardo y a...

—Seguro que fue un fiasco. Como la de todas, ¿a que sí? ¿Alguna de vosotras tuvo una noche de bodas gloriosa?

Nadie contestó. Olga sacaba pecho, como dando a entender que la suya había sido insuperable. Marta retó a Nina.

—¿Y tú? ¿Cómo fue la tuya?

Nina soltó una de sus carcajadas.

—Inexistente.

Sólo Lola sabía a qué se refería. Nina bebió un sorbo largo y le contó a las gemelas:

—Me quedé embarazada a los dieciséis. Tanto predecir el futuro en las manos y no supe ver aquello por ninguna parte. Había visto a mis hijos, claro, los tengo aquí. —Se señaló dos líneas en el dorso de la izquierda—. Pero no supe cuándo ni cómo vendrían. En fin, apenas empezaba a aprender algo de mi cuerpo y ya estaba preñada. Fue en una verbena de San Juan, con el hijo del bacaladero del barrio. Sí, sí, no os riais. Un golfo que sólo pensaba en motos y en matar a Franco. No podía salirme bien, debí preverlo antes de bajarme las bragas.

»La que peor lo llevó fue mi madre. Me preguntó muchas veces cómo había podido hacerles eso, habló mucho de “vergüenza”, de qué dirían los vecinos, de qué iban a pensar de ellos, de cómo iban a disimular. Luego lloró una semana seguida. Cuando por fin se calmó tenía las cosas claras: me echó de casa y convenció a mi padre para que me borrara del testamento. ¡Hale! “Estás maldita y vagarás eternamente sobre la tierra.” ¿Qué me dices, Olga?

Yo también sé citar la Biblia. Es curioso, no le dio ninguna importancia al hecho de que mi novio —el gilipollas— quisiera casarse conmigo. Todo aquello le daba lo mismo. Lo único que le importaba era la cocaola. ¡Ja! ¡Qué cara se os ha puesto! ¿Creéis que habéis entendido mal? Pues no. La culpa de todo fue de la cocaola. —Soltó una larga carcajada—. Os lo voy a explicar, reinas.

»En aquel momento —verano del cincuenta y tres— se libraba una batalla sorda pero cruenta por conseguir una de las concesiones para embotellar el mejunje americano, que el régimen repartía a dedo. Para optar al reparto había que presentar méritos suficientes, el mayor de los cuales consistía en ser un falangista de reputación intachable. En eso no había problema, mis padres cumplían los requisitos con creces. La reputación implicaba ir a misa y seguir los preceptos de aquel catolicismo medieval de entonces. Tener una hija de dieciséis años embarazada de un sindicalista no estaba en las bases. No les dieron la concesión, a pesar de que mi padre movió todos sus hilos en Madrid. Tuvieron que conformarse con ser meros distribuidores del jarabe infecto, lo cual no estaba nada mal, pero era mucho menos de lo que ellos deseaban. Las migajas.

»Tal vez nunca lo habrían conseguido, pero supongo que les resultó mucho más cómodo y rentable culparme a mí de todo. Los Borrás-Truyol perdieron para siempre la oportunidad de estar entre las elites empresariales de la “grande y libre”, por no hablar de los beneficios económicos, que habrían asegurado su jubilación y la de varias generaciones más de la familia, como de hecho pasó con los elegidos. Es decir: nunca me perdonaron. Y luego tuvieron que soportar las miradas de los vecinos cuando se supo lo del embarazo. Eso tampoco.

»Me echaron de casa, como mandaban las buenas costumbres, y yo me fui con lo puesto y una maleta de madera. Mi primer refugio fue el más lógico: le pedí a Lolita, nuestro ángel de la guarda, si podía quedarme en su casa unos días. Por suerte, su tío me dejó. Desde allí arreglamos los papeles de la boda, Lolita me hizo el vestido. —Miradas para la amiga y el recuerdo, lejanos—. ¿Te acuerdas? Era precioso. Y me casé. Embarazada de cuatro meses y repudiada por mi familia. Pero sin renunciar a nada, ¡eh! Fui de blanco, para fastidiar a quienes lo sabían. El cura era un nonagenario medio

sordo que no se enteró de nada ni puso ninguna objeción, pobre hombre. Nos casamos en Nuestra Señora de Gracia, celebramos un banquete familiar con catorce invitados (todos de la familia bacaladera) y por la noche nos acostamos temprano y al borde del empacho. Habíamos comido arroz hasta reventar. Yo sólo tenía ganas de llorar, pero aguanté como una valiente. Él se durmió a los cinco minutos. Los hombres lo duermen todo, nunca lo entenderé. Ni siquiera nos deseamos buenas noches. En fin. Así fue. Ya os he contado mi noche de bodas. ¿Hay alguien que pueda superarla?

Lola torció la cabeza.

—Bueno, la mía fue todo lo contrario —dijo, con voz suave—. Me pilló mayor... —Se creó un silencio de gran expectación—. ¿Continúo? ¿Ya es mi turno? —preguntó.

—Sí, sí, por favor. Continúa —concedió Nina.

—Quiero decir que ya no tenía edad para estar asustada. Dejar de ser virgen se había convertido en un asunto de dignidad.

—¿De cuándo estás hablando, Lola?

—De mis treinta y nueve años.

—¿Llegaste virgen a los treinta y nueve años? —preguntó Nina.

—Claro. Me casé virgen. Qué lástima.

—Pobrecilla. —A Nina le salió una compasión auténtica, indisimulada.

—Y porque me declaré, que si no, habría muerto virgen.

—Bueno, tampoco es una tragedia —intervino Olga—. Muchas mujeres murieron vírgenes en tiempos de nuestras madres y no les pasó nada. Por no citar la Biblia otra vez, porque allí hay muchos casos de vírgenes contentas. Si no encuentras marido o no hay hombres suficientes, qué vas a hacer.

—¡Pues follarte todo lo que pase! —soltó Nina, con alegría.

Olga se llevó las manos a la cara, para esconder su rubor, para escenificar su incomodidad. No pudo contenerse y susurró:

—¡Qué barbaridades dices, Nina, por Dios!

—Tú no te quedas corta. ¿Cómo va a ser más sensato morir sin estrenar?

—¡Sin estrenar! Hablas del virgo como si fuera un par de medias.

—¡Ojalá! Un par de medias es fácil de romper —soltó Nina.

Olga frunció los labios, muy disgustada. El vestido de glase crujía cada vez que se removía en la silla, como si también él se avergonzara de la conversación.

—Yo no sabía que tú eras así, Nina —se descomponía Olga.

—Así, ¿cómo?

Olga se calló la palabra que tenía en las mientes. No habría sido apropiado. Aún le quedaba educación, a pesar de que aquella noche se estaban vulnerando cosas que ella creía sagradas.

—Lola, por favor, continúa —pidió Nina, en su calidad de maestra de ceremonias—. ¿Qué nota le pones a ese aspecto de tu vida, entonces?

—Lo apruebo, pero sólo por caridad. Yo creo que un cinco muy raspado —dijo Lola, después de pensarlo un momento—. Puede que en los mejores momentos, un seis. Un cinco y medio. En fin, la media es de suspenso. —Lola hablaba sin tristeza y con mucha serenidad. Hacía muchas pausas, como si las necesitara para ordenar sus pensamientos—. ¿Recordáis lo que os contaron acerca del matrimonio? Si es que alguna vez os contaron algo, claro, porque hemos sido una generación de desinformadas y de autodidactas. Yo creía que todo iba a llegar a su tiempo. Que me enamoraría, me casaría, tendría hijos. Nadie me habló jamás de los detalles, de los mecanismos. Por ejemplo, del deseo. Una mujer debe estar siempre en su lugar. Nos desean, pero no deseamos. Nos toman, sin más. Nadie me contó que también nosotras ansiamos tomar, poseer. Que el deseo podía ser lacerante y doloroso, una auténtica obsesión que no tenía cura ni podíamos contarle a nadie. Lo sentía como algo animal, que no podía controlar y que me llenaba de vergüenza. —Hizo una larga pausa, que la oscuridad volvió más misteriosa—. Así que mi vida sexual ha consistido en veinticuatro años de desear a un hombre que no podía ser mío. Un año de consolarle por la muerte de su mujer. Otro de insinuarme y morirme de culpabilidad y rabia porque él no acababa de decidirse, aunque yo veía que quería hacerlo. Al final, como en una apoteosis de función de Navidad, sólo cinco años de tiempo para saciar una sed demasiado grande, antes de la enfermedad. Y esto, claro —se señaló la tripa — que era lo que más ansiaba en el mundo.

—Y él, además no era un jovencito. Tenía... —Marta calculaba.

—Sesenta y cuatro.

—Supongo que eso también influyó.

—Todo influyó. —Lola sonrió a medias.

—¿A qué edad te enamoraste de tu marido, Lola? —preguntó Nina.

—A los dieciséis. Nada más llegar de las paulinas.

—Los dieciséis: la edad de los errores —apostilló Nina.

—Me fui a vivir con mi tío, el hermano mayor de mi madre —contó Lola—. Él acababa de regresar de San Sebastián, donde pasó la guerra y la posguerra cuidando de la familia. Según dijo, volvió para hacerse cargo de la fábrica familiar hasta que su hijo Emilio fuera lo bastante mayor. En realidad, había decidido separarse de su mujer y comenzar una vida en solitario. Yo fui una pieza clave en esa decisión, porque le llevaba la casa y le atendía. Ya sabéis, la independencia de los hombres siempre se fundamenta en el trabajo de una mujer. Creo que esperó a que yo cumpliera los dieciséis para confiarme tantas responsabilidades. Cuando vino a buscarme a las paulinas me dijo: «Serás la hija que siempre quise tener». Y me trató como a tal, nunca me faltó nada. Andrés era su amigo del alma, su colaborador en los negocios, su confidente. Solía venir por las noches. Él y mi tío se quedaban hablando en la sala de fumar hasta la madrugada. Era un hombre muy elegante, muy guapo. Me llamó Lola desde el primer día. Nunca me trató como a una niña, ni siquiera cuando lo era. Caí rendida a sus pies nada más conocerlo.

—¿Y nunca le dijiste que le querías? —preguntó Olga.

—Sí, claro, ¡me declaré yo, ya os lo he dicho! Pero cuando ya era viudo. Es decir, veinticuatro años más tarde.

—¡Por Dios, Lola! ¡Qué desesperación! —opinó Nina.

Marta estaba fascinada con la historia, le interesaban los detalles. Preguntó:

—¿Y cómo lo hiciste?

—No fue muy romántico, la verdad. Le dije: «Te quiero a rabiar desde que era una niña y si no me haces caso de una vez me dará un ataque». —Se echaron todas a reír—. No me salió muy bien, lo sé. Estaba muy enfadada con él. Llevaba casi un cuarto de siglo sin darse cuenta de nada.

—¡Qué imbécil! —soltó Nina.

—Qué complicación, ¿verdad? Qué lío nos hacemos con los sentimientos —siguió Lola.

Olga simplificó.

—Bueno, al final os casasteis. ¡Final feliz!

—¡Me encantan los finales felices! —saltó Nina.

—¿Sabéis que yo pienso que eso no existe? —dijo Lola, utilizando su tono inalterable.

—¿El qué? ¿La felicidad?

—Los finales. Nada termina nunca. Si las cosas terminaran todo sería muy fácil.

No tuvieron tiempo para pensarlo. Olga rompió aquel repentino tono metafísico con una reflexión en voz alta. Dijo:

—Qué curioso, Lola. Yo nunca he sentido eso que dices. Para mí todo fue como nos contaron. Natural, fácil, paso a paso, todo a su tiempo.

—Qué aburrido —Nina.

—Qué suerte —Lola.

Pero Marta volvió a la reflexión.

—¿Por qué nunca habla nadie del deseo de las mujeres? Ni siquiera nosotras. Es como si no existiera.

—El deseo de las mujeres —repitió Olga—. Otra cosa que no entiendo...

—¿Tú no has sentido nunca deseo animal, Olga? —la picó Nina, que en el fondo se divertía con las opiniones de su compañera.

Olga emitió un sonido gutural. Meditaba. La conclusión fue:

—Yo lo único animal que he experimentado alguna vez es la última fase del acto... bueno, ya me entendéis, esas últimas convulsiones antes de... — Olga prefería dejar las frases inacabadas a pronunciar ciertas palabras—. Cuando eso ocurre cierro los ojos muy fuerte y sólo deseo que pase pronto. Es tan desagradable... ¿Sabéis a qué me recuerda? A la fase de expulsivo de un parto. Algo asquerosamente físico... donde todo ocurre sin control. — Simuló un escalofrío—. Me da repelús sólo de pensarlo. Ya veis, nunca se lo había contado a nadie.

—Mejor, mejor... Por si acaso, no le digas a tu marido que sus orgasmos te recuerdan al expulsivo de un parto —dijo Nina, estupefacta.

—Ay, esa palabra. No me gusta nada —añadió Olga—. No, no, claro que no le diré nada. Esto es entre mujeres, que nos comprendemos mejor.

Nina prefirió no contestar al último comentario de Olga y proseguir con el juego.

—Marta, te toca —dijo.

Desde que conoció la pregunta, Marta había rellenado su vaso de whisky dos veces y esbozado en su cabeza un guion perfecto de lo que iba a decir. Bebía sorbos largos y frecuentes. Fingía pensar, pero estaba lenta de reflejos. Comenzaba a trabársele la lengua cuando tomó la palabra con aparente solemnidad.

—Chicas, ya veo que ésta es una noche de confesiones. El ambiente invita, sin duda... —Señaló la luz de las velas—. Por eso voy a decir algo que tampoco le he contado nunca a nadie, os juro que no por falta de ganas. ¡Mi vida sexual es una porquería y una estafa! Si tengo que ponerle una nota, le doy un uno sobre diez, como mucho. No penséis que por falta de actividad, ¡todo lo contrario! A mí me toca pasar por caja todas las noches, con la única excepción de cuando tengo la regla. Mi regla le da un asco terrible, así que me deja en paz tres o cuatro días. El resto del mes, por difícil que haya sido la jornada, por cansado que llegue del trabajo, por tarde que sea... toca cumplir con el débito conyugal. El pobrecito no duerme si no se libera de tensiones, eso dice. Me busca bajo las sábanas y yo me pongo rígida. Espero algo que él no tiene, o no sabe dar. Alguna palabra tierna, alguna proximidad, alguna caricia. Él no está para pérdidas de tiempo, o eso parece decirme con su actitud. Tampoco se da cuenta de mi rechazo. La rigidez de las esposas legítimas debe de ser algo normal, más después de casi veinte años de matrimonio.

»Calculo que habremos hecho el amor más de seis mil veces. Lo más triste es que apenas recuerdo ninguna. Antes de casarnos hubo una primera ocasión en que desplegó todos sus encantos para seducirme. Fue como el pavo real que alardea de su plumaje impresionante. Me conquistó, me dejó maravillada y convencida de mi gran suerte. Lástima que, una vez consiguió lo que quería, replegó todos los encantos y no los mostró nunca más. Ni una

sola vez más. El resto del tiempo se dedicó a ser el hombre importante que esperaba encontrar en casa el oasis de tranquilidad y placer que sus muchas ocupaciones merecían. Yo era una pieza más del mobiliario.

»En realidad, tiene su explicación. Lo que realmente le gusta a mi marido es desplegar su plumaje. Impresionar, conquistar, sentirse joven y activo. Nunca se enamora de ninguna, pero las necesita mucho más que ellas a él. Las impresiona, les habla durante horas, las invita a restaurantes que poca gente puede permitirse... me juego lo que queráis a que tiene una especie de guion preestablecido, que hasta les cuenta los mismos chistes y les lanza las mismas frases galantes. Es una pena que no esté bien visto convocar un congreso de amantes y examantes de tu marido, porque yo lo haría con gusto. Una de las conferencias podría titularse: “Técnicas de seducción de Alejandro Baudet”. Otra más: “Un recorrido por la geografía íntima de Alejandro Baudet”. Ellas podrían preguntarse unas a otras: “¿Ya te ha llevado a cenar al Hispania?”, “¿y al motel Empordà?”. Siempre fuera de Barcelona, claro, para poder lucir su Golf GTI recién comprado (con mi dinero, por cierto) y evitar encontronazos no deseados. “¿Ya te ha propuesto tomar una copa en el night club del Windsor?” Ése es el dato definitivo. Lo más probable es que haya reservado una suite en el Ritz, donde los conserjes le conocen pero disimulan. Siempre llaman a su acompañante “señora Baudet”, aunque cada vez sea una distinta.

Nina arqueó la espalda y estiró la cabeza, como un cánido que atiende a un sonido que sólo puede escuchar él. Marta la miraba fijamente.

—En ese congreso, por cierto, yo aportaría una interesante conferencia de clausura —prosiguió, cínica, Marta—. «Alejandro Baudet como amante: mito y realidad». Podría titularla con más mala baba: «Los escasos talentos genitales de Alejandro Baudet», por ejemplo. O bien: «Por qué es mejor no querer a Alejandro Baudet». Hay cosas que se reservan en exclusiva para la legítima, igual que las camisas por lavar, la pomada de las hemorroides o los regresos a casa después de cada nueva aventura. Nunca me he resignado a ese papel. Sólo aprendí a verle una parte buena. Las treguas que me proporcionaban sus ausencias. La libertad, que nunca había conocido

realmente, y que mi nuevo papel de esposa traicionada me permitía descubrir. En realidad, no era tan grave. Lo peor era la humillación. La humillación es lo último que se perdona.

»Me he preguntado muchas veces por qué vuelve. Ya estoy convencida de que no me quiere. No como yo a él, por lo menos. Tal vez se cansan de él, tal vez le reprochan algo, tal vez le piden una compensación. Tal vez sólo echa de menos sus libros, su colchón. Nos empeñamos en buscar grandes razones para justificar la vida cuando, en realidad, nuestros días están repletos de razones diminutas. Cuando regresa está de mal humor, me busca bajo las sábanas, encuentra mi cuerpo rígido, hartó. Todo ha vuelto de nuevo a su lugar. Yo le sigo queriendo con locura. Y así una y otra vez.

»¿Nunca os habéis preguntado quién tiene la culpa de estos comportamientos? El suyo, el mío, el de otras como nosotras. A mí nunca me enseñaron nada útil sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Ni siquiera mi madre. Cuando menstrué, un poco antes que mi hermana, ella me contó un cuento incomprensible sobre abejas que en primavera fecundan flores para que nazcan frutos. Y luego añadió: “Ésa es la razón por la que a partir de ahora debes tener mucho cuidado con los chicos”. Yo no me conformaba con aquel rollo botánico, tenía curiosidad. Una vez le pregunté por dónde salen los bebés. Se ruborizó, se puso muy nerviosa y me dijo: “Eso ya lo verás cuando vayas a tener uno”. Insistí: “Pero ¿por qué tengo que esperar a entonces? ¿Qué ocurrirá si no me gusta? Yo quiero saberlo ahora”. Mi madre estaba muy azorada cuando al fin dijo: “Por el ombligo, claro. Y no vuelvas a preguntar”. Un poco más adelante, le pregunté por dónde entran. Me di cuenta enseguida de que había puesto el dedo en la llaga porque, por toda respuesta, mi madre me arreó un bofetón. Nunca más le pregunté nada.

»Aunque la culpa es también de aquellas monjas, las nuestras y todas las demás, que nos obligaban a vendarnos los pechos para que no se nos notaran ni con el uniforme puesto. ¿Os acordáis? Lola, tú fuiste la primera. Era una auténtica tortura, además de una humillación. Como ducharnos en camisón. Maldita sor Presentación, quería que nos avergonzáramos de nuestros propios cuerpos, que nos negáramos nuestra naturaleza. Igual que la Iglesia obligaba a las madres recientes a pedir perdón de rodillas por su supuesto pecado de impureza. Es el mismo tipo de superchería que nos prohíbe hacer mayonesa

cuando estamos menstruando. Supersticiones para amansar a gente simple e inocente, que no piensa, que se cree todo lo que le dicen. Yo odio a las monjas de mi infancia cada vez que me veo desnuda en el espejo. Tantos años más tarde y todavía me siento incómoda.

»He dicho que no hubo ni una sola noche memorable. En realidad, lo que quiero decir (Olga, tápate los oídos, que te voy a ofender) es que jamás conseguí tener un orgasmo con él. ¿O no lo consiguió él? ¡Ja! ¡No habría sabido ni dónde buscármelo! Les hemos consentido demasiada mediocridad, a estos hombres nuestros. Nos hemos conformado con nada. Da risa, ¿verdad? Mi marido, el donjuán del mundo editorial barcelonés, el más deseado de los editores de su generación, sólo siembra en la cama indiferencia y ganas de terminar. Por supuesto, él cree todo lo contrario. Cree que me vuelvo loca con sus movimientos torpes. ¿Orgasmo? Ni siquiera sabía que eso existía, como si fuera el nombre de un gato. Disimulaba para no decepcionarle, pero sólo al principio. Hasta que desperté, de pronto, por mí misma, y me di cuenta del potencial que tenía mi cuerpo y de lo que me estaba perdiendo.

Los ojos de Nina, fijos en Marta, brillaban como dos espejos. Marta se daba cuenta y encontraba en ello una justicia difícil de explicar, que disfrutaba.

—Fue una noche, mientras me lavaba después de hacer el amor. Pensé que no tenía por qué conformarme con tan poco. Desenrosqué la alcachofa de la ducha y experimenté con el agua. Olga, cariño mío, ¿necesitas un tarro de sales? ¿Estás segura de que quieres seguir escuchando? He aquí otra gran laguna: ¿alguien nos habló del placer alguna vez? ¿Nos dijeron que podíamos experimentarlo? Para mí, fue un descubrimiento portentoso comprobar que mi placer era superior al suyo, y también mucho más prolongado. La naturaleza fue tan generosa con nosotras que debimos darles miedo. Por eso se preocuparon tanto de ocultárnoslo, de evitar que tuviéramos bastante información para exigirles nada.

»Comencé a masturbarme a los cuarenta años. Desde entonces lo he hecho cada noche, después del acto sexual con Álex. Preferiblemente en la bañera, después de que él se duerma. Me gusta quedarme allí un buen rato, escuchándole roncar. Es la única vida sexual que puedo permitirme. La única

de verdad placentera que he tenido hasta hoy. ¿Y sabéis lo más triste? Que mientras lo hago siempre pienso en él, en mi marido. En aquel de la primera vez.

»En fin. Ya termino, chicas. Sólo una cosita más. A lo largo de estos años de infidelidades, a menudo me he preguntado qué haría si alguna vez me encontrara cara a cara con una de las amantes de mi marido. Hubo un tiempo en que soñaba con eso. Qué le diría. Qué le haría. A veces pensaba que sería incapaz de contenerme sin pegarle. Debe de ser que los años me han enfriado o tal vez que ya no me importa. En este momento acabo de ver claro lo que debo decir, aunque estoy un poco borracha, o tal vez por eso. Y lo que le digo es: para ti, compañera. Quédatelo enterito. Te lo regalo. Para masturbarme en el baño no me hace ninguna falta. Sin acritud, no tengo nada contra ti, todo lo contrario, me caes muy bien. Para demostrártelo te contaré la técnica de la alcachofa de la ducha para cuando la necesites. No le sobrevalores. La necesitarás.

Marta hizo una pausa antes del final. Respiró profundamente y terminó:

—Dicho lo cual, queridas mías, sólo me queda, muy a mi pesar, darle la razón a Nina y añadir: ¡Viva el divorcio!

Levantó la copa, la ofreció a las demás entrecerrando los ojos y apuró el whisky de un trago.

Breve intermedio con accidente y palabra incómoda

Del corazón de la oscuridad les llegó un sollozo.

—¿Lidia?

La ayudante de cocina estaba a pocos pasos de la mesa, con la palmatoria apagada en la mano, haciendo pucheros.

—Lo he oído todo, jefa. Lo siento mucho. Con lo que tú le quieres y él no... Es tan triste... No te lo mereces... Lo siento mucho. —Lloraba con un sentimiento auténtico, como si acabara de ver una película muy dramática.

Marta dio un trago al whisky y Olga le arrebató el vaso con violencia.

—Marta, no bebas más —dijo, y volviéndose a Lidia añadió—: Y tú no te quedes ahí parada como un tentetieso. Trae un poco de agua, por favor. Fresquita, si puede ser. Aquí empieza a hacer un calor horroroso.

Lola volvía a abanicarse con la carta-menú. Las frentes brillaban a la luz de las velas. Marta intentaba recuperar su vaso de las garras pintadas de Olga.

—No vas a beber más por hoy, Marta —dijo con firmeza la mayor de las Viñó.

—¿Qué dices? ¿Ahora que me estoy desfogando? —protestó Marta, levantándose por otro vaso, que rellenó con hielo y whisky.

En la cocina, Lidia se sonaba los mocos mientras en la radio una voz canturreaba: «*Aire, ah-ah, soy como el aire, ah-ah, pegado a ti, siguiéndote al andar...*».

Nina dejó de lado su tono de alegría inmoderada para decir:

—¡Joder, Marta! Qué historia más tremenda. —Marta levantó los hombros, como diciendo: «Ya ves, es lo que hay».

Lola preguntó:

—¿Y dónde aprendiste ese método? Lo de la ducha, digo. No se me habría ocurrido jamás.

—Ah, eso. Leyendo *El informe Hite*.

—¡Acabáramos! —soltó Olga, mirando al techo, como si por fin hubiera descubierto el origen de tanta depravación—. ¿Tú has leído eso?

—Varias veces. Ese libro me ha cambiado la vida. Antes de leerlo, nunca hubiera pensado... No seas lerda, hermana. No es pornografía. Es un trabajo de investigación serio, escrito por una sexóloga americana a partir de miles de respuestas a entrevistadas anónimas.

—¡Pues menudo tema para investigar! —censuró Olga.

—¿Sabéis por qué me lo compré, a pesar de que no sabía nada de él? —prosiguió Marta—. Porque en la cubierta traía escritas dos veces la palabra «orgasmo». Para mí fue como un anzuelo. Me quedó claro que lo necesitaba.

—Por lo menos tú has llegado —dijo Lola, mirando al mantel, al vaso, a un punto indeterminado—. Al... orgasmo —pronunció la palabra haciendo un esfuerzo, como quien se traga una pastilla muy grande.

—¿Tú no, Lola? —se interesó Marta.

—La verdad es que no lo sé muy bien... —Las miró—. ¿Si lo hubiera sentido alguna vez me habría dado cuenta?

Marta se apresuró a decir:

—Te aseguro que sí.

Nina asintió también, un poco ausente. Olga no movió ni un pelo, estaba perpleja, con los ojos clavados en Lola.

—Entonces creo que no lo he sentido nunca. Yo sentía amor. Mucho amor.

—Claro. —Dio un salto Olga—. ¡Es que hay palabras que se usan en sentido figurado! ¡Son una metáfora!

—¿Tú crees que el orgasmo es una metáfora, Olga? —Ahora la perpleja era Marta.

—Bueno... Yo creo que estas cosas son muy personales. Cada una las siente a su manera —dijo ella, en tono de verdad absoluta—. Como el amor que acaba de describir Lola, qué preciosidad. ¡Ahí lo tenéis!

A Lola se le escapó una risita al decir:

—Cielos, Marta, creo que vas a tener que darnos lecciones a todas.

—Yo no necesito aprender nada más —presumió Olga.

Lola estaba vagamente escandalizada.

—¡Pero si confundes el orgasmo con un recurso poético!

—Está visto que no sabéis hablar de otra cosa! —Olga acababa de mudar su gesto de orgullosa satisfacción por uno de gran contrariedad.

—Estás muy callada, Nina —observó Lola, quien tenía un sexto sentido para las contrariedades ajenas.

Nina reaccionó. Aunque tenía muchas cosas en la cabeza, también había estado atenta a la conversación.

—¿Tú no quieres aprender a experimentar orgasmos? —le preguntó a Olga, con voz suave.

—Yo ya sé todo lo que necesito, gracias —contestó Olga, cortante.

—Marta puede enseñarnos su maravillosa técnica. —Nina sólo se atrevía a mirar a Marta de reojo.

—Si pensáis seguir por ese camino, me marchó —se enfadó Olga, como último recurso—. No soporto el tono de esta conversación. Os tomáis a la ligera cosas muy serias.

Lola, siempre comprensiva, derivó la tertulia hacia otros derroteros.

—Creo que tienes razón, Marta, somos una generación de anorgásmicas.

—Bueno, no todas. Algunas se han espabilado muy bien. —Marta miró fijamente a Nina, quien también la miraba.

Nina se defendió.

—¡A la fuerza! Quedarte sin marido a los veinte espabila mucho. Por lo menos algo bueno tuvo toda aquella mierda: me libré de golpe del control de todo el mundo. Se aprende mucho cuando sólo te tienes a ti misma. Aunque sigo interesada en la técnica de la alcachofa. —Sonrió.

Marta, muy seria, recomendó:

—Deberías aprenderla cuanto antes.

Sólo ellas dos comprendían de qué estaban hablando.

—¿Me la enseñarías o me compro el libro de Shere Hite?

—Te puedo prestar mi ejemplar.

Olga había recostado la barbilla sobre la palma de su mano y miraba a la oscuridad con expresión contrariada, como una niña en plena rabieta.

—¿No pensáis hablar de nada más? Aún quedan dos preguntas sobre la mesa.

Se aguantaron la mirada durante unos segundos. Lola se dio cuenta, aunque no supo interpretar lo que ocurría. Por suerte, Olga formuló una pregunta salvadora:

—¿Y cuándo volviste a ver a tus padres, Nina? Quiero decir, después de que te echaran de casa.

—Nunca más —respondió ella, congelando la sonrisa—. Lo intenté una vez, pero no quisieron ni verme. Bueno, la doncella me dijo que estaban muy ocupados, que no podían recibir visitas. ¡Visitas! Me despacharon, a mí y a mis hijos. Mi padre me mandó un recado (supuse que a espaldas de mi madre): si necesitaba dinero podía prestármelo. Yo no quería nada. Estaba a punto de marcharme a Madrid. Sólo quería que mis hijos conocieran a sus abuelos, ¡me dolía tanto que sólo me tuvieran a mí! Hasta me había puesto una blusita de manga larga y una falda horrible por debajo de las rodillas. Iba dispuesta a admitir que tenían razón con respecto al desastre de mi matrimonio. Pero ni por éstas, no hubo oportunidad.

—Qué triste, Nina —la compadeció Olga.

—*Yes!*

—¿Aún viven tus padres?

—No, no. Mi padre falleció en el sesenta y tres, estando yo en Madrid. Mi madre en el setenta. Ni siquiera me enteré. Bueno, me enteré, pero mucho más tarde y por casualidad. El día que murió Franco, ¿verdad que es absurdo? ¡Benditas sean las cosas absurdas! ¡Son la levadura de la vida!

—Así que ninguna de nosotras tiene ya padre ni madre.

—Algunas no hemos tenido nunca, por desgracia —murmuró Lola.

—¿Y tu tío, Lola? ¿Vive?

—Mi tío murió joven, a los cincuenta y pocos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te las apañaste sin él? ¿Comenzaste a dar clases de piano?

—En realidad vivo de los beneficios de mi parte de la empresa. El director es mi primo, Emilio. ¿Os acordáis de él?

—¡Ah, Emilio! ¡El guapo presumido! ¿Te acuerdas qué susto se llevó cuando le enseñamos los calzones de las monjas? —Rio Nina—. Por poco le da un patatús. Nunca os habéis llevado bien, ¿verdad?

—Bueno, su padre les dejó abandonados en San Sebastián para instalarse conmigo en Barcelona. Es lógico que no me pueda ni ver.

—Pero tú no tuviste la culpa.

—No, pero nunca me ha dado la oportunidad de decírselo.

—Uf, las familias son lo más difícil del mundo —remarcó Marta.

Nina curioseó.

—Entonces ¿no os habláis?

—Sí, sí. A través de su secretaria. Es una chica encantadora.

—¡Es verdad! —corroboró Olga.

—Bueno, basta de rollos familiares, que nos dispersamos —concluyó Nina—. Ya habéis contestado todas, ¿verdad? Lo habéis hecho muy bien. Os pongo un sobresaliente. No, no, qué digo, ¡una matrícula de honor! Incluida tú, Olga.

—Uy, qué alivio —resopló Olga, mirando a su hermana con repugnancia—. Espero que en las demás respuestas no seáis tan indiscretas. ¿De verdad era necesario contar todas esas porquerías?

¿Cuál es la decisión más
importante que habéis
tomado en la vida?

Cuando llegó su turno, Olga tomó el papel, lo desdobló, lo acercó a la vela, titubeó un segundo y leyó su pregunta. Era lo primero que se le había ocurrido y, al lado de las demás, resultaba insípida.

—Qué pregunta más discreta, Olga —observó Nina.

—Ya sabéis que a mí las impertinencias no me salen como a vosotras —repuso la interesada, con cara de no haber roto nunca un plato.

Se miraron unas a otras.

—Empiezo yo —dijo Lola—. Muy fácil. ¡La decisión más importante de mi vida hasta hoy fue teñirme el pelo de rojo! —Hubo risitas. Después de lo que sabían de Lola, esperaban algo mucho más dramático—. Lo hice en el setenta y seis y fue algo así como una estrategia desesperada. ¿Os acordáis cómo era antes?

—Rubia oscura —saltó Marta.

—No —dijo Lola—. Anodina.

—Nunca fuiste anodina —la defendió Olga—, tenías una melena preciosa, eras la envidia de todas nosotras.

Marta y Nina cabeceaban, dándole la razón.

—Es anodino aquello en lo que nadie se fija. Necesitaba hacerme ver de una vez. Por eso un día, sin preverlo, pasé por delante de una peluquería, entré y le dije a la peluquera: «Cámbiame».

—¿Y funcionó?

—¡Ya lo creo! Andrés me miró más aquella tarde que en toda su vida. Creo que me encontraba rarísima, como extraterrestre. Me había convertido en una persona distinta, gracias a un tinte de pelo. ¿No es maravilloso? ¡Y no fue el único en verlo! También atraje más alumnos. El rojo me cambió la

vida. Yo creo que incluso me proporcionó el coraje suficiente para declararme. Lo hice la segunda noche después de mi transformación en la nueva Lola. Ya sabéis que fue un éxito.

—Ir bien peinada es sumamente importante —reconoció Olga, con mucha trascendencia—. Con el pelo hecho un asco no se avanza.

—Pediré hora en la peluquería —apuntó Marta.

—Sí, pero no te tiñas de rojo. A nosotras nos queda mejor el rubio.

Marta no acusó el comentario, ni la intromisión. Estaba acostumbrada. En cambio, se autoasignó el turno del juego y dijo:

—La decisión más importante que he tomado en mi vida...

—¡No lo digas! ¡A ver si lo adivino! —saltó Nina—. ¡Abrir el restaurante!

Las otras dos asintieron con la cabeza. Estaban de acuerdo. Sin embargo Marta las contradijo a las tres al decir:

—Atreverme a ser yo.

Demasiado abstracto para aquellas horas y en aquel estado. De la cocina llegaba un silencio sospechoso. Marta pensó que Lidia debía de estar escuchando, pero no le importó. No demasiado. Dijo:

—Supongo que todo empezó el día que me ofrecieron colaborar en la radio. Tuve que pensarlo mucho. Álex no quería. No lo había tramado él. A mí me daba miedo enfrentarme sola a un reto tan grande, nunca lo había hecho. Estuve a punto de rechazar la oferta. Era lo más sencillo. En el último momento, sin embargo, cambié de opinión y acepté. Fue como girar el timón en la dirección opuesta a la que creía dirigirme.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Lola.

—Lo más importante: me di cuenta de que era capaz de hacerlo. Y algo que no esperaba: las oyentes comenzaron a escribirme, a mostrarme su agradecimiento. Me valoraban. Les gustaba el consultorio. Todo eso fue muy importante para mí. Hasta aquel día yo había sido la hermana pequeña de Olga o la sombra, la invención y el proyecto de Álex. La radio me dio la oportunidad de convertirme en mí misma, la que soy dirás, en este momento. Es decir, la consecuencia de la que fui y la causa de la que seré.

—¡Joder, Marta! Si borracha dices estas cosas, ¿qué dirás cuando estés sobria?

—¡Ja! ¡Sobria no suelta prenda! —espetó Olga.

—La radio fue el primer paso. Sin eso, nunca me habría atrevido a abrir el restaurante —concluyó Marta.

—¿No os da miedo pensar hasta qué punto nuestra vida depende de las decisiones que tomamos? —reflexionó también Lola, contagiada de trascendencia—. ¿Qué habría pasado si no llegas a tomar la decisión correcta, Marta?

—Yo no digo que fuera la decisión correcta —dijo Marta— y, si no la hubiera tomado, ahora no estaría a punto de divorciarme. El problema es que las decisiones hacen algo más que cambiar nuestra vida. También nos transforman en otras personas. A veces los demás no lo soportan. —Miró a Olga, pero estaba pensando sobre todo en Álex.

—¿Te estás divorciando? No sabíamos na... —la frase de Lola quedó cortada por un gesto resuelto, casi violento de Marta: «Ahora no voy a hablar de eso», significaba.

Después de un silencio breve, Lola preguntó:

—¿Y tú, Nina?

—Yo creo que mi decisión más importante fue volver a Barcelona. La tomé en el setenta y cinco aunque llevaba tiempo dándole vueltas. En realidad, me faltaba valor. Me acuerdo muy bien de la fecha porque lo que voy a contar ocurrió el día de la muerte de Franco. Participaba en la producción de un documental sobre los cambios que el Concilio Vaticano II había supuesto para la vida en los conventos. Una de esas cosas raras que de vez en cuando me encargaba mi jefe. Lo que les interesaba de verdad eran las deserciones de curas y monjas. Hubo muchas en aquellos años, aunque a nadie se le ocurría hablar de ello directamente. Cuando preparábamos los rodajes mencioné de pasada nuestro internado y a las monjas paulinas. Los guionistas lo encontraron fascinante. Me pidieron que hablara con ellas para ver si podíamos incluirlas en el programa. Lo hice. Les envié una carta muy formal, contándoles quién era (mencioné las gaseosas de mis padres), dónde trabajaba y qué me proponía. Pensé que se iban a negar pero, para mi sorpresa, aceptaron. La carta de respuesta venía firmada por sor Presentación Yuste, la nueva madre superiora. Así que volví al colegio con el equipo de rodaje, porque sor Presentación había exigido que fuera yo. ¿Y vosotras?

¿Volvisteis alguna vez? —Todas negaron con la cabeza, absortas en la narración—. Fue toda una experiencia. Nos dejaron grabar en las aulas, en el comedor, en el patio, hasta en la azotea (no había bragas, esta vez). Un equipo pudo entrar en la zona de clausura, pero no en las habitaciones. Pusimos la casa patas arriba. Y todo esto exactamente el 20 de noviembre de 1975, ¿os podéis imaginar mayor casualidad? No, porque las casualidades no existen. Simplemente tenía que ser así y así fue.

»Yo curioseaba por todas partes, distraída. Estaba todo igual. Nuestra habitación, las aulas, las ventanas, las camas, los pupitres, las pizarras, el viejo piano... todo. Hacía poco que las monjas habían cerrado el colegio y aquella parte del edificio parecía recién abandonada. Igual que el cuarto junto a la leñera, donde aún seguía el catre asqueroso del pobre Vicente, su caja de naranjas y la repisa donde guardaba todas aquellas porquerías que iba recogiendo por el bosque. Ese lugar, lo reconozco, me estremeció. No pude evitar acordarme de la última noche, de Julia y de nuestro querido “tontito”, hay que ver qué malvadas éramos a los catorce años.

»Me servía de guía una novicia joven Y a ella le pregunté si sabía de un muchacho que había vivido allí.

»—He oído hablar de él, sí.

»—Se llamaba Vicente.

»—Ah, claro. Como san Vicente de Paúl.

»Le pregunté si sabía qué había sido de él.

»—Tengo entendido que se lo llevaron. Hará tres o cuatro años.

»—¿Se lo llevaron? ¿Quién? ¿A dónde?

»—Yo no lo sé, señora, yo aún no estaba aquí. Tendrá que preguntarle a la madre Presentación.

»Si no le mirabas la cara, la madre Presentación parecía no haber envejecido. Estaba tan flaca y fibrosa como antes, y se movía con la misma agilidad, en silencio, como una comadreja. Su rictus, en cambio, traslucía más amargura, más descontento que nunca. Calculé que aún era joven, no debía de llegar a los cincuenta. Se esforzó por parecer amable. Incluso me invitó a un café en la salita de espera, aquella donde aguardaban los padres los domingos que había visita.

»—Espero que esté yendo todo bien, Ana María —me dijo, utilizando el nombre por el que siempre me llamaron de niña.

»Le pregunté por la madre Rufina. Me había extrañado su ausencia.

»—Por desgracia, sor Rufina ya no está con nosotras —dijo.

»—¿Murió?

»—Sólo para la vida consagrada. Hará unos cinco años que nos dejó.

»Entendí que sor Rufina había colgado los hábitos. Era precisamente lo que andábamos buscando. Se me ocurrió que podía conseguir una entrevista con ella, pero no hubo forma de sacarle a la superiora dónde podía encontrarla. Es más, me pidió que no la mencionáramos en nuestro reportaje.

»—Hay cosas que es mejor no airear —dijo.

»Pensé que las monjas saben mucho de esas cosas. Me acordé de Vicente. Decidí amargarle el café a sor Presentación.

»—También me gustaría encontrar a Vicente —dije.

»—¿Quién?

»—El muchacho retrasado que vivía en el cuarto junto a la leñera.

»—Ah, sí. Vicentín. Me temo que tampoco en esto voy a poder ayudarte —frunció los labios—. Se lo llevaron. A una institución mental, creo.

»—¿Quién se lo llevó?

»—Una de tus compañeras. Julia. Ya hará más de diez años.

»—¿Julia? —Debió de notar el desconcierto en mi gesto—. ¿Está segura?

»Sor Presentación hizo un gesto de superioridad, como diciendo “Pues claro”, y añadió:

»—Segurísima. Yo misma abrí la puerta donde estaba encerrado el pobrecito.

»—¿Encerrado?

»—Teníamos que tenerle encerrado. Se había convertido en un peligro para nosotras. No te puedes hacer una idea de qué genio tenía, y qué fuerza. Nos tenía asustadas. Rogábamos a Dios para que se lo llevara de una vez.

»—Yo no recuerdo que Vicente fuera violento, *madre*. Igual no le trataron bien.

»Dejó la taza sobre la mesa. Entrelazó las manos. Me miró con un rictus de odio, de desconfianza. Cómo me atrevía a poner en duda sus apreciaciones. Iba a decirle lo extraño que resultaba que Dios hubiera atendido sus plegarias a través de Julia. Pero ella tomó las riendas de la conversación, en la que me tenía reservada una última sorpresa. La guinda del pastel a una visita gloriosa.

»Por ella supe también que mi madre, en sus últimas voluntades, dejó toda su fortuna al convento. Ésa había sido la razón, me dijo, de que accediera tan rápidamente a recibirme, aunque la filmación de un documental era algo que no estaba en sus planes y que violentaba profundamente el sosiego de la casa. Pero ¿cómo iba a hacer un feo a la hija de quien favoreció a la congregación dejándoles todo lo que tenía?

»—¿Todo? —le pregunté—. ¿La fábrica de sifones también?

»—La fábrica la vendimos —dijo sor Presentación, como si hablara de algo que no me concernía—. Pero en el piso superior estamos habilitando una residencia para las hermanas mayores. ¡Está quedando preciosa! Es un lugar muy grande, con mucha luz. Pero qué tonta soy, si tú debes de conocerlo mucho mejor que yo.

»El piso superior. Mi casa. En efecto. Lo conocía mejor que ella. Continuó:

»—Gracias a tu madre pudimos permanecer aquí cuando cerramos la escuela. No sé cuánto tiempo más podremos mantener el edificio, pero todo esto se lo debemos a ella. Cuando recibí tu petición, entendí que tenía que recibirte. Se lo debíamos a tu madre, que fue tan buena con nosotras.

»Le dije que ella tal vez no habría estado de acuerdo.

»—Las hermanas y yo rezamos todos los días por la salvación de su alma. Era una mujer muy buena —añadió.

»No dije nada. No tenía nada que decir.

»—Tal vez querrías hoy unirme a nosotras en nuestras oraciones.

»Decliné la invitación, le deseé mucha suerte y me marché de allí enseguida. Por supuesto, mencioné el caso de sor Rufina en nuestro documental. Días después de su estreno en televisión, sor Presentación me escribió para decirme que había vulnerado la promesa que le hice y que estaba “profundamente decepcionada”. Me alegré mucho.

»La tarde del 20 de noviembre después de lo que os he contado no pude regresar a Madrid, como quería. Se había decretado un duelo nacional de lo más peliculero por la muerte de nuestro querido Caudillo y se habían cancelado todos los vuelos entre Barcelona y Madrid. Me busqué un hotel cerca de las Ramblas, salí a cenar sola, pensé. Pensé mucho. Todo aquello me había afectado más de lo que creía. No podía quitarme de la cabeza la idea de que ni siquiera al final mi madre había reconsiderado su odio hacia mí, y hacia mis hijos. Siempre pensé que me dejaría algo, alguna joya, una pequeña suma de dinero, o la casa. Al fin había comprendido que iban en serio cuando en 1953 me echaron de su vida. Durante todos aquellos años, qué pánfila, me resistí a creer de lo que eran capaces.

»Al día siguiente vi en la calle Hospital un cartel que anunciaba el alquiler de un piso. Llamé al portal, me abrieron y subí a preguntar. Una pareja salía de visitarlo. Lo vi, llena de dudas, preguntándome si era o no momento de cometer otra locura, tal vez la última de mi vida. Llegué a la conclusión de que las locuras me habían salido bien casi siempre, y que para perder la cabeza nunca se es demasiado mayor. Entregué allí mismo la paga y señal, volví a Madrid, hice la maleta, me despedí del trabajo y regresé a casa. Barcelona me gustaba mucho más ahora que habían muerto las personas que me la hicieron inhabitable.

»Así que ésa fue la decisión más importante que he tomado hasta hoy. Pero ya me conocéis, seguramente no será la última. ¿Qué tal, Olga? ¿Me pones buena nota? ¡Sé generosa, que yo a ti te he dado una matrícula de honor!

¿Podríais enamoraros
de un hombre más joven
que vosotras?

La última pregunta era la de Lola. Desdobló el papel con morosidad y leyó pronunciando claramente, como una maestra en una clase de párvulos. A la luz de la llama su melena era roja como la de una hechicera de cuento. Nina saltó enseguida, impulsiva.

—¡Sí, claro! ¡Lo he hecho varias veces!

—¡Un momento! —Levantó una mano Marta—. ¿Cuánto más joven?

—¿Lo suficiente para que pudiera ser vuestro hijo? —contestó Lola, y bajó la mirada otra vez.

—¡Ay, no! ¡Yo no! ¡Ni pensarlo! —Olga cerraba los ojos y negaba con la cabeza. Se le movía el pelo—. Yo necesito hombres de verdad.

—¿Tus hijos no son hombres de verdad?

Ay, sus hijos. Olga prefería no pensar en ellos.

—Quiero decir, que yo buscaba un marido que tuviera más experiencia que yo, más preparación y una visión de mundo más amplia que la mía, que pudiera aconsejarme en todo y que me guiara en los momentos de extravío.

—Tú no buscabas un marido. Tú buscabas un confesor —soltó Nina.

—No os niego que perder al propio padre tan joven y tan de repente me dejó huella —se justificó Olga—. Pero tenéis que reconocer que acerté. Soy la única de nosotras que ha tenido un matrimonio duradero y normal.

—Eso es verdad, Gordi —dijo Nina—. Hay que reconocerlo.

—Oye, ¿siempre lo tuviste tan claro? —preguntó Lola—. Quiero decir, que querías un hombre mayor que tú.

—¡Siempre! —espetó Olga, con total convicción—. Rechacé varios pretendientes por demasiado jóvenes. En especial uno, pobrecito, que era un amor, aunque también un desgraciado en potencia. —Olga suspiró,

recordando no sabía qué—. Me escribió no sé cuántos centenares de poemas. ¿Qué os parece? Me elevó a la categoría de musa.

—Que te pega —consideró Lola.

Nina abría unos ojos enormes, como si no cupiera en su cabeza que pudieran existir razones para rechazar pretendientes. Preguntó:

—¿Y no le diste ni una oportunidad?

Olga negaba con la cabeza y cerraba los ojos.

—No, no. Era demasiado evidente que no era para mí. Me di cuenta enseguida. Tenía demasiados defectos.

—¿Por qué? ¿Cómo era? —se interesó Nina, con gran curiosidad.

—Bah, ahora no sabría deciros. En aquel momento se veía más claro.

—Ya contesto yo, hermanita —saltó Marta, mirando a las demás con los codos apoyados en la mesa y estirando mucho el cuello. Hacía rato que había pasado de estar entonada a estar borracha—. Su principal defecto fue pensar que el duro corazón de mi hermana se conquista con versitos. Era un idealista. Y estaba enamorado de ella hasta las trancas. En realidad, ella sólo le utilizó para llegar a su marido. Luego le desechó como a un pañuelito de papel.

—Cállate, Marta. ¿Tú qué sabes? Yo ni deseché ni utilicé a nadie.

—Bueno, él lo ve de otra manera.

—¿Cómo que él lo ve...? —La mirada de Olga se transformó de la sorpresa a la ira—. ¿Tienes alguna relación con Damián?

En ese momento, Lidia empujó la puerta de la cocina y apareció, con dos botellas de agua fría y los ojos rojos de llorar. Dejó las botellas sobre la mesa y se quedó ahí parada, mirando a las gemelas Viñó.

—Somos buenos amigos desde hace años —soltó Marta.

Aquella frase fue para Olga como un rechazazo.

—¿Hace... años?

—Desde que tú le rechazaste. Alguien tenía que consolarle.

Olga impostó su tono más patético.

—¿Por qué nunca me lo habías contado?

—¿Cuándo te he contado yo a ti algo, hermana?

El tono de evidencia incontestable resultó aún más doloroso para Olga. Optó por disimular. Se volvió hacia las estupefactas Nina y Lola y les dedicó una sonrisa forzada.

—Perdonadla, por favor. Mi hermana no sabe beber.

Marta lanzó una mirada vidriosa a Lidia y la señaló con la mano.

—Os presento a la nueva novia de Damián.

Olga no supo qué decir.

—No somos novios oficiales —dijo Lidia, incómoda.

—Oficiales, qué antigua —opinó Marta—. Pero salís juntos, ¿no?

—Sí.

—Sois tal para cual. —Marta sonrió—. Los presenté yo. Dos almas solitarias que se necesitaban la una a la otra, ¿no es cierto? —Lidia asintió, cohibida—. Estoy muy orgullosa.

Olga se quedó como paralizada, atollada en sus pensamientos. ¿La ayudante de cocina de Marta, novia de *su* Damián? Qué cosas más raras pasan. Entonces ¿la llamada? ¿No fue el de Lidia el nombre que Damián pronunció cuando...? No pudo evitar escrutarla con la mirada, buscando algo, luchando por comprender. No vio nada esclarecedor.

—Menuda tranca llevas, Marta —disimuló, para no mostrarse afectada delante de la muchacha.

—Pues aún noto que podría ser mayor. —Marta se sirvió un buen chorro de la botella de Chivas—. Y aún tenemos que sacar el champán.

Lidia osó intervenir, con su voz moderada.

—Jefa, te va a sentar mal.

—Tú a lo tuyo, querida. ¿Os apetecen profiteroles?

Todas negaron con la cabeza. Allí nadie podía pensar en más comida. Nina se sentía incómoda por primera vez en toda la noche. Lola también. En cuanto Lidia desapareció tras la puerta de la cocina, Olga se acercó a Marta y susurró:

—¿No es un poco joven para él?

Marta se encogió de hombros para responder.

—Y qué. —Hundió la cabeza entre los brazos y añadió—: Uy, qué curda llevo.

—Bueno, pasemos a la siguiente, ¿os parece? —dijo Lola—. Nina, tú aún no has contestado.

Lidia surgió de nuevo, con la dignidad de una vestal, y comenzó a retirar por etapas las bandejas vacías de los entrantes y los platos de las *crêpes*. Cada vez que empujaba con el trasero la puerta de la cocina la música de la radio entraba en la reunión. Esta vez una voz masculina interpretaba una balada: «*Love of my life, can't you see? Bring it back, bring it back. Don't take it away from me because you don't know what it means to me...*».

Olga estaba ausente, concentrada en sus pensamientos. Marta fingía una atención que no estaba en condiciones de prestar. Nina observó el panorama, pareció dudar un instante y al fin dijo:

—Mi respuesta ya la sabéis, compañeras. ¡Sí y rotundamente sí! Yo me enamoro de todo. Los cuerpos jóvenes son irresistibles. A veces me embobo mirando a un jovencito y cuando me dicen su edad pienso: «Nina, te has vuelto una vieja verde y vas a ir al infierno con bolso y todo». Por cierto, que voy a quitar de aquí la foto del niño, porque no me fio un pelo de vosotras y porque, además, ya está pillado. —Guardó el monedero en la bolsa.

—¿Y qué pasaría si lo fuera? —preguntó Lola, sin mirar a nadie.

—¿Cómo?

—¿Si fuera tu hijo?

Nina se echó a reír, nerviosa.

—Mira tú por dónde, esa tecla no la he tocado. ¿Hemos pasado del adulterio al incesto? ¡Fabuloso!

—Hablo en serio, Nina —insistió Lola.

—¿Qué dices? ¿Enamorarme de mi hijo? —Hasta Nina se puso seria esta vez.

—Bueno, casi. De tu hijastro —dijo Lola.

—Ah, no, ¡eso es diferente! ¿Hijastro significa el hijo de tu marido?

—De mi marido muerto —asintió.

—¡Coño, Lola! ¡Eres una cajita de sorpresas! —gritó Nina. Las otras dos habían enmudecido—. ¿De verdad esperas una respuesta?

Lola acercó la copa al centro de la mesa y dijo:

—¿Alguien me pone más vino, por favor? —Marta se la rellenó con el Cariñena.

—Debo de estar loca. ¿De niñas no os gustaba contar secretos en la oscuridad? Yo lo hacía, con Nina, cuando nos quedábamos solas, ¿te acuerdas? Era tan excitante. A oscuras te atreves a hablar de todo. ¡Nos contábamos cada cosa! Las monjas se hubieran muerto del susto. —Hizo una pausa, para dejar fluir los recuerdos, antes de añadir—: Hasta hoy no había vuelto a experimentar aquella sensación.

—Y sin monjas.

—¿Quién ha dicho hace un rato que la vida es un riesgo constante?

—¿Quién va a ser? —Levantó la mano Nina, como una escolar—. ¡Servidora!

—Ya sé que lo que digo es muy grave —prosiguió Lola, y todas callaron—. Puede que incluso sea delito, ¿no? ¿Alguien sabe si es delito? Por supuesto, no premedité nada. Andresito sólo era un adolescente cuando murió su madre. Fue entonces cuando comencé a tratarle. Al principio, le compraba regalos cuando venían de visita. Sobre todo, libros y tebeos. *Spiderman*, *13 Rue del Percebe*, *Los 7 secretos*... También le gustaba el piano, a veces le dejaba tocarlo. Le enseñaba a colocar los dedos, a hacer escalas sencillas. Era un muchacho introvertido, serio, demasiado maduro para su edad. Brillante en los estudios. Jugaba en el equipo de baloncesto del colegio. A veces iba con su padre a verle jugar y me sentía orgullosa de él, como si fuera un poco mi hijo. Después del partido íbamos los tres a cenar a uno de esos restaurantes chinos, tan raros, que acababan de inaugurar en nuestro barrio. A Andresito le encantaban. Apenas estaba dejando atrás la niñez, comenzaba a hablar de chicas, tenía una pelusa oscura en el bigote y un cuerpo raro, en transformación. Os juro que nunca se me ocurrió verle de otro modo: para mí era un niño, nada más que eso, y yo era su madrastra, aunque me consta que me tenía afecto y que había dado su bendición a nuestra boda. Una vez me dijo que me estaba muy agradecido por hacer feliz a su padre, que los dos habían tenido mucha suerte de poder contar conmigo. Así, tan formal, tan comedido. Parecía estar jugando a ser mayor. Le revolví el pelo como respuesta. Le dije que la felicidad de su padre era la mía. Sonrió. Ésa era nuestra relación.

»Por lo menos fue así hasta la enfermedad de Andrés. Entonces, todo comenzó a cambiar. O puede que cambiara yo. El dolor cambia a la gente, ¿no? Pasaron unos cuantos meses desde que mi marido decidió no continuar el tratamiento hasta que el final comenzó a presentirse. Nos dijo que quería morir en casa, nos pidió que cuidáramos de él, que no le dejáramos sufrir. En las últimas seis semanas no quiso recibir a nadie. Fue un encierro doloroso, triste. Andresito y yo nos turnábamos junto a su cama, de día y de noche. Le administrábamos los sedantes, avisábamos a los médicos cuando era necesario. Compartimos el sufrimiento, la despedida, la desolación final.

»Ocurrió sin que me diera cuenta. De pronto reparé en que también él había cambiado. Ya no era el niño a quien yo revolvía el pelo. No volvería a serlo nunca. Ahora era un hombre alto, atractivo, con quien era agradable hablar. Algo así como una versión rejuvenecida de su padre. Pasamos juntos las veinticuatro horas del día durante seis semanas, sin salir de casa, mientras Andrés moría lentamente. Perdí la cabeza. Eso debe de ser, no hay más explicación. De pronto, un día descubrí que me había enamorado de mi hijastro. Allí, junto al lecho de muerte de mi marido. Faltaban seis meses para el final. Un día Andrés abrió los ojos, nos miró, sonrió como si no se encontrara mal y nos dijo: “Me voy tranquilo porque sé que os tenéis el uno al otro y que os queréis”. Por las noches no puedo dormir pensando en estas palabras. Me pregunto si soy una mala persona o sólo una inconsciente. Día tras día lucho contra lo que siento, intento quitármelo de la cabeza. Pero no lo consigo. Más bien todo lo contrario. Cuanto más quiero dejar de pensar en él, más le quiero. En fin. Ahora ya sabéis cómo soy. Horrible.

—¡No, Lola! —susurró Olga, viendo de pronto una salvación—, ¡lo que te pasa es que sigues enamorada de tu marido! Lo que ves en tu hijastro es la sombra de él, por eso le quieres. Por otra parte, es normal. Es tu hijastro.

Lola negó con la cabeza, segura.

—No es eso. No le quiero de esa manera. Querría que no fuera mi hijastro, ¿comprendes? Por las noches pienso en él, no en su padre. Voy a verle dormir. Me gustaría decirle que le deseo, pero no puedo, y me muero de angustia. —Lola sonreía con mucha serenidad y mucha tristeza.

—¡Válgame Dios! ¡Yo no puedo escuchar esto! ¡Esto no es normal! — Olga se tapó ambas orejas con las palmas de las manos.

—Tampoco es tan raro, hermanita. Mira Fedra (la heroína de Eurípides). Le pasaba más o menos lo mismo que a Lola —apuntó Marta, haciendo gala de sus conocimientos de literatura, por otra parte bastante oxidados.

Pero Olga no estaba para lecciones de tragedia griega.

—¿Llevas seis meses con este sufrimiento? —terció Nina, y Lola asintió—. Pobrecilla. Y a él, ¿se lo has dicho?

Lola negó de nuevo.

—¿Cómo quieres que le diga una cosa así? Me avergüenzo sólo de pensarlo.

—¿Qué pasaría si él también estuviera enamorado de ti? —prosiguió Nina.

Lola cambió de tema a toda velocidad y habló con determinación.

—Esta noche he tomado una decisión, justo al venir hacia aquí. Tal vez mañana será la más importante de mi vida, quién sabe.

—No quiero oírlo —dijo Olga, que seguía con las manos sobre las orejas.

—He aceptado una cita. Con un hombre de mi edad. Precisamente hace un rato hablabas de él, Nina.

—¿Sebastiáaaaaan? —adivinó Nina—. ¿No será Sebas? ¡Dime que no es Sebas!

—Lo es.

—¡Por fin algo de sensatez! —opinó Olga, suspirando y devolviendo las manos a su lugar.

—Pero ¿estás loca o qué? ¡Si acabo de decirte que me acosté con él! ¡Y que es un muermo!

—Ya. Han pasado muchos años —dijo Lola—, igual ha cambiado.

—Sí, ahora será un muermo con treinta años de experiencia —dijo Nina.

—Es lo mejor que puedo hacer —sentenció Lola, que aceptaba sus propias palabras como un reo acepta su condena.

—¿Lo mejor para quién?

—Para mí, para Andresito. Andrés. Y también para Sebas.

—¿Sebas te ha pedido una cita?

—Sí.

—¿Después de quince años?

—Dieciséis. Desde el concierto de Los Beatles.

—*Oh, my God!* ¿Y le has dicho que sí?

—Sí.

—Es verdad. Se te va la cabeza, Lola. Ya se te ha ido del todo.

—Dice que lleva todos estos años enamorado de mí. Lo pone aquí, mira.

—Lola tomó la carta de la pila de prendas, la abrió, la acercó a la vela venciendo la dificultad de su abultado abdomen y leyó algunas frases escogidas—: «Perdóname por enviarte esta carta... Espero tener esta vez el valor de dejarla en el correo... Fuiste, eres y serás el único amor de mi vida...». Y aquí habla de ti, mira.

—¡Esto es increíble! ¿Pero no se casó?

—Sin dejar de pensar en mí. Eso dice.

—¡Cuidado! ¡Se comporta como un psicópata! ¡Ni se te ocurra! —Nina abalanzaba su cuerpo hacia delante, enfatizando sus palabras.

—Qué poco valor le dais al amor verdadero —Olga, con cara de disgusto.

Y Nina, tajante:

—Sobre todo cuando se confunde con la manía persecutoria.

Marta las miraba alternativamente: Olga-Nina-Lola. Como si contemplara un juego de pelota. Le costaba mantener los ojos abiertos.

—Sea como sea. Ya está decidido —zanjó Lola—. En cuanto Sebas me proponga algo, lo que sea, le diré que sí.

—¿Lo que sea? ¿Noviazgo, concubinato, matrimonio?

—Lo que sea.

—¿Y te casarás con él?

—Si me lo pide, sí.

—Pareces Juana de Arco camino de la hoguera. Pensaba que la edad nos había enseñado algo.

—Exacto. Por ejemplo, cómo hacer lo correcto.

—¿Y qué piensas decirle a tu hijastro?

—Nada. Que me voy a casar. Dejaré el piso. Estará mucho mejor sin mí.

—¿Él te quiere? —preguntó Nina, y al instante se dio cuenta de que había formulado la pregunta menos pertinente.

Lola no dijo nada. Se quedó mirando los cubiertos, tratando de hallar la alineación perfecta. En realidad, lo que trataba de ordenar no estaba sobre la mesa. Nina repitió lo que acababa de decir.

—Lola, ¿Andrés te quiere? Es un detallito importante, ¿no crees?

Lola no pensaba contestar a esa pregunta. Temía la respuesta. Se sentía cada vez peor. Sólo dijo:

—Ya está decidido, Nina. He echado la carta en el buzón que hay en la esquina de Balmes con Vía Augusta, justo al venir hacia aquí. Ya sólo es cuestión de esperar a que me llame y todo habrá terminado. Por favor, cambiemos de tema.

Pero Olga lo estropeó.

—Nina, qué quieres que haga. ¡Lleva en la tripa al medio hermano de su enamorado! ¡Es horrible pero horrible pero horrible! Yo creo que has hecho muy bien, Lola, ¡te felicito! —Olga subrayó su veredicto con un golpe sobre la mesa, meditó un instante y añadió—: La verdad, la Biblia al lado de esto parece *Heidi*.

Marta se despabiló de pronto, sólo para formular una pregunta que para ella estaba revestida de interés científico. Todas se daban cuenta de que no se encontraba bien.

—Oye, Lola... una curiosidad que se me acaba de venir a la cabeza. Ya que estamos de confidencias. ¿Con ese tripón encima también sientes deseo sexual?

El glasé amarillo crujió otra vez.

—Marta, por favor —suplicó Olga—. Otra vez no.

Pero Lola contestó con una frialdad que daba miedo.

—Sí, igual. O más.

Marta abrió mucho los ojos y frunció los labios en una mueca que significaba: «¡Admirable!».

—Creo que necesito ir al baño —dijo Olga, levantándose entre crujidos del vestido.

—Yo también —añadió Lola—. Definitivamente, me ha sentado fatal comer tanto.

—Te acompaño.

Se armaron con una de las dos velas que había sobre la mesa y se perdieron en las tinieblas del fondo, caminando a pasitos cortos y tambaleantes. Pasitos de embarazada.

La letra pequeña del contrato, según Marta y Nina

Aprovechando la fuga de sus dos amigas, y para acompañar mejor lo que se avecinaba, Marta trajo una de las dos bandejas de profiteroles que tenía en la nevera. Le apetecía algo fresco y dulce y confiaba en no ser la única. Nina tomó uno enseguida y se lo llevó a la boca. Lo devoró en dos bocados, con cara de deleite. Tras el segundo dijo:

—Eres una cocinera fuera de serie.

También Marta se comió un profiterol.

—Lo suyo sería acompañarlos con champán, pero no creo que sea un buen momento para brindar.

Marta llevaba disimulando, con mejor o peor fortuna, desde que vio aparecer de nuevo el paraguas en su vida. Aquel paraguas horrible, plegable, de color negro con lunares rosa y con dos varillas rotas. Por la tarde había deseado ser ese paraguas, y ahora ese pensamiento le parecía muy extraño. El alcohol y la tristeza transformaban sus emociones. Ni siquiera sentía deseos de estrangular a Nina, y eso también la sorprendía.

—Álex Baudet —murmuró Nina, atacando el asunto que las dos llevaban pintado en la cara—. Es una auténtica putada que sea tu marido.

—Desde hace diecinueve años.

—No tenía ni idea. Él nunca me ha hablado de... Ni siquiera pronunció tu nombre.

—Una de sus normas. No hablar jamás con una mujer de otra.

—En realidad, lo de esta tarde no ha sido para tanto. Ya sabes que soy una exagerada.

—No, no lo sabía. Me he dado cuenta nada más entender que el pato era él.

—¿Y cómo lo has...?

—El paraguas.

—¿Qué?

—Estaba sentado ahí mismo —señaló la silla con el mentón—, diciéndome que me dejaba. Luego me ha pedido un paraguas y yo le he prestado el primero que he encontrado por ahí.

—Y yo he salido a toda prisa y lo he cogido sin pensar. Estaba en mi paragüero.

—Ahora ya sabes por qué.

—¡Y a pesar de todo te has puesto a cocinar!

—Qué curioso. —Mirada vidriosa, pensativa—. Estaba convencida de que se había liado con una jovencita. Una secretaria veinteañera de la editorial.

—Bueno, soy una secretaria de cuarenta y cinco. —Marta esbozó una sonrisa triste—. ¿Eso es mejor o peor?

—No sé qué decirte. Veinte es menos humillante. Tiene una lógica más simple: cincuentones en busca de carne fresca. Aunque tú me entiendes cuando te hablo.

—Demasiado bien.

—Es un consuelo no tener que enfrentarme con la estupidez de una jovencita.

—Ni con sus tetas.

—Pero que me deje por ti significa que no eran tetas lo que andaba buscando. Es terrible aceptar eso.

Nina negó con la cabeza, mirando su escote plano. Quería bromear, como había hecho toda su vida cuando las cosas se ponían mal, pero comprendió que esta vez no debía.

—¿De verdad ha tenido tantas amantes? —preguntó Nina, y Marta soltó un suspiro mirando al cielo raso—. ¿Llevas la cuenta?

—Juraría que tú eres la decimotercera. Una más, una menos.

—Debe de haber sido muy duro para ti.

—Hace ya mucho tiempo. —Hizo una pausa mientras miraba la lenta oscilación de la llamita. Era como si su cadencia hubiera contagiado la conversación. Realmente, comenzaba a pensar que nada de todo aquello tenía

demasiada importancia, o ninguna. Era un punto de inflexión, nada más—. ¿Puedo preguntarte cómo os conocisteis?

—Por casualidad. La productora para la que trabajo va a rodar una película basada en uno de sus *best-sellers*. Teníamos que cerrar la letra pequeña del contrato.

—¿Y de eso hace...?

—Tres meses.

De modo que el proyecto de Nina y el proyecto del restaurante habían discurrido en paralelo. Incluso en aquellas circunstancias era importante saber la duración y el alcance de la traición. Así que durante los tres meses que ella había invertido en las obras del local y las docenas de preparativos, Álex había estado también muy ocupado. Y encima le había reprochado a ella que estuviera ausente y atareada. No se extrañaba lo más mínimo. Preguntó:

—¿Te decía que su mujer no estaba por él o algo así?

—No me decía ni que tenía mujer. Aunque es fácil saberlo. Lleva alianza.

—Porque es un coqueto. Piensa que así liga más. ¿Ya te ha llevado al Hispania?

—Por favor, Marta, no me hagas preguntas.

—Sólo una. ¿Es importante para ti?

—Lo era cuando he salido de casa.

—¿Y qué ha cambiado?

Nina meditó un poco su respuesta antes de decir, con el tono más serio del que era capaz:

—Yo también me preguntaba cómo era su mujer. No sabes cuánto me jode que seas tú.

—Gracias.

—Alguien brillante, interesante, guapa. La gente te admira. Hubiera preferido que fueras como la puta del sindicato.

—¡Ni se te ocurra compadecerme!

—De acuerdo.

—Bien.

—Además, no debería haberte dejado el día de tu cumpleaños.

—Yo también se lo he dicho.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Desde luego.

Hay personas, y Nina era una de ellas, que interponen entre ellos y el mundo una imagen tan poderosa que resulta muy difícil saber cómo son en realidad. Por suerte la noche les había brindado una estupenda oportunidad para el autoconocimiento. Marta se daba cuenta de que la había juzgado demasiado a la ligera. Que, en el fondo, la elección de Álex no estaba tan mal.

Marta creyó llegado el momento de abordar ciertas cuestiones prácticas.

—Una vez aclaradas las cosas y antes de que vuelvan esas dos, vamos a cerrar nosotras también la letra pequeña del contrato. En primer lugar: lo que he dicho antes era absolutamente sincero. Te lo regalo. Disfrútalo con salud, si lo quieres, y recuerda que no se admiten devoluciones. Segundo: la oferta incluye, como gentileza de la casa, la técnica de la alcachofa. Aunque creo que tú no la vas a necesitar. Perdona que hable claro, pero es que estoy un poco borracha. ¿Crees que me olvido algo?

—Qué noche más rara. Algo debe de pasar allá arriba, que aquí abajo está todo tan descompuesto. He salido de casa pensando que por fin tenía una vida normal, como la del resto de la gente que conozco. Feliz, porque eso me ha pasado muy pocas veces. Y ahora, ya ves. En sólo unas pocas horas, resulta que estoy liada con un sinvergüenza que además es tu marido y estoy como de costumbre, es decir, hecha un lío.

—Esta tarde me ha pedido el divorcio. Se lo voy a conceder.

—A mí me ha pedido que me case con él.

—Dile que sí.

Nina negó con la cabeza.

—No puede ser.

—Bueno. Pues ni para ti ni para mí.

—No me digas que piensas divorciarte de todos modos.

—Ya he cambiado la cerradura de casa. Desde hoy vivo sola.

—Bueno, supongo que siempre puede irse a un hotel.

—En el Ritz le hacen descuento.

—Aunque, por lo que has dicho, se extrañarán mucho de verle llegar solo.

—¿Estás segura de que no quieres ir con él?

—¿Y que me llamen «señora Baudet»?

—Así te vas acostumbrando.

El crujido del glasé y el taconeo que se acercaban les recordó que sus compañeras hacía un buen rato que se habían marchado al baño.

Las prisas marcaron un cambio de ritmo en el devenir de los acontecimientos, como muy pronto confirmaron las palabras de Olga.

—Lola está de parto, chicas. Tenemos que llevarla hasta El Pilar. Y hay que avisar a su hijastro. —Blandía un papel—. Aquí tengo el número.

—Voy a sacar el coche. —Marta intentó levantarse, pero la cabeza le daba tantas vueltas que volvió a sentarse de inmediato.

—¿Estás de broma? —endilgó Olga—. ¡Llevas una turca impresionante!

—Bueno, seamos prácticas —organizó Nina—. Diluvia. A caballito no la podemos llevar. ¿Alguien aquí está en condiciones de conducir?

—Uf... —susurró Marta, que cerraba los ojos para ver si se le pasaba el mareo.

—Voy a telefonar a Andresito —dijo Olga, y desapareció en la oscuridad del fondo—. ¿Podéis estar pendientes de Lola?

Nina fue en auxilio de la parturienta. Intentó caminar siguiendo una sola línea de baldosas y tampoco lo consiguió.

—La llevo yo, jefa —dijo Lidia, desde la puerta entreabierta de la cocina.

La radio había callado. Marta intentó pronunciar todas las sílabas de su siguiente frase, pero era difícil.

—¿Nos harías ese favor?

—No es un favor. Es necesidad. Miraos cómo estáis.

Marta le entregó las llaves del Golf. En cuanto regresaron las demás — Olga con expresión desencajada, aunque no tanto como Lola— les dio la solución.

—Lidia se ha ofrecido a llevarnos. Os recogemos en la puerta. Porque vamos a ir las cuatro, ¿verdad?

Y Nina confirmó, con su alegría a prueba de todo:

—Por supuesto. ¡Yo no me lo pierdo por nada del mundo!

Tijeras de bordar

En la sala de espera de urgencias de la clínica El Pilar una docena de personas escuchaban aliviadas cómo en la calle la tormenta comenzaba a remitir. Un televisor pequeño, suspendido de una pared, repetía otra vez las imágenes de la boda real inglesa, en un último resumen informativo antes del fin de emisión. Pasaban unos minutos de la medianoche. Una hora estupenda para nacer, según Nina, que también presumía de entender algo de cartas astrales.

Después de dejar a Lola sentada en una silla de ruedas y en manos del personal de la clínica, Nina y Olga ocuparon dos de los asientos de plástico que quedaban libres. Lidia había ido a aparcar y no tardaría en unirse a ellas. Marta no las acompañó porque tenía otras emergencias, mucho más personales. Llegó al hospital tan descompuesta que en un primer momento pensaron que era ella la que precisaba atención. Se fue directa al cuarto de baño, donde vomitó y se lamentó de haber bebido como una jovencita que no sabe lo que se hace. Cuando, después de vaciar su estómago, comenzó a sentirse un poco mejor, se lavó la cara con agua fría, comprobó en el espejo su lamentable aspecto, trató de recordar lo que había dicho (sin mucho éxito), reparó en que era capaz por lo menos de mantener el equilibrio y regresó con las demás. Entró en la sala de espera cuando el himno nacional anunciaba el final de la programación televisiva del día. Nina y Olga hablaban en voz baja, comentando la accidentada jornada. Alguien se levantó a apagar el aparato. El silencio reveló de pronto el tictac de un reloj de pared que se imponía sobre el rumor de la lluvia y los crujidos del vestido de Olga. También dejaba al desnudo las conversaciones, que continuaron en susurros.

—¿No sentís un poco de lástima por Lola? —preguntó Olga, que cavilaba.

—¿Lástima?

—¿Un bebé, a estas alturas, os imagináis? ¿Noches sin dormir, pediatras, paseos en carrito? Uf, sólo de pensarlo me dan escalofríos. ¡Tenemos cuarenta y cinco años! Qué pereza.

—Ella lo desea mucho —intervino Nina—. No creo que sienta pereza. Si tú no hubieras tenido hijos tan joven, ¿no habrías querido tenerlos más tarde, cuando fuera?

—Yo sí —afirmó con absoluta seguridad Olga—. Yo no quería morir sin tener hijos.

—Yo tampoco —soltó Marta—, y ya ves.

—Yo ni siquiera tuve tiempo de pensar si quería o no. Pero creo que habría querido —dijo Nina, y volviéndose hacia Marta preguntó—: Marta, ¿y tú por qué no tuviste hijos? —Reaccionó en el acto, interponiendo una mano abierta entre ella y Marta—. Perdona, entiendo que la pregunta es muy impertinente. Por favor, no me hagas ca...

—No me importa, Nina. Esta noche ya da todo igual. —Hizo una pausa, aunque no la necesitaba—. Los hijos no llegaron, sin más. Me importó, claro, pero no me traumatizó. Nos recomendaron algunas pruebas médicas, para conocer las causas del problema, dijeron, pero las fuimos postergando y postergando... Estábamos siempre tan ocupados... O puede que ninguno de los dos lo deseara lo suficiente. Yo creo que nací sin instinto maternal.

—¿Y Julia? ¿Sabéis por qué no tiene hijos? —preguntó Nina.

—No está casada —respondió Olga, con la contundencia de quien esgrime una verdad absoluta.

—¡Menudo motivo, Gordi! —Rio Nina.

—¿Tú crees que las diputadas pueden tener hijos? —De nuevo Olga. Marta, vehemente:

—¡Anda! ¿Y por qué no? ¿Lo prohíbe alguna ley?

—No creo que tengan tiempo —dijo Nina.

—Tal vez lo que no tienen son ganas.

Marta dio un respingo.

—¡Chicas! ¡Nos hemos olvidado de algo muy importante! Si Julia llega al restaurante no va a encontrar a nadie.

Nina y Lola esgrimieron sendas caras de preocupación.

—En cuanto llegue Lidia le voy a pedir que se acerque, por si está allí.

—Que deje un cartelito en la puerta —propuso Nina.

—Y que meta la comida en la nevera —añadió Olga, siempre tan atenta a lo minúsculo—. Con este calor se te va a estropear todo. Qué lástima de pato. Con las ganas que tenía de probarlo.

—¿Te encuentras un poco mejor? —le preguntó Nina a Marta, en un tono que quería ser de preocupación.

Marta no contestó. Estaba demasiado mal para reconocerlo. De pronto, se acercaron unos pasos por el pasillo. Todas se pusieron en alerta. Un médico joven con pijama verde y zuecos preguntó desde el umbral de la puerta:

—¿Familiares de Julia Salas?

Se levantó una mujer de pelo ceniciento, algo rechoncha y cargada de espaldas, que estaba sentada a escasos metros de las tres compañeras, y que llevaba un buen rato mirándolas con disimulo pero escuchándolas con mucha atención.

Olga y Nina se dirigieron una mirada llena de interrogantes. Marta no las secundó: estaba demasiado confusa para prestar atención al nombre que acababan de pronunciar.

—¿Ha dicho Julia Salas? —susurró Nina. Olga se encogió de hombros.

—¿Es usted su hermana? —preguntó el médico a la mujer cargada de espaldas.

—Como si lo fuera. Soy una amiga de toda la vida.

—De acuerdo. La señora Salas ha vuelto en sí. No hay fracturas ni otras lesiones, pero vamos a dejarla en observación toda la noche. Por el golpe en la cabeza y porque no recuerda que se ha desmayado. Si quiere, puede pasar a verla ahora.

—Sí, sí, claro.

—¿Viene alguien con usted? —El médico miró hacia el resto de ocupantes de la sala de espera.

—No, no, he venido sola. En un rato llegará otra persona.

—Bien, en ese caso acompáñeme, por favor. —Médico y visitante salieron. Las curiosas amigas aún pudieron escuchar otra pregunta—: ¿Le importaría decirme su nombre?

—Ramona Claramunt —repuso ella.

Olga arrugó el entrecejo, revisando todas las Ramonas de su memoria. Era uno de esos nombres que no se olvidan. Le preguntó a su hermana, en un murmullo:

—¿Conocemos a alguna Ramona Claramunt?

—Yo no —se apresuró a responder Marta, indiferente.

Nina también dudaba. Musitó:

—¿Estás segura de que ha dicho Julia Salas? ¿Será nuestra Julia?

La pregunta quedó sin respuesta porque en aquel instante hacía su entrada un joven moreno enfundado en una elegante gabardina negra con un paraguas grande y varonil en la mano. Le reconocieron por su cara de jovencito y su porte de hombre maduro antes de que pronunciara la primera palabra.

—Tú debes de ser Andresito. Digo, Andrés. —Se adelantó Olga, alisándose la falda del vestido—. Soy Olga Viñó, hemos hablado hace un rato por teléfono. Mucho gusto. —Y le plantificó un beso en cada mejilla.

Las presentaciones trajeron un poco de animación a la sala de espera. El barullo les valió las miradas de desaprobación de algunos de los desconocidos presentes. No había hecho más que besar a Nina cuando el recién llegado la reconoció.

—¡Un momento! ¡Su cara me suena! ¡Claro! —No disimuló su alegría por ser capaz de darse cuenta—. ¡Es la de las fotos con Los Beatles!

—Caray, buena vista —opinó Nina.

—Qué va. Precisamente ayer mismo estuvimos con Lola viendo las fotos. ¡Yo pensaba que eran un montaje! —Rio—. Además, está usted igualita.

—Este chico me va a gustar —bromeó Nina, levantando la voz—. Aunque como me sigas llamando de usted te arreo un mamporro.

Marta le dio la mano y mantuvo las distancias, sólo para no ofenderle con la mezcla de olores que desprendía.

Al muchacho se le veía desconcertado.

—No imaginaba que iba a ponerse de parto esta noche —dijo—. Si no, no habría dejado que se fuera. Pero se ha empeñado en caminar, la muy cabezota, con este tiempo. Debería haber ido con ella —hablaba como si

fuera responsable de lo que estaba ocurriendo. O como si no se refiriera a su madrastra.

—Estas cosas son imprevisibles, cielo. —Olga mostró su mejor sonrisa maternal.

Andrés se quitó la gabardina, dejó el paraguas en un rincón. Se sentó junto a Olga en una de las sillas de plástico. Preguntó:

—¿Cuánto tardarán? Necesito verla.

—Eso tampoco lo sabe nadie. Cada parto tiene su ritmo. Cálmate, respira hondo. Lolita es primeriza. Las primerizas tardan más. No te pongas nervioso. —Olga acariciaba la rodilla de Andresito igual que hubiera hecho con la de su hijo menor si estuviera en apuros.

Andrés soltó un bufido, en un intento de liberar la tensión. Parecía preocupado. No como lo habría estado un hijastro. Marta, que estaba sentada frente a él y no le quitaba ojo, se acercó al oído de Nina y dijo:

—Qué guapo.

—Ah, estáis aquí —irrumpió de pronto la voz de Lidia—. No os encontraba.

Jadeaba a causa de la carrera y sus mejillas estaban más sonrosadas que antes. Le devolvió a Marta las llaves del Golf.

—Lo he dejado en la calle Madrazo —dijo.

Marta se guardó las llaves en el bolsillo.

—Gracias, Lidia. —Dudó un instante si encargarle que fuera al restaurante a colgar un cartelito en la puerta, pero incluso en su estado reparó en que las cosas habían cambiado de nuevo. Era la noche de las sorpresas constantes. Así que preguntó—: ¿Te vas a casa?

—Si ya no me necesitas... —La muchacha todavía tenía la nariz colorada por culpa del llanto, y parecía afectada por aquella catarsis sentimental donde se había visto inmersa sin proponérselo. Aunque podría ser que lo de la nariz fuera natural.

Marta la animó.

—Aprovecha ahora, que llueve menos.

—¿Cómo volverás tú?

—Caminando. Me sentará muy bien.

—¿Y el coche?

Marta hizo un gesto con la mano, casi coreográfico, a cámara lenta, y respondió:

—Ya lo pensaré mañana. No te preocupes más por mí.

—Bueno... ¿seguro? —Lidia seguía dudando, tenaz, fiel. Ante el silencio de Marta se decidió—: Voy a llamar a Damián para que venga a recogerme. —Y salió en busca de una cabina telefónica.

Olga se puso ligeramente en guardia, pero se calmó enseguida. Andresito apoyaba los codos en las rodillas, agachaba la cabeza y metía los largos dedos blancuzcos entre su largo y abundante cabello oscuro. Se le marcaban los huesos de los omoplatos y la línea de la columna vertebral a pesar de la camisa. Más de una recordó la perfección de las esculturas clásicas.

—No soporto esperar —musitó el joven, resoplando de nuevo.

Olga le comprendió enseguida. Dijo:

—Mi hijo pequeño también es muy impaciente. La paciencia te la enseña la vida.

Andrés ladeó la cabeza y le dirigió al comentario una mirada de desprecio. Consideró que no valía la pena contestar, porque igualmente no le iban a tomar en serio. Estaba acostumbrado a que eso ocurriera, incluso en personas que —como las presentes— no sabían nada de él. No pensaba amedrentarse.

Nina recostaba la cabeza en las baldosas de la pared. Pensaba que la bebida ya no se le ponía tan bien como antes y que no debería haber bebido tanto. Meditaba sobre cómo el tiempo termina por cambiarlo todo. Por mucho que planifiques, el tiempo siempre te sorprende.

Pero, sobre todo, pensaba en Marta y en Álex, en qué parte de culpa le correspondía a ella en aquella historia. En si su relación con él era lo bastante firme para resistir aquella enorme carga. Llegó a la conclusión de que no.

—¿No deberías llamarle? —propuso Marta, acercando su aliento pestilente al pescuezo de Nina.

—¿A quién?

—Al pato caliente. —Soltó una risilla—. Ya estará tibio.

Nina añadió:

—Más bien fresco.

Sonrieron. A pesar de todo, fue una sonrisa casi cómplice, que las dos agradecieron. Un poco de alivio para tanta tensión. Luego se quedaron en silencio. Nina mantuvo la mirada fija y musitó:

—Lo siento de verdad. —Y como Marta no dijo nada, añadió, sin dejar de observar al hijastro—: Sí es guapo el jodido niño, sí. Qué cabrona.

El resto de ocupantes de la sala de espera se iba renovando al ritmo habitual. Algunos obedecían la llamada de algún médico. Otros recibían de vuelta a sus familiares recién reparados. Llegaban nuevas historias y se mezclaban con la de las tres amigas y el joven Andrés. El mundo seguía su curso.

De pronto, Olga aprovechó que quedaba una vacante al lado de su hermana para entablar con ella una conversación privada que llevaba un rato deseando. El origen estaba en la llamada que le hizo a Andrés desde el restaurante, antes de salir. Entró en el cubículo de madera con la palmatoria en la mano. Observó el desorden de la mesa, dejó la vela con cuidado de no quemar nada sobre la pila de papeles y ocupó la silla. Lo hizo más por afán de emular a su hermana que por verdadera necesidad de sentarse. Le gustaba jugar a ser otras personas ni que fuera durante el tiempo de una llamada. Pero al meter los pies bajo la mesa tropezó con un armatoste. Se agachó a curiosear. Como en la oscuridad no vio de qué se trataba, se ayudó de la palmatoria. Lo que vio era el origen de la pregunta que estaba a punto de formular.

—Marta, querida, ¿se puede saber por qué tienes un teléfono mío debajo de tu mesa?

—Ah, lo has encontrado —contestó Marta, indiferente.

—Por pura casualidad.

—No pensaba que te dieras cuenta. Nunca te das cuenta de nada. Toda tu vida intentando saberlo todo de todo el mundo y ya ves. Las cosas desfilan ante tus ojos y tú ni te enteras. Siempre igual, desde hace años.

Olga prefirió no reconocer que su hermana tenía razón. Siguió a lo suyo, lo único que le interesaba en ese momento: descubrir a los culpables del latrocinio telefónico. Preguntó, policial:

—¿Has sido tú quien ha arrancado el teléfono de mi casa?

—¿Yo? —Marta arqueó las cejas—. No, querida. Tu casa no es mi jurisdicción.

—¿Entonces?

—Fue tu marido. Yo se lo pedí.

—¿Benito? ¿Cómo que...? —reaccionó con la misma extrañeza con que Julio César debió de mirar a Bruto—. No puede ser.

—Hace tiempo que sospecho de ti, hermanita —explicó Marta—. No has sido nada cuidadosa, que lo sepas. A veces te oía descolgar. Otras, respirar. La verdad es que no me sorprende. Con lo que te gusta husmear en las vidas ajenas. Algo tienes que hacer para no morirte de aburrimiento, ¿verdad? Espiar conversaciones, organizar cenitas... Pero ya estaba harta. Quiero hablar por teléfono sin tenerte pegada a la oreja. Espero que encuentres lo antes posible otra forma de diversión.

—¿Le pediste a Benito que arrancara el teléfono? —preguntó Olga, que no había oído nada de lo que su hermana acababa de decirle.

—Le hablé de la extraña bifurcación de mi línea y de los ruidos que se mezclaban con mis conversaciones. No tuve que decirle nada más. Al día siguiente me trajo el aparato.

—¿Y cómo lo encontró?

—Yo misma le dije dónde debía buscarlo.

—¿Y tú cómo sabías...?

—Porque una vez descubrí a mamá escuchando las conversaciones del padastro escondida dentro del armario. —Marta sonrió—. Fue ella quien mandó instalar el aparato en ese sitio tan raro. ¿No lo sabías?

Olga estaba deseando conocer el misterio, pero no podía soportar que su hermana, que siempre parecía tan ocupada y tan poco interesada en las menudencias del mundo, tuviera más información que ella. No podía soportar saberlo por Marta, con el empeño que había puesto ella en sus muchas averiguaciones, por no hablar del tiempo invertido. «Esto me pasa por irme de casa antes que Marta —se dijo a sí misma, convencida—, debería haberme quedado.»

El episodio de espionaje del que Marta acababa de darle cuenta sucedió entre 1956 y 1962, los años que mediaron entre las bodas de ambas, cuando la pequeña de las Viñó se quedó de hija única en el piso de su padastro. Fue

entonces cuando se dedicó, ayudada por la agudeza que le daba una mayor edad, a observar el comportamiento de su madre. Alivio cuando se quedaba sola. Zozobra cuando llamaban a la puerta. Rigidez cuando su marido llegaba a casa. Silencio absoluto, aunque siempre alerta, el resto del tiempo. El teléfono del armario, bien escondido dentro de una caja de madera, camuflado tras los abrigos de piel, fue el indicio más significativo.

—Mamá vivía muerta de miedo —le contó Marta—. Siempre pensó que su marido podía delatarla por su pasado rojo. Siempre esperó que vinieran a buscarla, que le preguntaran por papá, que la descubrieran. Nunca se fio del padrastro. Por supuesto, tampoco creo que le quisiera nunca. Cuando él se marchaba al taller, debía de imaginar lo peor. Por eso decidió espiarle. Para vivir más tranquila o, por lo menos, para que lo peor no la agarrara por sorpresa.

Olga fruncía el entrecejo. Necesitaba un tiempo para entender lo que estaba escuchando y reacomodar la imagen que siempre tuvo de su madre. Aunque lo que le decía Marta encajaba a la perfección con las pistas, los pequeños detalles, que ella también recordaba. A menudo la verdad está en lo pequeño, que tanto cuesta ver. Por toda respuesta, Olga murmuró, a modo de veredicto:

—Pobre mamá.

Ramona entró en la habitación de Julia deslizándose en silencio sobre sus suelas de goma.

—Hasta aquí estás estilosa, jodía.

Julia amagó una risita. Ramona se acercó a la cama. Esperaba encontrarla peor. Viéndola, nadie diría que había tenido un accidente.

—Eres la accidentada mejor peinada que he visto en mi vida —añadió.

—¿Estilosa? ¿Con esto? —Julia pellizcó la bata azul celeste abrochada con cintas por detrás que le habían obligado a ponerse—. ¿Enseñando el culo? ¡No fastidies! Aunque no me extraña que me encuentres bien. Me has visto en mis peores momentos.

La presencia de un gotero junto a la cama, que le administraba un líquido transparente por vía intravenosa, y la sombra de unas ojeras azuladas —que tal vez ya estaban ahí antes de la colisión— eran las dos únicas evidencias de que la salud de Julia tal vez no era óptima. La contusión en la cabeza le dolía un poco, y comenzaba a adivinarse el principio de un hematoma azulado en el hombro, nada más. Cuando despertó estaba confusa y tenía jaqueca, pero la confusión había pasado sin consecuencias y el dolor iba remitiendo.

—¿Cómo está el chófer? —quiso saber Julia—. ¿Te han dicho algo? Él ha salido peor parado que yo.

Ramona se encogió de hombros.

—He llamado a María. Debe de estar al llegar. Seguro que ella lo sabe o encuentra el modo de averiguarlo en veinte segundos.

—Seguro. —Julia sonrió, posó una mano en el antebrazo de su amiga—. Perdona por sacarte de casa en una noche como ésta. Seguro que ya estabas acostada.

—Sí, pero da igual. A mi edad, lo único que hago en la cama es roncar. No hay víctimas inocentes.

Julia rio. Era una de las cosas que Ramona admiraba de ella: su capacidad de poner buena cara a las complicaciones.

—¿Por qué cuando estoy en apuros siempre eres la primera persona que se me viene a la mente?

—Me honra usted, señora diputada.

La habitación era doble, pero la cama contigua estaba vacía. La única ventana daba a la calle Madrazo, por donde a esas horas sólo circulaban unos pocos vehículos y casi ningún transeúnte. El suelo mojado le daba al paisaje urbano un aire pictórico. Bajo la ventana, junto a la pared, un sofá azul de tres plazas esperaba visitantes. Julia estaba cómodamente reclinada sobre dos almohadones en una de esas camas pensadas para facilitar el trabajo al personal sanitario, con aspecto de máquina de tortura. Una lámpara en la mesilla proporcionaba un círculo de luz cálida, en oposición al fluorescente del techo, que había estado encendido hasta unos minutos antes. Todo respiraba sosiego y seguridad.

Una enfermera entró en la habitación a preguntarle a Julia cómo se encontraba.

—Bien —dijo ella, con una sonrisa agradecida.

—Si se sintiera mal, pulse el timbre junto al cabecero de la cama, ¿de acuerdo?

Julia asintió.

—Disculpe —añadió, persiguiendo a la apresurada enfermera con el tono de su voz—. Al mismo tiempo que yo ingresó un hombre, el conductor del coche en el que viajábamos. ¿Sabe usted si está bien?

—Lo preguntaré. ¿Cómo se llama?

Julia no pudo facilitar esa información. Se sintió mal al constatar que había pasado el día con alguien a quien no le había preguntado ni el nombre. Por un momento pensó que igual lo había olvidado. Pero no: ni siquiera se interesó.

—Se lo diremos en cuanto lo sepamos —resolvió Ramona, adivinando las lucubraciones de su amiga. Se volvió hacia Julia para añadir—: Necesitamos a María. Y tú no te reconcomas más. Para estos menesteres tienes a la secretaria más eficaz del sistema solar.

La enfermera continuó su ronda, indiferente. Ramona se sentó en el sofá azul e inquirió:

—Bueno, ¿me vas a contar qué ha pasado?

—No gran cosa. Había un vehículo grande en la calzada, hemos derrapado o algo así, nos hemos estrellado contra un buzón y luego contra la pared de un edificio. Creo que el coche ha quedado hecho un acordeón. No sé si hay más daños. Y todo esto aquí al lado, en la esquina de Vía Augusta.

—También es mala suerte. Estabas casi llegando al restaurante de tu amiga.

—Sí. Por cierto. Tengo que decirle a María que avise a Marta Viñó. Recuérdamelo.

—Puede que no haga falta. No creo que las encuentre en el restaurante. ¿Crees en las casualidades?

Julia arqueó un par de cejas interrogantes.

—¿Debería?

—Creo que tus amigas de la infancia están aquí.

—¿Aquí, dónde? ¿En la clínica?

—En la sala de espera.

—¿Seguro?

—Casi.

—¿Y qué hacen aquí?

—Mucho ruido.

—¿Por qué piensas que son ellas?

—Una lleva una minifalda que parece de su hija y que no debería permitirse: tiene piernas de flamenco. No he oído cómo se llama. Otra está pedo, completamente pedo. Ha estado vomitando en el baño y ha vuelto con cara de trance a sentarse con las otras dos. Apenas abre la boca, por si acaso. La llaman Marta. Si te fijas bien ves que se parece mucho a la tercera, aunque la beoda es como una versión simplificada de la otra. Y la última es indescriptible. Como una de esas muñequitas Nancy que les gustan a las niñas de ahora, una mezcla de Jackie Kennedy y reina del Carnaval. No le falta ni un detalle. Viste una cosa horrible de color amarillo canario que no la deja ni moverse. Pero te falta aún el dato más significativo: las otras dos la llaman Gordi. —Hizo una pausa, en busca del efecto teatral—. ¿Y bien? ¿Alguna conclusión?

—Son ellas.

—Eso me había parecido.

—La de amarillo tiene que ser Olga.

—Pero está como una sílfide.

Julia agitó la cabeza.

—¿En serio? Bueno, tiempo para adelgazar no le ha faltado. Nos queda Lolita. ¿Dónde está?

—Diría que pariendo. —Sonrió Ramona, a quien le divertía aquel juego de los acertijos.

—¿Pariendo? ¿Lolita Puncel? ¿A los cuarenta y cinco años?

—Juraría que eso han dicho. Y que ellas están ahí, a la espera. Entretenidas en compadecerla.

—No sabía que estaba embarazada.

—Son mucho más ridículas de lo que me habías dicho.

—Qué mala eres.

—Yo de ti no las vería nunca más.

—¿Por ridículas? Pues ahora sí que me entran ganas. —Soltó una risita —. ¡Siempre fuiste buena con el espionaje, Ramona!

—Estoy muy desentrenada, pero hay que reconocer que era bastante fácil. Hablan como cotorras. Y las tres están entonadas.

—Qué casualidad. Parece cosa del diablo.

—No lo descartes. Al diablo le encantan las mujeres ridículas. Seguro que esas tres le parecen maravillosas. ¿Y bien? ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Saben que estoy aquí?

—No creo que lo supieran. Pero el médico ha pronunciado tu nombre alto y claro en la sala de espera. Suponiendo que estén lo bastante sobrias, lo habrán oído y estarán estrujándose las meninges.

—¿Me harías otro favor? —Julia achinó los ojos.

—Ay, me lo estaba temiendo. Quieres que vengan, ¿verdad? ¿No te basta con mis explicaciones?

—Ya sabes que nunca.

Ramona soltó un bufido de hartazgo.

Nina estaba explicando su teoría del destino y la casualidad (basada en la creencia de que cuando las cosas ocurren con precipitación y desorden es que el caos de los astros se está transmitiendo a la Tierra) cuando llegó la enfermera con un bebé precioso en los brazos.

—¿Está aquí el padre? —preguntó.

Se levantó Andresito como si le hubieran empujado.

—Soy lo que más se parece —dijo, sonriendo a medias.

La enfermera le miró con recelo, sin entender, imaginando algo complicado y turbio. A pesar de todo le ofreció:

—¿Quieres cogerla?

Andresito asintió. La enfermera dejó a la criatura en sus brazos, que parecían demasiado largos o demasiado huesudos para un menester como aquél. O tal vez sólo era torpeza pasajera.

—Eres una niña. —Sonrió Andrés, hablándole con voz dulce a su medio hermana—. Vaya... esto sí que es una sorpresa.

Olga, Nina y Marta se levantaron a mirarla. Olga impostó la voz y mostró su lado más cursi, que no conocía límites. Nina tampoco se quedó corta con los exabruptos. Sólo Marta mantuvo la compostura. Nunca le habían gustado los bebés, solía pensar que no compensaban la cantidad de incomodidades que traen consigo. Aunque, si hubiera tenido uno, igual habría cambiado de opinión.

—Su madre dice que la va a llamar Mercedes, Merche —informó la enfermera, y dirigió una sonrisa a los presentes con la mejor intención, sin entender por qué todo el mundo se había quedado petrificado del susto.

—Ni hablar —zanjó Andrés, con una seguridad que dejó a todas suspendidas entre la admiración y la sorpresa—. Se llamará Lola. El nombre se lo pienso poner yo.

—Mejor Lolita —opinó Olga—. De momento.

La enfermera terció:

—Si quiere, puede entrar a discutirlo con la madre.

—¿Puedo entrar? —La evidente alegría con que Andrés recibió la noticia dejó al auditorio seducido por completo.

—Claro.

—Vamos.

La enfermera le guio, y parecía dispuesta a tomar de nuevo a la recién nacida, si no fuera porque Andrés no parecía querer soltarla. Entró como un padre jovencísimo y radiante, con la pequeña sin nombre en los brazos.

—Creo que Lola va a tener que escribirle otra carta a ese muermo amigo vuestro —dijo Marta.

—Pues yo diría que no —saltó Nina, con alegría evidente—. Si la ha dejado en el buzón de la esquina, no va a hacer falta. ¿No te has fijado en cómo estaba? Un coche se ha estrellado contra él. Las cartas eran esa pasta de papel que había alrededor. Lo que yo digo: en el cielo hay turbulencias. Es una lástima que no os haya podido leer las manos. Habría salido cualquier cosa.

—Puedes empezar ahora mismo, si quieres. —Y Marta le mostró una palma tersa, surcada de líneas como ríos profundos.

De pronto un nuevo taconeo se anunció por el pasillo. Una enfermera robusta y alta, que caminaba con las piernas muy separadas y moviendo los brazos vigorosamente, se detuvo en el umbral a preguntar:

—¿Alguien de ustedes es Marta Viñó?

Marta se desentumeció y miró a la mujer como si acabara de salir de una gruta muy profunda.

—Soy yo.

—¿Pueden venir conmigo?

—¿Yo y quién más?

—Usted y todas sus amigas. ¿Cuántas son?

—Dos. Conmigo, tres.

—Acompañenme, por favor. Julia Salas desea verlas.

Olga y Nina se intercambiaron una nueva mirada llena de significados. Entonces, habían oído bien.

Justo cuando la comitiva enfilaba el pasillo embaldosado rumbo al ascensor, por el extremo contrario entraba Damián. Olga le vio de refilón, sin querer verle. Damián también disimuló. Ambos sintieron un gran alivio de no tener que enfrentarse al otro.

Las tres compañeras y la enfermera que las guiaba tomaron el ascensor. En el silencio expectante de la subida, Olga observaba horrorizada los peludos brazos de la empleada sanitaria. Pensaba lo mucho que necesitaba una decoloración con agua oxigenada. Nina dijo:

—Qué emocionante volver a ver a nuestra Julia, ¿verdad?

Ni Marta ni Olga contestaron. La enfermera, que tenía la fisonomía y la actitud de un guerrero vikingo, dijo:

—Procuren no alborotar demasiado. Hay pacientes descansando.

Arriba esperaba Ramona, apoyada contra la pared, frente al ascensor, fumando. Nada más verlas salir, se presentó.

—Vosotras debéis de ser Marta, Nina y Olga, ¿verdad? Las compañeras de internado de Julia. Ella ha tenido un accidente cuando estaba llegando a vuestra cena. Por fortuna, a menos de quinientos metros de aquí. Han podido traerla enseguida. Se encuentra bien, sólo tiene unas cuantas contusiones. Con un poco de suerte, le darán el alta mañana. Tiene muchas ganas de veros. Es esa habitación. —Señaló una de las puertas cerradas.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? —preguntó Olga, frunciendo el ceño.

—Por mí —dijo Ramona—. Os he reconocido hace un rato. También estaba en la sala de espera. Julia me ha hablado de vosotras varias veces.

—Perdona, ¿y tú eres...? —insistió Olga.

—Ah, sí, claro. Yo soy Ramona. Camarada de Julia. —Les tendió la mano, y las tres se la estrecharon, pensando en lo raro que era saludarse así entre mujeres.

—¿Camarada? —se extrañó Nina.

—De varias revoluciones —aclaró Ramona—. Nos conocimos en la cárcel.

—¿Qué quieres decir, en la cárcel? —La frente de Olga se arrugó más aún.

—Ah, claro, vosotras no sabéis nada de esa época de Julia, ¿verdad? Mejor que os lo cuente ella si quiere. En realidad, lo suyo no tuvo importancia, fue muy breve, apenas unos meses en Les Corts. Yo fui saltando de prisión en prisión durante veintidós años.

—Uy —Olga—, ¿y eso por qué te pasó?

—Porque yo era mala de verdad.

Ramona decía esto con una seriedad casi judicial, sólo perturbada por lo que parecía el inicio de una sonrisa. La ambigüedad de la ironía. En realidad, se estaba divirtiendo.

A Marta, Olga y Nina se les notaba en la cara ese tipo de curiosidad que no puede manifestarse. Las tres esperaban explicaciones que rellenaran las lagunas que acababan de surgir en su imagen de Julia. Las tres sospechaban que esas explicaciones no podían pedirse y, tal vez, no debían darse. Nunca antes se habían enfrentado a ese tipo de verdad. Según los cánones de las tres, con pocas variantes, Ramona tenía aspecto de haber estado en prisión. No sabían cómo tratarla.

—Sólo os ruego que no la fatiguéis demasiado —añadió Ramona—. Se ha llevado un buen susto y sigue en observación, por muy bien que se encuentre. Voy a hacer unas llamadas, a fumarme un par de cigarros y volveré para echaros. ¿De acuerdo?

Todas acataron las órdenes sin rechistar. Resultaba enternecedor el modo en que Ramona hablaba de Julia y, aún más, cómo cuidaba de ella. La mujer abrió la puerta de la habitación y les invitó con un gesto a adentrarse por un pasadizo en penumbra, mientras ella se quedaba fuera.

Entraron despacio, con pasitos cortos. Olga la última, a propósito. Sentía de pronto una especie de vértigo, que achacaba a la bebida y a las horas. En realidad, era pánico.

El pasillo se ensanchaba de pronto en una habitación que la oscuridad y la pequeña luz de la mesilla humanizaban. Julia estaba sonriente, con las manos entrelazadas sobre las costillas y a su lado, metálico y brillante, el gotero como un centinela. Acababa de aplicarse colorete y lápiz de labios, pero eso sólo lo habría notado Ramona. También había alisado la batita azul cielo y la sábana de la cama, para causar mejor impresión.

Nada más entrar comenzaron a desobedecer a la enfermera vikinga. Se dedicaron palabras de sorpresa, de elogio y de alegría, más o menos por este orden, en un tono de voz desmesuradamente alto. Rieron, nerviosas, ante la realidad del reencuentro. Julia tuvo palabras halagüeñas para todas, salvo para Olga. A Olga la esquivó un par de veces, de palabra y de obra. En medio del barullo sólo la interesada se dio cuenta. La enfermera irrumpió de pronto en la habitación y soltó, como si fuera la reencarnación de la madre Rufina:

—Bajen la voz. Les he dicho que hay gente descansando.

Se quedaron quietas, mirándose con cara de niñas traviesas, se escaparon nuevas risitas y por fin lograron hablar a un volumen adecuado.

Lo primero que Julia preguntó:

—¿Es verdad que Lolita está de parto?

Fue informada de los detalles con rigor periodístico. Se maravillaron juntas de las casualidades, llegaron a la conclusión que tampoco eran tan grandes considerando que el restaurante estaba muy cerca de allí, Nina mencionó la alineación de los astros, se emplazaron para hacerle una visita a la mamá reciente en cuanto fuera posible y de pronto volvió el silencio. Entonces Julia dijo:

—Por favor, sentaos. No os quedéis de pie.

Ocuparon el sofá azul bajo la ventana. Olga, envarada y crujiente por culpa del vestido de glasé. Marta, ojerosa y desaliñada, como corresponde a una mujer recién abandonada. Y Nina, con las piernas cruzadas y haciendo bailar en el aire una de sus sandalias de tacón vertiginoso.

—Si pudiera, os haría una foto. —Rio Julia, al verlas en fila—. No habéis cambiado tanto, chicas.

—Bueno, yo sí —corrigió Olga.

Julia tuvo que darle la razón. Y dirigirle la palabra directamente por primera vez.

—Es verdad. Es como si te hubieran dividido entre cuatro.

Olga sonrió y ladeó la cabeza, satisfecha. Ya tenía lo que quería.

—Hace tanto que ya ni me acuerdo de cuando era gorda —se vanaglorió.

—A ti no te encontramos diferente porque estamos hartas de verte en la tele —observó Nina—. Juegas con ventaja.

—Pero está mejor al natural, ¿verdad? —añadió Olga, buscando en vano el apoyo de sus compañeras de sofá.

—Pues yo me acuerdo mucho de cómo eras de pequeña. Con tu camisón agujereado (no querías que viéramos los agujeros pero los veíamos) y tu melena negrísima. Aunque te queda bien el rubio —dijo Marta, y sus palabras provocaron en el acto una reacción de Olga—. Quién te ha visto y quién te ve, Julia. Debes de estar muy orgullosa de ti misma.

A Julia el recuerdo del camisón agujereado no le molestó en absoluto. Más bien le parecía divertido evocar sus eternas cuitas por disimular los agujeros ante sus compañeras ricas. La vida ordena por tamaño, de mayor a menor, los recuerdos que duelen. Si los grandes ocupan mucho espacio, los pequeños ni se sabe dónde están.

Con respecto a las razones para sentirse orgullosa de sí misma ocurría más o menos lo mismo. Había hecho, en momentos muy delicados, cosas tan difíciles, se había sobrepuesto a tantos reveses, que formar parte del gobierno y estar cambiando las leyes de su país le parecía el menor de sus logros, casi una consecuencia natural de toda la rabia acumulada durante años. Sólo dijo, para subrayar las palabras de Marta:

—No me puedo quejar.

Había mucho por decir, pero ni la situación ni el lugar invitaban en absoluto a las confidencias. Además, las tres recién llegadas tenían por igual la sensación de hallarse ante una desconocida. Alguien que sólo vagamente se parecía a la Julia de su infancia, aquella pobre criatura a quienes las monjas obligaban a servirles la mesa, a recoger y lavar sus platos sucios, una criadita al servicio de las afortunadas. Ahora Julia tenía estudios — superiores, la única de las cuatro—, secretaria, un peinado perfecto, un pasado misterioso y maneras de diplomática experta. Las miraba desde la altura de la cama articulada con una sonrisa satisfecha, esperando el mejor momento para lanzar la siguiente pregunta.

—Bueno, ¿no pensáis contarme nada de vosotras? —inquirió Julia, con su sonrisa imborrable—. ¿Por qué no me ponéis al día? ¿Qué habéis estado haciendo en los últimos treinta y un años?

En el fondo, era la pregunta que todas esperaban. No sólo porque tenía su lógica, también —y sobre todo— porque proporcionar información te legítima para recabarla luego. Y todas estaban deseando saber en qué había ocupado Julia sus tres décadas.

Cada una de ellas pasó a confeccionar su propio inventario de momentos vividos. Un resumen de pocos segundos sin olvidar ningún hito importante. Primero Marta. Habló de su padrastro, del trabajo en la editorial, de su boda con el heredero de Ediciones Baudet, su conversión en autora de libros de cocina, el éxito, la radio, la revista y el restaurante. Al final añadió, como si no le importara en absoluto:

—Ah, y parece que ahora me voy a divorciar. Seré de las primeras en probar esa ley tuya.

Corrección de Julia:

—No es sólo mía.

—Bueno, ya.

Julia iba a preguntar algo sobre el divorcio, pero percibió un temblor en la voz de Marta, que había desviado la mirada, y le pareció que no debía hacerlo. Un buen conversador se distingue no sólo por lo que dice sino, sobre todo, por lo que calla.

Siguió Nina, con lo que ya sabemos: embarazo, expulsión del paraíso, matrimonio, hijos, infierno, separación, trabajo, Madrid, Beatles, Barcelona y nieto. Ni una palabra de Álex. Ya no era importante.

—¡Un nieto! —Julia levantó la cabeza del almohadón, impresionada.

—¿Verdad que no me pega nada? —Se estiró Nina, con cara de abuela orgullosa en minifalda.

—Nada de nada —le dio la razón Julia.

El asunto se desvió un momento hacia la descendencia. Olga presumió de sus cinco partos, Marta bromeó diciendo que ella no había tenido hijos para compensar la fecundidad de su hermana y Nina reconoció que le habría gustado tener otro pero que «se quedó sin semental». Rieron y la conversación, dócilmente, volvió a su cauce. Era el turno de Olga.

En su inventario los hijos, que acababa de nombrar, fueron por delante. Los cuatro mayores —dos hijas muy bien casadas, dos hijos muy trabajadores— estaban fuera de casa desde hacía tiempo, dijo, y ella rezaba para que los nietos no tardaran mucho. Todos se las apañaban muy bien sin ella —deje de amargura en su voz—, con excepción del pequeño, «que toca la guitarra, estudia Filosofía y hace lo que le parece, como todos los jóvenes de hoy en día», explicó. Nada le hubiera gustado más que ser médico —«para ayudar a la gente», apuntó—, pero tuvo que sacrificar sus estudios en aras de su matrimonio con el doctor Pardo, a quien definió como «un hombre muy inteligente». También habló de la proeza de sacarse el carné de conducir a la decimotercera, «aunque apenas cojo el coche», apostilló, y a su existencia le atribuyó algunos adjetivos más bien insípidos: «tranquila», «familiar» y «relajada».

Ya había acabado cuando se lo pensó mejor y añadió: «Sólo me gustaría poder cambiar algunas cosas del pasado». No dijo qué cosas, ni de qué pasado, pero aquella confesión, viniendo de ella, las emocionó. Mientras aún la miraban en silencio, Olga se atusó el pelo, se miró las uñas y cruzó las manos sobre el regazo mientras el glasé protestaba.

Hasta que tomó la palabra, Julia mostraba hacia Olga aquella actitud esquiva de la que sólo la interesada se estaba dando cuenta. La escuchaba, pero sin demostrarlo. Después de la intervención autobiográfica, la actitud de

Julia cambió. De la reserva a la conmiseración. Fue un cambio importante, aunque poco visible. Incluso se decidió a formularle una pregunta.

—¿No te planteas retomar tus estudios, Olga?

Olga negó con la cabeza, sin tristeza, resuelta.

—Al doctor Pardo no le gustaría.

—¿Por qué no? —se extrañó Julia.

—Él quiere que esté en casa.

—¿Y tú? —insistió la diputada.

Olga rio a medias, ladeó la cabeza y dijo:

—Bueno, eso qué más da. No voy a empezar ahora a llevarle la contraria, pobre hombre.

Lo dijo con un tono de voz triste, como si no hubiera remedio. Julia la miró, estupefacta, pensando si debía o quería decirle algo que la animara. Fue tan embarazoso el silencio que siguió que Marta se vio obligada a cambiar de tema.

—Te hemos guardado comida, Julia. Hay pastel de berenjenas, el pato con peras está intacto y quedan profiteroles, que estaban riquísimos, ¿verdad, Nina?

—¡Deliciosos! —apostilló la interpelada, la única que había tenido el privilegio de probar el postre.

—Si llegamos a saber que estabas aquí —intervino Olga, más repuesta—, te habríamos preparado una fiambreira, ¿verdad, Marta?

—Habría estado bien, porque tengo un hambre... Aunque el pato, me temo, os lo tendréis que comer vosotras. —Sonrió, encantadora, antes de añadir—: Soy vegetariana.

—Anda, qué raro —soltó Olga, abriendo mucho los ojos y dando un respingo de la sorpresa, como si su antigua compañera acabara de decir que era anfibia o que respiraba por branquias—. No comprendo a los vegetarianos.

Julia se encogió de hombros, como dando la razón a Olga con la mirada. El entendimiento entre ellas nunca fue fácil.

—Cada vez se le pone peor la noche al pobre pato —susurró Nina, divertida.

Entró otra enfermera. Se detuvo a los pies de la cama. Preguntó a Julia qué tal se encontraba y dijo algo de la magnífica compañía que tenía de pronto. Julia contestó que se sentía bien, que se le había pasado el dolor de cabeza y si no podían quitarle ya el gotero, que era un rollo. Marta aprovechó para preguntarle a la enfermera si tenían algo para la resaca, porque le iba a explotar la cabeza. La mujer la miró como si nunca hubiera visto a nadie con resaca y le dijo: «Ahora le traigo algo» y salió.

—¿Te encuentras mal, Marta? —se interesó Julia.

Contestó Olga:

—Se ha pimplado ella sola una botella de Chivas.

—Voy estando mejor —añadió Marta, limpiándose el sudor de la frente con la palma de la mano.

—Igual mañana, si me dan el alta, podría ir a tu restaurante y probar esas delicias que me habéis guardado —dijo Julia.

—Sería un honor.

—¡Eso! ¡Veámonos mañana! A la hora del almuerzo. Así te traigo el libro de mi compañera y me lo firmas, Marta —celebró Nina.

—Yo creo que mañana no tengo ningún compromiso —se hizo la interesante Olga.

Nina siguió con los planes felices.

—Y luego les hacemos una visita a las Lolitas, madre e hija.

—¡E hijastro! —Levantó un dedo Marta, aunque Julia no entendió a qué se refería.

Se lo contaron, en resumen: los dos Andrés, las culpabilidades de Lola y aquel dios pagano en gabardina que habían conocido en la sala de espera.

—Caramba con Lola. ¿Diecinueve años? —preguntó—. ¡Yo también quiero conocerlo! Aunque debo pedirlos que añadáis una parada más al itinerario. —Todas la miraron, dispuestas a aceptar cualquier cosa que fuera a proponerles—. He estado hablando de vosotras con Vicente, ¿os acordáis de él? Nuestro Vicentín. Le llamábamos «el tontito», qué vergüenza. Tiene ganas de veros, quiere que vayáis a visitarle. Le he prometido que os lo diría. Ahora vive en el Instituto Mental de Nou Barris. Está un poco lejos, pero podemos ir en un taxi, después de comer. Espero que no llueva.

La mención al tonto Vicente, el recuerdo de aquella noche de julio de 1950 y el estupor de que fuera Julia quien les hablara de él provocó un repentino silencio.

—¿Tienes contacto con Vicentín? —Nina fue la única que se atrevió a preguntarlo.

—Menos del que quisiera. Voy a visitarle cada vez que vengo a Barcelona.

—¿Y cómo está? —se interesó Olga, con la voz afectada por uno de sus raptos teatrales.

—Encantador, como siempre. Ha tenido algunos problemillas de salud, pero ahora se encuentra mejor.

Julia disfrutaba con las caras de desconcierto, casi de miedo, de sus compañeras. Acababan de experimentar una de esas desconexiones con la realidad que deben de sentir quienes de pronto pierden la memoria. Los datos que poseían no encajaban con la lógica del mundo. Julia sonrió. No estaba en absoluto cansada. Lo único que sentía era liberación. La vida en orden, el mundo fuera, ella a salvo de todo, el pasado alineado frente a sus ojos. Y el desconcierto de las chicas, claro, en el que se estaba regocijando a propósito.

—Bueno, me parece que debería contaros dos o tres cosas de mi vida que no sabéis.

Comenzó por el principio. Es decir, por la noche calurosa de 1950 en que Vicentín la violó. Lo dijo a las claras, sin rodeos, sin eufemismos. Violación. La palabra terrible. Recordó que el muchacho estaba ya despierto cuando Marta salió del cuartucho junto a la leñera —«¿Te acuerdas que a ti te agarró del camisón?», preguntó, y las demás tuvieron que reconocerlo— y de algún modo esperaba, desconcertado y muerto de curiosidad, la siguiente visita. Esas dos emociones revueltas nunca le sentaron bien a Vicente, explicó. Se estaba masturbando cuando ella entró en su cuarto, aunque a esa edad ella no supo reconocer qué hacía. Se asustaron ambos. Les recordó la evidente exacerbación sexual que ya por entonces demostraba Vicente. Era propia de la edad pero, sobre todo, de su estado, de su enfermedad. Jugaron con fuego

al provocarle de aquel modo. En realidad, aunque le costó un tiempo comprenderlo, él no lo hizo con mala intención. Simplemente lo hizo. Miró a Olga al decir:

—Me tocó a mí, pero podríais haber sido cualquiera de vosotras y eso todas lo sabemos. No habríais corrido la misma suerte que yo, pero también os habrían castigado. La madre Rufina creyó que me merecía un castigo ejemplar, acorde con mi gravísimo pecado. Según ella, yo tuve la culpa de lo que pasó, en parte porque no llevaba bragas. Porque mis bragas estaban en la escalera, a saber por qué. Decidió enviarme a un internado de la sierra de Collserola, un lugar horrible llamado Los Pinos. En la puerta ponía «Colegio» pero en realidad era un correccional donde acogían sólo casos difíciles. Todas chicas, todas huérfanas, la mayoría de padres rojos muertos o ausentes. No teníamos a nadie en el mundo que pudiera pedir explicaciones a las monjas por lo mal que nos trataban. Podían hacer cualquier cosa con nosotras. Éramos —y así nos hacían sentir— los despojos de la sociedad.

»No os asustéis. No voy a entrar en detalles. Habría demasiado que contar. Sólo os diré que en los tres años que pasé allí encerrada nunca me enseñaron nada, ni siquiera pisé una sola vez algo parecido a un aula. Trabajábamos de sol a sol lavando y remendando sábanas. También nos ocupábamos de la limpieza del edificio. Siempre con sosa cáustica, las monjas adoraban la sosa cáustica, la usaban para todo. La mayor parte del tiempo que pasé allí tuve las manos abrasadas. Decidí fugarme y tuve suerte. A otras las pillaron antes de que salieran del jardín. Yo lo logré, me escapé —las oyentes respiraron, con alivio—, salí por una ventana, de noche, escalé la puerta principal, esperé a que amaneciera hecha un ovillo bajo un árbol. Luego bajé la montaña a pie, deleitándome en el paisaje. Qué sensación de libertad, nunca he vuelto a experimentarla. No sabía a dónde me dirigía. Pensaba ir en busca de Vicente, rescatarle del internado, sin ningún plan premeditado. Me sentía algo así como responsable, había pensado mucho en él en las largas noches del correccional, Vicente era lo único que tenía en el mundo. Me habían dicho que había lugares donde recogían a los niños huérfanos y no los maltrataban. Quería encontrar uno de esos sitios y quedarme allí con él. No tenía ni idea.

En ese momento entró en el cuarto la enfermera. Traía el calmante de Marta en una bandeja con un vasito de agua. La interesada se lo tomó de un sorbo, deseosa de continuar escuchando el relato de Julia.

—Si se siente mal, puede echarse en el sofá —dijo la enfermera, antes de salir de nuevo.

La narración continuó, sin más interrupciones. A Julia no le temblaba la voz. Comenzaba a perder el miedo a la verdad desnuda.

—Lamento decirles que el drama aún no ha terminado. Esta parte de mi vida se parece a *Lucecita*. Por el camino un guardia civil me pidió la documentación. Tuvimos un intercambio desafortunado —sonrió, sorprendida de estar bromeando sobre eso— y me defendí como pude. Me detuvo por agredirle. Me llevaron a la cárcel de mujeres de Les Corts, donde pasé ocho meses. No me miréis con esa cara de tristeza, que enseguida empieza lo bueno. En la cárcel conocí a Ramona. En realidad, ese cambio de rumbo me salvó la vida. El azar es extraño, ¿verdad? Si el rosario de calamidades que os acabo de contar no hubiera ocurrido, a saber qué habría sido de mí. Ramona me metió en el partido, veló por mí, me dio oportunidades, creyó en aquella piltrafa humana que yo era cuando me conoció, a los diecisiete años. Una niña con las manos corroídas por la sosa, que en la escuela sólo había aprendido a ser la criada de otras. —Se cruzaron miradas culpables—. Y a cargar con el peso de unos recuerdos que no podía cambiar ni olvidar. Algo hay que hacer, si eso es todo lo que tienes.

Julia se detuvo también en la parte buena de su vida: la salida de la cárcel, la militancia en el partido, Francia, la universidad, los compañeros, Ramona liberada, la amistad, vuelta a España, la muerte de Franco, la legalización del partido comunista... Mientras hablaba, sus antiguas compañeras seguían pensando en su pasado, en los años duros, masticando unos remordimientos que todas se esforzaban por disimular. Sobre todo, Olga. Olga pensaba en la sosa cáustica, en la huida en plena noche, en los ocho meses de cárcel y poco a poco sentía que el corazón le pesaba como si la estuviera transformando en piedra. Una piedra grande y gorda con la que no podía cargar. Se preguntó si no habría convocado la cena para eso, para

saber, para confirmar, para expiar por fin su culpa. Se preguntó si alguna instancia superior tendría algo que ver con todo eso. Responsabilizar a Dios de lo que nos pasa es un modo de excusarse uno mismo.

Julia proseguía.

—El día que murió Franco, Ramona y yo nos emborrachamos con anís. Creo que no nos hemos sentido más felices en toda nuestra vida. Y eso que la borrachera de anís es de las peores.

Las risas fueron tímidas esta vez. No podía ser de otro modo. Obedeciendo a la enfermera, Marta se había recostado en el sofá y escuchaba sin mover un músculo. El vestido de glasé llevaba un buen rato sin crujir. Los ojos de Nina, muy abiertos, brillaban en la oscuridad.

—Lo primero que hice en una de mis escapadas a Barcelona, todavía en la clandestinidad, fue ir en busca de Vicentín. Quería sacarlo como fuera del internado de las paulinas. Tendríais que haber visto cómo le tenían las monjas. ¿Recordáis su cuarto, aquella pocilga al lado de la leñera? —Todas asintieron—. Le habían encerrado. Había un candado en la puerta y sólo le dejaban salir un rato los domingos «para que le diera el sol», decían. El pobre se pasaba las noches llorando y gritando que abrieran la puerta, no entendía nada. A las monjas les daba miedo, qué risa, si ellas eran las malas del cuento, sólo les faltó comérselo. —Hizo una pausa, con la mirada perdida en una memoria que no compartió—. En fin, fui al internado y me lo llevé. Las monjas parecieron muy aliviadas, por cierto, casi no me pidieron ni explicaciones. La madre Presentación era ahora la directora. A Vicente le busqué un lugar mejor donde vivir y desde entonces está en el Instituto Mental de Nou Barris. Tiene una enfermera que le cuida, un montón de gente que le quiere, es campeón de parchís, colecciona piedras y se masturba todo el rato. Creo que es bastante feliz. —Volvió a sonreír, a modo de precioso colofón.

Nina fruncía el ceño. A pesar de las explicaciones y de lo que ya sabía, seguía habiendo una importante distorsión entre la lógica de la vida y lo que acababa de escuchar. Una vez más, fue la única lo bastante valiente para preguntar:

—Pero... —Agitó la cabeza, entrecerró los ojos—. ¿Por qué hiciste todo eso por él?

—Es lo que me queda por contaros. —Una pausa necesaria—. Vicentín es mi hermano.

Se hizo un silencio tan profundo que hasta Julia se asustó.

—¿Queréis que lo repita? —preguntó.

Nina se tapó la boca con la mano y trató de evitar las lágrimas, pero no lo consiguió. Dijo:

—Ahora lo entiendo.

A Olga le temblaba el labio inferior. También las manos. Estaba rígida, con las piernas muy juntas. No dijo una sola palabra. No podía.

Marta se había dormido en el sofá, con la cabeza hacia atrás y la boca un poco abierta. Julia sonrió, cómplice, al darse cuenta.

—¿Tú sabías que era tu hermano? —Nina, balbuceante.

—Me lo contó la madre Rufina aquella noche de hace tanto tiempo, antes de castigarme por mi terrible pecado y enviarme a aquel internado horrible donde tuve mucho tiempo para pensar —y viendo que las chicas necesitaban una explicación adicional, Julia añadió—: Mi madre tuvo en realidad dos hijos ilícitos, ambos vergonzosos. Dos pecados que había que esconder del mundo, separados por cinco años. El segundo, que fui yo, le costó la vida. Pobre mujer. Y eso es todo. ¿Os he aburrido?

Sonaron unos golpes en la puerta, alguien llamaba. Julia dio su permiso. Resuelta, diligente como era su costumbre y con una agenda abierta y un bolígrafo en la mano, entró María.

—¡Julia! ¡Menudo susto! ¿Cómo no me habéis avisado antes? —dijo, con una moderada indignación.

La señora diputada tranquilizó a su ayudante quitándole importancia a todo: al accidente, a sus lesiones, al hecho de estar allí. Le presentó a sus amigas: Nina, Olga, la durmiente Marta. María sacó algo de su maletín. Un pequeño fardo envuelto en papel de aluminio.

—Te he comprado un bocadillo, he pensado que tendrías hambre. Es de atún y tomate, a estas horas no había nada más. Cómelo a escondidas, creo que esto aquí se considera estraperlo. Tengo noticias de Antonio, el chófer. Se encuentra bien. Tiene la pierna fracturada, pero se recuperará sin problemas. Le han enviado a casa, donde debe de haber llegado ya, si no vive muy lejos. El seguro se hará cargo de todo. Lo primero, de su rehabilitación.

El coche estaba a todo riesgo. He llamado a Quien-tú-ya-sabes —se refería al novio de Julia— y le he contado lo ocurrido. Me ha dicho que tomará mañana el primer avión que salga para Barcelona (es el de las seis y media de la mañana, yo misma le ayudaré con el billete). Le he reservado una habitación en el Majestic, por si acaso prefieres que se aloje allí. Mañana a primera hora anularé los compromisos de los próximos tres días, de momento. He hablado con el jefe de servicio de urgencias y le he advertido de que no debe hablar con la prensa, si se diera el caso. He avisado a la secretaria del señor ministro de que estarás de baja por un tiempo indeterminado. Te desea una pronta mejoría. ¿Qué más? —María deslizó la mirada por sus notas, para comprobar si olvidaba algo—. ¡Ah, sí! Tu amiga Lola ha tenido una niña. La han registrado (en la clínica) como Lolita. Le he mandado unas flores de tu parte. Rosas de color té. ¿Crees que se me escapa algo?

María levantó la mirada. Había algo en ella que escapaba de lo humano.

—¿Esta chica siempre es así? —preguntó Nina, impresionada.

—Siempre. Es la suerte de mi vida —bromeó Julia, y volviéndose hacia su ayudante dijo—: No se te escapa nada, María, como siempre. Sólo un pequeño detalle. A Quién-tú-ya-sabes puedes darle las llaves de mi piso. Si es que yo no estoy allí cuando llegue.

—Bien. —María tomó nota—. Anularé la habitación, en ese caso.

—Gracias por pensar en todo, incluidas las flores de Lolita —añadió Julia.

—De nada. Es mi trabajo.

Nina aprovechó aquella repentina fuente de información para preguntarle:

—¿No sabrás, por casualidad, en qué habitación está nuestra amiga Lola?

María no tuvo necesidad ni de consultar sus notas.

—En la 217.

—Creo que iré a hacerles una visita, si no os parece mal —se disculpó Nina, con una sonrisa—. Luego volveré a ver cómo está Marta.

—Iría contigo a la 217, pero creo que no me van a dejar salir —dijo Julia.

—Yo me quedo contigo —terció Olga—, si no te importa.

Nina contestó con un gesto, para indicar que no le importaba. De hecho, prefería ir sin Olga. Quería intentar recuperar algo de la amistad con Lola que la vida dejó por el camino y sentía que esta etapa de cambios en la que ambas estaban adentrándose era una oportunidad magnífica. También tenía una necesidad acuciante de encontrar a alguien a quien contarle lo que le estaba pasando y tal vez recabar algo de consejo. Aunque a estas alturas Nina ya tenía claro que Álex Baudet no iba a ser una persona importante en su vida. Y, lo más terrible: puestos a elegir entre Álex Baudet y Marta Viñó, prefería quedarse con Marta. Cuando se lo dijera a él, si es que se lo decía, iba a pensar que se había vuelto loca.

—María, ¿puedes acompañar a mi amiga hasta la planta de maternidad? Con esos tacones, me da miedo que se mate por el camino —pidió Julia.

—Por supuesto —dijo María, que sabía cuándo su jefa quería librarse de ella—. Vamos, es por aquí.

Nina y María salieron de la habitación, al ritmo acompasado de sus respectivos taconeos.

Marta seguía durmiendo. Tan profundamente que comenzó a roncar.

Olga y Julia se quedaron a solas.

—¿Tendrías la bondad de acercarme ese bolso de paja, Olga? —pidió Julia, señalando hacia el pie del gotero metálico.

Olga obedeció y se quedó quieta, observando cómo la diputada buscaba algo que debía de ser pequeño, porque no lograba dar con ello en el interior de aquel complemento de tamaño considerable.

—¿Te ayudo? —se ofreció.

—Ah. No. No hace falta. Aquí están. Siéntate conmigo, Olga, por favor. Aquí, en la cama.

Olga hizo lo que se le pedía.

Julia la miró directamente a los ojos. Era curioso que le costara tanto hacer algo tan sencillo. No guardaba rencor a aquella mujer casi artificial, con su vestido ridículo y su bronceado de catálogo, pero sentía que los roles que establecemos durante la infancia permanecen inalterados por mucho que la vida nos transforme. Una parte de Olga seguía siendo la maestra de

ceremonias abusona, desagradable y esférica de tres décadas atrás. Una parte de Julia aún era la niña pobre con el camisón agujereado que servía la mesa a las otras. Aunque eran también la niña gorda que comía para no llorar, porque no soportaba el abandono de que era objeto por parte de su madre. Y la niña lista y fuerte que ha empezado la vida con tan mal pie que se sabe capaz de sobreponerse a todo.

Olga se atrevió a agarrar una mano de Julia y a incitarla con voz temblona y su sentido habitual de la tragedia:

—Dime lo que quieras, desahógate. Llevo muchos años pensando en todo lo que deberías decirme.

Julia se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No tengo nada que decirte.

—Entiendo que me odies.

—No te odio.

Julia podría haberle preguntado por qué faltas en concreto se creía merecedora de su odio, pero no lo hizo. Le pareció que Olga estaba demasiado predispuesta a confesar culpas. Le pareció que no tenía sentido dramatizar, menos aún cuando su vieja compañera estaba ya al borde del llanto. Sentía escalofríos sólo de pensar en Olga descomponiéndose, en todas las pinturas de su cara mezclándose en un solo color asqueroso, por no hablar de la deriva de las pestañas postizas o de la aparición de una Olga imposible, sin máscara, al natural; una Olga desconocida incluso para sí misma, pensó. No, no deseaba nada de eso. Así que Julia decidió darle otro rumbo a aquella escena final. Se había prometido a sí misma —y le había prometido a Ramona— hacer limpieza a fondo de los cajones de su vida y por alguna parte había que empezar.

Julia abrió la mano de su antigua compañera y depositó algo sobre su palma húmeda, al tiempo que le decía:

—Quiero devolverte esto.

Olga abrió ojos de gran sorpresa, sin creer lo que veía. Se tomó su tiempo en observar el pequeño objeto, recuperado después de tantos años: las delicadas tijeras de bordar de color dorado, con el mango embellecido con motivos vegetales. Nada más verlas, se acordó de su madre. También de la

noche de julio de 1950. Paladeó un arrepentimiento auténtico, tal vez por primera vez en su vida, e hizo justamente lo que las dos temían: comenzó a llorar.

Antes de que su maquillaje se arruinara, aún dijo:

—¿Por qué no me odias? Lo que hice no tiene perdón.

—Por eso —respondió Julia—. Precisamente por eso.

Nota de la autora

El 10 de julio de 2015, 27 mujeres de 45 años nos encontramos en mi casa para celebrar que 31 años antes habíamos terminado la EGB en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Mataró. En aquella reunión prometí a mis antiguas compañeras de clase escribir sobre ellas, sobre nosotras, sobre aquella educación nuestra que hoy comienza a parecer antediluviana. No he cumplido exactamente mi promesa, puesto que las protagonistas de esta novela son mujeres de la generación de nuestras madres y porque la historia que cuento no se hace eco de las nuestras, pero estoy segura de que quienes asistieron a aquella cena sabrán reconocer lo que Nina, Marta, Julia, Lola y Olga tienen de aquella noche y también —algo menos— de nuestra infancia. En todo caso, no habría escrito esta novela sin aquel encuentro, y es por eso que quiero dedicar este libro a aquel curioso grupo, con mi agradecimiento por todas las palabras que aquella noche se pronunciaron. Fueron muchas, auténticas y muy difíciles de olvidar.

El delicioso menú con que Marta agasaja a sus invitadas fue diseñado, especialmente para esta novela, por la cocinera y escritora Ada Parellada, a quien agradezco no sólo su profesionalidad y buen hacer, sino la gran ayuda que me prestó en la solución de pequeñas y grandes dudas. Todos los aciertos culinarios de esta novela son suyos.

Quiero agradecer a Luigi Spagnol, mi editor italiano, la valiosa información sobre su padre, el también editor Mario Spagnol —a quien en estas páginas he querido rendir un humilde homenaje—, y su madre, Elena Spagnol, autora de libros de cocina de referencia en Italia. A veces la ficción persigue a la vida aun sin saberlo, como ocurrió en este caso.

La teoría filosófica sobre el perdón que esgrime Julia, y que me inspiró la médula espinal de toda la historia, se la debo a la lectura de diversas obras del filósofo y escritor catalán Joan-Carles Mèlich. El detonante fue *La lectura*

como plegaria (Fragmenta, 2015), seguido de *La lliçó d'Auschwitz* (Serra d'Or, 2001), así como el artículo «Paradojas (Una nota sobre el perdón y la finitud)». A la primera de las obras pertenece la cita que encabeza esta novela, en la que el autor catalán parafrasea a Jacques Derrida.

Las historias de los estudiantes de Medicina de los años cincuenta están inspiradas en el relato memorialístico que sobre el mismo tema escribió mi padre, Antonio Santos, basándose en el primer curso de carrera que cursó en la Universidad de Sevilla. Yo me he tomado la licencia de trasladar aquellos recuerdos suyos a la Universidad de Barcelona, que fue donde se licenció unos años más tarde.

La entrevista a las mujeres universitarias realizada por el semanario *El Español* está tomada de ejemplos reales de los años cincuenta y recopilados por Carmen Martín Gaité en su ensayo *Usos amorosos de la postguerra española*.

Los conocimientos de quiromancia que demuestra Nina Borrás están extraídos del manual *El mapa del destino en la palma de la mano*, de Elena Fortún (Aguilar, 1936).

Otras fuentes documentales han sido: *Els internats de la por*, de Montse Armengou y Ricard Belis (Ara Llibres, 2016), *Stultifera Navis. La locura, el poder y la ciudad*, de Josep Maria Comelles (Milenio, 2006); *Presas en las Ventas, Segovia y Les Corts*, de Tomasa Cuevas Gutiérrez (RBA, 2006); *Historia y sociología del divorcio en España*, de Inés Alberdi (Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978) y *The Beatles en España*, de José Luis Álvarez (Quarentena, 2013).

Por último, quiero dar las gracias a Claudia Torres por prestarme las monjas de su niñez, por los infinitos detalles, por las historias, por los recuerdos y por las correcciones. A Angelita Bermúdez y a María Rodrigo Aroca, por prestarme su excelente memoria. A Sandra y Berta Bruna, por la fe y por los años pasados y futuros. A Diane Nakamura, Sara Cavarero y Sílvia Cantos, por tomarse molestias. Y, por supuesto, a Ángeles Escudero, por querer a mis personajes casi tanto como a mí.



Care Santos nació en 1970 en Mataró (Barcelona). Empezó a escribir a los 8 años y desde siempre tuvo claro que no quería hacer otra cosa. A los 14 años ganó su primer concurso literario y a los 25 publicó su primer libro, una colección de relatos.

Desde entonces, ha publicado seis novelas, seis libros de cuentos, dos libros de poesía y un gran número de novelas para jóvenes y niños. En literatura juvenil es una de las autoras más leídas de nuestro país, y su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano, portugués, lituano y coreano.

Fue fundadora y presidenta durante ocho años de la Asociación Española de Jóvenes Escritores. En la actualidad, imparte talleres literarios, ejerce como crítica literaria en un periódico de alcance nacional -El Mundo- y dedica todo el tiempo que le queda a cuidar de sus tres hijos que, en palabras de la propia autora, son 'sus mejores obras'.

Ha sido galardonada con el Premio Nadal 2017, por su novela Media vida.

Media vida

Care Santos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Care Santos, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

de la ilustración de la cubierta, © Jamie Stoker / Millennium Images, UK

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-233-5222-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com